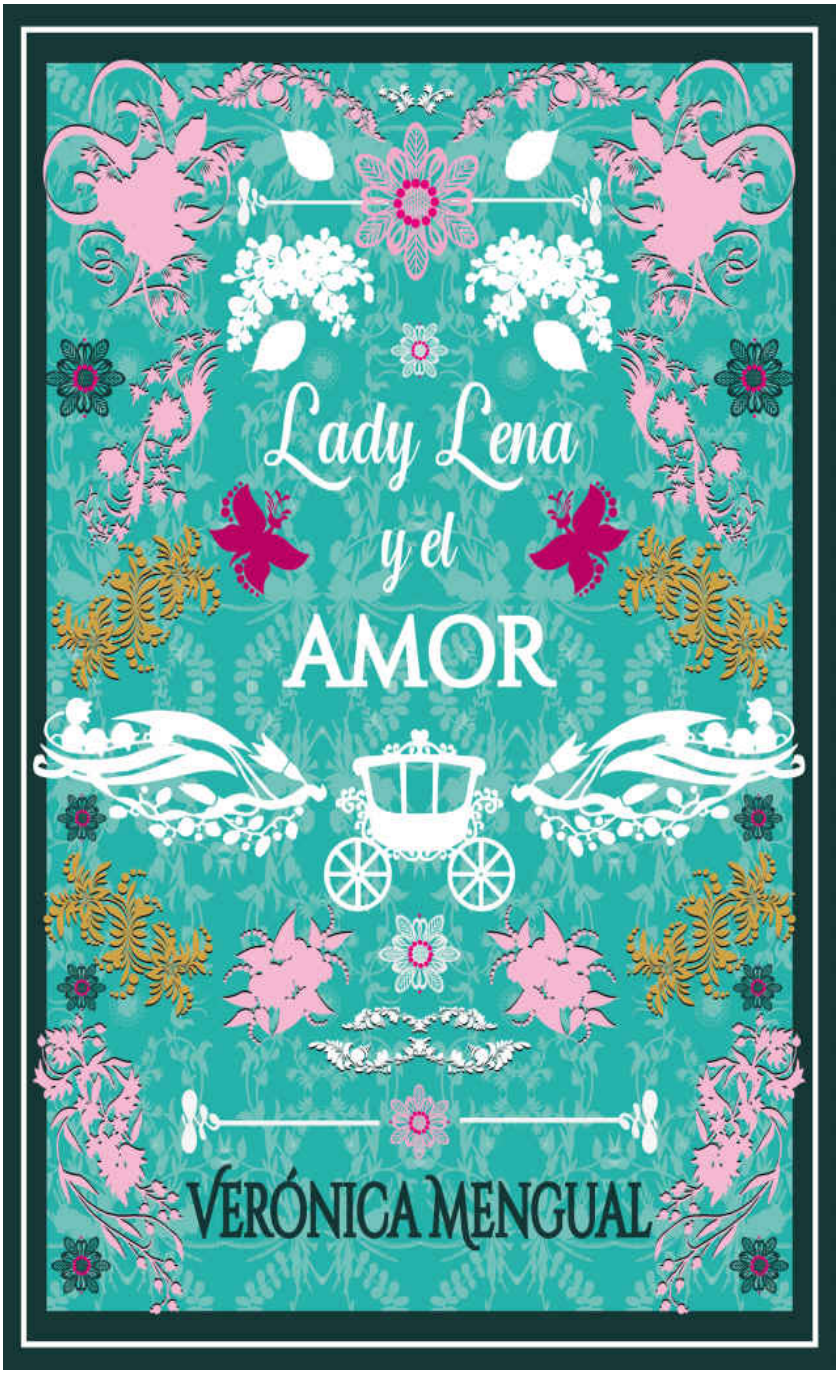
Lady Lena
y el
AMOR
VERÓNICA MENGUAL

© VERÓNICA MENGUAL
Lady Lena y el amor
Sello: Independently published

Primera edición, junio de 2023.
Impreso en España.
Corrección y edición: José Pedro Baeza Piera.
Diseño de portada: Verónica Mengual.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su

incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Lady Lena
y el amor

Serie amor, deber y amistad

Verónica Mengual

A ti, mi señor esposo,
porque aunque haya tormenta,
aunque haya oscuridad,
siempre estoy tranquila.
Eres esa luz,
ese faro que ilumina mi vida.

Sinopsis

¡Ya está aquí! Llega por fin la reedición de una serie que consagró a Verónica Mengual como una de las autoras a tener en cuenta cuando se habla de Regencia Inglesa. Hombres dominantes, mujeres que no se detendrán hasta ponerlos de rodillas...

¿Qué hay más necesario y precioso que el amor?

Lady Lena Badel sueña con un hombre que hace que sus rodillas tiemblen. Está dispuesta a conquistarlo al precio que sea, así que idea un plan de seducción un tanto arriesgado. Y todo iba relativamente bien… hasta que se ve inmersa en un tremendo lío que la une a otra persona.

Él, a quien no esperaba, es un noble con una enorme cicatriz en el rostro, de ojos grises, anchos hombros y muchísima seguridad. Un matrimonio arreglado parece la mejor solución ante el gran enredo, pero lo que ninguno de los dos sospecha es que los silencios y los malos entendidos podrían acabar convirtiéndolos en enemigos del amor.

Las circunstancias son

complicadas, tanto que peligra el presente y futuro de una pareja que deberá luchar por su felicidad si no quiere terminar en la más absoluta desdicha.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Un duque de ensueño

Capítulo 2

Pensar como Valerie

Capítulo 3

Llegan las complicaciones

Capítulo 4

La suerte que no acompaña

Capítulo 5

El plan de Elvina

Capítulo 6

La reflexión del barón

Capítulo 7

Recuperar lo que es mío

Capítulo 8

¿Sin placer?

Capítulo 9

Con novedades en el frente

Capítulo 10

La calma antes de la tormenta

Capítulo 11

Volver a empezar

Epílogo

Una promesa que cumplir

Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

—¡De verdad! A veces, se me olvida con quién estoy hablando —se quejó la anfitriona de la improvisada reunión vespertina.

Antes del gran baile que iban a dar esa misma noche en la Casa Manchester, la matriarca de la familia las había mandado a descansar después de comer. No obstante, las tres jóvenes

se habían atrincherado en la habitación de una de ellas para proseguir con sus travesuras.

—No eres justa. Cualquiera se escandalizaría al oírte, Valerie —protestó Lena.

—Cualquiera sí, ¡pero vosotras no deberíais! Se supone que sois mis mejores amigas. Ya me conocéis —replicó la aludida haciendo un puchero. No quería que ellas también la sermoneasen como hacía siempre su primo, el marqués de Ailsa.

—Gertrude, tú sueles ser la más sensata de las tres, dile que no puede hacer eso. ¡No puedes, Valerie! Es un disparate —sentenció lady Lena Badel, que también estaba escandalizada por el rumbo de la conversación.

—A mí no me metas, Lena.

Bastante disgusto tengo sabiendo que mañana mi padre vendrá a por mí —replicó Ger.

—¡Bah! Ya conoces a mi madre. La convenceremos para que te permita venir con nosotras a la fiesta del duque de Rothgar. Lloriquearemos un poco y no se podrá negar. Déjamelo a mí, será de lo más sencillo. —La seguridad con la que Valerie lo decía era contagiosa. Aun así, Gertrude dudaba que fuese algo factible.

—No creo que esta vez sea posible. Elvina ha sido muy tajante al advertirme, que va siendo hora de que me reúna con mi padre. Si tan solo estuviese Chesterfield aquí para salvarme… —Suspiró la joven, negando su suerte. La marquesa viuda de Ailsa había sido clara al respecto.

—No lo nombres, Ger, que aún

me muero de risa cuando recuerdo la cara que puso la última vez que se pasó por aquí. —Lena estalló en sonoras carcajadas, a las que se unió de inmediato Valerie. La otra joven se quedó con cara de sorpresa ante la reacción de sus mejores amigas y se molestó, porque esas dos siempre andaban metiéndose en líos y ella era la última en enterarse de las fechorías que tramaban.

—¿De qué os reís? —preguntó inquieta, al verlas tan cómplices, lady Gertrude Lamark.

Las risas continuaron cada vez más alto y la cara de enfado de Gigi —como cariñosamente la llamaba lady Valerie Manchester— fue mayúscula.

—Si sobro, me marcho —amenazó Gertrude, mientras salía de la cama y se ponía de pie, lista para

abandonar la estancia.

—No te enfades, Gigi. Ven, regresa aquí, boba, que te lo explicaremos. Que lo cuente Lena, porque yo no podré hacerlo sin echarme a reír de nuevo. —Valerie volvió a carcajearse.

—La que sea de las dos, ¡pero que me lo cuente ya! —exigió Gertrude, volviendo de nuevo a reunirse con sus dos amigas en el confortable lecho.

—Verás, Ger —tomó la palabra Lena—, durante la última visita de tu hermano Ches, estuvo también la familia del señor Harrelson y nos hicimos muy amigas de su hija Emma. Y bueno… es que… Em… Em es tanto o más peligrosa que V.

—Eso es imposible. No conozco a nadie más loca y temeraria que Valerie

—comentó lady Gertrude.

—¿De dónde crees que salió la idea de tomar un amante, Gigi? —la interrogó V, orgullosa de que por primera vez algo no fuese iniciativa solo suya.

—¿Me estás diciendo que esa tal Emma fue la instigadora de que tú quieras que hagamos una promesa, por la que si no estamos casadas antes de los veinticinco años nos echaremos un amante? —preguntó sofocada la muchacha.

—Pero, ¿por qué te vuelves a escandalizar, Gigi? Yo no pienso casarme jamás. Voy a tomar un amante sí o sí, y mucho antes de los veinticinco. Lo hago por vosotras, por si acaso… Además, sed realistas. ¿Un marido? ¿Para qué sirve eso? —bufó Valerie.

—Quiero una familia, V. —La seguridad y convicción de la joven Lamark fue aplastante.

—Sí, lo sé, Gigi. Aunque olvidas a Bethany —le rebatió su amiga Valerie.

—Siento lo que le sucedió a tu tía, no merecía morir. Sin embargo, hay muchos hombres buenos ahí fuera. No te obceques, V, el amor ha de ser algo fantástico, como en los libros. ¿Verdad que tú también quieres casarte, Lena? —preguntó Gertrude risueña.

—No lo tengo muy claro. Estoy harta de sufrir por amor, Ger —replicó la aludida.

—Vamos, Lena… ¿Tu primer amor ha de ser de tan alto rango? —la regañó V. Ella tenía asumido que el matrimonio no iba para nada con su forma de pensar, pero es que además

nunca pondría sus ojos en un hombre que tuviese un título tan elevado como había hecho Lena… ¿Valerie duquesa? Jamás.

—El corazón no atiende a razones ni clases sociales, Valerie. No puedo sencillamente decirme a mí misma: no lo mires, no lo ames porque es un duque que ni sabe que existes. Mi corazón tiene vida propia, no puedo luchar contra esto que siento. Es mi primer y único amor. Es tan espectacular, tan perfecto, tan guapo, tan dulce… ¡Ay, mi héroe! —suspiró Lena al evocar al hombre de sus sueños.

—Sí, sí, sabemos que estás muy enamorada. Sin embargo, volvamos a lo de tener amantes. —V no pretendía hablar sobre cosas tan trascendentales con sus amigas.

—¡Es que es un escándalo, las

damas no hablan de esas cosas! Yo creyendo que tú eras una mala influencia… y resulta que esa tal Emma Harrelson, es peor que tú, V. ¡A Dios gracias que no la conozco! — exclamó Gigi con enfado.

—No sé por qué has de ser tan puritana. Eres aburrida, Ger. Así no encontrarás ni marido ni amante, ya sea a los diecisiete, como ahora, o a los cincuenta años —sentenció Valerie componiendo un mohín de disgusto.

—¡Oye! —la amonestó su amiga —. Además, estoy completamente segura de que cuando encuentres al hombre perfecto, tal y como ha explicado Lena, estarás en la iglesia en un abrir y cerrar de ojos. Apuesto a que incluso te casas antes que yo —afirmó, rotunda, Gertrude.

—¡Ja! —saltó la joven

Manchester.

—Basta, las dos —intentó poner orden Lena—. Estaba contando la historia de Ches y me habéis interrumpido —las amonestó.

—Puedes seguir, sin embargo yo no pienso entrar en esa promesa de buscar un amante —sentenció la joven Lamark. En su opinión, esa idea no debería ser considerada por ninguna joven casadera. Ger no sabía cómo quitarle esa barbaridad de la cabeza a su amiga V, que en algunas ocasiones rallaba la insensatez.

—Ya lo intuíamos, tesoro. Solo te hemos hecho partícipe para que no te enfadases —replicó Valerie molesta. ¿Por qué Gertrude tenía que ser tan correcta?

—Yo tampoco voy a entrar en

eso, V —apuntó entonces la joven Lena.

—¿Me abandonas, Lena? Sois las dos unas puritanas. Me decepcionáis muchísimo —comentó V, quien chasqueó la lengua con fastidio—. No pasa nada, Em y yo haremos las cosas que anotamos en la lista. —Allá tú y tu grandiosa amiga Em —replicó, celosa, Gigi.

—Dejemos el tema en paz. ¿Puedo contar ya la historia de Ches o me vais a interrumpir otra vez? —se quejó Lena, al ver que ninguna de las dos le hacía caso.

—Adelante —concedieron ambas.

—Verás, Gigi, apostamos V y yo con Em, a que no sería capaz de robarle un beso a tu hermano —comenzó a explicar Lena.

—¡No! —exclamó la joven

Lamark.

—¡Oh, sí! —continuó Lena—. Y no solo lo consiguió con una facilidad espeluznante, sino que tuvimos que interrumpirlos porque tu hermano no la soltaba… —La joven se ruborizó al recordar la escena.

—¡Tendrán que casarse! —soltó, alarmada, la hermana pequeña del conde de Chesterfield.

—¡Por amor de Dios, Gigi! Fue un beso tonto. Una niñería de nada. Si no cambias, acabarás en un convento… Tenía esperanzas de que aquella institutriz… ¿Cómo se llamaba? Esa que encontró Ches…

—La señorita Lisa Summer. —Bien sabía Ger de quién hablaba. Esa mujer la dejó impactada.

—Eso. Yo pensé que la señorita

Summer te haría un poco más audaz. Además, Em está ahora mismo viajando por medio mundo —dijo, soñadora, V, pensando en lo feliz que sería ella conociendo otras culturas. Tantas como conocía su querida señorita Harrelson, porque los viajes que Valerie había hecho a Francia y a España eran poca cosa comparados con los lugares que Em había visitado hasta la fecha.

—¿Por eso no la conozco? No estaba en nuestra temporada de presentación, ¿no? —indagó Gertrude frunciendo el ceño.

—No, Gigi, estuvo unos meses de paso aquí en Londres, justo cuando tu padre te reclamó. Mi primo Patrick y la familia de Em son muy buenos amigos, y debo señalar que Ches me decepcionó.

—Mi hermano es incapaz de decepcionar a nadie, V. —Ger alzó las

barreras ante semejante comentario.

—Para todo lo que se rumorea sobre tu querido hermano… —continuó la joven Manchester, sin hacer caso a la observación de Ger—, pensé que se tomaría mejor que una mujer se interesase por él. ¡Se enfadó muchísimo!

—No quiero saber qué le hicisteis, V —replicó Gigi.

—Ger —tomó la palabra Lena—, fue una tontería sin maldad, pero entiendo que a Ches no le sentase nada bien que una niña se burlase de él. —Lady Lena se arrepentía de aquel suceso. Lena, por más que intentase no dejarse arrastrar por su amiga Valerie, siempre acababa sucumbiendo porque solía tener razón en todo.

—¡Oh, Dios mío! Cada vez que recuerdo su cara cuando tuvimos que

intervenir… —V estalló en mil carcajadas de nuevo.

—No creo que él esté contento con esa clase de bromas. Tu amiga no tenía que haberlo molestado. Ches es un trozo de pan, no te burles de él —dijo Gigi en tono de regañina, harta de ver que Valerie se mofase a costa de su hermano.

—No me burlo —se defendió V.

—Sí, lo haces. —El tono de voz de Gertrude iba subiendo.

—No —le rebatió de nuevo la joven Manchester.

—Sí —afirmó, rotunda, Gigi, cruzándose de brazos.

—¡No!

—¡Sí!

Ger suspiró y decidió cambiar de

estrategia, porque Valerie era una de las personas más tozudas que había conocido en su vida y podría estar así hasta el fin de los tiempos.

—¿Cómo te sentaría a ti que yo apostase a que soy capaz de robarle un beso a Patrick? —inquirió alzando una ceja.

—¿Estás segura de que quieres hacer semejante apuesta, querida? —la retó V, muy interesada en la conversación.

—No digo que lo vaya a hacer. Además, él ni tan siquiera está en el reino, sigue en Francia. ¿Te gustaría que yo utilizase a tu estimado marqués de Ailsa para hacerle protagonista de una burla? —insistió Gertrude.

—No sé para qué te cuento nada, Gigi. Siempre haces que me sienta mal

—bufó Valerie. «Santa Gertrude deberían haber llamado a su amiga»—. Eso es porque no mides las consecuencias de tus actos —continuó Ger con la regañina.

—¡Oh! Ya estabas tardado en reprenderme. Eres igual que mi primo. ¡De verdad! Patrick y tú sois tal para cual. No me sorprendería que acabaseis casados —comentó con sorna. La verdad es que Ger sería una excelente marquesa de Ailsa. V se sorprendió ante este pensamiento y lo desechó de inmediato. Ambos no tenían nada en común.

—Tu primo, Valerie, sería el último hombre al que yo miraría dos veces para considerarlo un marido aceptable —aseguró muy digna Ger, porque ese hombre tan apuesto era alguien que no tenía ninguna intención seria para con ella. Por lo visto, tan solo

era un mero entretenimiento, o al menos así lo pensaba Gertrude.

—¿Y ahora cómo te sentaría a ti que yo dijese que Ches sería el último hombre que yo consideraría para ser mi amante? —se la devolvió Valerie.

—Serías afortunada por tenerlo —replicó orgullosa Gigi, obviando que tanto la aseveración como la pregunta eran escandalosas.

—Sí, supongo que sí —tuvo que reconocer Valerie, porque, según había oído, Ches era brillante en ese campo—. No he estado acertada en la comparación porque todo el mundo en Londres sabe que es fabuloso como amante.

—¡Eres una descarada, V! —La joven Lamark no podía creer que su amiga estuviese hablando así. Y menos,

de su propio hermano… Aquello no estaba nada, pero que nada, bien. ¿Valerie no tenía límites?—. Tú diste pie a ello, no te quejes… ¿Es cierto que la llaman la Mansión de la Perversión? ¿Cómo es su casa, Gigi? —preguntó V en tono de confidencia.

—No me gusta que la llames así —la reprendió de nuevo la joven.

—Di cómo es. Cuéntalo, por favor. Te lo suplico. ¿Te has colado alguna vez en alguna de sus fiestas? ¿Has visto algo? —insistió Valerie.

—Hace muchos años que papá no me deja ir ni a verlo. Los recuerdos que yo tengo del lugar son normales. Es una casa, V, como esta, ni más ni menos.

—Los espiamos Em y yo una vez. A Patrick y a Ches digo. En su despacho, y los oímos decir que allí se hacen unas

fiestas salvajes increíbles —explicó V, bajando la voz para que nadie, salvo ellas, la escucharan.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que no van vestidos de etiqueta y no utilizan los cubiertos para comer? —preguntó, alarmada y con los ojos como platos, Gertrude.

—¡Oh, Gigi! De verdad… Sí, se me olvida con quién estoy hablando a cada rato —dijo derrotada V.

—Ger, una fiesta salvaje es un lugar donde los hombres y las mujeres hacen cosas que no deberían —trató de ilustrarla Lena con delicadeza, porque ella no sabía muy bien qué era eso de las fiestas salvajes, pero podía adivinar que no sería nada decoroso

—¿Como qué? —Ger no entendía nada.

—¿Por qué crees que la llaman la Mansión de la Perversión, Gigi? —la interrogó V con la ceja alzada, tal y como hacía su primo para hablar de una obviedad.

—¡No! Mi hermano es un poco calavera, pero no creo que sea tan malo como lo que pudieseis estar imaginando. —¿Ches? ¿Un depravado? ¡Imposible! Gertrude no quería ni pensar en eso.

—Gigi, si no llegamos a aparecer, tu hermano hubiese devorado a Em como si fuera un pastelito de crema. Yo creo que es algo más que un poco calavera —aseguró Lena.

—Es el mejor hombre que conozco y no consentiré que nadie diga lo contrario —las retó, mirándolas con fiereza.

—Por supuesto que lo es, Ger —

trató de calmarla Lena—, solo es que nos gustaría mucho asistir algún día a una fiesta de las que organiza Ches. No hay nada de malo en tener curiosidad. —La joven Badel no estaba muy segura de ello, pero…

—No, supongo que no. Tienes razón. —Se relajó un poco lady Gertrude Lamark.

—Además, Patrick siempre está hablando de lo fantásticas que son, por lo que si él acude y no las critica… tan malas no deben ser. Y por favor, señoritas, centrémonos en lo que nos ocupa: la lista de nuestras correrías femeninas —exigió Valerie.

—Tacha las dos últimas ideas. No vamos a hacer eso tampoco. —Lena no era tan alocada como V, ni tan santurrona como Ger. Sin embargo, lo allí escrito no era de su aprobación.

—Sois unas aguafiestas —replicó Valerie.

—Si tu madre se entera que estamos hablando de tener amantes nos va a matar, Valerie, así que no nos vuelvas a llamar, ni a mí ni a Lena, aguafiestas. Somos sensatas —replicó Gigi.

—No pienso claudicar en este punto. Si a los veinticinco no estáis casadas vais a buscaros un amante. Es mi última palabra —afirmó rotunda V.

—Es un escándalo lo que propones —dijo de nuevo Ger.

—Yo pienso tener uno a los veinte, porque no seré propiedad de un hombre jamás. No me casaré y no estoy dispuesta a no conocer el placer solo porque decida no casarme. Y vosotras, no sé de qué tenéis miedo. ¿No estáis

tan seguras de que os vais a casar y además pronto? —las pinchó lady Valerie con astucia.

—Yo me apunto, V —dijo entusiasta Lena, esperando no arrepentirse nunca de la idea.

—Está bien —claudicó Gertrude —, acepto la promesa. Y para que veas que estoy segura de que me casaré antes, prometo que si a los veintidós no estoy casada buscaré al mejor amante de todo Londres —afirmó, en un claro arrebato de locura la dama, sin sopesar sus palabras demasiado.

—Vaya, vaya, Gigi. Me sorprendes gratamente —la elogió V, guiñándole un ojo.

—Estaré casada. No hay nada que temer —explicó con nerviosismo la joven Lamark. Más para sí misma que

para el resto porque sabía que, si llegaba a esa edad sin un marido, la pequeña de los Manchester la obligaría a cumplir su juramento.

—¡Bien! Digamos nuestra siguiente promesa de juventud. Ya que no secundáis ninguna de mis propuestas y habéis dejado mi lista en nada, la última cuestión será la de acudir a una fiesta de Chesterfield. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó Lena rauda.

—Es mi hermano, claro que acudiré a una de sus fiestas. —¿Qué tonta promesa era esa? Una muy fácil de cumplir, pensó Ger.

—Estupendo. Aquí tenemos nuestra lista con solo dos propuestas. Sois unas mojigatas. De las veinte que había en el papel habéis dejado tan solo esto —dijo Valerie, señalando las únicas

dos líneas escritas que no tenían un tachón.

—Somos decentes, V. —Las ideas de Valerie eran descabelladas.

—Como sea. Enviaré la lista completa a Em por carta para que escriba lo que sí se atreva a hacer. Con un poco de suerte ella será más valiente que vosotras dos juntas y podré divertirme un poco —replicó segura Valerie.

—Es cierto que son solo dos cosas, pero muy complicadas de conseguir, V —se defendió Lena.

—Ya veremos… Así pues, ¿a quién le toca cantar esta tarde? —Era momento de cambiar de tema, no fuera caso que sus amigas se arrepintiesen de las decisiones recién tomadas.

—La única que sabe es Ger —

comentó Lena.

—Ella comienza, y tú y yo le hacemos los coros.

—Está bien —concedió Gertrude —, pero si sube tu madre a regañarnos por no estar descansando, tú asumirás la culpa.

—Ayer justo, dijo que era necesario practicar canto. Es lo que vamos a hacer. No tiene que enfadarse por seguir sus consejos —replicó V.

—No sé por qué me empeño en explicarte nada, si siempre te tomas las cosas a tu gusto y conveniencia.

—Vamos, pequeña ave cantora — animó V a Ger—. Inicia, nosotras te seguimos. ¡A ver si al fin podemos conseguir algo de provecho con el canto!

Las tres amigas se colocaron de

rodillas sobre la cama y comenzaron con los cánticos sin piano, sin arpa y sin ningún instrumento de apoyo. La voz de lady Gertrude Lamark era tan bella que no necesitaba ningún acompañamiento. Sin embargo, las otras dos parecían canarios siendo estrangulados en sus interpretaciones.

La tranquilidad en la Casa Manchester no se recuperó hasta que Ger se marchó con su padre, en contra de los pronósticos de su amiga. Los lloriqueos y súplicas de V solo sirvieron para hacer prometer a Elvina, la matriarca de los Manchester, que, a la vuelta de la fiesta del duque, consideraría si Ger podría regresar por un tiempo a la casa familiar.

Las otras dos muchachas se desplazaron al campo, junto con la marquesa viuda de Ailsa, para disfrutar

en la finca de James Salsbury, el duque de Rothgar, de un completo programa de actividades al que unos pocos selectos habían sido invitados a participar.

Capítulo 1
Un duque de ensueño

Pegadas a la ventana derecha del carruaje, las dos jóvenes se quedaron con la boca abierta por el magnífico paisaje que asomaba ante sus ojos. Una gran casa de piedra se alzaba majestuosa sobre un perfecto jardín, pulcramente cuidado. El verde se combinaba de manera acorde con los diferentes colores de las muchas flores que allí crecían, así como con el marrón

del tronco de los milenarios árboles.

—Es precioso —dijo maravillada Lena, quien pensó que no debería sorprenderse, porque si el propietario era perfecto, la finca no iba a ser menos.

—Madre, ¿dices que el duque de Rothgar está soltero? —preguntó V, extasiada con lo que veía. Jamás había visto una propiedad como esa, y bien podría… No, no podría casarse, y menos con un noble.

—¿Has decidido entrar en razón, hija, y participar de forma activa en el mercado matrimonial? —inquirió graciosa la marquesa viuda de Ailsa.

—Solo he preguntado, porque a Lena podría interesarle esa información —se defendió la joven.

—Me parece que tu amiga ya tiene a un firme candidato, al que

supongo que no querrá traicionar. —Elvina se volteó ligeramente para mirar a Lena—. Tengo entendido, jovencita, que estás muy enamorada de un duque.

Lena miró roja de vergüenza a su amiga Valerie, pensando que seguro había traicionado sus confidencias.

—¿Qué? Si tu candidato es un duque vas a necesitar toda la ayuda habida y por haber. Necesitas a mi madre de tu lado. —El alegato no necesitaba mayor justificación.

—Sí, Elvina, es un duque —reconoció con timidez la muchacha.

—¿No piensas decir nunca quién es, Lena? —la interrogó V.

—Valerie Manchester, no está bien que presiones de esa manera a las personas. —Elvina pensaba que su hija era demasiado caprichosa.

—Es mi amiga —trató de defenderse lady Valerie.

—Entonces, menos aún. —Miró de tal modo a su hija que bastó para dejar clara su posición.

—Lo siento, Lena. Cuando estés preparada para hablar sobre la identidad de tu misterioso caballero perfecto estaré encantada de escucharte —dijo V, inclinando un poco la cabeza hacia su madre para demostrarle lo magnífica amiga que era.

—Gracias —contestó Lena. Si ambas supieran que el amor de su vida era precisamente ese duque que las iba a recibir en breve se quedarían pasmadas.

—Bien, jovencitas. Quiero que os comportéis acorde con vuestra posición. Eso va sobre todo por ti, Valerie —

comentó Elvina, a lo que la joven aludida asintió, dócil.

—Elvina, yo no voy a sentirme cómoda durante la fiesta. Yo… —Lena no pudo continuar.

—¿Por qué no, querida? —Lena Badel siempre había sido humilde, pero la marquesa no entendía en estos momentos ese sentimiento.

—Todos saben la desgracia de mi familia, y siento que no encajo en ningún sitio —murmuró la joven, cabizbaja.

—Eres lady Lena Badel, hija de los marqueses de Bath. Quiero que lo recuerdes y que levantes la cabeza orgullosa cada vez que alguien te haga sentir inferior —la instó Elvina, imprimiendo en sus palabras un poco de aliento y fuerza hacia la joven.

—No debería haber venido —insistió Lena.

—Pequeña, nadie va a poner en duda ni tu linaje, ni tu educación, ni tampoco tu reputación. No mientras yo viva —sentenció tajante la matriarca Manchester.

—Estoy prácticamente en la calle. La muerte de mis padres fue una desgracia. Y saber que papá estaba arruinado…

—Suficiente, milady —la cortó Elvina en seco—. Tu padre fue un gran hombre y tu madre te quiso con locura. El dinero viene y va, pero la posición social de ellos y su estima por ti es lo que perdura en el tiempo. Eres nuestra protegida, de los Ailsa, y no vamos a dejar que te pase nunca nada malo —afirmó rotunda la madre de Valerie.

—Estoy agradecida por ello, Elvina. Sé lo afortunada que soy, pero cuando entro en un salón, una fiesta, en el teatro… siento que me miran y me juzgan —comentó la joven Badel con pesar.

—Eso no puedo evitarlo, Lena, pero te prometo que tu futuro depende de ti. No mires al pasado, únicamente vive el presente. Todo irá bien. No permitiré que nada malo te ocurra jamás. —Sí, aquellas palabras encerraban una promesa.

—Lo sé —contestó la muchacha, sintiendo la convicción que le transmitía Elvina.

—Bien, recordad las dos que no quiero ninguna diablura. Queda nada para iniciar la temporada y esto va a ser como un nuevo ensayo. Va sobre todo por ti, Valerie. —Esas dos, con sus

diecisiete años, tenían sus nervios severamente castigados.

—¡Si soy la perfecta señorita, mamá! —protestó V.

—Sí, bueno, lo veremos.

—Yo prometo que me portaré bien, Elvina —declaró solemne Lena.

—Sé que no harás nada impropio, Lena. Me preocupa más tu buena amiga, aquí presente.

Lena sonrió feliz por el gran elogio que le había dedicado la madre de su amiga. La marquesa viuda de Ailsa, como la alta sociedad se refería a ella, había sido más que una madre para Lena desde hacía unos años.

Sus padres, los maltrechos marqueses de Bath, murieron. Nadie le ha contado nunca las circunstancias de aquel suceso, pero lo que a ella le

trascendió es que estaban arruinados. Tampoco nadie se lo dijo personalmente. La llegada de los acreedores a la puerta de su casa, al día siguiente del fallecimiento, fue todo lo que necesitó para comprender que se encontraba en un gran aprieto. Aquellos hombres desvalijaron su hogar hasta dejar tan solo las paredes desnudas de la mansión que los marqueses tenían en Londres.

Por un azar del destino, esa noche estaba durmiendo en su casa su mejor amiga, lady Valerie Manchester. Lena quería morirse de vergüenza al ver el panorama. Los sirvientes salieron huyendo, la institutriz que estaba con ella hizo rápidamente las maletas e incluso una tía lejana, encargada de cuidarla porque sus padres habían emprendido un viaje hacía unas

semanas del que jamás regresarían, voló del lugar sin tan siquiera despedirse.

Lena se vio sola en el mundo con tan solo quince años recién cumplidos. Y no solo acababa de enterarse de la muerte de sus adorados padres, sino que se encontraba sin casa, sin dote, sin hermanos y sin ningún familiar que la pudiese amparar. Desahuciada por completo y en el punto de mira de la alta sociedad.

Sin decir nada al ver todo ese ir y venir de gente que andaba saqueando la casa, Valerie abrió un baúl, colocó los vestidos más nuevos de su amiga en el interior, sus dos libros favoritos y las joyas de su madre que V consiguió esconder de los acreedores. La pequeña de los Manchester cogió a Lena de la mano y, cargadas con aquel baúl, se presentaron en la casa familiar.

La joven Badel giró la cabeza para observar a su amiga Valerie. Los ojos comenzaron a humedecérsele al recordar lo buena que había sido en aquel momento y lo fabulosa que seguía siendo en la actualidad. Sacudió la cabeza tratando de anular las lágrimas. No quería llorar, aunque esas gotas que no iban a ser derramadas fuesen de felicidad y dicha, por ser parte de la familia Manchester, de los Ailsa.

—Hemos llegado. Valerie, decoro. Lena, cabeza alta —ordenó Elvina.

Con este aviso por parte de la marquesa viuda de Ailsa, bajaron las tres del carruaje para ver ante ellas a los anfitriones de la casa. El perfecto duque de Rothgar estaba flanqueado por su hermana Elena y el marido de esta, el vizconde Maine, Joseph Bail.

Los saludos de cortesía se realizaron y la respiración de Lena comenzó a agitarse al tener, ante ella, al adonis más magnífico que jamás hubiera pisado la faz de tierra. La joven hizo su reverencia más sublime, con tan mala suerte que, al comenzar a caminar para entrar en la casa y tras conseguir cruzar el umbral, se pisó el bajo de su falda y trastabilló. Un grito de estupor salió de su garganta y cerró los ojos preparada para recibir el impacto del frío suelo. La caída nunca llegó a producirse pues unos potentes brazos la rodearon, sujetándola para darle confort y seguridad.

La muchacha abrió los ojos, sorprendida por todo aquello. Un hombre con una cicatriz que le atravesaba la cara desde la sien derecha hasta un poco más abajo de la

mandíbula la miraba fijamente, con unos grandes ojos grises custodiados por una nariz respingona.

—¡Oh! —Fue el único sonido que se sintió capaz de articular. Ni un simple gracias pudo pronunciar.

—Veo que no has cambiado, renacuaja. Sigues con dos pies izquierdos —comentó jocoso el misterioso hombre.

—¿Paul? Esto… ¿Rosings? —preguntó ella, mirándolo absorta. No era correcto haber utilizado su nombre de pila, y menos en público. Su amiga Valerie trasgredía esta norma a cada rato, pero ella no debía hacerlo.

—A su servicio, milady, y siempre disponible para evitar que caiga al suelo —replicó lord Rosings, esbozando una sonrisa perezosa.

—Solo fueron tres veces. No creo que sea necesario recordarlo —dijo ella, restando importancia a la burla y molesta porque él la pusiese en evidencia en público.

—Si no hubiese sido por mí, una de aquellas veces te hubieses caído de la barca al lago y recuerdo que, por aquel entonces, no sabías nadar —apuntó Rosings, guiñándole un ojo.

—No he aprendido aún —murmuró Lena.

—Y otra de aquellas veces evité que cayeras sobre el fango y arruinases tu precioso vestido verde —señaló el hombre.

—Tú me empujaste primero —protestó lady Lena.

—Y la tercera fue cuando…

—Buenas tardes, milord —los

interrumpió una potente voz femenina —. Puede dejar ya de sostener a lady Lena Badel. Parece que ha cumplido con la heroicidad del día para con su amiga. No creo que ella vaya a necesitarle por el momento —comentó Elvina, preocupada por la intimidad que ellos acaban de compartir frente a los anfitriones del lugar, quienes no se encontraban demasiado lejos.

Lena se puso roja desde los dedos de los pies hasta la última de las puntas de su cabello dorado. Juraría que se había vuelto pelirroja. Acababa de prometer en el carruaje que sería todo un modelo de decoro y corrección. Y nada más pisar el lugar ya estaba siendo todo lo contrario. También es cierto que ser amiga de Valerie la había convertido en un poco más insensata, y que, en los últimos meses, su conducta era bastante

reprochable en cuanto algunos asuntos.

Con bastante parsimonia, aunque con toda la delicadeza del mundo, el hombre apartó sus brazos del cuerpo femenino.

—¿No vas a presentarnos a tu amigo, Lena? —preguntó lady Valerie Manchester, mientras examinaba muy a fondo a semejante ejemplar que debería estar expuesto en un museo. Era enorme y fiero.

—Señoría —se dirigió primero a la marquesa viuda—, lady Valerie Manchester, les presento a lord Rosings, Paul Bail.

—Encantada de conocerlo, milord —respondió Elvina.

—Lo mismo digo, lord Rosings —saltó Valerie, mirando de soslayo a su amiga. ¿Cómo había sido capaz de no

hablarle de este hombre en todos estos años?

—El gusto es mío. No todos los días uno ve a tres mujeres tan preciosas juntas. Debo ser un privilegiado —afirmó Paul.

Las dos muchachas sonrieron embelesadas por el cumplido. Elvina no movió ni un músculo, pero repasó a ese hombre de arriba abajo y solo necesitó esa mirada para sentenciar que lord Rosings era un hombre peligroso. Muy peligroso.

Cuando el caballero esbozó una fresca y cálida sonrisa, los temores de la matriarca de los Manchester aumentaron.

—Muchachas, es hora de comenzar a deshacer el equipaje. Milord — se despidió Elvina de él, mientras

daba un discreto empujón a su hija para que se moviese.

Cuando estuvieron en lo alto de la escalera, y ya nadie podía oírlas, Lena pasó a excusarse.

—Siento mucho mi actuación, Elvina. No volverá a suceder.

—Pequeña, solo has tropezado. Un insignificante accidente de nada. Le puede pasar a cualquiera, no tienes ni tan siquiera que disculparte —le restó importancia Elvina.

—Lena, estás empezando a parecerte demasiado a Ger, y no me gusta que las dos siempre me hagáis sentirme la mala con tanta disculpa y tanta perfección —protestó V.

—En vez de culpar a tu amiga por esa observación, bien podrías intentar ser más correcta, hija mía —la

regañó la marquesa viuda de Ailsa.

—¡Oh! ¿Ves lo que digo? —inquirió con retintín Valerie, dando una mirada de reprobación a su amiga.

—Cambiaos de ropa y, cuando estéis listas, nos veremos abajo en el salón para tomar el té con el resto de las damas. No os demoréis.

—Sí —contestaron las dos.

Lena se dispuso a ingresar en su habitación y cerrar la puerta, cuando notó a su espalda que alguien la seguía.

—Valerie, tu madre ha dicho que no nos demoremos. Hay que adecentarse. No hay tiempo para chácharas —dijo sin molestarse en asegurarse que era su amiga a la que presentía detrás.

—Dime de inmediato quién es, de qué lo conoces y por qué yo no sabía de

su existencia.

—Eres imposible, amiga. Para estar tan en contra del matrimonio siempre estás pensando en hombres —aseguró Lena.

—Eres una exagerada. No pienso en hombres. Tengo curiosidad en uno y he de comenzar a hacer mi lista con candidatos para…

—¡Basta, V! No quiero ser cómplice de tus fechorías. No esta vez. Y Paul no va a ser uno de tus candidatos. —Por algún motivo que no comprendía se sintió protectora con él, y casi hasta posesiva. Lena decidió que esto se debía a que era un amigo muy querido.

—¿Y por qué no? —A Valerie no le pasó desapercibido que su amiga usara el nombre de pila—. No es tu duque, así que es libre como un

pajarillo. ¿O hay una lady Rosings? —quiso averiguar.

—No sé si hay una lady Rosings, como bien has dicho, pero él no se prestaría a tu plan. —Sinceramente, la muchacha así lo esperaba. ¿Su amiga y Paul? No, eso no podía ocurrir.

—¿Vas a decirme de qué lo conoces? ¿O tendré que aplicarte una de las técnicas de interrogatorio de Patrick? —la amenazó Valerie.

—Nos criamos juntos los dos. Bueno, los tres. Es hermano del marido de la hermana del duque de Rothgar. —¿Por qué le temblaban las piernas nada más lo mencionaba? Fue un milagro que no se echase a sus pies para ser su sierva en el mismo instante en que lo vio ahí, ante la puerta de su casa, recibiendo a todos sus invitados. ¡Oh, Rothgar!

—¡Qué lío! No he entendido nada, Lena.

—A ver. La hermana del duque, Elena Salsbury, está casada con Joseph, el vizconde Maine. Y este es el hermano de Paul, el barón Rosings —explicó lady Lena.

—Creo que más o menos lo entiendo. ¿Eres muy amiga de él?

—Lo conocí hace unos años en mi propia finca. Siempre ha sido un buen hombre. Además de apuesto y perfecto. —Un héroe quiso decir, pero no se atrevió.

Fue una buenaventura que las tres fincas estuviesen cerca las unas de las otras y hubiesen sido vecinos. Por suerte, su propia casa de campo estaba más alejada y no la volvería a ver. No de manera voluntaria, al menos. Era

doloroso recordar el pasado para Lena.

—No sé si yo diría tanto de él. Esa cicatriz se ve fea, pero le da un aire… singular. Sí, coincido en que se ve atractivo. Interesante — comentó Valerie.

—¿De quién hablas? —Lena creyó que se había quedado demasiado rato pensando en el duque, porque no entendía a su amiga. Rothgar no tenía ninguna cicatriz.

—De lord Rosings, ¿de quién hablabas tú? —preguntó inquisidora V, frunciendo el ceño. ¿Qué se había perdido?.

—De él, por supuesto — improvisó Lena.

—Mentirosa. O escupes la verdad o voy a planear un interrogatorio que te soltará la lengua.

Lena se quedó callada. No había estado atinada desde que vio a Rothgar, impresionantemente vestido con un traje formal, con su porte ducal y esos ojos negros que harían quedarse anclada a cualquier mujer que fuese afortunada porque él decidiese dirigirle una pobre mirada. ¡Y qué decir de sus labios! Tan gruesos que cualquiera con solo verlos desearía que él los posase sobre los suyos. Su ancha espalda, que invitaba a acariciarla para saber si de verdad eran tan amplia como aparentaba a través de la chaqueta. Y esas manos… Esas manos tan grandes que en comparación las suyas eran un pequeño recorte. ¿Cómo sería sentir esas dos manos tocando su cuerpo? ¿Qué buena sensación se prolongaría en su ser al sentir esos exuberantes labios sobre los suyos?

Oh, Dios mío. ¿De dónde han

surgido todas estas reflexiones? «Lena, por amor del cielo, contente porque, ¿desde cuándo tienes tú estas preguntas sobre el sexo masculino?», se preguntó inquieta la joven.

Definitivamente, el espíritu de Valerie de la noche anterior la estaba poseyendo. Su amiga V la estaba corrompiendo a pasos agigantados y a ella le gustaba ser más fuerte y atrevida.

—Lena, ¿vas a contarlo o no? —Su amiga la trajo de vuelta al mundo real y no al de los sueños, donde Lena era una preciosa princesa que aguardaba prisionera en la torre la llegada de Rothgar—. ¡Lena, reacciona de una vez!

—¿Qué quieres saber? —preguntó sin ganas.

—¿Qué me estás ocultando?

—Rothgar.

—¿Qué sucede con el duque?

—Rothgar es mi duque. Bueno, no es mi duque. Él es…

—¡Santo cielo! ¿Todo este tiempo ha sido él? —V abrió la boca como un besugo.

—Sí —dijo con timidez Lena, mientras bajaba los ojos avergonzada.

—No lo dijiste nunca. ¿Por qué ocultarlo? —indagó V curiosa.

—No lo escondí, no lo dije porque no tengo ninguna posibilidad de ser su esposa.

—Cielo, estoy aquí. Tienes todas las posibilidades del mundo —aseguró Valerie haciéndose la interesante—. ¿Acaso crees que Emma sola pudo llegar a hacer semejante proeza con Ches?

—No voy a ser partícipe de

ningún plan descabellado de los tuyos. Eso me meterá en problemas, y demasiada carga soy ya para tu madre — repuso Lena.

—Como quieras. Solo es tu futuro y tu felicidad lo que está en juego — expuso V mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¡Espera! —Valerie sonrió sabedora de ser la ganadora del pulso.

—¿Sí? —preguntó melosa la Manchester, al tiempo que se daba la vuelta y volvía a sentarse en la cama junto a Lena.

—Tú ganas.

—Siempre lo hago, Lena. Deberías saberlo ya —afirmó Valerie.

—Te odio.

—No es cierto. Me adoras. —

Valerie le sacó la lengua como una mocosa malcriada.

—¿Tengo posibilidades con él? Tienes instinto para saber eso, amiga. ¿Has visto algo cuando hemos entrado por la puerta? —inquirió Lena ansiosa.

—De todos los posibles candidatos que pudiste haber tenido en mente has elegido no solo a un duque, sino a un hombre testarudo, rudo, arrogante y sumamente experimentado. ¿Quieres un consejo? — comentó V.

—¡Claro!

—Sé su amante. Sufrirás menos —aseguró la joven Manchester.

—¿Por qué diantres tienes que ver amantes por todos los lados? —se exasperó lady Lena.

—Rothgar es oscuro, Lena. No creo que tenga madera de buen esposo.

—Si ese es todo el consejo que vas a darme… —comenzó a decir la huérfana enfadada.

—No me gustaría verte sufrir. No por un hombre —comentó Valerie.

—Todas sufrimos en alguna ocasión.

—Yo no pienso darle ese poder jamás a nadie. Y menos a esos… a esos… seres que se sienten superiores. Ningún hombre me hará padecer. Ninguno conseguirá someterme —afirmó rotunda lady V.

—Ya estás otra vez con la misma canción. ¡Estamos hablando de mí! —Valerie miró de nuevo a su amiga y evaluó la situación.

—Por suerte, tenemos un vestuario nuevo que podrás aprovechar. Y creo que no debes parecer tan

inocente y joven. A él no le gustan las castas. Prefiere a las mujeres experimentadas y seguras de sí mismas. Es necesario que muestres un carácter propio. Que no te pongas nerviosa como suele pasarte. Será así como él pueda interesarse por ti. Captar su atención no te será difícil con esos escotes que te sugerí y que tanto te empeñaste en criticar —argumentó Valerie, echándole una mirada de superioridad a su amiga —. Y algo tenemos que hacer para que no te sonrojes como una niña infantil a la que han pescado cometiendo una fechoría cada vez que un hombre te mira. Eso sin contar que cuando te bese deberás demostrarle que sabes hacerlo incluso mejor que él — manifestó la pequeña de los Manchester con convicción.

—¿Pero cómo puedes saber tanto

sobre él? ¡Acabamos de llegar!

—Lo he estado evaluando para considerarlo como candidato desde la primera vez que lo vi, pero lo deseché en el acto —declaró Valerie con una facilidad pasmosa.

—¿Por qué? Rothgar es perfecto.

—Es muy oscuro, te lo dije antes. ¿Acaso no escuchas?

—Sí, escucho. Pero, ¿oscuro? ¿Qué quieres decir? ¡Si es encantador! Un sueño de hombre —refutó Lena.

—Pura fachada. ¿Estás segura de que no prefieres tenerlo de amante?

—No he deseado nada más en toda mi vida que el hecho de ser su esposa, desde el primer momento en que lo vi.

—Amiga, son palabras muy

sentidas. No tenía ni idea. ¡Vaya! Pero necesito saber… ¿Cómo?

—Te he dicho que lord Rosings era nuestro vecino en la finca del campo de mis padres. Me crie con ellos…

—Es el mejor amigo de Rosings. De ahí conoces a Rothgar. —V, se sentía como si hubiese hecho un gran descubrimiento—. ¿Cómo te atreves a haberme ocultado toda esa información? Hice el ridículo cuando te presenté al duque en aquel baile. ¡Ya lo conocías! Por eso él sonreía… ¡Y también conocías a Rosings! Ya sabía yo que a esas miradas que él te daba, tú le correspondías…

—No había tales miraditas, no inventes cosas —dijo Lena, rodando los ojos. Era cierto que Paul y ella tuvieron un momento íntimo en aquel suceso al que V hacía referencia, pero eso sucedió

porque eran amigos, ¿no?

—¡Claro! —Siguió Valerie con sus deducciones sin hacer caso a la observación—. Sabía que lo había visto antes. Lo sabía. Pero es que en aquel entonces él no tenía esa cicatriz. Definitivamente, esa herida lo ha metido en mi lista de cabeza.

—Rosings no va a figurar en ninguna lista. Rothgar no sonreía. Ni me recordaba, estoy segura. Tan solo estaba siendo amable. El duque no se acordaría de mí ni aunque yo fuese una piedra que ha estado llevando en su zapato durante todo un año —afirmó Lena con tristeza.

—Qué comparación más odiosa has hecho. Tienes que comenzar a cambiar tu pensamiento sobre ti misma.

—No me va a mirar ni dos veces, Valerie. No debería hacerme ilusiones

—declaró la joven.

—¿Estás de broma, Lena? —Valerie se levantó y se dirigió al espejo más próximo—. Eres perfecta. Solo ven, acércate.

—No quiero mirarme en un estúpido espejo.

—Ven. Te lo he pedido —la amenazó, mirándola tal como hacia su primo Patrick, el temido marqués de Ailsa.

—¿Qué quieres que mire? Demasiado bien conozco lo que va a reflejar ese maldito invento —protestó Lena.

—Dime qué hay ante ti, Lena —exigió Valerie tozuda. Su amiga tenía el cabello rubio, precioso, con un color de ojos muy bonito, azul mezclado con verde. Su figura era admirable,

redondeada donde debía serlo. Tal vez no fuese una belleza evidente, pero era hermosa y tentadora.

—Una mujer.

—¿Qué más?

Lena se acercó un poco al espejo para evaluarse.

—Una mujer apagada, triste, sosa, a la que le persigue la mala suerte. Que siente que es una carga para los demás. Demasiado osada por culpa de su buena amiga V —enumeró uno por uno todos sus defectos la joven Badel.

—Te diré lo que veo yo. —V se colocó a su espalda y la sujetó por los hombros para darle apoyo—. Una mujer luchadora, tierna, amable, llena de esperanza, que es capaz de poner al mal tiempo buena cara. Una hermana, una preciosa muchacha que tiene la mirada

más sincera que unos ojos aguamarina han transmitido nunca. Eres bonita, Lena. Y tienes una amiga extraordinaria. —Valerie se sentía orgullosa de sí misma.

—No me he sentido así nunca.

—Comienza pronto, porque ese hombre necesita ver a la mujer que hay debajo de esa fachada de autocompasión. Si vas a conquistarlo, vas a tener que pensar como mínimo, como lo hago yo. Además, en los últimos meses has obrado maravillas. No creo que te cueste demasiado —declaró Valerie con cariño.

—¡Madre mía! No sé si podré hacer eso. —Pensar en ser como Valerie haría que Elvina tuviese un pie en la tumba demasiado pronto, pero…

—Deberás hacerlo si has puesto

tus ojos en él. Va a ser un camino duro y debes practicar con alguien tus dotes de seducción —determinó la joven Manchester.

—Yo no tengo de eso. —Lo más que ella había tratado de coquetear con un hombre fue agitar sus pestañas cuando un insecto se metió en su párpado.

—Querida, todas tenemos de eso, como tú lo llamas. Solo debes aprender a sacarte partido a ti misma. ¿Cómo crees que pretendo ser la inalcanzable de la próxima temporada si no es siendo una mujer poderosa y segura de mí misma? —la interrogó su amiga.

—Se dice incomparable, Valerie.

—Yo seré lady Valerie Manchester, la inalcanzable.

—Tú eres realmente preciosa, V.

No necesitas más que una sonrisa de las tuyas para ser la incomparable —siguió ella en su empeño.

—La belleza es secundaria. Es el paquete, todo el paquete, el que hace que te deseen. Tu actitud va a hacer casi todo el trabajo si solo piensas como lo hago yo. Hay quien me tachará de arrogante, pero simplemente soy una mujer que tiene muy claro lo que quiere, cómo lo quiere y cuándo lo quiere. Eso es lo importante, Lena, estar segura de una misma.

—¿Mi actitud? —inquirió la joven Badel, sin saber muy bien a qué se refería su amiga.

—Vas a tener que practicar y aprender. ¿Cuánta amistad hay entre tú y Rosings?

—¿Qué estás insinuando,

Valerie? No me gusta por donde van tus pensamientos —indagó ofendida Lena.

—Necesitas un conejillo de indias para aprender —señaló V, levantando una ceja.

—Me conoce desde que yo era un bebé. No puedo coquetear o… o… lo que quiera que estés pensando. No con él —negó categórica Lena.

—Es un hombre hecho y derecho. Estará acostumbrado a que una mujer se le insinúe. Puedes, y lo harás. Aunque lo más rápido sería que te presentases en su habitación y le rogases su ayuda para conquistar al duque. Es justo lo que yo haría. Se ve que sois muy buenos amigos. —V todavía recordaba cómo Rosings había sujetado a Lena más tiempo de la cuenta en sus brazos para evitarle una caída

—¡No puedo hacer eso! ¿Te has dado un golpe en la cabeza? Hace años que no lo veo. Sencillamente, no puedo acudir a su habitación y… ¿Qué le digo? «Disculpa, Rosings, estoy completa y apasionadamente enamorada de tu mejor amigo. Por favor, instrúyeme para ponerlo a mis pies» —replicó Lena exaltada.

—De rodillas. Yo lo diría de rodillas —acotó Valerie.

—¡Por amor del cielo, Valerie Manchester! Necesitas que Patrick regrese pronto o acabarás con tu madre. Las dos lo haremos como alguien no nos frene, porque siempre consigues arrastrarme contigo —exclamó Lena, al tiempo que gesticulaba con sus brazos.

—Tú has pedido consejo, yo te digo que, si lo que ansías es casarte con Rothgar, primero tendrás que meterte

en su cama.

—¿Pero tú te oyes? —Esto era una broma de muy mal gusto.

—Soy sincera, te digo lo que veo, lo que sé. Él no se va a interesar por una jovencita casadera virginal.

—No tienes tanto instinto como tu primo para saber que eso es justo lo que he de hacer. ¡Es imposible! Y menos podré hacerlo con Rosings a modo de prueba —le rebatió Lena.

—No soy infalible como Patrick. Pero soy lo que tienes aquí, ahora. Soy tu única baza y, si piensas y haces el favor de poner esa linda cabecita a trabajar, verás que no me he equivocado en ninguna suposición, ni una sola en toda mi vida, cuando he conjeturado algo —sentenció V.

Lena abrió la boca para contestar.

Sin embargo la tuvo que cerrar. La volvió a abrir tras pensar en aquella vez que… volvió a cerrarla, pues aquella vez también ella tuvo razón.

—Ajá, querida amiga. Y te recomiendo que vayas ideando un plan para ver cómo vas a pedirle a tu buen amigo, lord Rosings, que te ayude a convertirte en una mujer experimentada.

—No pienso perder mi virtud por atrapar a un duque. —Sí, ya vería ella cómo hacía para que él se interesase y accediese a formar parte de su complot, pero no iba a dejarlo pasar de un par de besos o alguna caricia. Debía estar loca por tan siquiera estar considerando el plan de Valerie. ¿Por qué siempre con su amiga todo consistía en un plan?

—No hará falta, boba —comentó Valerie.

—¡Eso espero! —exclamó, dejando escapar un suspiro, Lena.

—Solo tiene que parecer que eres una mujer mundana. No tiene por qué ser cierto.

—Pero… pero… y si….

—Dilo de una vez, mujer. Has de ser más decidida. Más autoritaria. ¡Asume tu papel de mujer poderosa de una vez! —la instó la joven Manchester.

—La noche de bodas, cuando esté en la cama con Rothgar y vea que no soy una mujer mundana como tú dices, ¿qué hago? No sabría ni por dónde comenzar. Lo que se espera que una esposa debe hacer en el lecho —objetó Lena.

—Fácil, pequeña. Ser una tigresa, como dice mi madre que deben ser las esposas con sus maridos, para evitar que

ellos busquen calor en otra parte —soltó tan tranquila, como quien dice que está lloviendo en ese instante.

—¿Qué clase de conversaciones tienes tú con tu madre? —Lena estaba alarmada.

—¡Pues de las que importan! ¿Acaso tu mamá no te enseñó nada cuando sangraste por primera vez?

—Sí, a contener el flujo y a permanecer en la cama tranquila y relajada.

—Tengo mucho trabajo contigo. Más del que pensaba —bufó V. ¿Cómo podían haber pasado dos años juntas y no haber mantenido nunca esa conversación tan trascendental?— Tengo que contarte muchas, muchas, cosas sobre un hombre y una mujer.

—Me asustas, V.

—Y más que te vas a espantar cuando acabemos el relato.

Valerie Manchester instruyó a una sorprendida Lena sobre el arte de la seducción, que se transformó en una asqueada Lena cuando tocó continuar con el apareamiento entre los seres humanos.

Eso se veía poco atractivo, muy trabajoso y sin nada placentero que aportar. ¿No?

Capítulo 2
Pensar como Valerie

La mañana siguiente fue una especie de trampa del destino. Una carta llegada de la mansión del duque de Gales, de puño y letra de su amiga Ger, inquietó a lady Valerie Manchester. Con el papel en mano, V se dirigió en busca de su madre para explicarle que la buena de Gigi imploraba por alejarse de su padre, pues no lo conseguía soportar durante mucho tiempo más. En las

breves líneas que recibió V notó la soledad de su otra mejor amiga, y no pudo hacer más que lo que haría cualquiera en su situación: pedir autorización para iniciar una misión de rescate.

—No puedes irte ahora mismo. Y menos sola, Valerie. Si la situación es tan desesperada como dices, cosa que no creo ni por un solo momento, nos excusaremos las tres y regresaremos —declaró Elvina.

—No exagero, madre.

—Voy a tener unas palabras con el padre de tu amiga —dijo la marquesa viuda, con el semblante muy serio.

—No, mamá, no podemos irnos y hacer ese feo a Rothgar. Imagina las consecuencias si abandonamos la fiesta al segundo día de llegar. Todos

comenzarían a improvisar conjeturas. Rumores —apuntó V.

—¿Desde cuándo te importan a ti cuestiones como esa, hija mía? —Esto era muy raro en Valerie.

—Desde que la temporada está próxima a comenzar y tú no paras de repetirme que me comporte y sea menos yo —le replicó orgullosa la muchacha, pues no era del todo mentira. Aunque tampoco podía confesar la verdad, que era que no quería acabar con las ilusiones de Lena para con el oscuro Rothgar.

—No me hace gracia tener que dejarte ir. Y menos sola. Gales puede ser…

—¿Sola, mamá? —No la dejó terminar—. Me llevo a mi doncella conmigo y al guardaespaldas que nos

puso Patrick antes de irse. No estaré en absoluto desprotegida en casa de los Gales. Además, Lena debe participar en la fiesta. Es muy importante para ella coger soltura en sociedad y, sobre todo, saberse igual a ellos. No me agrada que se sienta menospreciada. Creo que esta fiesta será una magnífica oportunidad para que asuma su papel como hija de los marqueses de Bath y se dé cuenta de que es un miembro muy valorado por la sociedad —declaró Valerie con seguridad.

—Te has vuelto una joven muy madura, Valerie. Tu padre estaría muy orgulloso de ti en estos precisos momentos. —Elvina la había criado como lo hicieron con ella, en el marco de una secta para mujeres. Las Crusoe. Su esposo lo consintió y Elvina estaba muy orgullosa de su hija.

Un silencio cayó en la habitación cuando salió en la conversación el fallecido marqués de Ailsa.

—Lo sigo echando de menos cada día desde que se fue, mamá —afirmó V apenada.

—Yo también, pequeña. Yo también.

—Mamá. ¿Algún día te sentirás bien para quitarte el luto por su muerte? Son muchos años ya. No me agrada verte tan apagada —inquirió Valerie, preocupada por su madre.

—No lo sé, V. Solo sé que desde que me coloqué un vestido negro y me estiré el pelo todo el mundo me tiene pavor, y es un poder del que no estoy dispuesta a desprenderme aún —comentó Elvina graciosa, tratando de quitar hierro al asunto.

—¡Oh, mamá! Siempre haces que asome una sonrisa en mí, aunque sea en momentos de tristeza.

—Siempre, hija mía.

—¿No podías, al menos, considerar el gris? —tanteó Valerie.

—No daría el mismo miedo —replicó la marquesa viuda con el semblante dulce—. Prepara tus cosas. Y cuando llegues y veas a Gales quiero que seas correcta, pero que advierta que eres mi hija, mi vivo retrato —expresó con resolución.

—¿Por qué, mamá? —¿A qué venía eso en estos momentos?

—Tú solo hazlo y no le temas. Nosotras no le tememos…

—…a nada ni a nadie. ¡Somos Manchester! Descendientes de las Crusoe —terminó V la frase—. Pero ese

hombre es un odioso. Tiene a Ger siempre al borde de la desesperación.

—Él no tiene poder sobre ti. Recuerda todo lo que te he enseñado, pequeña.

—Deberíamos haber instruido más a Lena. —Aún recordaba la conversación de la noche anterior.

—¿A qué viene eso, V? —la interrogó su madre alzando una ceja.

—Nada, mamá. Solo quiero que sea feliz.

—Lo será, te lo garantizo.

—Ni si quiera tú eres capaz de poder cumplir semejante promesa.

—Valerie Manchester. Como diría tu bendito primo, no sería quien soy ni haría lo que hago si no fuese capaz de hacer que los míos encuentren la

felicidad —afirmó rotunda Elvina.

—Mamá, has hablado igualita que él. Solo te ha faltado poner la voz más grave —rio V—. ¿Cuándo volverá Patrick? Lo echo de menos muchísimo, aunque no a sus regañinas.

—Confío en que esté aquí para la temporada, en unos pocos meses. Pero no es seguro. Ahora ve a prepararte. Diré a Mary y a Dani que se van contigo. Si Anthony no se hubiese marchado a América estaría más tranquila al saberlo cerca de ti. —Elvina chasqueó la lengua al pensar en su otro sobrino, en el hermano menor del marqués de Ailsa. Patrick solía vivir a caballo entre Inglaterra, Francia y las Indias debido a su trabajo para la Corona. Y en uno de esos viajes del marqués de Ailsa su hermano desapareció sin previo aviso. La familia,

bueno, Patrick, consiguió averiguar el destino de Tony, aunque no su paradero final. —¿Qué te aflige, mamá? ¿Has sabido algo de él y o de…?

—Supongo que habremos de esperar a que él vuelva por su propio pie —musitó Elvina, no muy convencida de sus propias palabras.

—También lo añoro. Siento lo que le pasó con la hija de los Prescot. Siempre los padres están saboteando a sus hijos. ¡Pobre Anthony! ¿Por qué se tuvo que morir mi papá cuando hay otros tan malos en el mundo? —exclamó V con rabia.

—El padre de Eliza no es malvado, V. Es que es un elitista, un esnob, y tu primo menor no le caía en gracia. No entiende lo que de verdad importa.

—¿Anthony se enteraría de lo de papá allí en América? —preguntó Valerie.

—No lo sé, hija mía. Es como Patrick, hasta que él no quiera que lo encuentren no lo conseguiremos.

—Pero tú te escribes cartas con él. Sabes dónde está.

—¿Me espías, hija? —¿No podría esconderle ningún secreto a Valerie nunca?

—Por supuesto que no, pero estaba buscando tus pendientes de diamantes y… —Valerie vio una carta que no pudo evitar leer.

—Es como un hijo para mí. Desde bien pequeño lo crie a él y a Patrick. Yo siempre sé dónde estáis todos aunque os ocultéis del mundo, pequeña. Nunca lo olvides. Y basta de charla. Tienes un

viaje largo por delante y por Dios, Valerie, compórtate como lo haría una verdadera descendiente de las Crusoe cuando llegues a tu destino.

Elvina ya estaba disfrutando al intuir la reacción de Gales cuando viese aparecer a su hija. Su Valerie no era mala, pero podía ser igual que una plaga si veía alguna injusticia. Ella misma la había educado a su imagen y semejanza. La familia de donde Elvina descendía, las Crusoe, eran conocidas por ser una secta con poder femenino. Bien es cierto que le había pedido hacía unos minutos que fuese correcta. Sin embargo, era imposible dejar de lado la oportunidad para contrariarlo. ¡Por favor! Gertrude Lamark era la hija de ese hombre terco. ¿Gales no iba a entrar en razón nunca?

—¿Disculpa? ¿Has dicho lo que creo que has dicho, mamá? —¿Su madre

le estaba dando vía libre para…?

—No he dicho nada más que lo que has oído —advirtió Elvina enigmática.

Ninguna de las dos añadió palabra alguna. V salió de la habitación de su madre con una sonrisa en los labios. ¿De verdad la había autorizado a ser ella misma en casa de los Gales? Aquí estaba pasando algo, porque cualquiera, conociendo la reputación y el carácter de ese duque huraño, le hubiese aconsejado ver, oír y callar.

Valerie estuvo lista en un tiempo brevísimo y aguardaba el carruaje con su doncella, Mary, a su derecha y su guardián, Dani, a la izquierda. Un jinete se acercaba a lomos de un corcel blanco en dirección a la puerta de la casa. El caballero desmontó y le ofreció a Valerie una tierna mirada acompañada

de una tímida sonrisa, que a ella le pareció lo más inocente que había visto hasta el momento viniendo de un caballero.

Los rasgos casi angelicales de él la dejaron perpleja.

—Milady —saludó cortés.

—Milord —contestó ella realizando al tiempo una reverencia.

—¿Puedo preguntar, hermosa dama, si llega o se marcha?

—Por supuesto que puede. Me marcho —respondió V, con una sonrisa.

—Aun a riesgo de poder parecer incivilizado, maldigo por ello mi mala suerte. Por tener la desgracia de no haber podido disfrutar de su grata compañía, milady. ¿Me dirá al menos su nombre para poder asociar su rostro a esta melancolía que me acongojará

desde este mismo momento hasta el próximo instante en que nos volvamos a ver? — preguntó el caballero.

—Solo se lo diré si antes usted tiene la bondad de identificarse — replicó con desparpajo Valerie. «¿Desde cuándo sabía ella flirtear con tanta consideración?», se preguntó incrédula mientras oía un soplido que procedía de Dani. Estaba claro que el guardaespaldas no aprobaba al caballero.

—Vizconde Essex a sus pies. De aquí hasta el fin de sus días, mi bella dama.

—Lady Valerie Manchester le saluda, y le informa que no necesitará ni ahora ni nunca que ningún hombre esté a sus pies. Buenos días tenga usted — dijo altanera, mientras se metía con la ayuda de Dani en el carruaje. Por muy

angelical que fuera, esas buenas maneras empezaban a serle incómodas.

El vizconde se giró para seguirla con la mirada. Eso sí era toda una sorpresa. Se lamentó de inmediato por llegar tarde a la fiesta de su hermano Rothgar, por haberse parado a disfrutar de ese par de hermanas que lo estuvieron premiando por una semana de halagos, dulces palabras y bonitos cumplidos, y que le sirvió para acostarse por la mañana con la rubia y por la noche con la morena. De haberlo sabido se habría apresurado a tenerlas a las dos por la mañana a fin de poder llegar antes y conocer mejor, mucho mejor, a esa gatita que acababa de mostrar sus garras.

***

En otro lado de la magnífica finca de Rothgar, una risueña Lena acababa de despertarse con el cantar de los pájaros y los incipientes rayos del sol, dispuesta a explorar la vía que le había propuesto Valerie. ¿Por qué no podría ser ella más atrevida y audaz como su buena amiga? ¿Qué mal podría haber en ello si al final conseguía al hombre con el que desde pequeña había soñado? Además, diez años de diferencia de edad con el duque no eran nada para lo que estaba acostumbrada a ver que hacían las familias con tal de obtener más posición y privilegio en la sociedad. La marquesa viuda de Ailsa había tenido que intervenir para que una jovencita de apenas dieciséis años, que no había aún ni debutado prácticamente, no acabase casada con un hombre de sesenta, por

muy conde que este fuera. ¿Qué derecho tenían sus padres a venderla como simple ganado?

Por suerte, Elvina consiguió orquestar una trampa para que el otro pretendiente de la joven, el que esta realmente quería y que no era más que un baronet para la familia de ella, pudiese casarse con su amor.

Suspiró. Si solo Rothgar la viese… Esa noche había un baile en la finca. Sería el momento de estrenar el vestido color berenjena que tanto le gustaba y que había sido obra de Valerie. Ese atuendo era demasiado… demasiado todo para llevarlo puesto. Pese a que se veía realmente atractiva, no estaba segura de querer dejar tanta piel a la vista. Pero cuando V insistía en algo… ¡menos mal que Valerie siempre se salía con la suya!

Abrió su armario dispuesta a sacar su traje de amazona. Por la mañana el programa de actividades se iniciaría con un paseo a caballo por la finca. Ella montaba bien, aunque no como V. Nadie cabalgaba como Valerie, entre otras cosas porque ella lo hacía a horcajadas.

Se sorprendió al ver el traje de amazona de su amiga en su armario. ¿Qué estaba pasando? Lo sacó y una nota cayó al suelo:

«Piensa como la mujer poderosa que eres.

Estarás bien. Suerte.

Te quiere, V.

P.S. ¡A horcajadas!»

¿Una nota? ¿Su traje? No, no, no.

No podía dejarla sola ahí. Elvina… ¿Dónde estaba la marquesa viuda? Un ataque de pánico comenzó a invadirla. Salió como alma que lleva el diablo en dirección a la habitación de Elvina, sin importarle que tan solo llevaba un ligero camisón, sin bata, descalza y con la cabellera aún revuelta.

Nada más dejó su habitación se tropezó con todo busto. Un armario, mucho más grande que el que ella había abierto hacía escasos segundos.

—Disculpe, milady. —Oyó decir desde dos cabezas más arriba, pues ella solo veía un amplio pecho que le aplastaba la nariz. Cerró los ojos y reconoció enseguida esa voz. Un «¡oh!» pulsaba por salir de su garganta. Con toda la fuerza de voluntad que pudo reunir lo acalló y se obligó a pensar en Valerie. ¿Qué haría V en esta situación?

—Debería mirar mejor por donde anda, milord, y tener más cuidado. —¡Qué insensata! ¡Si la culpa había sido de ella!

—Le he pedido disculpas, pese a que no ha sido mi culpa. Y ahora, si me permite, podré continuar mi camino y le dejaré seguir el suyo.

Lena se despegó del pecho de él y vio nerviosa que el hombre aún tenía el pomo de la puerta de la alcoba de lady Prior en la mano. Estaba más claro que el agua lo que él había hecho en esa habitación y por qué tenía prisa por huir. Valerie le vino a la mente de nuevo.

—Lo haré, milord, pero deberá comprender que necesitaré un juramento para que lo que aquí ha pasado nunca se sepa —soltó poseída por el espíritu de su amiga.

El hombre se sorprendió por las palabras que acababa de decir esa insulsa jovencita. ¿Quién era ella? Le sonaba vagamente, pero no conseguía ubicarla. Solo podía pensar en que esos lindos pezones que se entreveían en ese dulce camisón blanco inmaculado lo acaban de rozar. Y ella, lejos de sentir vergüenza o taparse, se erguía ante él segura.

—¿Y qué ha pasado aquí exactamente, milady? —Debía admitirlo, estaba fascinado por la situación.

—No hace falta ser un genio para darse cuenta de que me estoy escabullendo tal como usted mismo hace y, si tiene el gusto de soltarme, podré regresar a mis aposentos sin ser vista más que por usted. Confío en su discreción. —El hombre bajó la mirada

y vio que le había agarrado el brazo izquierdo a ella. Se apresuró a soltarla como si quemase.

Lena se giró sin decir nada más, sin esperar a que el duque de Rothgar le asegurase su silencio. Nada más darse la vuelta dejó que su corazón se desbocase libre y sonrió por haber obrado de igual modo que Valerie lo habría hecho. Segura, poderosa y mundana. Porque la declaración que le había hecho a él no podía ser ni más alta ni más clara. Solo quedaba confiar en que realmente Rothgar fuese todo un modelo de discreción y no la pillase tampoco en su embuste, porque si no…

La doncella entró en su habitación nada más cerrar la puerta y Lena saltó como un gato asustado. Ninguna de las dos dijo nada. Anna la ayudó a vestirse. El traje de Valerie era

de terciopelo azul y la falda realmente eran unos pantalones que le iban a permitir montar al semental que ella elegiría de la forma que lo haría su mejor amiga, con quien ya ajustaría cuentas por atreverse a dejarla sola. Y, por supuesto que sí, lady Lena Badel iba a escoger al caballo más duro y fiero que hubiese en las cuadras, porque si iba a ser una copia de Valerie, no sería una falsificación barata. Sería exacta. Gracias al cielo que la buena de la joven Manchester la había enseñado a cabalgar con el pura raza de Patrick, Blackmoore, que era una mala bestia.

Bien mirado, ser parecida a V no iba a suponer una complicación tan elevada como la que previó, puesto que ambas llevaban mucho tiempo siendo cómplices. Lo único que Lena debía hacer era olvidar que en esta aventura

ella no iba a ser la voz de la conciencia de V, sino todo lo contrario: para ella misma.

Antes de salir de su habitación se miró al espejo. Comprobó su atuendo. Su sombrero estaba ladeado y debía admitir que la sugerencia de Anna para soltar unos pocos mechones y hacerla un poco más revoltosa la había sorprendido gratamente. Sobre todo en estos momentos que veía el resultado. Comprobó su escote. ¿Pero es que Valerie necesitaba enseñar tanto incluso mientras montaba a caballo? Únicamente esperaba que todo eso consiguiera seguir oculto bajo la tela mientras cabalgaba.

—Buenos días, milady.

—Buenos días, Paul —respondió Lena, pues Valerie utilizaría el nombre de pila. «Bien hecho, Lena», se felicitó a

sí misma.

—Aún no se han levantado las demás damas. Es muy temprano todavía, Lena —correspondió él también a su trato familiar.

—Siempre me ha parecido algo tonto permanecer en la cama simplemente porque es la costumbre que una dama no se levante antes de las doce, o incluso después. Si quiero disfrutar de un fresco paseo, ¿por qué no he de hacerlo solo por ser aún temprano y no estar bien visto? Además, el anfitrión dijo que hoy, damas y caballeros, estaban invitados a cabalgar.

—Es una caza, Lena. Rothgar soltará una bandada y mostraremos nuestra puntería como los hombres de la selva que somos —se jactó Rosings—. Las damas saldrán más tarde a disfrutar del aire libre y dudo que alguna ose

montar un caballo como el que el mozo está ensillando para ti.

Paul se acercó a ella para ponerle tras la oreja un mechón de los que Anna había dejado libres y que no paraba de moverse al viento, libre. El gesto fue de los más íntimo y, entonces, vio lo lista que había sido Valerie al instruir a su doncella. Porque era imposible que esa idea del peinado hubiese partido de Anna. Lástima que el truco estuviese resultando con el que no debía.

—Sé qué es una caza, milord, y, de hecho, estoy ansiosa por comenzar. Será divertido ver las quejas de unos cuantos caballeros por que una mujer los gane. —Alzó la cabeza arrogante.

—No tienes armas. Eres una dama y vas con un traje de amazona. Regresa a la casa, renacuaja, y haz lo que hacen el resto de las mujeres. —¿En

serio, este también? Si Valerie estuviese aquí se le habría echado al cuello y él estaría luchando por respirar.

Lena ofreció una sonrisa ladeada y se acercó hasta el semental. Se subió de un salto sin ninguna dificultad.

—Le sigo, milord, y confío en que me permita utilizar sus armas, pues las mías están en Londres. —Todas las veces en las que había peleado con V por no querer que esta le enseñase a tirar… ¿Quién iba a pensar que eso sería alguna vez útil?

Lord Rosings se quedó embobado mirando a la muchacha. Ciertamente, Lena había cambiado mucho. Si siendo una jovencita era adorable, mucho más que encantadora si debía ser sincero, en estos precisos minutos esta mujer era puro fuego montada a horcajadas sobre ese poderoso animal que ella estaba

controlando con habilidad.

—De acuerdo, pero no te separarás de mí ni un solo instante.

—Que gane el mejor tirador. —Le guiñó un ojo y salió a la carrera. Maldita Em, que le había enseñado a guiñar un ojo mientras lanzaba una sonrisa. Paul debería pensar que era una auténtica descarada.

«De verdad, ¿quién era esta Lena?», se preguntó Rosings ahí de pie, sin poder moverse. La anterior ya le había causado una excelente impresión. Pero esta mujer… Si no iba con cuidado iba a conquistarlo y él no estaba buscando esposa.

Llegaron hasta un claro donde los hombres, más de una veintena, se giraron al verla llegar. Lejos de amedrentarse, Lena estiró el cuello y se

mostró más orgullosa que nunca. Desde luego, si V la hubiese visto en el día de hoy… Y eso que apenas había comenzado.

—No te separes de mí, Lena —le pidió Rosings al ver cómo los hombres la examinaban demasiado atentos.

—No se separe usted de mí, milord. No acepto órdenes. —¡Madre mía! Y Valerie sin verlo. Por más que se lo relatase no la creería ni en un millón de años.

—Lenaaa. —Él trató de hacerla entrar en razón.

—¿Hemos venido a disparar o a conversar, Paul? —inquirió ella alzando una ceja.

—Te ayudaré a desmontar —afirmó firme.

Antes de que su buen amigo de la

infancia pudiese llegar hasta su lado, ella de un salto se colocó en el suelo. Revisó su escote y todo seguía en su sitio.

Ambos se acercaron hasta donde estaba el grupo de caballeros. Vio a su héroe por el rabillo del ojo, pero lejos de mirarlo hizo como si no hubiese apreciado su presencia.

Rothgar no tardó en acercarse hasta la pareja. Lena luchó por contener la sonrisa de la victoria.

—Esto no es una merienda de té con pastas, milady. —Se giró hacia su amigo. —Rosings, devuélvela a su lugar.

—Lo he intentado, pero ha sido imposible.

—¿Tiene curiosidad, milady, por ver lo que hacen las armas? ¿Sabe que la curiosidad mató al gato? —la

interrogó Rothgar.

Lena vio que portaba un arma en el cinturón de su pantalón. Se acercó y mirándolo a los ojos desenfundó el arma de su empuñadura en un movimiento que era mucho, mucho, más que intrépido.

—Bonita. Algo ligera para mí, pero parece fiable. ¿Tal vez sería usted tan amable de compartirla conmigo? Por olvido, las mías se quedaron en Londres —comentó la joven Badel con una sonrisa.

Rothgar se quedó mirándola fijamente. Los dos se midieron con sus miradas. Ella no se achicó. Tenía unos ojos increíbles, pensó él, y valentía para desafiarlo. Los primeros rayos del sol que asomaban le estaban haciendo más justicia que la poca claridad que había en el pasillo esa mañana cuando la

encontró con el pelo suelto y en fino camisón.

—Quédese con la mía, milady. Esperemos que no mate a nadie. Tú la trajiste, Rosings, es tu responsabilidad. El servicio le proporcionará más de recambio.

—Tú pusiste el arma en su mano, amigo —señaló divertido el barón Rosings

—Ella la cogió solita —le recordó él, mientras se alejaba en dirección al centro del tumulto.

Primero en medio del pasillo regresando de una aventura nocturna, y en estos momentos se presentaba montando a horcajadas con un traje que no era un vestido, y empuñando un arma que audazmente había sacado de su cinturón. Rothgar, por primera vez en

su existencia, se vio descolocado por lo que a simple vista parecía una joven virginal. Tenía que haber puesto más atención en esta pequeña seductora. ¿Vendría de la habitación de Rosings cuando se la cruzó en el pasillo?

Los celos se apoderaron del duque. Las mujeres pasaban primero por su alcoba antes de llegar hasta la de Rosings. En su juventud no había sido tan obvio. El peso de su título sobre el de barón las había conquistado, pero no a todas. Más bien a la mitad. Porque el barón tenía ese don de la palabra que James no poseía, pero con esa fea cicatriz en su rostro las féminas no lo veían como antes del accidente. Daba igual que Paul contase la historia de cómo se había convertido en un héroe al salvarlo a él mismo de la muerte cuando los asaltaron unos contrabandistas

cargados de alcohol que pretendían huir y robarles.

Rothgar aún recordaba aquella sangre. Su amigo, sin dudarlo, se interpuso en el camino de un cuchillo que venía directo hacia él. Le debía mucho a Rosings. De esa hazaña aún conservaba en sus bodegas un excelente whisky que consiguieron confiscar a aquellos malhechores, los cuales huyeron por patas.

James volvió a enfocar su mirada en esa mujer y maldijo por lo bajo por desear que esa sonrisa fuera dirigida a él y no a su mejor amigo.

¿Vendría de su habitación? Se volvió a preguntar.

—¿A qué estás jugado, renacuaja? —se interesó Paul.

—No vuelvas a llamarme así. Por

si no lo has notado he crecido. No soy ninguna niña —le reprendió la joven Badel.

—Créeme, Lena, soy perfectamente consciente —dijo él, con un brillo en los ojos que ella no supo identificar—. Estás jugando con fuego con Rothgar. No estás preparada para lo que puedes desencadenar. Repliégate.

Lena ladeó con romanticismo la cabeza y le dedicó su mejor sonrisa.

—¿Acaso está celoso, milord?

—Si con él estás jugado con fuego, conmigo, querida, provocarás un incendio que no sabrás ni dónde se inició, ni mucho menos de qué manera apagar —afirmó él con una sonrisa torcida.

Paul se alejó de ella dejándola sin comprender la amenaza, porque eso

había sido una amenaza, sin embargo, no entendía la naturaleza de la misma, ni conseguía resolver el verdadero significado de la frase.

—¿Ha venido a disparar, milady, o a admirar el paisaje? —le preguntó sin volverse Rosings.

—Ciertamente, vale la pena pararse a admirar este bello paisaje —dijo ella alzando la voz y mirando fijamente a Rothgar—, pero supongo que hemos venido a disparar.

La media sonrisa que apareció en la boca de su amigo hizo que Rosings se diera la vuelta para observar a Lena. La mujer sacó sus ojos de Rothgar y los posó en Paul. Lo que vio Rosings fue a Lena mirarlo con media sonrisa, la misma que había puesto una fracción de segundo para el duque. Lo dejó descolocado. ¿Se estaba refiriendo a él

mismo? ¿Tan loca estaba como para coquetear con él de forma tan descarada frente a todos los hombres de la fiesta, después de lo que le había advertido? ¿Lena quería algo con él?

Era la pequeña Lena, la dulce e inocente Lena, que había sido una niña tranquila, callada, sosegada… Una jovencita de quince años que se había desarrollado demasiado rápido para su edad y que a él, con veinticinco años, lo había llevado a la locura por despertarle esos sentimientos que no deberían haber aparecido nunca con una niña. Sin embargo, Lena ya no era una niña. Si él tenía veintiocho, ella debería tener unos dieciocho, aproximadamente, y la audacia que estaba demostrando lo tenía de nuevo desatado.

Todavía podía recordar el calor de su cuerpo cuando el día anterior la

había salvado de sufrir una caída. La mantuvo entre sus brazos, porque no estaba preparado para separarse de ella y dejar de admirar esos ojos tan llenos de vida y expresivos, de un color imposible que Dios había creado solo para ella, para hacerla única.

Rosings la había advertido, pero ella parecía querer seguir con el juego. Y si Lena quería jugar…

Hacía mucho tiempo, demasiado, que ninguna mujer se interesaba por él, y que fuese precisamente ella lo llenaba de ilusión, porque sus pensamientos ya no podían estar condenados. Lena era una mujer casadera. ¿Casadera? ¿Desde cuándo esa palabra estaba en su vocabulario? Seductora. Quería haber pensado en seductora, no casadera, trató de convencerse. Además, ella era la protegida del marqués de Ailsa, y ese

hombre, sin estar en el reino, podía ser toda una maldición. Demasiadas escenas retenía Paul en su mente del brillante Patrick siendo implacable en Eton.

Paró de andar para esperarla y poder caminar junto a ella. Rothgar volvió a colocarse delante de ellos.

—Bien pensado, Rosings, yo me haré cargo. Lleva mi pistola y temo que por un mal uso de ella pueda acarrearme un disgusto. Siempre he sido un anfitrión responsable. —La mirada que le ofreció a la joven hubiese sido intimidante para la antigua Lena, no para la recién descubierta.

—No hará falta, Rothgar. —A Paul, no le gustaba ni un pelo la cara de depredador que estaba poniendo el duque. Lena no era para James.

—Yo creo que sí —rebatió el

noble, dando un paso más hacia la dama para tenderle la mano.

El cuerpo de Rosings se interpuso entre Rothgar y su objetivo.

—La traje yo. Es mi responsabilidad, dijiste —manifestó su amigo.

—Demasiada carga para ti —replicó el duque mirándolo.

—Podré soportarlo, James. —Cuando él usaba el nombre de pila del duque la cosa estaba por ponerse fea.

—¿Saben, caballeros? Hace años que dejé de necesitar una niñera. No voy a comenzar de nuevo a tener una, y menos en este preciso instante —medió la joven Badel en la lucha de voluntades que había comenzado entre los amigos.

Lena pasó por delante de los dos y los dejó con la boca abierta al mover

las caderas de forma tan sugerente. Rosings se apresuró a seguirla con la mirada y Rothgar hizo lo propio.

—Creí que habíamos venido a disparar —comentó ella, volviéndose para verlos ahí parados, pues ninguno de los dos se había movido de su lugar. Rosings esbozó de nuevo una sonrisa divertido y Rothgar parecía estar relamiéndose los labios. Una sensación que no le gustó nada a Paul.

Los disparos comenzaron. Los sirvientes se afanaban en cambiar las armas de sus patronos. Lena dio diana en varios ejemplares. Valerie la había enseñado bien y, pese a que hubiera sido capaz de ganarlos a todos, no quiso más que causar una buena impresión dejándoles creer que tenían posibilidades de vencerla, porque, si se empleaba a fondo, estaba segura de que

muchos de esos llamados caballeros pedirían al anfitrión su expulsión por dejarlos en ridículo en su propio juego. Como diría Elvina chasqueando la lengua: ¡Hombres!

En ese preciso momento comprendió los consejos que Valerie llevaba años dándole. Realmente todo era un juego. Una diversión donde las mujeres podían tener la capacidad de llevar la voz cantante y causarles la ilusión de que realmente eran ellos quienes las gobernaban. ¡Ajá! Elvina se lo había dicho multitud de veces y hasta el momento no había entendido ni una sola de aquellas palabras tan raras.

Y sí, los dos brutos se pasaron toda la jornada de caza luchando por las atenciones de ella, por lo que Lena se sintió pletórica. Rothgar no solo se había fijado en ella, sino que podía

confiar en su amigo Paul para que la defendiese, pues la reacción de Rosings no era más que el deber de un amigo de la infancia que trataba de protegerla de su amigo. ¡Ay, si Paul supiera que ella estaba como loca por hacer que Rothgar cayese a sus pies! No, no lo intentaría, lo haría, se juró a sí misma.

Justo cuando acabaron los tiros y los hombres demostraron que eran hombres, una mujer se acercó al grupo montando como hacía una verdadera dama, en una silla de amazona. Había hecho su aparición estelar lady Prior, Amanda de nombre de pila, la esposa del conde Prior, quien Lena intuía que era la amante del duque.

—Creí que no acabaríais nunca. Estamos aburridas solas allí, tantas mujeres sin atención masculina. Haced el favor de regresar.

La mujer, de edad más cercana a Rothgar y su mejor amigo, se paró a examinarla detenidamente al verla.

—Vaya, vaya. ¿Qué os habéis traído aquí? —preguntó con sorna—. ¿Os habéis perdido, lady Lena? El salón de té queda un poco más lejos, muchacha —añadió irónica.

Lena agarró el arma humeante que aún portaba en sus manos y se acercó a Rothgar para volver a colocarla en su legítimo lugar.

—Milord, sois afortunado, tenéis una magnífica arma con vos, pero demasiado pretenciosa y pesada para mi gusto. —A este juego ella sabía jugar. Muchas veces había visto, o más bien oído que para el caso le servía, a Valerie colocar a mujeres como ella en su sitio.

Una sonora carcajada salió del

duque, quien aún no se creía que esa jovencita fuese lo que parecía ser. ¿Y qué parecía ser? Bien, James aún no lo sabía, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

—Creo que es hora de regresar. El aire fresco e insípido que se respira aquí resulta aburrido, tedioso y poco estimulante, ¿no crees, Rothgar? —comentó Amanda con desdén. ¡Ja! Esa jovencita insípida no sabía con quién se estaba midiendo ¡A ella con amenaza veladas! Estaría masticándola en un segundo y escupiéndola al siguiente.

—Sí, es hora de regresar, lady Prior —señaló Rothgar, pues no tenía ganas de que Amanda ofreciese un espectáculo.

Lena elevó la cabeza, no podía quedarse callada. Le dedicó una de sus mejores sonrisas a la dama pensando en

lo que iba a contestar. De la mujer pasó al duque, pero a él le dio una muestra más sugerente mientras se encaminaba seductora hacia su montura. Se agarró del pomo de la silla de montar y se alzó sin esfuerzo.

—Fresca, impredecible y con capacidad para domar a un semental —soltó la joven, mirando al vacío, mientras azuzaba a su caballo para que ninguno de los otros tres pudiese ver lo roja que se habían vuelto sus mejillas con esa alusión.

Lena salió al galope. Necesitaba aire fresco y dejar atrás toda la ansiedad que había estado conteniendo desde que se había encontrado frente a Rothgar. Estaba loca, definitivamente estaba demente. Gracias al cielo, la última frase solo la habían podido oír el duque. La dama —¿dama? y un cuerno, más bien

la víbora— y Paul, quien parecía que se iba a desmayar desde que la vio subir al caballo antes de comenzar la caza.

Si Patrick se enteraba de su comportamiento, ni Elvina sería capaz de salvarla del castigo. Estaba segura de que el marqués de Ailsa la encerraría en su habitación y tiraría la llave al fondo del océano. ¿Y si se enteraban los demás invitados? En la fiesta estaban las chismosas más conocidas de Londres. Ni tan siquiera el primo de Valerie conseguiría salvar su maltrecha reputación. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué había hecho?

No tenía que haberle hecho caso a Valerie, pero era el único modo de que Rothgar supiese que ella existía, que Lena estaba ahí respirando el mismo aire que él.

Y vaya si había funcionado. El

duque se había pasado gran parte del tiempo observándola y estando pendiente de ella. Y no solo el duque, ¡Paul la estaba protegiendo de él! Su buen amigo siempre se había preocupado por ella, hasta que unos meses antes de la muerte de sus padres dejó de verlo, pues él cortó todo contacto. ¿Por qué haría algo como aquello de la noche a la mañana si él se había portado siempre tan bien con ella? ¿Sería por la cicatriz? ¿Desde cuándo la tendría y cómo se la habría hecho?

Llegó a lo alto de la colina y pudo contemplar esa grandiosa finca. Si fuese la duquesa de Rothgar todo eso sería suyo. No únicamente él, con quien llevaba años soñando, sino todo lo que le alcanzaba la vista. Suspiró, a ella le daría igual vivir en una choza en lo alto

de un árbol con tal de tenerlo.

Los cascos de un caballo la hicieron girarse. Ya estaba ahí Paul.

—Has tenido agallas, renacuaja. Nadie le habla a Amanda así y sale viva para contarlo —declaró su amigo.

—Supongo que ser parte de los Ailsa tiene sus ventajas.

—Siento lo de tus padres.

—Te lo agradezco.

—Has cambiado mucho, Lena —comentó Rosings.

—El tiempo pasa, Paul. ¿No creerías que me quedaría siendo una niña para siempre? —le preguntó.

—Puedo ver que eres una mujer —afirmó él. Esos pechos que parecía que iban a salirse de ahí eran una prueba más que fehaciente. Sin

menospreciar esas mejillas rosadas a causa del ejercicio, que se sumaban a sus labios, rojos y jugosos, que hacían que cierta parte de su anatomía también sintiese que era una mujer más que apetecible.

—Gracias, supongo —contestó Lena, sin estar muy segura. ¿Acaso su amigo no podía ver cómo ya no era una niña pequeña?

—He salido de la casa con un poco de pan, queso y un trozo de pastel. Pensaba comérmelo yo solo, en la tranquilidad del campo, pero tal vez te apetezca reponer fuerzas después de la competición. Lo has hecho francamente bien —dijo Rosings. «No deberías tentarte así, Paul. Haz que salga corriendo en este preciso instante», se recomendó a sí mismo.

—De haber querido, hubiese

podido ganar —se le escapó a Lena.

—No lo dudo, tienes una puntería excelente. ¿Te enseñó Patrick? —No estaba ofendido, todo lo contrario.

—No, su prima —le informó la joven.

—Lady Valerie Manchester —murmuró Paul—. He oído hablar mucho de ella y al fin puedo decir que la conozco.

—Sí, tienes el privilegio de conocerla. Es magnífica.

—No lo diría si no fuese de otro modo, y coincido en que es una mujer que parece muy leal —afirmó Paul.

—Lo es, sin duda es una de las mejores personas que he conocido. Me salvó cuando no tenía a nadie a quien recurrir.

—Siento no haber estado.

—Tampoco es que hubieses podido hacer mucho por mí —replicó Lena, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Me enteré tarde del fallecimiento de tus padres y, cuando regresé, no conseguí dar contigo hasta pasado un tiempo. Sabía que estabas bien con la marquesa viuda de Ailsa y con su sobrino.

—¿Conoces al marqués de Ailsa?

—Estudiamos juntos en Eton. Fuimos buenos amigos. —Y más cosas que no podía desvelar, pensó Paul—. Patrick es un buen hombre también, leal como su prima, imagino.

—El mejor que conozco —apuntó la joven con orgullo.

—¿Es un desaire hacia mí, Lena?

—¿Por qué se sentía de pronto ofendido al oírla hablar con tanta devoción de otro? Él no quería parar a examinar ese sentimiento.

—No pretendía serlo —se lamentó lady Lena, por causarle desasosiego a su amigo.

Paul desmontó de su caballo. Lena lo pudo admirar. No era como Rothgar. Ambos eran corpulentos. El duque era más versátil, más elegante. ¿Cómo podía decir V que era oscuro si para ella él era todo luz? Rosings sí se veía oscuro, duro, rústico. Debía reconocer que era un hombre muy…

—¿Vas a quedarte conmigo? —Paul la sacó de su comparación.

—No creo que sea una buena idea. Debo volver, la marquesa viuda de Ailsa debe estar preguntándose dónde

estoy. No quisiera enfadarla o preocuparla.

—Así no hablaría una mujer que acaba de decir que está dispuesta a domar a un semental —la picó él en su orgullo.

—En estos momentos puede que me invada la cordura —declaró. «Además, tú no eres el semental que tengo intención de domar», pensó atrevida la joven.

—¿Ahora tienes miedo? —Rosings trataba por todos los medios que ella no se marchase, le apetecía mucho tenerla un rato para él solo.

Lena se tomó un segundo. ¿Cómo iba a demostrarle al duque que era una mujer mundana si temía quedarse a solas con un hombre? Además, era Paul. ¡Por amor del cielo! Era inocuo.

—No tengo miedo. ¿Has traído un poco de vino?

—Sí.

—Ahí tienes tu respuesta. —El semblante de Rosings se iluminó al saberse ganador.

—¿Te ayudo a desmontar, renacuaja?

—No, y no me gusta que me llames así. Te lo he dicho antes.

Algo enfadada, Lena saltó de su montura con más ahínco del que debería. Notó un frío extraño… miró de frente a Paul y se quedó petrificada al verlo babear. ¿Él estaba babeando? Frunció el ceño y bajó la vista hacia su busto. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! Maldita Valerie y sus escotes bajos. Se dio la vuelta al momento y trató de colocarse el pecho de nuevo en el

vestido. Los dos pezones habían saltado libres fuera del corsé y del vestido, dejándolos a la vista de él. Su amigo había visto sus dos pezones. Quería morirse en el acto. ¿Qué iba a hacer? Recordó que ella ya no era Lena, era una copia bastante buena de Valerie. Se recompuso, se dio la vuelta hacia él dispuesta a ser una mujer mundana. Esbozó su sonrisa más pícara.

—Odio cuando pasa eso. Las modistas deberían prever que las mujeres nos movemos demasiado si vamos a caballo, ¿no le parece, milord?

Lord Rosings solo podía tragar saliva rememorando, una y otra vez, la imagen de esos dos capullos rosados puntiagudos que sus ojos habían tenido el gran privilegio de contemplar bañados por la luz del sol. La boca se le hacía agua por momentos al pensar en

cómo sabría de dulce ese vino que portaba en la mano al ser derramado sobre esas dos cumbres, para después beberlo. Su entrepierna no saltó, se revolucionó con semejante pensamiento.

—¿No le molesta a usted cuando le pasa eso, milord? —preguntó ella coqueta señalando ese bulto que asomaba en sus pantalones. La charla de V no había caído en saco roto, porque Valerie había dicho que cuando un hombre estaba excitado se notaba por su miembro erecto. Su amiga le tuvo que hacer un dibujo de aquello, porque ella no alcanzaba a comprender. ¡Y vaya! Lo estaba viendo en primera persona. Toda sonrojada de vergüenza, pero negándose a demostrarla. Así estaba Lena haciendo frente a su situación.

—Más de lo que crees, pequeña bruja. Te dije que conmigo no verías por

donde iba a venir el incendio —afirmó Rosings.

Paul soltó el pan, el queso y la botella de vino, la aferró por la cintura como si no existiera un mañana y posó sin demora sus labios sobre los de ella.

Lena no supo lo que estaba pasando hasta que sintió algo húmedo que le acariciaba los labios. ¿Esto era su primer beso? ¿Con Paul? Ella no sabía besar, pero V había dicho que el duque no iba a querer a una inexperta. Con un poco de suerte podría averiguar pronto todo lo importante sobre ser una excelente besadora de hombres.

Los labios de Paul eran duros, exigentes. La instaban a abrir su boca. Lena la entreabrió y él se metió de lleno, furioso, en busca de su lengua. Necesitaba saborearla con urgencia. La estatura de ella le permitió a Rosings no

tener que agachar demasiado la cabeza para comenzar a buscar su cuello.

Besos angustiosos comenzaron a recorrer esa parte de su cuerpo en busca de la oreja derecha de ella. Paul estaba afanado, deleitándose en la dulzura de esa piel blanca, aunque en ningún momento había olvidado esos preciosos botones rosados que se moría por volver a ver. Hábilmente, sus manos sacaron los pechos de ella fuera y tuvo que retirarse un poco, para admirar esa delicadeza. Al separarse la vio entre sus brazos con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, los ojos cerrados y la respiración agitada. Estaba admirable, perfecta para que él colocase el mundo de las sensaciones a sus pies.

La boca de Rosings regresó a la de ella mientras una mano agarraba con fuerza su trasero y la otra palpaba su

seno derecho. Dos dedos de él comenzaron a juguetear con el pezón para rodarlo de manera delicada y conseguir que ella diese un gran gemido, gustosa. Paul sintió plenitud ante su reacción. Lena podía parecer una mujer experimentada, había demostrado una audacia sin igual, pero se había dado cuenta de que era totalmente inexperta y apostaría su fortuna a que ella no había sido besada jamás.

Esto, lejos de desanimarlo a retroceder en sus avances, lo excitaba aún más. Imaginarla intacta esperando por él era un sueño hecho realidad.

Años había estado recordando que esa jovencita de quince primaveras lo había desarmado por completo, por lo que se iba a cobrar una deuda que tenían pendiente.

No podía más. Esto no podía ser así. El relato de Valerie fue asqueroso pero las sensaciones que entonces su cuerpo estaba transmitiendo a su cerebro dejaban sentenciado que ella necesitaba esto. Esto y mucho más, porque no podía dejar de pensar en que quería que Paul le sacase el vestido, llevase sus manos por todo su cuerpo y… ¡Atención! ¿Paul? No era Rothgar. Él no era su duque. Lena estaba traicionando a James Salsbury.

—Por favor, Paul, por favor…

La súplica de ella lo encendió hasta magnitudes insospechadas. Sabía que era una locura lo que estaba haciendo con ella y que no debería haber comenzado siquiera. Nada de eso importaba en estos momentos. Ella estaba entre sus brazos suplicando.

—Tranquila, renacuaja. Te daré

lo que necesitas —dijo contra sus labios, sin dejar de manosear su pecho y su trasero.

—No, Paul. Suéltame. Por favor, detente. Te suplico, te imploro, que no sigas. —Lena se alejó un poco de la neblina de la lujuria. Si bien no quería que se detuviese, no podía traicionar a Rothgar.

Los brazos de ella trataban de contenerlo. El barón frenó en seco. Lena estaba siendo arcilla moldeada. Estaba disfrutando de sus caricias. ¿Por qué lo mandaba parar? Se separó de ella a duras penas para ofrecerle espacio. Nunca ninguna mujer lo había instado a soltarla.

—Lo siento, no me di cuenta de que mis atenciones te incomodaban. —Su voz era áspera, seria, severa. No debería haberle hablado así. Pero,

¡infierno! No podía ponerle la miel en los labios para retirársela cuando apenas había comenzado a saborearla.

Lena se sintió mal por verlo tan malhumorado, incluso angustiado, y tal vez enfadado.

—Soy la causante de esto. Supe que este estúpido vestido me metería en problemas nada más verlo esta mañana, pero no pude resistirme. Lo siento.

Paul percibió en las palabras de ella remordimiento y culpabilidad. Se entristeció por haber sido tan rudo en su recriminación inicial, tras esos magníficos besos y esas sensaciones tan extrañas que Lena había conseguido imprimirle.

—No, he sido yo el que no ha podido resistirse. Te pido disculpas por mi arrebato. Está del todo injustificado

—le dijo él aún de espaldas a ella, porque si se daba la vuelta…

—Los dos hemos estado desacertados en las decisiones de hoy. — Lena estaba tratando de recomponer todo su atuendo.

—Supongo que sí. Y espero que lo que ha pasado aquí no empañe nuestra amistad —manifestó Paul dándose la vuelta para mirarla a los ojos. Lena apreció que eran palabras sinceras, porque definitivamente Rosings no estaba dispuesto a alejarse de ella.

—Por mi parte no lo hará. —Ella le sonrió en señal de gratitud, aún avergonzada.

—Olvidemos esto que ha pasado. —Rosings correspondió a su sonrisa con otra.

—Sí, es una excelente recomendación. —Era fácil decirlo. Pero, ¿hacerlo?

—Para que podamos superar el momento, propongo que nos quedemos y tomemos ese tentempié que había sugerido antes de… de… Cuanto antes dejemos de sentirnos incómodos el uno con el otro, antes podremos superar lo que ha pasado —consiguió al fin proseguir Paul.

—De acuerdo —aceptó Lena. Tenía sentido lo que decía su amigo porque ella no podía ni mirarlo a los ojos—. Te prometo que mantendré a estos dos ocultos —dijo ella, tratando de ser graciosa para restar importancia a la contrariedad y señalando sus dos magníficos pechos.

Esos dos que se estaban quejando por haberlos privado de las atenciones

de Rosings. Pero Lena los reservaba para Rothgar. Pensó en Valerie. Su amiga, y no ella, tenía la culpa de todo esto. Ya arreglarían cuentas, ¡vaya que sí!

—Será mejor que no me recuerdes a ésos. Estamos en esta situación justamente por ellos. —Él también trató de poner un toque de humor, pero no le funcionó porque su entrepierna no conseguía volver a su estado de reposo. Sería mejor cambiar el rumbo de la conversación antes de que volviese a asaltarla.

—Bien, esto no ha ocurrido. Por favor, sentémonos y disfrutemos de las vistas. —Lena trataba de convencerse a ella misma, no a él.

—Tengo un mantel aquí. Haremos un improvisado picnic. —Era necesario superar esto lo antes posible. Pero, ¿por qué sentía que debería salir

huyendo de allí? Levantó la cabeza y la vio. Esa sonrisa ingenua que Lena ponía era mucho más arriesgada que la mujer audaz que había visto durante la caza. De una manera o de otra, es decir, siendo una joven inocente o siendo una mujer experimentada, él sentía debilidad por lady Lena Badel y era algo que no debería estar pasando—. Oh, sí, será perfecto.

Paul desplegó el mantel mientras Lena recogía del suelo los enseres que su amigo había lanzado antes de… de todo ese episodio, del que no volverían a hablar y del que sería muy difícil olvidarse, pensó Lena con inquietud.

Los dos se sentaron sobre el mantel. Eso sí, con la separación más amplia que la tela pudo ofrecerles. Miraron al frente y contemplaron la bonita escena, que más parecía un

lienzo acabado de pintar que una realidad.

—Es una finca preciosa —comentó la joven.

—Lo es, Elena está fascinada con ella. No permite a mi hermano Joseph marchase de aquí.

—Entiendo que se trata de un terreno y una construcción que son fáciles de amar, pero a una mujer casada le gusta tener su propio hogar. Por muy hermosa que resulte, no es su casa.

—Mi cuñada no es capaz de dejar solos a sus dos hermanos. No es como si Rothgar necesitase una niñera, pero el pequeño… El menor de los hermano, lord Essex, es complicado.

—¿En qué sentido? —Lena quería averiguarlo todo del duque. ¿Sería un

buen hermano? ¿Los suyos eran lo primero para ese hombre? ¡Qué estupidez! Por supuesto que para Rothgar, el héroe, como ella lo había apodado, lo primero serían los demás. Se reprendió a sí misma por olvidar que su duque era el mejor.

—Dime, renacuaja, ¿qué has estado haciendo? —Paul estaba más interesado en descubrirla a ella.

—He sido una carga, Paul. —No olvidaba sus circunstancias y lo buenos que eran los Ailsa. Lena iba a regañarlo por volver a referirse a ella con ese mote, pero su sonrisa se lo impidió.

—No lo creo ni por un segundo. Alguien como tú sería una bendición, jamás un lastre.

—Agradezco tus palabras, pero ambos sabemos que no puedes ser

objetivo al respecto.

—Tengo curiosidad, Lena. ¿Por qué no puedo ser objetivo a este respecto? —¿Tan obvio había sido al mostrar sus atenciones que ella ya lo había descubierto?

—¡Vamos, Rosings! Eres como un hermano mayor para mí. Siempre fuimos buenos amigos. Sé que nunca dirías una palabra en contra mía, al igual que de mi boca no saldría calumnia alguna hacia ti. ¿Recuerdas el día del barro?

Paul apartó la desilusión que acababa de sentir. Sabía que tenía que estar contento porque ella le entregase el honor de ser el hermano que nunca tuvo, pero…

—Eras una mocosa que se había convertido en mi sombra. Estaba

cansado de tenerte siempre cerca, perdí los nervios. Me disculpé entonces y reitero mi pesar ahora.

—¿Sabes lo que hubiese pasado si me llego a caer en el barro? —Lena recordaba el esmero con el que se había vestido para captar la atención del duque. Ella se pegaba a Rosings, ¡claro que sí! Rothgar y él eran uña y carne ya por aquel entonces. No había otra manera de poder estar cerca de su héroe. Lena tenía que ir donde él fuera, porque era el medio para poder estar cerca del duque.

—Lamento el empujón que te di, pero estabas interfiriendo en nuestros planes. Si llego a saber que eras tan buena tiradora, te hubiese dejado participar en el juego. Fue cargante tener que aguantar los aires de James después de ganarnos a todos.

—Casi me caigo en el barro, y hubiese sido lo más bochornoso hasta la fecha —comentó Lena.

—Conseguí sujetarte. No estuviste nunca en peligro de desplomarte en la pocilga de los cerdos.

—Estuve muy cerca. —Rosings la hizo sentir tonta ante su héroe en aquel entonces. Aquel gritito de pánico resonaba todavía reciente en su mente.

—Lena, ni en un millón de años yo hubiese permitido que acabases sucia, rodeada por cerdos, y aun si no hubiese conseguido evitarlo, no te habría dejado sola allí.

—¿Sola? —Estaba intrigada.

—Hubiese sido una agradable compañía para ti en el fango. Hubiese compartido tu humillación sin dudarlo.

Lena rompió a reír.

—¿De verdad te habrías lanzado al barro conmigo para evitar que yo sola hiciese el ridículo más espantoso del mundo frente a tus amigos?

—Por supuesto que sí, porque no me cabe la menor duda de que me habrías lanzado una gran bola de fango sobre mi preciosa cara —replicó él con una sonrisa.

—Sí. Sea como fuere, habrías acabado manchado de barro si yo hubiese caído allí.

—Lo sé, por lo que también sé que si llegas a estar en esa tesitura te habría acompañado gustoso. Sería el castigo por mi mal hazaña. — Inclinó la cabeza, caballeroso.

—Afortunadamente tuviste suerte y ninguno de los dos tuvo que quitar el lodo más que de sus zapatos aquel día.

Los dos estallaron de nuevo en risas al recordar el suceso. Lena se quedó mirando fijamente a Rosings. Él se incomodó, pues sabía lo que ella estaba contemplando con mucho interés.

—Yo… —Quería hacer una pregunta que no sabía si sería peliaguda.

—¿Sí?

—¿Qué te paso? —Era mejor ir sin tapujos.

—¿A qué te refieres? —«Veamos si eres tan valiente como creo que eres», pensó Paul.

—Tu cicatriz.

Bravo, se dijo Rosings. Pocas personas tenían el valor necesario para quedársele mirando como ella lo había hecho y, a continuación, preguntar sin

temor.

—¡Ah! Me había olvidado de ella —mintió. Esa herida estaba siempre en su mente haciendo de él un ser obsesionado con su aspecto—. Por un momento casi la había olvidado. Es curioso cómo con ciertas personas consigo ser el de antes, no todos me permiten olvidar que soy un monstruo. —Esto último sí era cierto.

—Tú no eres ningún monstruo —protestó Lena, que se sentía de nuevo mal por haberle provocado esos pensamientos.

—Es una herida muy fea. —Las damas se incomodaban al tenerlo cerca.

—Valerie dice que te hace más interesante. Que cuando te vio por primera vez no percató en ti porque no tenías la mejilla marcada.

—Tu amiga es de lo más extraña —comentó Rosings.

Ninguna jovencita tendría esos pensamientos con un hombre, y menos con uno que estaba tan marcado como él. Al principio se había dejado barba, intentaba disimularla con el pelo más largo… Todo inútil. Así que se volvió a afeitar, se cortó el pelo y decidió intentar ser el mismo que antes de aquello.

—No te haces una idea —manifestó Lena. Si Paul supiese los consejos que le había dado V para conquistar a Rothgar, estaba segura de que él pondría el grito en el cielo.

—A las mujeres les desagrada mucho tener que mirar a un hombre como yo —afirmó su amigo.

—Eso lo dudo —rebatió Lena.

Aun con cicatriz incluida, Paul era un hombre apuesto.

—Te agradezco tus palabras, pero no ha sido lo mismo desde esto —dijo, pasando su pulgar sobre la gruesa raya —, y creo que en estos precisos momentos la que no está siendo objetiva eres tú.

—Seguro que lo que habla es el orgullo herido por no ser el conquistador que eras —le picó Lena, tratando de sacarle una sonrisa.

—Puede ser. Ahora ese título lo lleva Rothgar y no puedes hacerte una idea de lo desagradable que se pone. James lo convierte todo en una competición. Es exasperante —bufó Rosings.

—Las mujeres no deberían ser objeto de juegos, apuestas o cuestión de

orgullo, Paul —le indicó la joven Badel.

—Y no lo son —afirmó rotundo. Al menos no por su parte. Sin embargo, Rothgar…

—No es eso lo que acabo de entender.

—No soy el seductor que era antaño. Dejémoslo ahí. —Paul no tenía ganas de reñir con ella y el tono de Lena indicaba que, si erraba en alguna apreciación, se llevaría una buena crítica.

—Está bien. Entonces, ¿me vas a contar qué consiguió hacer de ti alguien más interesante? Porque esa cicatriz sirve para que hayas dejado de ser un hombre arrolladoramente atractivo y seas simplemente apuesto. Te ha venido bien, aunque lamento el dolor que puedo advertir que te causó —declaró la

joven.

A Rosings se le iluminó la cara. Era Lena, seguía siendo ella. Allá donde los demás veían problemas, allá donde los demás tenían solo curiosidad malsana, ella era capaz de ver más allá.

Lena. Lena seguía haciendo que él sonriese como un niño estando en su presencia. Esa frescura, esa naturalidad y, por qué no, esa audacia de mujer seductora, le conferían todo lo que un hombre podría buscar en una mujer.

Paul ya se había visto una vez subyugado por esa ternura, esa mirada cándida, pero… Él era un hombre curtido y su amiga de la infancia era una mujer, toda una mujer, que sería capaz de poner a sus pies a quien ella se propusiera. De conseguir aquello que ansiase. Poderosa.

—¿Paul? ¿Vas a contármelo o no?

—Fue una tontería. Nos atracaron a Rothgar y a mí. Uno de ellos sacó un cuchillo y acabé pagando los platos rotos. —El relato era más largo y sustancial. No obstante, a él no le apetecía entristecer la jornada. La quería sonriente y feliz a su lado.

—Lo siento. No pensé que sería algo tan trascendental.

—Ahora dime qué has estado haciendo tú —pidió Rosings.

—Metiéndome en líos —dijo sin pensar—. Valerie y yo, no sabemos bien cómo, solemos acabar en asuntos delicados, en unos enredos que les cuestan un gran disgusto tanto a Elvina como a Patrick, y sus consiguientes reproches.

—¿Seguro que no sabéis cómo? Apuesto a que las dos sois siempre las mayores responsables de lo que os sucede. —Si la Lena que tenía ante él era problemática, aun sin quererlo, y sin probablemente saberlo, lady Valerie Manchester sería un torbellino.

—Sí, eso es verdad —convino ella, arrugando la nariz y reconociendo que a veces sí podían ser como una plaga, como las calificaba Patrick a V, Gertrude, Emma y a ella misma.

—¿Es duro? —preguntó Paul viéndola perdida en sus pensamientos.

—¿Qué? —Lena no entendió lo que quería saber.

—El marqués de Ailsa.

—Dijiste que lo conocías. —Si pensaba que era duro, o bien era porque realmente no lo conocía o porque Paul

había hecho enfadar al marqués.

—Lo conozco, pero no lo imagino en el papel de niñera con dos jóvenes como vosotras. Sé que es impredecible e intratable la mayor parte de las veces, y me hace gracia, mucha, imaginarlo reprendiéndoos y haciendo de su vida un infierno constante.

—No es duro, no al menos con nosotras, ¡y no hacemos de su vida ningún infierno! —No eran malas, es que no tenían buena suerte.

—Me da en la nariz —dijo él, dándose unos toques ahí mientras se ponía más cómodo sobre el mantel—, que no estás siendo sincera.

—Está bien. Solo un poco. Pero Valerie sabe cómo manejarlo.

—Dudo que alguna mujer pueda manejar a ese hombre.

—No me agrada el término manejar —ella arrastró la palabra—, pero sé que hay mujeres capaces de manejar a los hombres. —Valerie era una prueba bastante clara, pero Elvina era toda una experta en ese arte. Una vez la oyó tratar con el duque de Gales brevemente, dos frases, pero él se quedó callado sin rechistar, y el padre de Ger era el mayor de los tiranos.

—¿Tu amiga es una de ellas? —Paul sabía la respuesta a esa pregunta.

—Oh, sí. Valerie lo es. Tiene un talento natural para eso. —Ciertamente, era admirable cómo V era capaz de manejar al sexo contrario.

—Y tú, Lena, ¿eres una de ellas? —Rosings quería conocerla, saber todo y sí, también sabía la contestación a esta interrogación. Porque si ella le pedía algo mientras lo miraba con esos ojitos

que estaba poniendo, tan dulces, él se dejaría manejar, conducir y lo que ella quisiese.

Lady Lena se tomó un momento para recapacitar sobre la pregunta. Toda su vida había sido como un corderito manso y no había conseguido nada con esa actitud. Años antes, a sabiendas que Rothgar no la vería, intentó que su amabilidad y bondad hablasen por ella y que en un futuro, cuando ella fuese una mujer en busca de un marido, él la recordase y la pudiese tener en consideración. Sin embargo, eso no había surtido ningún efecto.

—Lo seré. Lo soy, de hecho —recapacitó, expresándolo llena de seguridad. Una convicción que hizo que a Rosings le entrase un escalofrío.

—Apuesto a que sí, Lena. El hombre al que pongas a tu pies será

muy afortunado.

—De rodillas, Rosings. Lo pondré de rodillas. —Valerie se había ido, al menos físicamente, pero su espíritu no iba a abandonarla. ¿Cómo sería tener en la palma de la mano a un hombre como Rosings? ¿Rosings? No, ¡Rothgar! ¿En qué estaba pensando? La culpa del desliz eran esos ojos grises que tanto le habían alegrado en su niñez. Sí, era Rothgar en quien estaba pensando al hablar de poner de rodillas a un hombre.

—Estoy seguro de que conseguirás todo lo que te propongas. Te lo mereces —declaró Paul, y era sincero. Lena había pasado demasiado. La muerte de sus padres, en extrañas circunstancias, y ella sola en el mundo. Demasiadas desgracias ya habían transcurrido por su vida. Era hora de

felicidad. Él podría hacerla tan feliz… ¿Él? Sacudió la cabeza tratando de lanzar fuera esos pensamientos.

Los dos se quedaron un momento mirándose a los ojos. Esa charla se estaba convirtiendo en algo demasiado íntimo para ambos, aunque ninguno parecía percibirlo.

—Creo que es justo que tú me digas algo sobre ti.

—Dime qué quieres saber y estaré encantado de complacerte. —«¿De verdad, Paul? ¿Complacerla? ¿No había otra palabra?», se recriminó Rosings.

Lena tragó saliva al ver ese brillo en sus ojos. No era que ella fuese muy ducha en eso de la seducción, había empezado esa misma mañana a practicar los consejos de Valerie y lo

que menos había esperado Lena era poner la gran mayoría en marcha tan rápido. Tenía que retornar esa conversación a un terreno seguro. Su instinto así se lo advertía porque, pese a que ella no era una Manchester como Patrick y V, esos años con ellos le habían enseñado un par de cosas como, al parecer, darse cuenta de cuándo una conversación comenzaba a ser apurada y no era sensato permanecer por más tiempo en compañía de un hombre.

—Te agradezco sinceramente el tentempié y la conversación. Ha sido bonito recordar viejos tiempos, pero ahora sí debo volver. Elvina me matará y, esta vez, sí soy responsable del castigo que me imponga la marquesa viuda de Ailsa. —Lena ya se había puesto de pie y estaba recogiendo las cosas.

—Regresa, tranquila. Lo entiendo. —Rosings luchó para no alcanzarla y volver a hacer que regresase a su lado. Aun sin estar tocándola sintió la pérdida de su calor.

—¿No vienes? —preguntó Lena, al advertir que Paul no se había movido del lugar donde estaba recostado con tranquilidad.

—No es conveniente que nos vean aparecer a los dos juntos. Tendrás menos problemas si no soy tu escolta en esta ocasión, ¿no crees? —Además, necesitaba un tiempo de tranquilidad después de una mañana demasiado intensa.

—Sí. —La joven Badel tuvo que reconocer que era una buena idea—. Entonces, disfruta del paisaje.

—Lo intentaré, pero no será lo

mismo. Desde luego que no —dijo Rosings sin ser consciente mientras la repasaba, tan hermosa y arrebatadora.

Lena frunció el ceño. Su amigo de la infancia estaba muy extraño y enigmático. Y de nuevo, su instinto le decía que no preguntase. Subió a su montura, comprobó que todo seguía en su sitio. Salió del lugar sintiendo… No lo sabía, pero algo era diferente en ella.

Capítulo 3
Llegan las complicaciones

—Ya era hora, jovencita. —Una Elvina en la entrada del vestíbulo con los brazos cruzados estaba de pie frente a ella.

—Lo siento.

—No quiero ni saber lo que has estado haciendo, porque estoy muy contenta y no quiero que me arruines la diversión —comentó la marquesa viuda.

—¿Qué es lo que te tiene tan satisfecha, Elvina?

—Todos los caballeros están hablando de lo magnífica que es lady Lena Badel. Te felicito, pequeña. Sea lo que sea lo que haya pasado esta mañana, ¡bravo!

Lena no sabía si era una buena noticia, porque al repasar lo que había hecho desde que se había levantado…

—Elvina. No te lo digo todo lo que debiera, pero doy gracias a Dios cada día por haberte puesto en mi camino —manifestó la joven con seriedad y gratitud.

—Y yo doy gracias exactamente por lo mismo. Ve a cambiarte y a prepararte para la comida. Se hace tarde.

Lena se acercó hasta la matriarca

de los Manchester y le dio un beso en la mejilla. La quería tanto como a su propia madre.

El resto del día fue como cualquier otro, salvo porque sintió los ojos de lady Prior a cada paso, a cada cucharada de sopa que ella dio durante la comida. ¿Ciertamente esa mujer la consideraba competencia para con Rothgar?

La situación era como mínimo divertida, porque la condesa de Prior era toda una señora llena de energía, elegancia y, sin lugar a duda, estaba mucho más instruida en la cama. No era ningún secreto que ella disfrutaba de las atenciones de muchos caballeros, y sabía, sin necesidad de tener la intuición del marqués de Ailsa, que a Amanda ella no le caía, ni le era simpática. Pero esa mujer no era un problema para nada. En

primer lugar porque Lena sabía que, por muy buena amante que fuese lady Prior, no podía tener jamás a su duque. Ella ya estaba casada. Y, en segundo término y más importante, ella contaba con la protección de Elvina y Patrick, quienes eran temidos. El marqués no estaba en el reino, pero su bendita tía podía ser abominable si así lo requería la situación. Lena estaba segura de estar protegida y a buen recaudo.

***

Los días pasaron demasiado deprisa. No había andado ni un solo paso favorable hacía Rothgar. Todo lo conseguido aquella mañana había sido en balde. Lady Prior se cuidaba mucho de no dejarlo solo, ni mucho menos a su

alcance, y lo que más le sorprendió fue que tampoco conseguía separarse de Rosings. Ahí había algo muy extraño.

Lena había tenido las ilusiones puestas en la primera cena de la semana, donde se había programado el primer baile, pero no estuvo acertada en su atuendo. Ese vestido rosa pastel de cuello alto no había sido una buena idea. La culpa de la elección la había tenido el percance con el vestuario de Valerie. Tenía miedo, pánico y furor de que algo semejante le sucediese en un salón atestado por las altas personalidades que en la fiesta de Rothgar se daban cita.

Pero en esta nueva cena formal todo iba a ser diferente.

—¿Lista, pequeña? ¡Oh! —Elvina no pudo continuar por la sorprendente imagen que se descubría ante ella.

—Lo estoy.

—Puedo verlo, estás… estás…

—¿Tan Valerie? —El vestido color berenjena, que se había negado a ponerse cuando lo debería haber hecho, estaba ajustado como una segunda piel donde tocaba estar. Los pulcros guantes blancos, esos que V se negaba a llevar, y las perlas de su madre, las que su amiga consiguió salvar de los acreedores, le conferían un aire mujer perversa mezclado con el de una niña ingenua.

—No. Estás perfecta. Preciosa, siendo lady Lena Badel, mi orgullosa protegida —afirmó rotunda Elvina con cariño.

—Gracias.

—¿Puedo saber a quién se debe? —Elvina no era tonta. No la había presionado desde que habían llegado,

pero Lena era como un libro abierto y sabía que su interés estaba en Rosings o en Rothgar. Al principio, atando cabos pensó en el duque, por las conversaciones que habían surgido entre su hija y su amiga, pero no estaba segura del todo. La gente solía menospreciar su don de atención y comprensión. Ella no era una Manchester original, pero llevaba sangre Crusoe, algo todavía más efectivo.

Además, si Lena era fácil de leer, la mal llamada lady Prior —porque aquella sí era una bruja de las de verdad, a la que solo le faltaba la verruga y la escoba para salir volando— era tan obvia en las miradas de odio que le daba a su pequeña que sabía que los afectos de su protegida estaban en uno u otro lado.

Lena no se atrevía a contestar la

pregunta. No quería descubrirse, aún no, y tampoco quería faltar a la verdad. Nunca podría mentirle a Elvina.

—Lo entiendo. Cuando quieras hablar aquí estaré para ti. Es hora de bajar y demostrar lo que vales, mi niña. —Le dio unos golpecitos sobre la mano que le había agarrado mientras conversaban.

—Lo agradezco de todo corazón, Elvina.

Salieron de la habitación de Lena en dirección al comedor principal. Al llegar sonrió angustiada, todas las miradas se volvieron hacia ambas mujeres. Lena, discretamente, bajó los ojos hacia sus dos montículos peligrosos. Por un instante se temió lo peor. El susto pasó tras comprobar que seguían ocultos bajo el vestido. No conseguía olvidar el bochorno que sintió cuando

pasó, y eso que había sido ante una sola persona. Si algo semejante le ocurría ante el elevado número de invitados que había ahí… ¡mejor ni pensarlo!

Elvina notó la inquietud de la muchacha al verse tan observada. La marquesa viuda ya no recordaba lo que era ser el centro de las miradas. Bien, sí, ella se convertía muchas veces en ese foco, sin embargo no era por ser una mujer arrebatadora, como lo era en estos momentos lady Lena Badel.

La comisura de los labios de Elvina se movió. La mujer estaba recordando sus años mozos cuando dos pretendientes lucharon por sus atenciones. Un duque frente a su marqués de Ailsa, su esposo difunto, su William.

—Estás arrebatadora, te lo dije. Vamos, ve, diviértete y atrévete a soñar

—le aconsejó la marquesa viuda al ver que se acercaba hasta ellas un Rosings que a Elvina misma le hacía desear ser de nuevo joven. ¡Qué hombre!

—Señoría —saludó el joven, primero a la de mayor rango—, milady —le sonrió a Lena.

—Barón.

—Paul —respondió Lena en un susurro y obviando toda etiqueta, pero realizando una reverencia. Él sonrió más ampliamente al verla de nuevo tan cercana.

Lord Rosings debía confesar que estos días, tratando de alejarse de ella, no habían resultado ser más que un padecimiento. Dejarla a un lado había sido un buen plan en principio, pero no contaba en que el efecto de su falta se había tornado en una asfixia, como lo

era dejar una potente droga. En aquellos días cuando su cara no volvió a ser la que era, el dolor y la desesperación lo habían llevado a refugiarse en la evasión que ofrecía el opio. El regreso de ese lado oscuro fue duro. Lo mismo que le estaba pasando con Lena. Pero, ¿qué mal podía haber en dejarse enredar en su delicadeza? Después de todo, esa joven, desde bien pequeña, había sido decorosa, cargada de buen juicio. Por más que él quisiera disfrutarla, confiaba en que ella hiciese lo que había hecho hace unos días: pararlo. No había nada que temer ahí.

¿Y ese vestido? De acuerdo, sí, desde que la había visto bajar por la escalera no podía más que lamerse los labios. No era correcto que él, tras enfocar sus ojos y recorrer su cuerpo, se hubiese detenido en sus dos apetecibles

pechos, esos que se moría de ganas de volver a amasar. Asimismo, en aquel interludio en campo abierto, solo había podido conocer la textura de uno de ellos, el izquierdo, en pro de apretar ese turgente trasero, por lo que el otro pecho estaría sintiéndose celoso. Y a él no le gustaba dejar nada a medias.

—¿Me permiten ser su acompañante? —El barón ofreció sendos brazos. Las mujeres inclinaron la cabeza en señal de gratitud y, tras los anfitriones, entraron en la sala para tomar asiento.

Lena no había captado únicamente la atención de Rosings. El duque quedó gratamente sorprendido, pero harto desconcertado. Un día esa muchacha parecía toda una mujer, tan osada, tan desinhibida, atractiva… y al otro le parecía una sosa, insípida y

virginal chiquilla. ¿Cuál era la verdadera lady Lena Badel?

Rothgar miró a la mujer que llevaba del brazo. Amanda era fascinante. Lo había sido, más bien. Sin embargo, estaba cansado de sus escenas y sus recriminaciones. Él tenía ganas de pasarlo bien y no había quien mantuviera su atención más de unos pocos meses. La mujer que estaba junto a él era la prueba de ello, porque no podía soportarla por mucho más tiempo.

Todo había sido una competición entre Rosings y él. La rubia había posado los ojos en su amigo tras su rechazo, pero él no estaba por la labor de que el barón conociera los atributos de Amanda antes que él. Rothgar no era tonto, Amanda no se había planteado siquiera considerar a su amigo hasta que él le dijo «no me interesa». La mujer se

centró tras esa negativa en Rosings. Se aprovechó de esa circunstancia para meterlo a él, a Rothgar, de lleno en la competición. No le sorprendería saber que ambos la hubiesen compartido. Ella era insaciable y su marido era demasiado mayor para poder seguirle el ritmo. Además, Prior tenía sus propias mujeres.

Ya en la mesa, al frente de todos los invitados como anfitrión, se detuvo a observar a la muchacha con más detenimiento. En la vida hubiera puesto sus ojos en lady Lena Badel. Patrick, el marqués de Ailsa, era una razón muy sensata para refrenarse, pero debía admitir que era una berenjena perfectamente redondeada allí donde debía serlo, a la que le gustaría hincar el diente. Se felicitó a sí mismo por la broma mental. El color de su vestido era

como ese vegetal que en estos momentos le apetecía probar.

—No tendrías que ser tan obvio —le espetó la mujer sentada a su lado, cerca de su oído para que nadie la pudiese oír.

—¿Disculpa? —El duque enfocó sus ojos en la rubia que tenía a su derecha.

—¿Una jovencita virginal, James? Si no cierras la boca todos se darán cuenta y te dejarás a ti mismo y a mí, ya puestos, en ridículo —le reprendió Amanda.

—Ella no se ve para nada virginal. —Lena estaba impresionante.

—Lo es, créeme. Veo el rubor desde aquí cada vez que Rosings le hace un cumplido. —Lady Prior se lamentó enseguida de sus palabras, La

experiencia le decía que Rothgar siempre quería ser el mejor en todo.

—¿Te atreves a mostrarte celosa? —Ella, que estaba casada, ¿volvía a recriminarle otra vez su comportamiento con otra mujer?

—¿Celosa? Eres uno más de mi lista, querido. No el único —replicó la mujer, pues tenía que restar importancia a su ataque de posesividad. Ella no era tonta.

—Lo sé, el único que no está en esa lista es el cornudo de tu esposo — le espetó Rothgar, que se volvió a felicitar por su audacia.

—Eres un maldito bastardo. —El duque sabía hacer daño, pero ella también podía hacerlo. Incluso más.

—¿Acaso no es la verdad, Amanda? —Estaba hastiado con su

compañía. Demasiado monótono ya. Si quisiera siempre lo mismo se casaría. Interesante observación, ¿cuál era el motivo de ese pensamiento?

—Lo cierto es que eres un segundón, Rothgar. Siempre lo serás. Por mucho título que ostentes, Rosings siempre será mejor que tú —replicó mordaz Amanda.

—No seré tan segundón cuando pasaste primero por mi cama. —La rubia sonrió. Ahí estaba su oportunidad.

—¿Crees que fuiste mi primera opción? Intenté darle celos a él contigo, nunca a la inversa —comentó de farol, sin embargo estaba en el tiempo límite y no iba ganado la partida—. Pude haber tenido al que quisiera. Lo elegí a él y para ello tuve que hacerle ver que me interesabas tú primero. Tu negativa supuso un duro golpe a mi plan, pero

cuando viste que me interesé por él regresaste a mi vera. No fui bastante para Rosings, debo reconocerlo. Sin embargo, el premio de consolación no estuvo mal. Aunque los he conocido mejores.

—Mientes —la acusó James, escrutándola de hito en hito.

—Cree lo que quieras, querido. —Rothgar no era rival para ella, había picado. Pero debía quitarse de encima a esa mocosa con rapidez. Si Rosings seguía dispensándole atenciones a la muchacha, su amigo iba a ponerse a competir de nuevo—. Ahora, si me disculpas, la cena se está volviendo aburrida. Tal vez sea el momento de dedicarme a otros asuntos más interesantes que los que he tenido entre manos estos meses.

Amanda se levantó de la mesa

secándose los bordes de la boca con la servilleta de modo muy elegante, mirando fijamente al caballero que tenía enfrente, del que sabía que no le había quitado la vista de encima desde que ella había bajado por la escalera. Esperaba que Rothgar recogiese el guante, porque era un magnífico amante y no estaba por la labor de dejarlo escapar con tanta facilidad. Pelearía con uñas y dientes por él.

Por mucho que los Ailsa protegiesen a esa joven, lady Lena se acababa de encontrar a una enemiga que era implacable cuando amenazaban con tocar lo suyo. Rothgar no iba a volverla a mirar aunque ella tuviese que sacarle los ojos a él y desfigurar a la joven.

Desfigurarla… El desfigurado… Comenzó la mujer a cavilar. Él, Paul, iba

a ser la pieza clave del tablero. Ella era la reina, y ningún peón, por mucha audacia que demostrase, se iba a interponer en su camino.

Amanda puso a trabajar su cabecita nada más llegar a su habitación. Esos dos se llamaban amigos, mejores amigos, pero entre Rothgar y Rosings había una rivalidad inusual, sobre todo en cuanto a mujeres se refería. La flagrante mentira que le acababa de contar a James, durante la cena, era prueba de ello. Hacía meses que había seleccionado con sumo cuidado a Rothgar para meterlo en su cama. Amanda había sido evidente en sus insinuaciones hacia el duque, pero él no se había interesado por ella hasta que hizo entrar a Rosings en la balanza. Rothgar era muy predecible en ese aspecto.

Desde que lady Prior los conocía, Rosings no se había acercado a ninguna mujer, y esa pequeña arpía haría que su hombre iniciase una competición con su amigo. No lo permitiría, no cuando se veía a la legua que ella buscaba un marido, que lo tenía a él en el punto de mira, y que su mayor protector era el marqués de Ailsa, un hombre que no toleraba la traición y que, si pescaba al marido de una de sus pupilas en la cama de otra mujer, le cortaría sus partes íntimas. No, esa muchacha, lady Lena, no podía echarle el lazo a Rothgar.

Había estado tranquila estos días, porque Lena se había vuelto a comportar de forma insustancial. Sin embargo, esta noche estaba demasiado sugerente. Además, lo que la hacía más atractiva para Rothgar era que su amigo estaba subyugado a ella. Cualquiera con

dos dedos de frente podía ver el interés genuino del barón, y ese pretendiente era del agrado de la marquesa viuda. ¡Tal vez incluso les haría un favor a todos con su estrategia!, pensó lady Prior, con una brillante sonrisa en su rostro.

Lady Lena era un problema que había que eliminar con la precisión de un cirujano, y ya puestos, se llevaría a Rosings con ella, porque era elemental, para mantener a Rothgar en su cama, que ellos se separasen.

***

Lord Rosings se quedó mirando la salida apresurada de lady Prior. Obvio que la pareja había discutido. ¿Por él? La mirada de su amigo era penetrante

en ese momento. Movió la cabeza en un gesto corto, en muda pregunta hacia el duque. Rothgar desvió la mirada.

—Paul, ¿me escuchas? —le preguntó Lena molesta al ver que la estaba ignorando.

—Siempre. —Regresó la vista a ella. Era todo lo que esperaría o buscaría en una mujer.

—Mentiroso, no estabas prestando atención. Te hubiese llamado asesino y ni te habrías percatado. Comprendo que lady Prior es muy atrayente. No obstante, pensé que yo era una buena conversadora. — ¿Por qué sonaba como una niña pequeña con una rabieta?

El barón compuso su mejor sonrisa. ¿Serían celos eso que detectaba en su voz? Parecía que sí por el puchero

que había puesto en el rostro. Su corazón saltó de emoción. Tenía que tranquilizarla.

—No es ni la mitad de atrayente que tú, renacuaja.

—No me llames así —protestó Lena.

—Me gusta verte fruncir el ceño cada vez que lo hago. No creo que pueda parar de hacerlo. Te ves adorable si te hago enojar —manifestó el barón.

—Malvado —dijo ella, con una sonrisa cálida.

Tras los cuatro primeros platos llegaron las anguilas. Al verlas, Lena se puso verde. Eran asquerosas de ver. No iba a poder probar eso. ¡Oh, no! Notaba que algo quería escapar de su estómago. Vomitar sobre la mesa del duque de Rothgar sería peor que ir con los pechos

desnudos. ¿Por qué le pasaban estas cosas a ella? ¡Si es que tenía muy mala suerte!

Miró en dirección a la marquesa viuda de Ailsa para pedir auxilio. Elvina estaba demasiado entretenida conversando con un caballero que sonreía como un joven embelesado. ¿Encontraban a Elvina atrayente? Cierto que la marquesa viuda de Ailsa era una mujer con numerosos atractivos, pero hasta la fecha no había visto nunca a un hombre acercarse a ella, sobre todo porque la temían. Solo un hombre había sido capaz de plantarle cara, el padre de Ger, y salió mal parado de la conversación.

La arcada se hizo más evidente. Lady Lena Badel se agarró el estómago tratando de evitar que el contenido saliese.

—¿Qué sucede, Lena? —inquirió él al observarla tan pálida.

—Son las anguilas. No puedo ni verlas. He de salir de aquí o… —susurró.

Lord Rosings se puso de pie.

—Señoría —se dirigió a la marquesa viuda de Ailsa, que estaba no muy lejos de ellos—, lady Lena necesita un poco de aire fresco. Si me lo permite estaré encantado de acompañarla hasta las puertas. O, si lo prefiere, usted será mejor compañía que yo.

—Sí, las anguilas no le agradan. Será conveniente que la escolte, milord, hasta que se lleven el plato. Es usted muy amable, milord.

Ante la sala, la marquesa viuda dejó claro que aprobaba la compañía y la salida de ambos. Elvina sabía que

Lena estaría con ganas de vomitar. La primera y única vez que se sirvió este manjar en su casa, su sobrino, Patrick, acabó con las botas llenas de los jugos gástricos de ella.

Ambos se apresuraron a salir del lugar a toda prisa.

—Gracias, Paul. Pensé que no conseguiría contenerlo. Son asquerosas —explicó la joven cuando traspasó apenas unos pocos metros las puertas del jardín.

—A mí me encantan. Por tu culpa me estoy perdiendo un plato delicioso. Espero que sepas valorar el esfuerzo que he hecho por salvarte de nuevo —trató de bromear.

—Por supuesto que sí, pero eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

—¿Qué se supone que hacen

los…?

—¿Se encuentra mejor, milady? —los interrumpió Rothgar.

Sí, el duque estaba ahí parado frente a ellos preguntando sobre su salud. Trató de no saltar de pura felicidad.

—Sí, gracias. El aire fresco ayuda. —«¿Por qué había de ser tan perfecto?», se preguntó Lena.

—Le contaré un secreto, yo también las odio —dijo él en una confidencia—. Ahora que he venido, Rosings, creo que podré librarte de la tarea de acompañante. Algo que agradecerás, puesto que sé de buena tinta que te chiflan las anguilas.

—¡No las nombre, por Dios! —El estómago se le volvió a descomponer solo de recordar ese pescado. ¡Pero si

eran serpientes marinas! ¿Cómo podía comerse eso Paul? Y encima su plato preferido. ¡Puaj!

—No me gustan tanto —mintió Rosings, que de ninguna manera pensaba dejar a su amigo a solas con ella.

—Paul, no quisiera que te privases del gusto por mi causa. Por favor, disfrútalas. Volved los dos. En unos minutos, nada más las retiren, regresaré. No va a pasarme nada malo aquí. Puedo estar a solas.

—No creo que… —comenzó a decir el barón.

—Has oído a la señorita. Regresa. A mí no me importa esperar con ella. Sería de muy mal gusto dejarla sola, milady. Soy el anfitrión. Es mi deber que mis invitados estén atendidos —

comentó el duque.

Rosings miró a Lena y esta asintió.

—Está bien — El barón entró a regañadientes y maldiciendo por lo bajo.

—Bonita noche. Cálida para la época en la que estamos. ¿Le apetecería dar un paseo y ver la fuente del jardín?

Lena sabía que no debía, que no era buena idea, pero en muchos días, demasiados, no había tenido oportunidad de estar así con él, con su héroe. Era demasiado arriesgado desaprovechar la oportunidad. ¡Insensata!, le gritaba su mente. Acalló la voz con la de Valerie: «Adelante, Lena, sé perversa por una vez en tu vida».

—Sí, me encantaría.

—No esperaba menos de usted.

—Lena, llámame Lena, excelencia. Supongo que después de haber compartido armas, podemos tutearnos. ¿No crees, Rothgar? —Tenía que volver a ser audaz.

—James. —Si ella llamaba a su amigo por su nombre de pila, incluso en público, él no iba a ser menos.

—James. —¿Cómo conseguía ella darle ese cariz tan sugerente?, se preguntó él asombrado.

El duque le ofreció el brazo. Ella se enhebró en él, pletórica. Pasear con su duque a la luz de la luna. Uhm… era un sueño del que no quería despertar.

—Los jardines de mi finca son asombrosos a la luz del día, pero por la noche se disfrutan mucho más. Invitan a la intimidad, a la tentación, ¿no te

parece, Lena?

—No es el jardín lo que invita a ello, James. —Su propio arrojo la sorprendía.

El duque se paró. La detuvo y se colocó frente a ella. Pese a la oscuridad, sus ojos parecían dos faros alumbrando el camino. Los mechones de sus cabellos se movían y era inevitable no querer retirarlos de su cara. James aproximó sus manos para despejarle el rostro. Quería verla bien. Las acercó más de lo debido y se encontró sosteniendo su rostro entre sus dos grandes manos.

La vio. Por primera vez, la observó detenidamente a escasos centímetros. Era preciosa, y su carácter era la mezcla justa entre ingenuidad y valentía. La contempló morder su labio inferior mientras enfocaba sus ojos en los labios de él. Tenía que besarla. Era

algo de vida o muerte. Se inclinó unos pocos centímetros… Él no debía… No podía… pero la fuerza, el magnetismo de ella eran incontenibles.

—Se han llevado ya las anguilas. Puedes regresar, Lena. —Una voz rígida, dura, los trajo de vuelta a la realidad.

La joven intentó alejarse de él. Rothgar no lo permitió. La sujetó con más firmeza. Lena elevó la cabeza y lo miró a los ojos. Alzó una ceja al más puro estilo del marqués de Ailsa, mientras colocaba sus manos sobre las de él para apartarlas. Consiguió despegarse del duque.

—Gracias —respondió ella a Rosings tratando de no perder los nervios. Se sentía como una niña pequeña a la que habían pescado cometiendo una falta. ¡No había conseguido su beso!

—¿Por qué no te adelantas, Lena? Rothgar y yo tenemos una conversación pendiente que, por lo visto, no puede aplazarse. —No era una petición, era una orden. Y mientras la decía no le quitó los ojos de encima a su mejor amigo.

Lena se sintió mal por crearle a Rothgar un problema. Era lógico que su buen amigo de la infancia quisiera protegerla.

—No creo que… —trató de intervenir ella.

—Regresa adentro. —Si lo de antes era una mandato encubierto, lo de estos momentos era una sentencia en firme.

Lena pasó por su lado sin atreverse a rechistar. No era la primera vez que lo veía tan fiero. Las regañinas

que le había dado Patrick no eran nada en comparación con una que él le dio hace años. Fue cuando Paul la vio esconderse una preciosa cinta rosa en el hueco de la mano en una tienda. No es que ella fuese una ladrona, pero unas niñas, que resultaron no ser para nada sus amigas, la retaron a robarla, y ella quería encajar, ser aceptada. Hasta la llegada de Valerie, su vida había sido muy solitaria. Salvo por Paul y su hermano. Y de nuevo veía la decepción en él.

—¿A qué juegas, Rothgar? —le preguntó Rosings en un tono furioso sin igual, de pie frente a él.

—No sé a qué te refieres. —El duque no iba a amilanarse. Estaba divertido con la reacción de su amigo. Sin embargo, no quería descubrirse. Estuvo a un pelo de perderse en su

libertinaje con ella, cuando el experimento se debía a otro motivo.

—Ella no es para ti. —Es mía, se dijo en su fuero interno.

—¿Es para ti, Rosings? ¿Acaso tienes miedo de no ganar esta vez tampoco? —Sabía que no debería llevarlo más al límite, pero nunca lo había visto ponerse a sí por una fémina.

—Estoy harto de tus justas. ¿Quieres que montemos sobre un corcel blanco y otro negro, y usemos una lanza para determinar quién es el mejor? Bien, lo haremos a primera hora mañana, sin escudo si es tu deseo, pero no vamos a demostrarlo con una mujer. No con ella. —Rothgar se tensó al notar la ira en las palabras de su amigo. Tal y como el duque sospechaba, Lena no era un juego, no al menos para el bueno de Rosings.

—No seas estúpido. ¿Crees que una insulsa y virginal jovencita me tentaría? Vamos, hombre. Huyo de ellas como de la maldita peste. —Pero tenía que admitir que casi…

—No estabas huyendo precisamente. —¿James se pensaba que él se chupaba el dedo?

—Le estaba dando una simple lección. Tiene que aprender que no debe irse con cualquiera a un jardín oscuro. Te juro que es solo eso. —«Al fin te he descubierto, amigo mío», pensó en gritarle.

—No te quiero cerca de ella. —Oh, posesividad, Rothgar estaba conteniendo la sonrisa.

—No me tendrás. No me atrae en absoluto. Después de Amanda, necesito una buena… seductora. Capaz de

aguantar. No es como si esa pequeña cosita, por muy audaz que parezca, sea lo que necesito o busco.

—Acércate a ella y eres hombre muerto, Rothgar. Quedas advertido —le amenazó Paul.

La decisión de las palabras dejaron a James con los ojos como platos. ¿Qué había ahí? Rosings estaba a los pies de ella. Ya no podía contenerse más. Una sonora carcajada resonó en la oscuridad.

—No pensé que vería nunca algo así en ti. Lo juraste —le recordó Paul.

—No sé de qué me hablas. —Esa risa parecía haberlo tranquilizado.

—Como quieras. —Rothgar siguió sin parar de reír.

—No la mirarás, no le seguirás el juego y, sobre todo, no le pondrás,

jamás, las manos de nuevo encima. ¿Entendido? —Por mucho humor que le trasmitiese su amigo, no podía olvidar que los había visto en una posición más que íntima. Los demonios se lo estaban llevando.

Rothgar volvió a reír más alto. Rosings se dio la vuelta y se esfumó.

***

Lena se apresuró a volver corriendo a ver que Rosings se volvía sobre sus talones. No quería que ninguno de los dos la pillase espiándolos. Las clases de Valerie sobre sigilo también habían sido de mucha utilidad. Si le llegan a decir que todas las enseñanzas de V le iban a funcionar… ¡No lo habría creído ni por

un segundo!

La joven se adentró en el comedor. El volumen, y la conversación, era fluido y pocos se percataron de su regreso. Se acercó a Elvina y se disculpó para salir de ahí a toda prisa. Estaba muy nerviosa para quedarse y aguantar toda la cháchara. Además de que no quería enfrentarse a él. A ninguno de los dos.

En su habitación se sentía segura. Su doncella, Anna, la había ayudado a desvestirse y ella estaba de aquí para allá dando vueltas y tratando de serenarse, pensando en lo que había oído… ¿Insulsa y virginal? No podía quitarse esa etiqueta ni con agua caliente. ¡Pero si es que el duque no le daba la oportunidad de demostrarle lo contrario!

Maldita Valerie por salir al

rescate de Ger. La necesitaba. ¿Y si le escribía una nota y le pedía que regresase? Imposible, quedaban pocos días para volver a Londres. No había tiempo material para que ella llegase, idearan un plan, lo pusieran en marcha y Rothgar quedase prendado de ella. Ya, a estas alturas, le daba igual ponerlo de rodillas. Solo quería tenerlo.

Unos golpes en la puerta captaron su atención.

—Adelante.

—¿Estás bien, pequeña? Has tenido una salida muy apresurada. —Elvina se había preocupado mucho por ella.

—Sí, estoy bien —murmuró, perdida en sus pensamientos.

—No lo parece. —La marquesa viuda ladeó la cabeza en señal de «no te

atrevas a mentirme, lo sé todo sobre ti».

—No estoy bien —tuvo que reconocer.

—Esta vez no las probaste. Confiaba en que no te sintieses mal todavía, pero por si acaso he traído unas hierbas que son fantásticas. Toma la tisana calentita, será mejor. Pero cuidado no te quemes —comentó la marquesa viuda mientras le daba la taza a Lena.

—No es la barriga, Elvina.

—Oh, ya veo. —Mal de amores, pensó la marquesa viuda conteniendo una sonrisa.

—No sé qué hacer. Se acaba el tiempo y no he dado un paso adelante.

Elvina no compartía en absoluto su visión. Rosings no se había despegado en toda la noche del lado de

Lena, y el resto de los días no había podido dejar de mirarla. No es que se hubiese acercado o hablado mucho con Lena, pero Elvina no era tonta, y el interés del barón por la joven era más que evidente. Estaba segura que incluso Rothgar lo podía haber notado. El duque miraba a su amigo con sonrisas irónicas.

Por lo visto, su protegida se había decidido. Era una buena noticia. No es que el duque no le gustase, pero para Lena hubiese sido difícil enmendarlo, aunque no imposible. Bien sabía ella lo que era subyugar a un hombre. Su William había sido todo un descubrimiento y, por las malas, él aprendió.

—Creo que lo estás haciendo muy bien, pequeña. —Trató de infundirle ánimos.

—No lo veo así. He estado a punto de conseguirlo esta noche, pero todo se ha torcido.

Elvina quería preguntarle lo que había sucedido cuando había salido con Rosings, aunque no iba a presionarla. La viuda se había fijado en que, tras la marcha de Lena, el barón había estado enfurruñado el resto de la velada, lo que al parecer era motivo de diversión para el duque. La marquesa viuda estaba segura de que su buen amigo, Rothgar, se había dado cuenta de los sentimientos del barón y estaba molestándolo por ello.

Estaba claro que Rosings permanecía de mal humor porque Lena se había ausentado de la fiesta y porque Rothgar lo miraba chistoso. ¿Que un hombre se enamorase era motivo de mofa para el otro? ¡Hombres!

—Has decidido bien, Lena. Confía en ti. En mí. Lo tienes.

La marquesa viuda se marchó de la habitación dándole un abrazo de felicitación.

El gesto y las palabras de Elvina no consiguieron apaciguarla. Algo no era correcto. No sabía el qué, pero algo fallaba. Lo había oído perfectamente. Rothgar la había acusado de ser aquello que Valerie ya le advirtió que a él no le gustaba. Se quedó pensado unos instantes. ¿Qué haría Valerie en estos precisos momentos? Estaba clarísimo. Asegurárselo. Era lo más sensato que podía hacer por su futuro. Y quien no arriesgaba no ganaba.

Se acicaló. Soltó la trenza de su pelo, colocó unas gotas de su perfume de rosas en su cuello y rebuscó en el armario entre sus mejores camisones.

Había uno de seda rosa con la bata a juego. Si bien el conjunto era recatado, no era como el resto, virginal e insulso, tal y como la había enjuiciado él.

Se miró al espejo. No estaba nada mal. Se acomodó el pelo sobre su pecho. Sí, así estaba mejor, más sensual. Ella era una seductora. Una mujer mundana que iba a ser capaz de conquistarlo. Trató de convencerse de que era la mejor. La única decisión que podía tomar. ¿Qué podía salir mal? No se contestó, porque si se paraba a pensarlo…

Además, ¡qué diantres! Rothgar no era inmune a ella tampoco. Lo había visto hacía solo unas horas. Era el momento de hacer como la pequeña de los Manchester: jugar a ser perversa.

Abrió la puerta de su habitación. Miró a derecha y a izquierda. Llevaba

una vela en la mano porque estaba todo muy oscuro y no quería matarse en su intento de llegar a la habitación de él. Sí, sabía cuál era su habitación. Días antes había investigado y había conseguido esa información.

El ruido de una puerta cerrándose la asustó cuando estaba a punto de llegar hasta su objetivo. Consiguió esconderse tras una cortina, pero tuvo que apagar la vela. Tenía que confiar en la luz de la luna que se filtraba por las ventanas para alcanzar su meta. Las risas de una pareja sonaron trémulas. Al parecer, no era la única dedicándose a actividades poco apropiadas esa noche.

Cuando estuvo segura de que no había nadie cerca, retomó su camino. Anduvo dos pasos y tuvo que regresar de nuevo a su escondite. ¿Es que todo el mundo tenía esa noche citas

clandestinas?

Ese susurro que oyó le era familiar. Esa mujer tan cambiada… ¿Esa era Elvina? Se arriesgó a apartar un poco más la cortina. ¿Estaba entrando la marquesa viuda en la habitación del señor Penguin a hurtadillas? No, no podía ser. ¿Verdad? Entre otras cosas porque estaba demasiado cerca de la habitación de su duque y eso no le convenía a Lena. Además, era Elvina de la que estaba pensando mal. Imposible que ella hiciese algo como aquello, ¿no?

La puerta se cerró, por lo que se encaminó rauda y veloz saboreando ya la victoria, cuando el estrepitoso sonido de un jarrón cayendo al suelo la hizo meterse en la primera estancia que pudo abrir. Suerte que la llave no estaba echada, pensó. Le entró pavor de que alguien la viese en medio del pasillo, en

el ala donde se alojaban los caballeros, y de nuevo hizo lo único que podía hacer: evitar un problema metiéndose en otro.

—Llegas tarde, querida —dijo una voz en la penumbra.

—Me perdí, querido —contestó, mientras se mordía el labio pensando qué demonios haría V en semejante tesitura.

El hombre que estaba de espaldas se dio la vuelta y se quedó mirándola. Ella no se atrevía a alzar la vista.

—¿Estás loca, Lena? —La voz, aunque cargada de enfado, le dio una pista de quién era su interlocutor.

—¡Gracias al cielo eres tú, Paul! —No se había alegrado tanto en toda su vida de ver a alguien conocido como en ese preciso momento.

—¿Qué haces aquí? —No sabía si

estar contento o enfadado.

—Bueno, yo… —No podía descubrirse. Sería ridículo que confesase su plan. Sonaba en su cabeza y tenía ganas de reír de ver lo cómico de la situación.

—Esto es una locura, Lena.

—Lo sé. No he meditado mi estrategia lo suficiente —dijo ella sin pensar.

—Dime que llevas algo debajo de esa bata. Por Dios, te suplico que me lo digas. —Podía ver demasiado bien sus contorneadas formas sobre esa tela tan minúscula que lucía.

—Sí. ¿Ves? —preguntó ella, abriendo su bata y enseñando su camisón. Lena no estaba tan loca como para ir solo ataviada con una simple bata y sin nada debajo.

Paul estuvo perdido. Era un regalo del cielo que no iba a desaprovechar. Había poca luz, pero sus dos botones favoritos en el mundo estaban ahí, debajo de la fina tela de raso esperando por él.

El barón se abalanzó sobre ella y estampó su boca sobre la de lady Lena. Estaba famélico, sediento de esa joven. Desde que aquel día la había saboreado, no había conseguido sacarse sus besos, la textura de su lengua, el tacto de su piel desnuda, la dureza de su pezón… Todo seguía ahí, dentro de su maldita cabeza.

Lena se vio atrapada contra una dura pared a su espalda y un torso que subía y bajaba luchando por respirar. Con una rapidez y una facilidad digna de admirar, Rosings le había sacado los pechos del camisón y estaba

devorándolos. Una mano se apresuraba en subirle el camisón. La bata hacía rato que había caído al suelo.

Esa mano grande y algo áspera llegó hasta allí. Hasta el centro de su feminidad. Lena dio un respingo, pero no había forma de huir, ni manera, ni voluntad. Las sensuales caricias, y la necesidad que había notado en él la tenían a su merced. La primera vez consiguió pedir que parase. ¿Pero podría hacerlo de nuevo?

—Paul… —consiguió ella llamarlo en un susurro. Lena sintió una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Los causantes eran esos dedos masajeando rápidos y certeros una zona estratégica, cuyas sensaciones la estaban catapultado hasta el momento más sensual, placentero y extasiante de toda su existencia.

—¿Qué? —demandó él, despegándose un poco de ella y rezando a todos los dioses del universo para que ella no lo detuviese.

—Uhmmm… —consiguió Lena balbucear antes de cerrar los ojos, echando la cabeza hacia atrás dispuesta a disfrutar.

Paul había estado tan pendiente de la reacción de ella que sus dedos habían bajado el ritmo. El barón no lo había notado, pero Lena sí.

—No pares —tuvo que implorar ella, porque el movimiento era lento y lo necesitaba más rápido. Así se lo pedía su cuerpo.

—Nunca, renacuaja. —Rosings bajó la cabeza para volver a saborear sus pezones. Esta vez repartió atenciones entre los dos. No quería que

ninguno se sintiese celoso.

El ritmo que imprimió fue brutal, desquiciante. Lady Lena no podía respirar. Solo era capaz de concentrarse en esa condenada lengua recorriendo sus senos y en sus dedos palpándola. Lena estaba segura de que estaba próxima a desfallecer, pero le daba igual, necesitaba sucumbir a lo que se avecinaba, era cuestión de vida o muerte.

Los gemidos de ella estaban siendo difíciles de contener por Rosings. Su boca no conseguía atenuarlos. No quería contenerlos, quería oírla alto y claro cuando culminase. Sin embargo, era demasiado arriesgado consentirlo.

Se permitió introducir dos dedos en su cavidad. Ella estaba a punto de derretirse por él e iba a ayudarla a hacerlo lo más rápido posible, porque

no conseguiría aguantar si esa tortura duraba un poco más. No quería derramarse en los pantalones, no con ella ahí a su alcance.

—¡Aaaah…! —exclamó Lena. Llegó a un mundo donde había fuegos artificiales y música celestial, del que no quería regresar.

Pasaron unos minutos en silencio.

—Eres espectacular, renacuaja.

—No me gusta que me llames así. —No sabía cómo, pero la joven consiguió hablar.

—Lo sé, por eso lo hago. —Él le sonrió adorable.

—¿Qué me has hecho, Rosings? —No podía ni abrir los ojos.

—¿Utilizas el título, Lena? —No le gustaba que ella tratase de poner

distancia, más cuando él aún continuaba acariciando ese cálido sexo resbaladizo que se moría por degustar.

—¿Qué me has hecho, Paul? —Ella recapacitó. Chica lista, pensó él.

—Mostrarte el placer que una mujer puede llegar a alcanzar.

—Ha sido…

La puerta se abrió de golpe. Rosings se dio la vuelta y la ocultó tras su cuerpo. Lena sabía que algo estaba pasando, pero su mente y su cuerpo se negaban a reaccionar. Estaba agotada por todo el esfuerzo. Necesitaba acostarse y descansar.

***

La había visto salir de la

habitación justo cuando ella se disponía a ir en busca de Rothgar. Tenía que reconocer que la muchachita era más de lo que aparentaba. Había que echarle agallas a lo que estaba haciendo lady Lena Badel. Amanda estaba intrigada por ver qué se proponía, y algo le decía que era una oportunidad de oro.

La siguió de cerca sin dejarle advertir su presencia. Le costó esconderse cuando oyó la primera puerta abrirse, pero lo logró. Tras esa columna estuvo a recaudo. Otros susurros le indicaron que no saliese aún de su escondite. Cuando todo se quedó en silencio, lady Prior volvió a seguir a Lena. Era fácil ver dónde iba a adentrase ella, porque la misma Amanda tenía el mismo objetivo esa noche. Había ideado una nueva posición en el lecho con la que esperaba hacer las delicias de su

duque en la cama y, de paso, harían las paces al calor de sus cuerpos desnudos.

No podía dejarla entrar ahí. Lo suyo era asustarla. Tiró el jarrón sin pensarlo y se escondió en el mismo sitio que había dejado Lena hacía unos instantes. Esperaba que todos en ese lugar estuvieran ocupados disfrutando. Todos menos Rothgar, claro.

Se acercó a la puerta por donde Lena acababa de entrar pegando la oreja, esperando a ver cómo se desenvolvía el nuevo rumbo de los acontecimientos.

Su buena suerte se confirmó cuando vio a Elvina salir de la habitación del señor Penguin. Vaya con la señora. A sus años y todavía dando y pidiendo guerra. Sentía otro tipo de admiración por la marquesa viuda de Ailsa.

—¿Qué hace ahí con la oreja pegada a la puerta, lady Prior? —Elvina, con un camisón y una bata negros, por supuesto, porque todo su vestuario era del mismo color, miraba con cautela a la condesa. Sus sentidos estaban alerta.

—Como usted, tengo una cita con mi amante, señoría —contestó ella, alejándose de esa puerta y dando unos golpes en la de Rothgar.

—¿Qué sucede? —El duque se asomó a pecho descubierto, con los pantalones que había llevado en la cena aún puestos, a la tercera vez que Amanda llamó.

—Eso quisiera saber yo —dijo la marquesa viuda, sin sentir ni pudor ni vergüenza.

—Nosotros tres sabemos perfectamente lo que hacemos aquí,

señoría. Aunque no lo tengo muy claro con respecto a la joven que está ahí dentro metida, desde hace un buen rato —habló Amanda, señalando la puerta de los aposentos de Rosings.

Elvina no necesitó indicación alguna para comprender que la muchacha, a la que con tanto sarcasmo se había referido lady Prior, era su Lena.

Otra mujer, la señora Mendel, salió entonces de su escondite. Ella también había visto entrar a una joven en un lugar donde tenía que estar ella misma. Al fin, el barón la había citado y esa jovencita le había robado la ocasión.

—Es cierto. Yo también la he visto —afirmó la viuda Mendel altanera.

Antes de que Elvina pudiese decir o hacer algo, lady Prior había irrumpido en la habitación. La marquesa pensó que

Rosings era un aprendiz. «Si vas a tener a una mujer en la alcoba, y más una que se va a enfrentar a un escándalo, ten la delicadeza de echar la maldita llave». Iba a tener que explicarle unas cuantas cosas a un hombre que, pese a ser un experto, parecía torpe.

—Se lo dije, señoría —espetó con sorna lady Prior.

—Estoy seguro de que habrá una explicación razonable para todo esto. ¿Rosings? —preguntó el anfitrión de la casa.

—La explicación es obvia —dijo con retintín una tercera voz que Lena no identificaba, pero sí el barón.

—Por supuesto que es obvia —tomó la palabra la marquesa viuda de Ailsa—. Estamos ante dos enamorados que no han podido esperar a su noche

de bodas. Las tres aquí hemos estado en esa posición. Probablemente las tres caímos en los placeres carnales antes de que el vicario nos instase a pronunciar nuestros votos.

Miró a las dos mujeres para ver si alguna se atrevía a desmentir aquello.

Lady Prior era una zorra astuta. A Elvina no le gustaba hablar mal de ninguna mujer, pero… veía la huella de Amanda en todo esto. Y la otra, la señora Mendel, era una viuda de mediana edad cuyo marido había perecido entre sus piernas la misma noche de su boda. No sabía qué estaba haciendo Rachel en esa parte de la casa, Sin embargo, era mala suerte, muy mala, que fuese precisamente ella la que estuviese en esta habitación, más cuando era la mayor chismosa de toda Londres.

—Por supuesto —se apresuró a decir la señora Mendel.

—Visto así, es totalmente comprensible. —La trampa estaba ya puesta y la presa, las presas en este caso, cazadas. Redondo. Todo había salido redondo en la humilde opinión de Amanda, y sin haber puesto el plan que había tramado inicialmente en marcha.

—Bien, es hora de dormir —tomó la palabra Elvina—. Caballero, señoras, será mejor que se vayan.

El anfitrión tuvo sus dudas. No estaba seguro de dejar a su amigo con los grilletes puestos, y menos a merced de la marquesa viuda de Ailsa.

Las dudas se disiparon. Rothgar no pudo más que salir de la puerta con una sola mirada que Elvina le dedicó. Las dos mujeres lo siguieron sin

oponerse.

La puerta se cerró. Rosings se dio la vuelta para ver a Lena.

—¿Estás bien, cielo? —le preguntó, al tiempo que le pasó una mano por la mejilla.

Muda. Lena no era capaz de articular palabra.

—Será mejor que la ayude a sentarse, Rosings. Está pálida, aunque no me atrevería a decir si ese estado es obra suya o de las circunstancias. —Un poco de humor siempre ayudaba, más en esta situación tan delicada.

—Lo siento —atinó él a decirle a Elvina, mientras cogía de la cintura a Lena y la acomodaba sentada en la cama.

—No lo creo, ni por un momento —manifestó la marquesa viuda de Ailsa.

—Supongo que será una boda rápida.

—No lo tengo claro. —Elvina necesitaba más información.

—No se puede hacer otra cosa. Los rumores correrán como la pólvora. Dudo que fuera no esté asentado un regimiento con la oreja pegada a la puerta ahora mismo. No hay otra solución más que una boda. Mi honor no me permite tomar otra decisión al respecto. —Y un cuerno no iba a casarse él con ella.

—Boda sí habrá, Rosings. No crea que saldrá indemne de esta. —La marquesa viuda dudaba de que él quisiera escapar pero, por si acaso, ser clara era lo mejor.

—No quiero salir ileso de nada. Cumpliré con gusto la penitencia,

señoría —replicó, pues le había tocado el premio de la feria. ¿Quién en su sano juicio huiría? Lena era perfecta y su residencia, Rosings Park, necesitaba una mujer al frente.

—En ese caso, será como ambos consideréis. Rápida o formal. Porque, ¿es fundamental que sea rápida, Rosings? —indagó Elvina. Lena seguía vestida. Él también llevaba la camisa y los pantalones, pero cosas más serias se habían hecho con más ropa. Ella misma lo sabía a ciencia cierta.

—No he tenido ocasión.

—Es una suerte que hayamos irrumpido entonces.

—Según se mire, señoría. Según se mire… —Para él era todo un horror porque no había podido ni saborearla ni, lo más importante, hacerla suya.

—Como diría mi sobrino, tienes agallas, Rosings. Pero no tientes a la suerte. Podrías quedarte sin… tu suerte. Tengo unos chuchos que adoran tener… suerte en su menú. —Efectivamente, la marquesa viuda se refería a sus partes íntimas.

La erección cayó en picado al pensar en la imagen. Mejor quedarse calladito.

La que no iba a quedarse en silencio por más tiempo era Lena.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser —murmuró con nerviosismo.

—Calma, mi cielo. Todo saldrá bien —dijo Paul, mientras trataba de abrazarla.

—Estoy en un terrible lío —señaló derrotada. Se aparto de él.

—Nada de eso, renacuaja. Yo lo

arreglaré, te lo garantizo.

—¡Una pesadilla! —Lena seguía en sus cavilaciones. Cuando se ponía nerviosa necesitaba andar de un lado para otro. Era algo que Rosings encontraba adorable. Ya lo hacía de más joven—. Lo supe en el momento en que me dejé aconsejar por Valerie. Todo, ¿para qué? ¿Para qué? ¡Si ni siquiera he conseguido cazar a Rothgar!

—¿Qué? —No, ella se había equivocado de nombre con la tensión del momento. Era imposible que Lena quisiera decir lo que acababa de decir. Paul estaba seguro de ello.

Lena paró de andar. Lo miró a los ojos

—No te preocupes, Elvina lo arreglará. Siempre lo hace. Ella nos librará… O Patrick. Él no tardará en

venir. —Volvió a emprender el camino por la habitación. Tenía que pensar.

—Elvina ya lo ha arreglado, milady. Acaba de hacerlo. —Maldita sea su suerte. Lena no había errado en el nombre.

—¿Elvina? —Lena miró desesperada a la que ejercía como su madre, cuando volvió a detener sus pasos.

La marquesa se quedó estupefacta. ¿Lena seguía empecinada con el duque? ¿Era Rothgar quien estaba en sus pensamientos y no Rosings? A ella no se le escapaba nunca nada…

¡Oh, Dios mío! La única vez que se había dejado arrastrar y pasaba esto. No había estado atenta. ¡Si es que no podía estar en dos cosas a la vez! Sabía

que lo de Penguin era una majadería. ¡Maldita sea!

—Elvina, ¡por Dios! Contesta. Di que lo arreglarás. ¡No podemos casarnos! —La súplica de su voz dejó a los allí presentes atónitos.

La muchacha se acercó para coger las manos de la matriarca de los Manchester. ¿Por qué no le contestaba?

—Te acabo de decir, que la marquesa viuda lo ha arreglado ya —repitió Paul a su lado, antes de salir de su habitación y dar un sonoro, ensordecedor más bien, portazo.

Capítulo 4

La suerte que no acompaña

Al día siguiente, la marquesa viuda de Ailsa entró bien temprano en la habitación de su protegida. Separó los cortinajes para que entrase la claridad. Aún no había salido el sol. El clima estaba nublado, nada que ver con el resto de las jornadas que habían disfrutado en la finca de Rothgar. Era un símil bastante acertado de lo que estaba por venir.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días, Elvina —dijo una adormilada Lena, que no podía abrir los ojos.

—Es hora de levantarse. Regresamos a Londres.

—Aún no ha terminado la fiesta —comentó la joven.

—Para nosotras sí.

Lena se incorporó de golpe. Los acontecimientos saltaron a su mente con fuerza.

—¿No fue un mal sueño? —le preguntó atemorizada.

—Me temo que no, pequeña.

—Me siento fatal. Pobre Rosings. Tiene que cargar con una culpa que no le toca. ¡No sé cómo acabo metida en estos líos! ¿Ves cómo no siempre tiene

la culpa Valerie? Me persigue la mala suerte. Paul debe estar enfadadísimo conmigo. —Lena estaba mortificada.

—Esto no es obra de nadie. Las cosas suceden invariablemente por un motivo. —Chasqueó la lengua—. Aunque no esté mi hija aquí, esto lleva su sello se mire por donde se mire. —Lena se había comportado estos días muy diferente y podía apreciar, sin necesidad de lentes, las ideas de V en sus actos.

—Solo me aconsejó. No es culpa suya tampoco. No sirvo para ser buena, y, visto lo visto, tampoco me sale bien ser perversa —comentó derrotada.

—No quise presionarte anoche, pero es hora de que hablemos muy detenidamente. De mujer a mujer, Lena.

Elvina se sentó al lado de la joven

sobre la cama. La muchacha se incorporó para atenderla.

—¿Qué pasó anoche, mi niña? —preguntó Elvina con dulzura.

—No lo sé. Todavía aún hoy no lo sé. He repasado lo sucedido, pero es que no tengo ni idea. ¡Es un absurdo!

—Piensa fríamente, Lena. Relata desde el comienzo de la… aventura. —Sí, aquello era toda una ocurrencia.

—Viniste a darme la enhorabuena por conseguirlo. —La joven estaba concentrada en pensar cómo explicar lo sucedido.

—¿A quién, Lena? ¿A quién conseguiste? —Elvina ya no iba a dar nada por supuesto, no con esta muchacha.

—A Rothgar, pero yo sabía que no era así. Él había estado a punto de

besarme en el jardín.

—¿El duque iba a besarte? —Elvina ya no entendía nada. ¿Por qué Rothgar estaba divertido con Rosings durante el resto de la cena, si había intentado darle un beso a la mujer que su amigo había elegido?

Luego decían que las mujeres eran complicadas.

—Sí, cuando salimos tuvimos un momento intenso pero nos interrumpió Rosings. Él pensó que yo necesitaba defensa ante el duque. Nada más lejos, y, justamente, me quitó la ocasión perfecta para mostrar lo fabulosa que soy. ¡Lo apartó de mí! Y ahora él está en este enredo por mi culpa. Tenemos que hacer algo, Elvina —dijo presa del pánico.

—Si tan claro tenías que era

Rothgar a quien querías conquistar, ¿qué diantres hacías en la habitación de su mejor amigo? —Definitivamente, Penguin había conseguido descentrarla por completo.

—Yo… me avergüenzo… pero… —Era hora de poner las cartas sobre la mesa—. Cuando saliste me fui directa a la habitación del duque — confesó de carrerilla, sin detenerse a pensar en lo que acababa de manifestar.

—¿A qué fuiste, Lena? —¿Tenía un plan? Esas muchachas iban a acabar con ella. Si Patrick estuviese aquí… Un ataque al corazón era lo que le iban a provocar estas tres al pobre de su sobrino.

—A demostrarle que era una mujer mundana. A enamorarlo para que se casase conmigo. Es mi héroe, Elvina. Llevo toda la vida pensando en él.

Viviendo por él. ¡Lo amo! —La confesión fue completa ahí.

—A ver, entonces, ¿cómo encaja Rosings en la historia? —Si tanto lo quería…

—Oí un ruido cuando estaba a punto de alcanzar el pomo de la puerta de Rothgar. Me asusté y entré en la primera habitación en la que pude para ocultarme.

—Eso no explica la posición en la que estabais Paul y tú. —Porque ahí no vio al barón, vio al hombre defendiendo lo suyo ante los intrusos. Elvina supo que era el correcto cuando trató de protegerla, ocultándola de la vista del resto.

—Bueno, es que… tampoco sé bien cómo sucedió aquello —dijo Lena, mordiéndose el labio.

—Eres consciente de que estás declarando amar a un hombre cuando has dejado que otro te… te haga… ¿Qué hizo Rosings? —De mujer a mujer, Elvina, se tuvo que recordar la marquesa viuda.

—Pues, pues… no lo sé. Solo sé que me sentí viva, que vi fuegos artificiales y que fue maravilloso. V me había explicado algo, pero nada puede ser comparado a lo que Paul me hizo sentir. —Estaba roja de la vergüenza.

—Con todo lo que has escuchado de tus propios labios necesito que cierres los ojos y medites tranquilamente sobre ello.

—Pero…

—Hazlo, pequeña —insistió, aunque no fue una orden.

Lena se recostó de nuevo en la

cama y cerró los ojos. Sus recuerdos viajaron hasta el momento en que llegó a la fiesta. Podía recordar los brazos de Paul sosteniéndola, como cuando era pequeña y siempre estaba ahí para ella, para protegerla, cuidarla y guiarla. Sus ojos grises, siempre pendientes, sobre ella.

En el campo de tiro estuvo a su lado sin apartarse, velando por su bienestar y protegiéndola de todos los hombres que intentaban acercarse. Luego, cuando llegó Amanda con el evidente deseo de molestarla, él se había puesto por delante para ampararla de nuevo.

Lo siguiente fue sublime. Espectacular. Paul había conseguido despertar en ella nuevas sensaciones, que rememoraba una y otra vez nada más verlo. Su boca era mágica. Fue su

primer beso, ¡tan salvaje y a la vez tan tierno!

Además, compartir ese tentempié en la intimidad de ese bello paraje había sido un sueño. Su amigo, su confidente, estaba ahí para escucharla. Era fácil ser ella misma cuando estaba con él.

El resto de la fiesta él se había apartado de ella, pero sabía que la seguía con la mirada a cada rato. Lo agradecía porque así podía concentrarse en su duque, aunque mentiría si dijese que no echó de menos al barón todas las veces que lo veía mirarla y no se acercaba para hablarle. Se había resignado a recibir sus sonrisas desde la lejanía, pero quería más. Más de él.

En la última cena, Paul estuvo atento, cariñoso, amable. Simplemente, fue como era él mismo. Su corazón se calentaba cuando lo tenía cerca, siempre

pensando en su comodidad, en su bienestar. Y esa misma noche, anoche, él la había hecho mujer. Esas caricias, sus manos, solo quería que no se detuviese, lo deseaba desesperadamente, lo necesitaba, era él. Él con mayúsculas. Su Paul, su Rosings, su barón, su hombre, su futuro esposo. La verdad la atravesó como un rayo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Elvina! Es él, es él, es él. Él… ¿No lo entiendes, Elvina? —La revelación la hizo estremecer.

—¿Quién, Lena? —Elvina quería oírla.

—Como si no lo supieras —dijo con un puchero.

—La última vez di por hecho que lo sabías ya, no volveré a arriesgarme —afirmó rotunda la marquesa viuda de

Ailsa.

—Paul. Es Paul. Creo que lo quiero, que lo amo y debe ser mío. Es mío. —Una chispa había prendido con fuerza en su corazón rememorando cada detalle de él. Era pronto para creerse enamorada. Sin embargo, lo estuvo por mucho menos de Rothgar, y Paul… Él había conseguido llegar a tocar su alma. Y no solo su alma, sino también cierta parte de su cuerpo que ardió en llamas.

—¿Tuyo? —preguntó la matriarca de los Manchester con una sonrisa esperanzadora. Al fin se había dado cuenta. ¡Lo que le había costado! Elvina lo supo nada más verlos juntos en la entrada, abrazados. Una linda pareja que se quedó embelesada, sin percatarse de que había más gente a su alrededor. Esa conexión le dio una buena pista a Elvina.

—Sí, sí, mío. Deseo casarme con él.

—No sabes cuánto me alegro de que lo hayas deducido por tus propios medios. No sabía cómo explicarte que no era Rothgar a quien tú amabas. Y, sabiendo lo testaruda que eres, creí que estaría toda una eternidad para que lo vieses. ¡Me alivias, mi niña!

—¡Elvina, no sé si estoy enamorada! Pero lo que siento es… No puedo contenerlo, no puedo explicarlo, pero el duque no significó nada en comparación con esto que me arde, me duele… ¡No puedo controlarlo, siento que me va a explotar el pecho, el corazón! —Lena comenzó a derramar lágrimas de alegría, de emoción, de amor. Lo que acababa de descubrir era realmente esperanzador.

—Lo sé, pequeña. Sé lo que es

estar ilusionada con un hombre. —Hizo una pausa—. Es momento de marcharse. Tenemos cosas que hacer.

—No puedo irme. No ahora. No quiero separarme de él y no puedes dejar que él escape del compromiso. —Elvina puso mala cara. Lena sintió que el corazón se estrechaba—. ¿Qué? ¿Qué sucede? ¿Se ha echado atrás? ¿No quiere casarse? Yo quiero casarme con él, quiero casarme lo antes posible. —No estaba dispuesta a esperar ni un minuto de más para ser su esposa y, sobre todo, a conocer el resto de lo que ocurría entre un matrimonio: la intimidad conyugal. Aunque ella ya era suya.

—Rosings se ha marchado. —Era mejor decirlo sin paños calientes.

—¿Disculpa? —¿Paul se había ido sin hablar con ella? ¿Sin despedirse?

Él no haría eso, ¿no?

—Esta misma madrugada ha recogido sus cosas y ha salido de la finca. Nosotras nos vamos también. No voy a dejar que las dos arpías de ayer nos calumnien. Soy capaz de contenerlas. Sin embargo, no voy a permitir que te tengan a su alcance. No me fío de la señora Mendel, la otra es fácil de prever.

—¿Por qué se ha ido, Elvina? —Lena estaba desilusionada.

—Teniendo en cuenta que ayer escupiste en su cara que no podías casarte con él, que estabas en un lío que no había servido de nada porque no habías conseguido cazar —puso especial hincapié en esa palabra—, a Rothgar, entenderás que esté furioso.

—Pero yo no lo sabía, no sabía

aún la magnitud de lo que sentía por Paul. De verdad, creí que el duque era a quien yo quería, pero… es que llevo toda la noche soñando con Paul. Yo creo que él es mi destino.

—Es un hombre, por ende es un ególatra. El mundo gira a su alrededor, no al revés, y que él pusiera sus ojos en ti y que tú fueses encaminada a la habitación de su mejor amigo…

—Estoy en un terrible aprieto. —Lena acababa de comprender lo sucedido, aunque era Paul…

—Me temo que sí, pequeña.

—¿Qué haremos? No puedo perderlo. Moriré si no lo tengo. Patrick tiene que volver ya, necesitamos su ayuda. —Sin ninguna duda se sentía posesiva, celosa y ansiosa por convertirse en su esposa. Él era suyo, lo

sentía. El pasado junto a él había llegado tan arrollador que no veía más allá de Paul, de ser su esposa. Era algo tan real como enfermizo. Necesitaba probar el alcance de sus sentimientos por él.

—Tranquila, pequeña. Estando yo aquí no necesitamos a Patrick, y Rosings estará en un altar quiera él o no. —Era una promesa.

—No quiero obligarlo —musitó Lena, que se quedó callada un momento —. ¿Y si no me ama? Elvina, ¿y si no está enamorado de mí? ¿Y si siente que esto es una trampa y está enfadado porque lo he arrastrado? —Si es que la mala suerte la perseguía.

—Sus sentimientos por ti son fuertes.

—Sí, sí. Es una fantástica noticia.

¡Tú nunca te equivocas! Bien, bien, bien —dijo como una niña pequeña, palmeando.

—No te lleves a engaño, Lena. Rosings estará dolido y furioso. Ponte en su lugar —manifestó la marquesa viuda de Ailsa.

—No lo entiendo, Elvina.

—Si tú hubieses descubierto hace un tiempo que estabas enamorada de él y él hubiese acabado, por la gracia del buen designio, en tu habitación y te hubieses enterado de que tú no eras su objetivo, ¿cómo te sentirías? —trató de hacerla razonar Elvina.

—Haría de su vida un infierno. —No había duda en ello. Lena se las haría pagar.

—Me temo que eso es precisamente lo que va a hacer,

pequeña. Tenemos trabajo.

—Él no es así. Es un hombre bueno. No sería cruel aunque quisiese.

—Un hombre despechado es más peligroso que un animal salvaje estando acorralado.

—Hablaré con él. Solo es un malentendido.

—Espero que tarde o temprano puedas aclarar las cosas, pero tienes un trabajo duro por delante.

—Es Paul, Elvina. No hay nada de malo en él. Es un trozo de pan. No pasará nada. Tendrá que entender que era como un hermano para mí y no me di cuenta de que era mucho más hasta hace poco.

—No le digas jamás eso a un hombre. —Lena arrugó la nariz.

—Lo hice.

—Oh, Dios mío. Valerie tenía razón, tuve que enseñarte mejor. Pero da igual, no es tarde. En el camino a casa te daré las nociones más básicas para que estés preparada para la batalla que se te espera —sentenció la mujer.

—Esto no es una guerra.

—Entre un hombre y una mujer, querida, todo es un tira y afloja. Deberás aprender a ser tolerante, pero recta cuando toque. Recuerda que una buena defensa es siempre un buen ataque. Todo es un juego.

—Es lo que dice siempre Patrick.

—Lo es. ¡Vamos, arriba! Prepara tus cosas. Mandaré a Anna para que te ayude.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —preguntó Lena al verla salir a toda

velocidad de la habitación.

—Me queda una charla pendiente. —Salió enigmática, dejando con más dudas a Lena.

Enamorada. Estaba enamorada y era una sensación de plenitud absoluta. No había nada mejor que sentirse flotando en una nube mientras imaginaba sus besos, sus caricias, su tacto… Era perfecto. Su barón era lo mejor que Dios había colocado en medio de su camino. Moría por volver a verlo, por tocarlo, por abrazarlo y porque le enseñase más de esas cosas tan fabulosas que la hacían llegar a un mundo lleno de colorines y fuegos artificiales.

Elvina salió de la habitación de Lena para meterse sin llamar en la contigua.

—Pase, señoría. No sea tímida —ironizó la dama.

—No tiene usted nada que no haya visto antes. —Amanda estaba en paños menores.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó, viendo que esa mujer hacía lo que le daba la gana.

—Lady Prior, diga una sola palabra en contra de mi protegida y le aseguro que su destino será peor que el que sufrió el indeseable esposo de mi hermana. —Aquel hombre había asesinado a Bethany y Patrick se ocupó de que el indeseable pagase por ello.

—¿No tiene miedo a que la calumnie a usted? No olvide que sé de qué habitación salía. La admiro por ello. Ahora constato que es tan humana como el resto.

—Sangro como usted si me corto, ergo soy humana. No me preocupa mi reputación. Que una viuda se divierta un poco no causará mayor controversia —replicó Elvina, segura.

—Esa viuda, es la marquesa viuda de Ailsa —puntualizó la condesa de Prior.

—Soy una mujer, como usted. El título y la reputación quedan excluidos cuando entra en juego la intimidad. Creí que con toda su experiencia ya se habría dado cuenta de esto hace años. ¿Si usted no es un escándalo andante, qué le hace pensar que lo seré yo? —repuso la marquesa viuda alzando una ceja.

—Sé que debo tener la boca cerrada. No crea que olvido quién es Patrick.

—Mi sobrino no se ha ocupado

nunca de mis asuntos y no va a empezar en estos momentos a hacerlo. No lo he necesitado. Diga sobre mí lo que le plazca, dudo que alguien la crea.

—El señor Penguin es un testigo directo.

—¿Crees que no sé con quién me meto en la cama, Amanda? —Era hora de explicarse claramente y prescindió de la formalidad.

—No diré nada sobre usted —claudicó lady Prior. Elvina era una mujer intimidante, mejor replegarse.

—Si oigo una sola palabra sobre Lena deseará estar muerta. No me gusta amenazar, menos a una mujer, pero si está en peligro la estabilidad de mis protegidas la cosa cambia.

—Me queda claro, señoría. Sin embargo, la señora Mendel creo que ya

se ha divertido hoy a costa de su protegida. Apostaría mi fortuna por ello. Habrá tenido el buen juicio de omitirla a usted. No obstante… Lena… Su reputación va a ser un estropicio, si no lo es ya —comentó lady Prior.

—Rachel lo ha hecho justo al revés. Hubiese estado más protegida si su lengua viperina se hubiese dirigido hacia mí. Pero si ha blasfemado a mi niña está en graves problemas. —La mirada furiosa de Elvina le erizó la piel a Amanda, quien no dejaba de admirarla a cada rato.

—Puedo verlo, Elvina. —Se permitió usar su nombre de pila.

—Confío en que no corroborarás su historia.

—No, por la cuenta que me trae.

—Será fácil darle una lección si

se queda sin, como tú has dicho, testigos —manifestó la marquesa viuda de Ailsa.

Elvina se dio la vuelta para salir de la alcoba. Había cumplido su cometido.

—Tuve que hacerlo. —Se sentía mal con la situación que había provocado—. No lo siento en absoluto. Sin embargo, no podía dejar que ella me lo quitase. Rosings era mejor opción. —Los remordimientos de Amanda hablaron.

—Lo sé. No te juzgo por defenderte. No obstante, comprenderás que en tus planes te has llevado por delante a Lena, y eso me apena y me enfurece.

—¿Hubieses preferido que acabase en la cama de Rothgar? No se hubiese casado con ella.

Elvina volvió a encararse a lady Prior. Esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Las dos sabemos que el duque acabaría claudicando ante ella. Tuviste que actuar rápido porque veías que se te estaba escurriendo entre los dedos.

—Lena habrá de conformarse con Rosings. Le he hecho un favor. Un favor enorme —insistió Amanda.

—Si eso calma tu conciencia…

—Rothgar es todo lo que tengo, Elvina.

—Llegará otra. No eres libre y él acabará casándose.

—Lo retrasaré todo cuanto pueda —afirmó convencida.

—Te deseo suerte, Amanda. —Veía en lady Prior a una mujer enamorada.

Una mirada de complicidad se estableció entre las dos.

—No pierdas el tiempo yendo a sus aposentos. No está.

—Lo sé. Rachel siempre fue muy escurridiza. Le gusta escupir su veneno y luego desaparecer, pero no podrá ocultarse de mí durante demasiado tiempo.

—Está encaprichada de Rosings. Esa noche tenía una cita con él.

Elvina cerró los ojos. Lo intuía, pero no quería que fuese verdad. Esa mujer iba a ser un problema. Menos mal que Rosings se había marchado solo, porque en caso de que la viuda de Mendel se hubiese marchado con él, Elvina los seguiría hasta el infierno mismo.

Él podía estar dolido, sin

embargo, no iba a hacer sufrir a su pequeña. No si ella tenía algo que decir y hacer al respecto.

Capítulo 5
El plan de Elvina

Los meses se habían sucedido a una velocidad alarmante. Quedaban pocas semanas para que finalizase la temporada. La reputación de Lena sufrió un duro golpe, tal y como sabía Elvina que sucedería. La viuda de Mendel no había conseguido su objetivo, lord Rosings, por lo que dirigió su ira hacia la joven.

El texto puesto en el periódico anunciando el próximo enlace de lord Rosings con lady Lena Badel había sido un salvoconducto para la joven. La misiva salió de la finca de Rothgar al mismo tiempo que ellas. Si la viuda de Mendel había actuado, era mejor que Elvina comenzase con la defensa de su pequeña. El título de prometida contendría las malas lenguas hasta que hubiese un nuevo escándalo. Al menos, eso esperaba la marquesa viuda. El asunto de la boda era otro tema, porque Rosings no aparecía por ningún lugar.

Con lo que no contaba Elvina era con que su hija sería la sensación de esa temporada y que cierto vizconde la convertiría en una joven todavía más intempestiva y difícil de manejar.

Todo tenía una explicación. Al llegar a Londres y ver que se acercaba la

temporada y no tenían noticias de Rosings —parecía haberse esfumado y Lena no quería que nadie lo presionara y, seamos sinceros, Elvina era mucho más blanda que Patrick, al menos en apariencia—, la marquesa viuda tuvo que reclamar a su sobrino de vuelta al reino. Ella sola se bastaba para poner orden a lo que allí pasaba. Sin embargo, la presencia de Patrick le daba una tranquilidad que realmente necesitaba. Habían sido semanas duras de peleas continuas con las muchachas y ni siquiera el guardaespaldas de ambas, Dani, veía que las cosas fuesen a mejorar.

Además, no era ninguna debilidad pedir ayuda. Aunque, ciertamente, ella no la necesitaba.

Mientras Patrick regresaba, Rosings salía de Inglaterra.

Lena estaba hundida, pese a que Valerie intentaba animarla llevándola a los bailes habidos y por haber, ópera, teatro, reuniones privadas y todo tipo de actos sociales. No obstante, la muchacha iba consumiéndose como una vela.

La joven había pasado de la ilusión de estar prometida con el hombre al que amaba, a la desesperación de no saber nada de él. Elvina sabía lo que era sufrir por amor, y Lena estaba pasándolo realmente mal. Veía en ella culpabilidad, y no era justo que su niña se sintiese así.

La marquesa viuda estaba enfadada con el bruto de Rosings por dejar a su suerte a Lena. Tuvo esperanzas cuando colocó el anuncio en el periódico. El barón no podría huir de su obligación, aunque al menos esperaba que lo hiciese reaccionar y

llegase a su casa, o bien exigiendo una boda o una retractación. Porque si Paul aparecía por esos lares Lena tendría la oportunidad de poder enfrentarlo. No hubo ni lo uno ni lo otro.

Supo que Rosings había estado en su finca los primeros meses. Posteriormente, los numerosos contactos de la marquesa viuda de Ailsa no conseguían dar con su paradero, lo que hizo sospechar a Elvina que o el hombre se había vuelto muy astuto o estaba metido en algo grande.

Su sobrino llegó al fin como una plegaria, conociendo todas y cada una de las noticias que habían ocurrido en el seno de la familia. Incluido Penguin, pero de este no se dijo nada. Eso era otra historia.

Patrick dio el visto bueno a la actuación de Elvina sobre el anuncio de

boda y su proceder sobre el escándalo que había protagonizado Lena.

—Adelante —autorizó la entrada a la persona que había llamado a la puerta de su despacho.

—Buenas tardes, Patrick. —Lena seguía muy cabizbaja. Incluso hablar le costaba.

—Lena, pasa, por favor, y toma asiento. —El marqués se levantó de su silla y pasó a sentarse en una situada al lado de la joven. Quería estar al mismo nivel que ella—. La temporada está por acabarse y nada consigue animarte.

—Solo hay una cosa que pueda alentarme.

—Que Rosings regrese y declare su amor incondicional por ti, ¿verdad?

—Sí, pero dudo que eso pueda ser una realidad. —El tiempo sucedido

le presagiaba que el futuro iba a ser igual de incierto.

—Eso no va a ocurrir a corto plazo. —El marqués de Ailsa estaba más que seguro de lo señalado.

—¿Sabes ya su paradero? —preguntó la joven con algo de ilusión. Patrick era capaz de localizar en la faz de la tierra a cualquiera que respirase.

—Sí. Ha costado un poco más de lo que me suele llevar. Debo reconocer que es un tipo muy listo —explicó con orgullo. Rosings era un rival digno.

—¿Por qué? —Un mal presentimiento se instaló en la joven.

—Sabiendo que yo estaría pronto de regreso y temiendo las represalias que tomaría en contra de él por lo que hizo, y sobre todo por llevarte a este estado, pidió participar en un asunto de

la Corona de forma voluntaria.

—¿Asuntos para la Corona? ¿Como los tuyos? —Se estaba preocupando más y más por segundos.

—Rosings tiene ciertos talentos y habilidades que son importantes y, en estos días, su colaboración es, lamentablemente, necesaria.

—¿Es un asunto peligroso, Patrick? —a Lena se le estrujó el corazón al recordar esa cicatriz. ¿Y si le pasaba algo malo al amor de su vida?

—Uno secreto del que no estoy autorizado a dar detalles. —Su trabajo, igual que el de Rosings, era muy delicado y no se podía contar absolutamente nada al respecto, por la seguridad de los implicados y de la Corona.

—Comprendo. —Con esa

contestación le estaba dando la respuesta. Sí era peligroso, sí.

—Vas a tener que retomar tu vida. No voy a tolerar que seas una planta que vaya marchitándose por falta de cuidados y agua. Tú eres quien debe poner todo tu empeño por cuidarte.

—Estoy bien como estoy. Es lo que merezco —murmuró Lena con tristeza.

—Bien. En vista de que no vas a acceder, voy a obligarte a que lo hagas —manifestó Patrick, serio.

—No puedes obligarme.

—Tú, pequeña, no tienes libre elección como Valerie. Eres mi responsabilidad y no voy a dejar que sigas ni culpándote ni deteriorándote. Ni por él, ni por ninguno. Eres joven y tienes una vida por delante —declaró el

marqués de Ailsa.

—¿Se supone que he dejado de estar prometida con él? —Patrick hablaba como si Rosings fuese su pasado y ella sentía que era su futuro.

—No lo he decidido todavía. —No quería decepcionar a la joven, pero el hombre estaba jugando con los sentimientos de su protegida y ese era un asunto que al marqués de Ailsa no le gustaba ni un pelo.

—¿Es un asunto que tú has de decidir? —Patrick podía ser tan prepotente como si su palabra fuese una ley inquebrantable.

—Elvina tiene una teoría. Un plan, más bien, muy interesante que espero no tener que poner a prueba. Prefiero darle a Rosings la oportunidad de… digamos… hacer bien las cosas por

su propio pie —comentó Lena, dubitativa.

—Son muchos meses los que yo llevo esperando lo mismo y parece que no va a funcionar. No voy a perder las esperanzas. Sin embargo, puedo sentir su propio sufrimiento aquí también —dijo, llevándose la mano al corazón—. Si estuviese en mi mano, él estaría aquí ya casado contigo. Pero, como te he dicho, es un tipo listo. —O el bobo de la familia. Patrick no lo tenía aún demasiado claro.

—No creo que obligarlo sea un buen paso para reconciliarme con él. —No obstante, Lena debía admitir que pensar en estar unida a él para siempre era una idea que le calentaba el pecho, aunque para ello Patrick lo trajese a rastras y obligado.

—Ya tendrás tiempo de arreglar

las cosas cuando estés casada.

—A este paso dudo mucho que lo consiga. —No si no aparece, pensó Lena desilusionada.

—Es un hombre inteligente, Lena. Debo reconocerle el mérito. No conseguiré dar con él hasta que termine la misión o hasta que se ponga en contacto con su familia. Si yo estuviese enfadado contigo, cosa que tras haber escuchado el preciso relato de Elvina sé que ocurre, hubiese obrado igual —afirmó Patrick.

—Todo es un malentendido. No es justo que no me diese la oportunidad de explicarme. Yo lo amo a él —exclamó la joven.

—Te cree enamorada de Rothgar.

—No estoy enamorada del duque. Todo eso fue un capricho infantil al que

me afané por no dejar atrás mi vida de antes. —Ella lo tenía muy claro.

—Yo lo sé, tú lo sabes, pero él no. Y parece que, como tú, prefiere vivir martirizándose.

—Tal vez no me ame y simplemente se fue porque le resultó fácil escapar de mí, de la boda, de la obligación.

—Sabiendo que eres mi protegida, él no tiene esa posibilidad y es consciente, plenamente consciente, de ello. Pero, eso no implica que le ayudemos a reaccionar, ¿vedad, pequeña?

—Veo que tienes un plan. —Una brizna de esperanza se atisbó en el horizonte.

—Una alternativa a lo que ha pensado Elvina, que espero sea

suficiente.

—¿Y es…? —Patrick le había dado una meta.

—No me gusta verte tan apocada y triste. Necesito que hagas tu mejor esfuerzo para que todos vean que estás feliz. Contenta. Que no eres una prometida abandonada que se regodea en su desdicha —le explicó el marqués de Ailsa.

—Soy una prometida abandonada —recordó Lena, de nuevo derrotada, con un puchero.

—Puede que lo seas. Pero, a partir de este momento vas a dejar de comportarte como una.

—Pides imposibles. —Era absurdo que él creyese que ella podría olvidar el dolor que sentía.

—¿Quieres recuperarlo? —

Patrick estaba harto de tratar con jovencitas tercas. Al menos, esta era más sensata que las otras tres.

—Sí. Por supuesto que sí —¿Este era el todopoderoso Patrick que todo lo veía y sabía? Pues para serlo, ¡qué pregunta más tonta le había hecho!

—Harás lo que te digamos y confiarás en nosotros, porque nunca te hemos fallado, ¿de acuerdo? —le preguntó el marqués.

—Tengo mis dudas de que algo vaya a funcionar. —Patrick era bueno, fantástico, arreglado las cosas. Sin embargo, Lena no veía la solución por ningún lado. Rosings ni tan siquiera estaba en el reino.

—Lena, pequeña. No soy quien soy, ni hago lo que hago, si no fuese capaz de poner en su lugar a un

prometido díscolo. Tu falta de fe en mí es insultante. —Esbozó una sonrisa de autosuficiencia.

—Rosings ha resultado ser un hueso duro de roer. —De acuerdo, la tenía medio convencida con su seguridad. Pero, aun así… —Yo lo soy más. —La conquistó del todo con esa seguridad brutal.

—Lo sé.

—¿Estás conmigo, pequeña?

—Siempre.

—Bien, muchacha. Quiero ver sonrisas, vestidos como los que V utiliza habitualmente y no eso que llevas. Accesorios y todo lo que haga que seas una mujer preciosa, perfecta y sublime.

—¡Oye! ¿Qué le pasa a este vestido? —Se sintió ofendida.

—¿Acaso eres una monja de clausura?

—Es recatado y jamás creí oírte decir que aprobarías los atuendos de V. Recuerdo que siempre que la ves bajar por las escaleras pones mala cara —expuso Lena, sorprendida.

—Soy un hombre, pequeña. Sé lo que me gusta ver. Pero vosotras sois familia y tengo que lidiar con libertinos babosos que os miran con ansia. Eso no es divertido para nada.

—Las demás también son familia de alguien, ¿comprendes?

—Te quiero radiante —zanjó el marqués la discusión.

—Me quieres radiante. Dispuesta a conquistarlo. ¡No está aquí, Patrick!

—Dispuesta a conquistar —exigió enigmático.

—No me gusta por dónde vas. —Esa mirada que ponía el marqués no presagiaba nada bueno.

—Habrás de confiar.

—Lo hago. —Sin embargo, eso no evitó que un escalofrío le recorriese la columna.

—¡Bien! —Trató de salir del tono serio que había adquirido la conversación—. Nos vamos a tomar unas vacaciones. Nos iremos a nuestra finca de Green Dream. Está todo listo para tener una pequeña fiesta con un grupo de personas de confianza que darán fe de tu belleza y de lo bien que estás sin tener a tu prometido a tu lado. Entre los invitados se encontrarán los vizcondes Maine.

—¿No habrás invitado a Rothgar? —preguntó alarmada.

—No. Pienso que no va a ser necesario. Con el testimonio del vizconde Maine será suficiente para que Rosings actúe de una vez.

—Lo tienes todo pensado. —Podía vislumbrar algo de la estratagema.

—Todo va a depender de tu actitud.

—Patrick. ¿Y si no estoy prometida? ¿Y si él sencillamente se ha ido y rehace su vida, mientras yo estoy aquí esperándolo? No tengo ni un anillo. ¡No hemos hablado desde que se marchó de la finca de Rothgar! —exclamó Lena, desesperada.

—Elvina lo ató bien con el anuncio en el periódico. No creo que se arriesgue a enojarnos. —Su familia tenía una posición muy alta en sociedad y

ellos la utilizaban a su conveniencia sin remordimiento ninguno.

—¡No quiero que esté atado! Si no me quiere, anulemos el compromiso —recapacitó, porque imaginarlo ante un sacerdote con Patrick sujetando una pistola tras él no era para nada como lo quería.

—Te encontraron en su habitación haciendo el amor.

—¡No hicimos el amor! —clamó la joven, indignada.

—Da igual. Los chismes no han de ser verdad para ser creíbles. La sociedad inventa lo que quiere. Cuanto más morboso más atrayente. Si no te casas con él serás una paria, y no estoy dispuesto a que acabes arrinconada —le explicó con seriedad Patrick.

—Y sola —acotó Lena sabiendo

que el marqués tenía razón en ese punto.

—Tú nunca estarás sola, pequeña. Somos tu familia y es nuestra obligación cuidarte.

—Patrick, dime. Sé que lo puedes saber. ¿Todo saldrá bien? — preguntó Lena.

—Hace tiempo que no veo al barón. Lo he considerado desde bien niño una buena persona. Está enfadado, pero creo que lo vamos a hacer reaccionar.

—No has contestado a mi pregunta.

—Te prometo que, de una forma u otra, encontrarás la felicidad.

—Lo quiero a él. De verdad que no es por terquedad, es que cada día que pasa y él no está, noto su ausencia y

duele. Tengo un agujero en el corazón cuando pienso en que él no está a mi lado. Todo fue precipitado y, aunque no tengo vuestra intuición, sé que es el indicado.

—Lo sé, por eso estoy haciendo todo lo que puedo. De otro modo, estaría ya dando veinte pasos al amanecer, con o sin misión oficial para la Corona.

—¡Eres un bruto!

—Y me adoras —afirmó él, que le otorgó una sonrisa deslumbrante.

—Te quiero. —Era tan fácil querer a Patrick… Era un hombre tan protector… Siempre sabía cómo arrancarle una sonrisa en los momentos más tristes y, sobre todo, siempre arreglaba cualquier estropicio causado por o contra alguien que él quería.

—Ven aquí, pequeña —le pidió Patrick, mientras se levantaba y extendía sus brazos—. Te prometo que todo saldrá bien.

—Lo sé. Si tú estás conmigo nada va a fallar.

Con el abrazo se cerró el capítulo para dar paso a unas semanas de puro trajín en Green Dream.

***

Los primeros en llegar a la casa solariega de los Manchester fueron Elvina y Patrick. Las muchachas arribarían con su guardaespaldas y sus respectivas doncellas unos días después, y posteriormente se incorporaría a la comitiva el resto de los invitados.

Lena y Valerie tenían unas compras que realizar. La marquesa viuda había dado instrucciones muy precisas a V sobre lo que Lena iba a necesitar. Elvina confiaba al menos en que lady Lena se emocionase por estrenar algunos vestidos nuevos, que llegarían justo a tiempo para la fiesta de los próximos días.

Patrick era efectivo, pero no estaba dispuesta a dejar en manos de un hombre, por muy infalible que fuera, el destino de su niña. Su sobrino había descubierto sus intenciones nada más llegar a la casa solariega y ver la pila de cartas con las respuestas a la invitación. Sabía que, aunque ella lo hubiese criado, se le avecinaba una regañina por parte de él.

—Me aseguraste que esperarías para tomar una decisión, tía —dijo

enfadado Patrick, mientras agitaba una misiva en la mano.

—Te dije que lo reconsideraría, no que esperaría. —Elvina tenía su propio plan para Lena.

—Elvina, esto no es lo que hablamos. —No estaba enfadado, pero es que su tía iba por libre demasiadas veces.

—¿Usando mi nombre ya, Patrick? Es delicioso ver cómo intentas reprenderme. ¿Me voy castigada a mi habitación sin cenar? —dijo ella divertida.

—¡Eres imposible! ¿No podías esperar a ver cómo iban a ir las cosas? ¿No confías en mí? —preguntó Patrick.

—Llevo meses esperando sin resultados, pero por supuesto que confío en ti. Y olvidas que yo te enseñé a ser

como eres. No solo eres obra de tu tío Will.

—¡No me has permitido actuar! No tienes paciencia. Me haces llamar, regreso porque aseguras que me necesitas, que la familia va a la deriva, ¿y para qué? —reclamó furioso el marqués.

—Era necesario que regresases. Valerie necesita mano dura y Rosings seguía sin dar señales de vida.

—Te mueves en arenas movedizas con tu idea. Es arriesgado.

—No voy a dejar a mi niña desprotegida.

—Dudo que Rothgar sea la solución. No debiste invitarlo —afirmó rotundo Patrick.

—No podía enviar la carta a su casa haciendo partícipes de la fiesta a

los vizcondes Maine y no al resto. Era una falta de cortesía que no iba a partir de mí.

—Claro, Elvina, claro. Sé cómo piensas. No debería asombrarme por que llegue una carta de la finca de Rothgar aceptando la invitación, cuando me dijiste que no lo harías. Vas por tu cuenta siempre.

—Era una grosería innecesaria. Además, no eres el único que piensa en esta familia.

—Por eso sé cuál es exactamente tu plan. Y no me agrada. Conseguiremos enfurecerlo mucho más de lo que necesitamos.

—Cuento con ello —advirtió la marquesa viuda, con una sonrisa ladeada. Rosings la había enojado primero, era hora de pagar.

—Elvina, no. Esto va a perjudicarla. Tendrá que lidiar luego con él.

—Es más fuerte de lo que parece. —Lena iba a dar una lección a todos, estaba segura de ello. Pese a parecer frágil y delicada, era igual de fuerte, o incluso más, que su propia hija.

—No lo dudo, pero no quiero tener que matar a Rosings y que sea una bonita viuda. Lena no me lo perdonaría. Y ambos sabemos que si la hiere acabará muerto y enterrado. Vas a propiciar que eso ocurra, tía.

—¡Siempre tan dramático! No vas a tener que asesinar a nadie. Lo tengo controlado —replicó ella, en tono de absoluta despreocupación.

—Si de verdad dices que Rothgar no le era indiferente, no tienes nada

bajo control.

—Pero estás tú para eso.

—Elvina, tus protegidas son como una plaga. Pero tú, querida tía, eres la peor de ellas. Pones en marcha un plan y me vas a dejar a mí la parte más fea, para que la solucione si hay un contratiempo.

—¡Qué cosa más horrible has dicho, jovencito! —exclamó la marquesa viuda, haciéndose la ofendida.

—¿Eres tú la que me va a mandar castigado? Soy el cabeza de familia y tengo veintiocho años, Elvina.

—Sigo siendo la mujer que te crio. —Si su sobrino quería guerra, no iba a ganarla.

—Soy feliz cuando estoy en Francia, con mis trabajos diplomáticos. ¡Preferiría haber luchado contra

Napoleón! Es regresar y querer haber perecido allí. ¡No querré mujer ni hijas jamás! —Sabía que nunca podría vencer a la matriarca.

—Sí, claro. No pienses ni por un momento que no sé cómo la miras. —Su sobrino había abierto la puerta y ella no iba a desperdiciar la oportunidad.

—No vamos a hablar de eso. —Jamás, se señaló interiormente.

—Tarde o temprano habrás de decidirte. Ella no te esperará durante toda la eternidad.

—¡No sé qué voy a hacer con vosotras! —Patrick dio por terminada la conversación, porque su tía iba a tratar un tema que él se negaba a examinar.

***

Dos días tardaron en llegar Valerie y Lena. V estaba ya asqueada de Rosings, y eso que lo había tenido ante sus ojos un par de veces en su vida. Ver a Lena palidecer por lo que ella llamaba el amor de su vida estaba siendo un suplicio. Lo peor de todo era que Valerie no podía hacer nada por ayudarla, solo consolarla y escucharla. Pero si oía una vez más lo enamorada que estaba de ese botarate… ¡La iba a matar ella misma con sus propias manos! Estúpido Rosings. Por eso mismo Valerie no se iba a enamorar jamás.

Las primeras semanas fueron de embelesamiento absoluto. Lena estaba loca de contenta. Nada más llegó le relató con pelos y señales todo lo que había dicho, hecho y vivido en la finca de Rothgar. Valerie sintió envidia

porque su amiga hubiese experimentado lo que era capaz de hacerle un hombre a una mujer.

¡Vaya con las recatadas! Pusieron el grito en el cielo cuando se habló de tener un amante, y aunque Lena seguía pura como la nieve ya no era tan inocente como antes. No le sorprendería que el día menos pensado llegase Ger gritando a los cuatro vientos que había sido desflorada. Pero santa Ger se casaría primero.

Era imperativo que Valerie tuviese al menos un candidato firme para como mínimo ser besada como Dios mandaba, o lo que surgiese. Se estaba quedando atrás. La había ganado su amiga Lena, que era una puritana. Bien, no tanto como Gigi, pero una puritana al fin y al cabo porque seguía virgen. A la menor oportunidad, Valerie

comenzaría con su plan. Era ya hora de socorrer a Lena y ayudarse a ella misma. Una sonrisa se asomó en los labios de V.

—No me gusta cuando sonríes así, Valerie. Veo problemas ahí —le dijo su amiga mientras paseaban por los jardines de Green Dream.

—Te he dicho que mamá lo arreglará. No sé de qué te preocupas. Si yo fuese tú, habría pasado página ya. En mi opinión, Rosings no vale la pena. Cámbialo por otro. ¿Sufrir por un hombre? ¡Por amor de Dios, Lena! No has aprendido nada de mí en todos estos años.

—Un día de estos, Valerie, te enamorarás perdidamente y tendrás que morderte la lengua.

La aludida no pudo evitar reírse con ganas.

—Muy graciosa, Lena. Al menos, el hundimiento que arrastras lo últimos meses no te ha quitado la capacidad de hacer bromas —dijo cómica, mientras simulaba quitarse una lágrima de los ojos de tanta risa que le había provocado su afirmación.

—No sé ni para qué te hablo —contestó Lena a la burla, bufando.

El sonido de unos caballos pararon la conversación entre ambas. Se giraron a observar a los recién llegados.

—¿Quiénes son?

—Pronto lo sabremos, vienen hacia aquí. Y son apuestos. Hazme caso, Lena. Cámbialo por uno de esos dos. A cuál más magnífico. —V estaba examinando a ambos hombres. Podrían ser candidatos para su lista. Esa lista en la que no conseguía meter un solo

nombre. Todos los varones que conocía tenían un defecto u otro.

—¡Madre mía! —soltó Lena, presa del pánico.

—Vaya. Mamá sabe cómo hacer las cosas a lo grande. —Estaba orgullosa de la madre que la había engendrado. Patrick era bueno, pero su madre era la mejor. Era una Crusoe. Si en el futuro tuviese problemas, la querría siempre como su aliada. Juntas eran invencibles.

—Buenas tardes, bellas damas —saludó uno de los recién llegados, esbozando su mejor sonrisa. Esto sí era una suerte, pensó él mientras se relamía los labios al verla por fin.

—Señoritas, un placer saludarlas. —Estuvo igual de cortés el otro.

—Excelencia, milord —saludó Lena, tímida.

—Usted debe ser Rothgar. —Valerie no tenía recato alguno.

—En efecto. Nos conocimos hace unos meses. Me deprimiría usted, lady Valerie Manchester, si me hubiese olvidado ya. —Coqueteaba bien el duque, pensó divertida V al verlo mirar tan profundamente a su amiga, quien tenía la mirada baja.

—Sí, fue un encuentro breve. Pero no lo recordaba aquí —dijo, dando unos golpecitos en su sien—. Lo siento, no se deprima. —Quería irritarlo. Ella cambiaría a Rosings por Rothgar en un abrir y cerrar de ojos. Ningún hombre merecía el dolor que estaba pasando Lena. Valerie estaba muy enfadada con el barón.

—¿Y a mí? ¿Me recuerda usted, mi bella princesa? —indagó el otro con una gran y perfecta sonrisa.

—¡Cómo olvidar a uno de los seres más empalagosos que he conocido en mi vida! ¿De verdad le funciona esa táctica, milord?

—Ser amable, caballeroso y atento no es ningún pecado milady.

—¡Oh! Ya basta, Essex —pidió ella con fastidio usando el título que sabía que tenía él.

—Para ser empalagoso, veo que recuerdas muy bien quién soy, Valerie. ¿Has estado pensando en mí todos estos meses de igual modo que lo he hecho yo? —Él se permitió prescindir de toda formalidad. Ella iba a replicar, pero la sonrisa angelical desarmó a V. Luego se obligó a recordarse quién era ella.

—Lady Valerie Manchester para usted. —La desarmó pero no la dejó boba—. Es el hombre más engreído con

el que me he cruzado. Discúlpame, Lena. excelencia, —Hizo una breve reverencia al duque—, pero el aire se ha enardecido de repente.

Valerie salió disparada del lugar. No soportaba a Essex. ¿Por qué tenía que ser tan galán? Maldito sea.

Lógicamente, el vizconde salió tras ella.

Lady Lena Badel supo que su amiga estaba en problemas nada más vio que le cambiaba la cara al ver al acompañante de Rothgar. ¿Cómo se habrían conocido, si V había vuelto al día siguiente a Londres para apoyar a Ger frente a su padre? Se había saltado un capítulo.

Levantó la vista y lo vio frente a ella examinándola sin discreción alguna. Lena no sabía dónde meterse. Valerie

siempre la dejaba en la estacada cuando más la necesitaba.

—Bienvenido, excelencia. —Lena hizo una reverencia para irse hacia la casa.

—¡No! No vas a huir —aseveró él, mientras desmotaba de un salto.

—¿Disculpe? —Lena tuvo que volver a darse la vuelta para mirarlo.

—He dicho que no vas a huir y dejarme plantado.

—No soy de las que elude nada ni a nadie. —Se hizo la valiente, aunque estaba terriblemente asustada.

—Lo celebro pues. ¿Por qué no damos un paseo? Pero antes, tendrás que acompañarme a los establos.

Lena miró al caballo. Era el mismo que había montado en la finca.

Black, lo llamaban. Se acercó a él y le acarició el hocico.

—Es magnífico.

—Hay poca gente que se atreva a montarlo, y mucha menos a la que él se lo permita.

—Lo imagino. Parece una mala bestia, como diría Patrick, pero es muy bueno. Solo hay que saber domarlo. Darle confianza.

—Lo es. Rudo y bueno. Sin embargo, parece que tú eres capaz de domar a quien te propongas.

Lena se sintió incómoda. Rothgar no iba a arrinconarla.

—Solo hay que buscar la mejor fusta, ¿no? —¿Por qué su audacia solo funcionaba cuando estaba con él?

—No creo que seas de las que

necesita ese instrumento, Lena.

—No está bien que se tome esas confianzas, excelencia. —Oírlo pronunciar su nombre le provocaba una sensación extraña.

—Una vez me dijiste que eras Lena. Yo te dije que era James. Solo hago honor a tu invitación. ¿Qué mal puede haber en utilizar nuestros nombres cuando nos conocemos de tantos años? —inquirió Rothgar.

—Tú no me recordabas.

—Cierto, pero ahora no puedo olvidarte.

—Los establos están justo ahí. Será mejor que vaya y acomode a su pura sangre. Debe estar cansado. —Trató de cambiar el rumbo de la conversación. No era miedo. No, era precaución.

—No te atrevas a fugarte mientras voy —le pidió, son una sonrisa, muy divertido al ver la reacción de ella. Parecía serena, pero sabía, por el pulso que latía bajo su cuello, que estaba alterada.

—Te he dicho que no huyo jamás —replicó Lena, cambiando la forma de dirigirse a él.

—Eso espero —dijo James, mientras la miraba fijamente a los ojos. El duque no había conseguido borrar de su mente esos dos pozos de aguamarina.

Lena estaba en un lío, uno peor del que había salido la primera vez por puro milagro. Y no es que ese enredo acabase bien, porque llevaba meses lamentándose por culpa de Rosings. La vida era muy injusta. Se había pasado años creyendo que amaba a uno, que ni tan siquiera se había dignado a mirarla

una segura vez, y entonces, llegaba y se presentaba declarando abiertamente su interés. Y el otro, el otro era el peor de todos. Un auténtico cobarde por escurrirse y no enfrentarla. «Rosings, ya ajustaré cuentas contigo, tarde o temprano lo haré», se dijo ella.

—Veo que no te has escabullido.

—No me he retirado de una batalla jamás.

—¿Estamos en guerra? —James estaba juguetón por la reacción de ella.

—No lo sé. Dímelo tú. —Lena se mostraba altiva, no iba a achicarla.

—Justamente, espero estar en los términos contrarios contigo. —Maldita fuera la sonrisa burlona del duque.

Lena comenzó a andar. Él quería dar un paseo, muy bien. Darían un paseo. Tenía curiosidad por ver hasta

dónde llegaba el duque.

—Los jardines de Green Dream son preciosos —dijo ella, inocentemente.

—Siempre me ha gustado ver los jardines a la luz de la luna —declaró Rothgar. «Comienza el juego», se dijo a sí mismo.

—Muy bien, James —comenzó Lena, que ya estaba harta—. Es hora de que dejemos las cosas claras.

Al fin la había hecho saltar. Rothgar escondió una sonrisa. Le había costado un ratito hasta que Lena había entrado en el juego.

—¿Sí? —No había alguien más casto en este momento que él.

—No sé qué juego planeas, pero no estoy ni en la partida, ni sobre el tablero, ni con el taco en la mano.

—¿Juegas al billar? —La muchacha estaba llena de sorpresas, pensó fascinado.

—Y soy muy buena.

—¿Tanto como con un arma? —La recordaba de pie apuntando como una experta cazadora. Tentadora sin igual.

—¿Qué quieres? Déjate ya de tonterías. ¿A qué has venido a la casa de Patrick?

—Me han invitado.

—Lo dudo mucho. —El marqués no le haría eso, más después de decirle que no lo haría.

—Patrick es el dueño de la casa, pero hasta donde yo sé la cabeza de familia es la marquesa viuda de Ailsa, y aquí se hace su santa voluntad.

—No te creo. —De verdad… ¿Elvina? ¿Qué tramaba la marquesa viuda?, se preguntó Lena—. No tengo por costumbre mentir, y menos en cuanto a invitaciones se refiere —manifestó serio James.

—Muy bien. Has sido invitado y has aceptado. ¿Por qué? —se interesó Lena.

—Te lo he dicho antes. ¿No escuchas? No consigo olvidarte.

—Sí, y mañana los cerdos volarán. —A otra con ese cuento.

—¿Tan poca autoestima tienes? —Le gustaba verla enfadarse. Era divertido, realmente entretenido, sacarla de quicio.

—Ni mucho menos. Sé de lo que soy capaz y de que podría poner a cualquier hombre de rodillas. —«Una

vez pensé en ponerte a ti», pensó Lena —, pero ambos sabemos que no percataste en mí hasta que Rosings se mostró interesado. —¿Qué? No es que ella fuese arrogante, que también. Sin embargo, ¿por qué solo los hombres podían hablar sin tapujos?

—Eso no es cierto. —No del todo.

Lena lo miró fijamente. Trató de no perderse en sus grandes ojos negros y levantó una ceja tal como hacía Patrick.

—¿Seguro?

—No es el único motivo. —¿Cómo había hecho esa muchachita? Realmente no era una simple mujercita casadera.

—Ya. —¿Qué querría el duque? La joven estaba intrigada.

—Eres muy dura, Lena. Te recuerdo que aseguraste que serías

capaz de domar a un semental. Y sé muy bien a quién te estabas refiriendo mientras hacías tal proclama.

—Digamos que mis objetivos han cambiado. —No quería mentir. La había pillado.

—Pero yo fui el primero. —¡Solo le faltaba eso a su ego!, pensó Lena.

—Si es lo que necesita saber para que crezca tu orgullo y me pueda librar de ti, sí. Fuiste el primero. Mi primera gran equivocación. —La verdad era la verdad. Se dio cuenta después de que amaba apasionadamente a Rosings.

—¿No creerás que me haré a un lado después de oír semejante declaración? —Lógicamente, él obvió la parte sobre el error.

—¿Dónde ha dejado a lady Prior, milord? ¿Estará esperando en su alcoba

o Patrick no la ha invitado? —¡Como si ese hombre pudiese tener un interés en ella!

—Ahora, ni mucho menos me haré a un lado. —Estaba contento porque no había perdido su toque con las mujeres, pero se veía que Lena era una mujer difícil.

—No estoy celosa.

—No he sido yo quien lo ha dicho.

—Eres imposible, James —manifestó exasperada Lena.

—Por eso te gusto —afirmó él con orgullo.

—No he dicho eso jamás.

—No, solo has confesado que yo fui el primero —apuntó James con una gran sonrisa.

—Era una niña impresionable.

—¿Desde tan temprano fui ya el primero para ti? —Le gustaba pensar en ella enamorada esperando por él a todas horas.

—No tenía que haber dicho eso. Tu ego se está hinchando por momentos como un globo. Puedo verlo desde aquí.

—Y encima graciosa. Eres un sueño, corazón —declaró Rothgar.

—No me llames así —le recriminó Lena.

—Nunca me gustó que Rosings te llamase renacuaja.

—Tampoco me gusta a mí.

—¿Has sabido algo de él? —se interesó James.

—No. —«No sé, ni siquiera, si sigue con vida», pensó Lena con tristeza.

—Yo tampoco. —Lo echaba de menos. La vida no era lo mismo sin él.

—Creí que erais los mejores amigos del mundo —comentó Lena.

—Lo somos. O lo éramos. No lo tengo claro. Pero supongo que el hecho de que esté declarándome a su prometida hará que dejemos de serlo. O tal vez me lo agradezca, no lo sé. —Se quedó pensativo.

—¡Por amor de Dios, Rothgar, no tienes ningún sentido de la oportunidad!

—¿No?

—¡No! Llevo toda mi vida queriendo oírte decir esa declaración, pero gracias al cielo nunca la hiciste.

—Bien, entonces arreglado. Nos casaremos. Fija la fecha para la boda —dijo él tan normal, como el que va a sastre a encargar un traje.

—¿Te has vuelto loco? —No había otra explicación.

—Por supuesto que no. Tú no tienes prometido. Yo estoy buscando esposa —señaló James, con total naturalidad.

—Sí, tengo un prometido. ¡Y es tu mejor amigo! —Estaba a un pasito de perder la compostura.

—No llevas anillo. No has sabido nada de él en todos estos meses. Lena, arrastras un escándalo y estás sola. Soy tu mejor opción. La única, de hecho —expuso Rothgar con calma.

—No puedo casarme contigo. Ya no. —No después de descubrir los sentimientos tan arrolladores que le producía Rosings.

—¿Por qué no? Has declarado que soy el sueño de tu vida hecho

realidad.

—No he dicho eso en ningún momento. —¿Lo había dicho? La hizo dudar.

—Pero lo has pensado. —Tenía que estar atenta porque iba a tenderle una trampa. Ella lo intuía.

—¿Tu ego no tiene límites?

—Supongo que no. No cuando tú has cantado como un canario. —El duque le dedicó una perfecta e inocente sonrisa.

—Esta conversación es una pérdida de tiempo. —¿Qué se proponía Rothgar?

—Sí, supongo que para ti lo es. Vas a casarte conmigo, tan cierto como que el cielo es azul. ¿O es gris? No lo tengo muy claro ahora mismo con todas esas nubles. Como sea, vas a ser mi

esposa —afirmó rotundo.

—No puedes estar hablando en serio. Tú no me amas. Y, desde luego, yo no te amo.

—No es una condición indispensable para ser marido y mujer.

—Lo amo a él.

—Bueno. Prometo no ser un esposo celoso.

—Esto tiene que ser una broma. No le veo otro sentido —dijo ella, mientras negaba con la cabeza.

—¿Cuántos años tienes, Lena?

— ¿Por qué? —No iba a decirle su edad.

—Eres un poco joven para mi gusto. —¿Encima le ponía pegas a ella?

—No pienso casarme contigo. —A ver si le entraba de una vez en la

cabeza…

—Claro que lo harás.

—No. Ni aunque venga mi difunto padre armado con una pistola y me obligue a leer mis votos ante un ministro de Dios lo haré. —Ni pensarlo. Este hombre la volvería loca. ¿A qué Dios había que rezarle para dar gracias de haberse metido en otra habitación?

—Me gusta que te hagas la difícil —afirmó Rothgar con una sonrisa.

—No estoy haciendo nada.

—Haremos un trato.

—¡Vaya, qué generoso! —¿Esta conversación era real? Seguro que si se pellizcaba se despertaría. Probó. Nada, parecía que no iba a despertar. Se dio otro pellizco un poco más fuerte.

—Te daré un año —propuso

James.

—¿Que tú me darás un año a mí? ¿Para qué? —Estaba intrigada.

—Sí. En mi benevolencia voy a dejar que Rosings luche por ti. Tienes un año de plazo para darte cuenta de que no es tu prometido y no será tu marido —manifestó.

—Él volverá. Lo sé. —Maldito duque que con sus conjeturas la estaban haciendo asustarse.

—Entonces, no tienes nada que temer. Míralo como un seguro. Si no llegas a casarte con él, estarás hundida en la miseria. Ni el marqués de Ailsa será capaz de salvarte de la ruina social. Si todo se tuerce, me tendrás como un reemplazo. Juegas sobre seguro, pase lo que pase. Necesito una esposa para librarme de… —James lo pensó mejor y

se calló.

—¿Lady Prior? —preguntó Lena divertida.

—¿Celosa?

—¿De Amanda? ¡Por favor! —Era muy atractiva, pero Lena era mejor partido. Solo por la conexión que le daría a su marido con el marqués de Ailsa… Además que su dote no era insignificante. Patrick se aseguró de que ella fuese casadera.

—No deberías. ¿Vas a aceptar mi petición de mano? Sopésalo con cuidado. Tu familia se resentirá mucho si él no vuelve.

Lena se paró a analizar la sugerencia del duque. No era un mal partido.

Pero si no era tan mala idea, ¿por qué sentía que estaba traicionando a

Rosings solo con planteárselo? ¡Hombre terco! Maldito Paul por abandonarla sin mediar palabra. ¿Volvería Rosings? Sí, volvería, pero… y si no volvía, ¿qué sería de ella? Dejada a su suerte. Tachada de paria social.

—Sí. —¿Qué? ¡Lena no podía hacer otra cosa!

—Excelente. Tenemos un acuerdo. En seis meses publicaremos el anuncio de nuestras nupcias.

—Has dicho que tenía un año.

—Lo tienes.

—Seis meses no es un año. —No solo era duro de mollera, sino que… ¿no sabía los números? De no saber sumar estarían en la calle en menos que canta un gallo, porque él perdería su fortuna por inepto. Tal vez tendría que replantearse su respuesta.

—Cierto. Pero si en un año no vuelve tú serás mía, y no voy a consentir que mi duquesa sea el blanco de chismes del reino con una boda precipitada y sin ser debidamente anunciada. Da gracias a que no hago el anuncio ahora mismo. —Sería lo más sensato para acabar con todo este lío, pensó él.

—Esto es un error. —Si Rosings se enterase del trato jamás de los jamases se lo perdonaría.

—Cobarde. —Tenía que retarla porque estaba viendo, por su cara, que estaba replanteándose la decisión.

—No tengo miedo —dijo en un susurro.

—No lo parece.

—No lo tengo —afirmó con más convicción. «Ni de ti, ni de él. Patrick

me protegerá», se convenció.

El sonido de un carruaje los alertó. El vehículo pasó por su lado.

—Mi familia. Justo a tiempo.

Rothgar la rodeó de la cintura para girarla y tenerla enfrente. Sus labios se pegaron a los suyos. Lena se quedó con la boca abierta por el gesto y la sorpresa del proceder de él, algo que el duque aprovechó para hundir su lengua hasta la campanilla.

Lena se quedó quieta. No sabía qué hacer porque no creía que eso en verdad estuviese pasando. Debería haberse pellizcado mucho, mucho más fuerte, para tratar de despertarse, porque toda esta escena era un guion de teatro de una obra cómica con malos actores.

En unos pocos segundos, Rothgar

se separó de ella.

—Tendrás que practicar, querida. Soy muy exigente. Lamento que Rosings no te haya enseñado nada. Me gustan experimentadas, recuérdalo. Conquista a mi padre, por favor. No te costará —dijo él, mientras se marchaba del lugar como si todo lo acontecido fuese de lo más normal del mundo. El duque no acababa de comprarse un traje en la sastrería. No, acababa de adquirir una prometida a largo plazo. Y no. Tampoco era un mal teatro. No, por supuesto que no. Aquello era una broma cruel del destino, decidió la joven.

Lena se quedó así, con la boca abierta, los ojos como platos y sin saber qué había pasado. ¿Y encima se atrevía decirle a ella que tenía que practicar? ¡Vamos! El colmo de los colmos. El duque sería un buen amante —no es que

ella lo supiese o quisiera averiguarlo—, pero de besos no tenía ni idea.

¿Cómo diablos se había torcido tanto el día?

Una Elvina pegada a la ventana estaba pletórica viendo la escena mientras sonreía. Sus planes siempre salían bien. ¿Iba a dejar ella en manos de Patrick el destino de su niña? Nunca. Lena era su responsabilidad, más que la de su propio sobrino.

Y en otra parte de la casa, lady Valerie Manchester tenía sus propios problemas con un vizconde muy persistente. V se había refugiado en la biblioteca para huir del recién llegado. Sí, estaba escabulléndose de un hombre. Del pesado de Essex.

Sentada en un sillón, más bien recostada con libertad sobre él, estaba

disfrutando de un rato de paz y sana lectura. Era un libro apropiado. No de los que le gustaban a ella.

—Eres muy escurridiza, gatita.

—No soy ningún animal. —Se tenía que haber escondido mejor.

—No, eres una mujer excepcional. —Los cumplidos siempre funcionaban con las mujeres.

Valerie suspiró. Era tormentoso y aún no hacía ni dos horas que había llegado a su casa. Esas semanas iban a ser las más largas de su vida.

—Te he dicho que no me interesa, Essex. —¿Lo quería por escrito?

—No sabes lo que te propongo. —Le encantaban los retos.

—Sí, lo sé. Y no me interesa.

—Vamos, gatita, dame una oportunidad. Te gusto —replicó él con una gran sonrisa.

—Eres un pretencioso —le amonestó V.

—¿Te placería apostar? —Tenía que tentarla como fuese, y sabía que con flores y bombones no conseguiría nada.

—Perderás.

Valerie se interesó por el tema. Apartó el libro y se sentó correctamente.

—Un beso.

—¡Ja! —Volvió a reclinarse sobre el sillón y a coger el libro firmemente.

—¿Tienes miedo con lo que te voy a retar que te escondes tras un libro?

—¿Miedo de ti? Yo me meriendo a los de tu clase. Los alecciono. — Había

comenzado por darle su merecido a un libertino hacía unas semanas y la experiencia había sido más que satisfactoria.

—Muero por saber cómo sería la lección, Valerie. —Con ella debía ser pícaro y atrevido, lo intuía.

—¿Cuál es la apuesta? —preguntó ella sin apartar el libro ni moverse.

—Sabía que no me equivocaba contigo. Eres magnífica, Valerie.

—Nunca me han gustado las zalamerías. Si no hay una apuesta vete y déjame tranquila.

—Un beso. Apuesto a que con un beso puedo hacer que te tiemblen las rodillas.

—No veo que eso pueda ser considerado una apuesta. ¿Qué gano yo?

—Si no sientes nada dejaré de incordiarte. Lo juro —comentó, al tiempo que cruzó los dedos tras su espalda.

—No me mirarás, ni me saludarás, ni te acordarás de mi nombre.

—De acuerdo. —«Picaste, pececillo», se felicitó a sí mismo Essex.

—Muy bien.

—Pero no has oído mis condiciones aún.

—Sabía que había una trampa.

—Si hago que te derritas, me darás una oportunidad y utilizarás mi nombre para referirte a mí.

Valerie sopesó su trato. Essex era muy atractivo. Un hombre que la sacaba de quicio, pero era muy, muy apuesto. No parecía hermano del duque. Rothgar

era oscuro. No solo su carácter, sino físicamente. El vizconde era, por el contrario, pura luz. Rubio, ojos azules, labios finos, un cuerpo delgado pero fuerte… Pensó en su lista.

—Sí, acepto.

—Muy bien, gatita. Comencemos, pues.

Essex descruzó las piernas y se levantó de la silla donde estaba. Se quitó la chaqueta, parsimonioso. V no era tonta. Él estaba creando expectación. Si eso era todo lo que podía hacer… Una pérdida de tiempo, eso estaba siendo esta tontería. Pero, ¿por qué su corazón estaba acelerándose?

El vizconde se acercó a ella. Le tendió una mano para que se levantase. V correspondió. La colocó a unos pocos centímetros de su rostro. Sujetó entre

sus dedos un mechón de pelo jugueteando con él. Todo inducía a pensar que lo colocaría tras su oreja.

—Tienes un pelo precioso y suave. —V se tensó. Eso no era un beso, era un auténtico plan de seducción. No debió haberlo subestimado. —Muero por verlo caer en cascada y hundir mis manos para cerciorarme si toda esa preciosa melena es tan cálida como este precioso mechón oscuro.

Valerie se quedó callada, quieta y sometida a él. Todo en Essex invitaba a dejarse llevar. Sintió su aliento en la nariz y un escalofrío la recorrió desde la cabeza a los pies.

—Tus ojos son perfectos. No había visto nunca un tamaño y un color tan particulares. Eres preciosa, Valerie. Imagino que estás acostumbrada a que te lo digan. Sabes que eres una diosa en

un mundo poblado de miserables seres humanos que palidecen a tu lado.

La boca de Valerie se abrió. La mandíbula se le había desencajado. Seguro que tenía cara de besugo.

Essex sonrió. Era la hora. Con la precisión de un lince, se acercó a ella muy lentamente mientras le acariciaba la espalda con una mano y con la otra le sujetaba con suavidad la mejilla izquierda.

Un beso tímido la hizo cerrar los ojos. Essex no tenía prisa. Cuatro besos tímidos, menguados, siguieron al primero. Se separó de ella y la vio con los ojos cerrados, deseando más. Volvió a acercarse y le cogió el labio superior ente los dientes. Hizo lo mismo con el inferior. Era un proceso lento para hacer que ella agonizase por sus caricias. Le había funcionado un millón de veces.

Cierto que no eran mujeres tan duras como ella, pero él era de los mejores en esto.

Valerie abrió los labios para que él introdujese su lengua. El vizconde se resistió a probarla, pese a que le estaba costando horrores poder controlarse y no saquearla. Volvió a utilizar los tímidos besitos para desquiciarla.

V se movió en busca de los labios de él, ansiosa, pero el vizconde se separó. Un gruñidito de enfado salió de la garganta femenina. Essex sonrió. La tenía justo donde quería.

Valerie estaba desesperada. Si no la besaba la volvería loca con tanto jueguecito. No es que fuese una auténtica delicia, que lo era, pero es que necesitaba sentirlo. Así que la Manchester tomó el mando. Enredó sus brazos sobre el cuello de él y estampó su

boca furiosa. V notó que él estaba sonriendo. ¡Maldito fuera! Había ganado la apuesta, pero ella era una Manchester. Sangre Crusoe circulaba por sus venas.

V intentó apartarse para demostrarle que podía separarse de él. Essex no la dejó. La aplastó contra él y la besó. Sin embargo, no le dio su mejor beso, no quería descubrir todos los ases en el primer contacto. Dos segundos más y la dejaría. El hombre sabía que tendría que emplear toda la fuerza de voluntad del mundo, aunque era necesario.

Pasaron dos segundos y entonces se separó de ella. Valerie abrió los ojos, levantó la cabeza y se dio la vuelta en busca de la puerta. Cuando estuvo a punto de cruzarla lo oyó:

—Aaron —dijo él con una sonrisa de oreja a oreja, mientras la veía salir

toda digna. Era difícil, pero sería pan comido conseguirla.

Se cruzó con Valerie justo en la puerta cuando esta salía de la biblioteca con cara de haber visto un fantasma. La muchacha parecía ida. Rothgar suspiró. No sabía qué hacer con su hermano. Entró y se encontró a un vizconde sonriente con una erección más que evidente.

—No sé qué le has hecho a esa mujer, pero no es una buena idea.

—No he hecho nada malo. Sigo vestido, ¿ves?

—¿Quieres una esposa? —siguió él sin hacerle caso a la burla.

—Podría ser ella. —No mentía.

—Si algo sale mal, su madre te rebanará el cuello sin inmutarse. Pero yo en tu lugar tendría más miedo del

primo. Estás jugándote la vida.

—Vale la pena arriesgarse. —Valerie lo había dejado perplejo. ¿Y si…?

—No aguantas más que yo sin tener una mujer diferente. Esta gente no perdona la traición.

—Tal vez pueda convertirme en un hombre respetable con semejante mujer a mi lado. —Estaba seguro de que esa gatita sería una fiera.

—Aaroooooon —lo amonestó su hermano.

—¿Qué? ¿No acabas tú de proponerle matrimonio a la otra?

—No es lo mismo

—No es lo mismo cuando lo haces tú, ¿no? —indagó Essex.

—No podré salvarte si enojas a

los Ailsa —expuso Rothgar.

—No creo que necesite tu ayuda. Sabré hacerlo bien.

—¿Te quedas entonces?

—Sí. Me atrae la idea de conquistarla.

—Vas a meterte en un problema, hermano.

—Un placer dejarme enredar. Será ella la que se enrede. He saboreado la mercancía y vale la pena el intento, te lo garantizo.

—Como quieras —claudicó el duque.

En la otra punta de la gran habitación había una joven limpiando el polvo tarareando una cancioncilla que se oía apenas.

—¿Quién será esa muchacha?

Rothgar se giró para ver a la chica.

—¿Te estás oyendo, Aaron? —Su hermano no tenía remedio.

—No estoy casado aún. ¿No puedo mirar? No hay nada malo en observar. No pienso tocarla. No es como si fuese a saltar sobre ella.

—Es Made, la hija de la cocinera, milord.

Patrick acababa de hacer su entrada en la biblioteca. Ambos hermanos se cuadraron.

—Yo… me iba —dijo el vizconde, ya atravesando el umbral de la puerta lejos de Patrick.

—¿Debo vigilarlo? —preguntó a Rothgar.

—Yo si fuese tú lo haría. Es mi

hermano y no me atrevo a quitarle ojo. Tú y yo hemos sido jóvenes, sabes cómo va esto.

—Lo haré, te lo garantizo. ¿A qué has venido, Rothgar? —se interesó Patrick.

—A hacer una proposición —respondió este.

—No me gusta ni un pelo la idea.

—Creo que es la mejor solución. —Rothgar así lo creía.

—No lo veo así. Hay otras formas menos…

—Violentas, sí— habló el duque —, pero esta es la mejor.

—¿Qué ha contestado ella? —quiso saber el marqués de Ailsa.

—¿Necesitas preguntarlo o acaso tenías la esperanza de que se negase? Tú

eres bueno en lo tuyo, pero yo soy el mejor en lo mío.

—Te conozco, Rothgar. Sé cuán persuasivo puedes llegar a ser. —Era muy competitivo y cuando algo se le metía entre ceja y ceja era como un perro con un hueso. Casi peor que él mismo. Casi.

—Me marcho. He cumplido mi misión aquí hoy ya. Tengo cosas importantes de las que ocuparme en la finca.

—Muy bien. Buen viaje.

Rothgar se paró en la puerta.

—Mi hermano ha puesto los ojos en Valerie. Te conviene saberlo —le advirtió James a Patrick.

—Todos ponen sus ojos en V —comentó el marqués.

—Yo no.

—Tú los has puesto en Lena.

—Es hermosa. Debí haberla visto primero.

—Según tengo entendido, no habías percatado en ella hasta que Rosings lo hizo.

—Soy un necio.

—En eso estamos de acuerdo. Un necio muerto —afirmó Patrick.

—Ya veremos.

—Él no te lo perdonará jamás —comentó el marqués de Ailsa.

—Estoy dispuesto arriesgarme —manifestó Rothgar.

—¿Vale la pena?

—Sí.

—Entonces, te deseo suerte —

declaró Patrick.

—Yo te la deseo a ti con Essex.

—V puede ser una plaga. Tu hermano no tiene ninguna oportunidad.

—No es como si Aaron no supiese lo que hace. No lo subestimes.

—¿Está buscando esposa? —Igual podría ser un candidato aceptable. ¡Quién sabe!

—Dice que sí.

—Es un punto a su favor. ¿Quieres quedarte a cenar?

—Agradezco la oferta, pero ambos sabemos que no debo tentar la suerte —dijo con una sonrisa ladeada.

—Supongo que no. Y creo que debería agradecerte que…

—No me des aún las gracias —lo cortó—, esperemos a ver qué sucede.

Rothgar regresó hasta Patrick, para darle un firme apretón de manos al marqués de Ailsa. Ahí había dos grandes hombres que se admiraban y respetaban cerrando un trato.

***

La cita en la casa solariega del marqués de Ailsa no resultó ser como todos esperaban. Hubo drama. Mucho. Elvina y Patrick pensaron que sin Rothgar la fiesta no tendría ningún altibajo. No pudieron errar más en su suposición. Si Rothgar era un seductor, su hermano menor era todo un experto en enredos.

Essex tenía sus miras puestas en Valerie. Fue más que evidente para los asistentes desde la primera comida que

compartieron. V trató de defenderse con uñas y dientes para no caer rendida. No estaba enamorada, pero era una persona demasiado atrayente como para poder resistirse a él.

A los pocos días de llegar y perseguirla le pidió matrimonio. Sus buenas formas, su atractivo… las charlas con Lena sobre lo bonito que era el amor aunque se sufriese por él, la habían vuelto susceptible. Susceptible y tonta.

Una noche, la de antes de que la fiesta en Green Dream llegase a su fin, ella había considerado la idea de aceptar la oferta del vizconde. No estaba del todo decidida, aunque al menos le daría una oportunidad.

No encontraba a Aaron por ninguna parte en el baile y salió en su busca. Se podría decir que algo, alguien,

o más bien su instinto, la llevó directamente a los establos de la finca donde pilló a Essex disfrutando de los favores de la pobre Made, una empleada en la casa de Patrick a la que había seducido. Valerie no sintió celos, sino regocijo por haberlo descubierto a tiempo. Era lógico que una joven como Made hubiese caído en la trampa. Valerie, que se creía una mujer bastante curtida, había dejado que él obrase su poder sobre ella misma. ¿Qué no haría semejante sinvergüenza con una pobre muchacha, que solo tenía a su madre y que no sabía nada más de la vida que trabajar?

Fue la primera vez que le asestó un rodillazo en su hombría a un varón. Se sintió poderosa y decidió que los libertinos sin escrúpulos con los que se cruzase a partir de entonces sentirían el

poder de su rodilla femenina. ¡Oh, sí, los iba a poner a todos de rodillas!

Patrick se ocupó del bastardo, y ella y Elvina, meses más tarde, acomodaron a la sirvienta en una casita para que pudiese dar a luz y criar en paz a su hijo.

Lena se pasó varias semanas después repitiendo cuánto sentía lo sucedido. Pero es que su amiga no entendía que toda esa contingencia con ese malnacido había sido algo bueno. Algo que la había reconducido por su camino inicial. Tenía más claro que nunca que jamás se casaría y que tendría un amante, incluso tal vez antes de cumplir los veinte. Lo tenía más claro que el agua.

Pese al desafortunado incidente con V, Patrick estuvo contento con el resultado de la fiesta. Al segundo día de

la llegada de los vizcondes Maine, una carta del puño y letra de Joseph, el hermano de Rosings, salió rumbo a Francia. El marqués de Ailsa sabía qué relataba esa misiva y, por si había alguna duda al respecto, todo se confirmó cuando esa misma mañana en la que la carta fue enviada encontró a Lena llorando.

El hermano de Rosings la había reprendido y la había amenazado con exponerla si convertía a Paul en un escándalo ante toda la sociedad.

No intervino. Pese a que quería explicarle dos o tres cosas a Maine, tuvo que quedarse calladito y no mediar. Ante la que *sí* mostró su orgullo fue frente a su tía.

—Te dije que funcionaría —señaló Patrick.

—Lo de Rothgar es una solución mucho mejor —repuso Elvina.

—Solo con traer a Joseph aquí y hacer de ella un pastelito hubiese bastado.

—No estoy segura de que vaya a funcionar aún. Rosings es muy terco. Tú no lo viste esa noche. Decir que estaba furioso es como comparar a Satanás con un gatito atacando —manifestó la marquesa viuda de Ailsa.

—Elvina, imagina tener a un hermano al que le han prometido una mujer y ver a esta misma siendo agasajada por todos los pícaros de la sociedad. Hombres con más título y poder que tu hermano. Era coser y cantar. Tardó solo dos días en enviar una carta y contárselo todo.

—Tuviste buen ojo seleccionando

a los caballeros, eso debo reconocértelo —concedió la marquesa viuda.

—Tú estuviste acertada vistiéndola y haciendo de ella lo más adorable que habían visto hasta el momento —afirmó Patrick.

—Somos un buen equipo. Esperemos que podamos trabajar al mismo nivel cuando Valerie lo necesite.

—Essex ha propiciado que ella tenga claro que no quiera ser una esposa.

—Lo sé. Maldita decepción de hombre.

—Es buena señal que la hayan apodado la inalcanzable. Tal vez demos con un hombre que esté a su mismo nivel y la haga caer. ¡Si hubieses visto cómo dejó a Essex arrodillado ante ella cogiéndose sus partes pudendas! Dani se

quedó parado sin atreverse a acercarse a ella. Es digna hija tuya, Elvina. —Se rio a gusto al recordar el suceso.

—Temo por su futuro. Sabía que tenía en mente eso de tomar amantes. Sin embargo, pensé que eran tonterías de chiquilla —expuso la marquesa viuda preocupada.

—Ella estará bien. Además, las chiquillas no van diciendo por ahí cosas sobre tomar un amante. Mi tío y tú le permitisteis demasiada libertad.

—William la quería igual a mí —replicó ella con orgullo.

—Sí. No te angusties. Déjala que se divierta sintiendo que es una heroína. La que me preocupa ahora mismo es Lena.

—Si tu plan no funciona…

—Sé lo que hay que hacer.

—Tenemos que esperar a ver el devenir de los acontecimientos.

—Regresemos a Londres y terminemos la temporada. Demos tiempo a Rosings. De una manera u otra las cosas se arreglarán.

Capítulo 6
La reflexión del barón

—Todavía podemos pasarlo bien. —La mujer se acercó sugerente y lo abrazó desde la espalda para hincarle los dedos en sus amplios pectorales. Siempre le había parecido un hombre magnífico.

—No me interesa, Rachel —le dijo el barón Rosings tratando de soltarse, sin éxito, de su abrazo.

—Te ha tendido una buena trampa. Parecía una chiquilla insulsa —comentó ella sin compasión.

—No ha sido ninguna encerrona, créeme. —Todavía resonaban ensordecedoras las palabras de ella en su mente.

—Si tú lo dices… Aunque no creo que puedas librarte. El primo no está, pero la vieja bruja no te dejará salir indemne. —La mujer bajó sus manos para masajearlo por encima de los pantalones en un lugar determinado.

—No vas a conseguir nada de mí esta noche, señora Mendel. — Después de casi tener a Lena no podía pensar en otra, y menos en esa mujer que estaba tratando de seducirlo inútilmente.

—Puedo hacerte olvidar el mal momento si me lo permites. —Rachel

pasó por delante de él para colocarse frente a frente, dispuesta a otorgarle una muestra de lo sugerente que podía ser su boca.

—Por favor, regresa a la casa y déjame solo. —La atrapó antes de que ella continuase bajando en busca de una parte de su cuerpo que no iba a reaccionar. No en esos momentos al menos. Se sentía muerto por dentro. Y por fuera.

—Cualquiera diría que sufres mal de amores, Rosings —dijo a modo de mofa, porque nunca nadie la había rechazado—. Teníamos una cita. No sé cómo se torció todo, pero te recuerdo que fuiste tú quien me envió una nota para que acudiese a tu habitación esta noche.

—Fue un error. —Era mucho peor. Su orgullo estaba por los suelos.

—¡No puede ser! —replicó ella, como si acabase de descubrir América.

—Déjame solo —pidió él, que estaba muy tenso.

—¿Estás enamorado de esa muchacha insípida? —se lo preguntaba porque no lo podía creer.

—No tengo ganas de compañía, Rachel. Regresa dentro. Es la última vez que te lo pido por las buenas. —No iba a contestar a eso.

—¿Vas a quedarte aquí en medio del jardín lamiéndote las heridas? Si estás enamorado de ella, no veo el problema. La tienes en la palma de la mano. —¿Lady Lena Badel había conseguido lo que ella llevaba intentando durante los últimos cinco años?

—No entiendes nada. Vete —

gruñó Rosings.

—Algo no me cuadra. ¿Por qué me llamaste si era ella…? —«¿Está enamorado y me cita a mí? Algo aquí no encaja», pensó la viuda de Mendel.

—Rachel, pisas terreno resbaladizo. —Ella se tensó como un arpa perfectamente afinada.

—¡Pretendías que yo te hiciese olvidar! —Lo entendía—. Rosings, estoy aquí. Puedo hacerlo si me lo permites. No dejes que los sucesos acabados de vivir con lady Lena y la vieja bruja empañen el momento.

—No lo volveré a repetir. Vete. —La agarró por los brazos, no con fuerza, pero sí enérgico, para pedirle de una maldita vez que se fuera de allí y lo dejase con su dolor.

—Está bien. Me marcho. Pero no

tendrás otra oportunidad. Dos rechazos tuyos es lo único que estoy dispuesta a soportar.

—Quedo advertido. Ahora, largo de aquí, Rachel. —Esa noche él temía mucho en lo que pensar. Lena lo había dejado muy trastocado.

—No sé por qué estás así. La marquesa viuda te la acaba de servir en bandeja.

La mujer salió disgustada. Maldita lady Lena Badel que frustraba sus planes. ¿Quién iba a pensar que la muchachita tendría el valor de ir a su habitación? Los había observado y parecían amigos, pero no sabía que los sentimientos del barón fuesen tan fuertes. Sería mejor que pusiera sus miras en otro lado. Eso sí, la fortuna no permitiese que Lena se cruzase de nuevo en su camino, porque donde las daban

las tomaban y Rachel obtendría su venganza sin dudarlo. Por de pronto, iba a divertirse esparciendo el rumor de la aventura nocturna de la insípida.

Su reputación, por muy ligada a los Manchester que estuviese, quedaría destruida.

Apenas la mujer salió del lugar, llegó otro para ocuparlo.

—Creí que no te desharías nunca de ella. Es más tediosa que Amanda.

—Rothgar, yo si fuese tú no estaría ahora mismo aquí. —Era el último a quien le apetecía ver, después de Lena. La noche había resultado complicada y Rosings se había refugiado en el jardín de la finca de su amigo para poner en orden sus sentimientos. Lena lo acababa de romper en mil pedazos.

—¿Yo tengo la culpa de que ella

se metiese en tu cama? —Al parecer, su amigo no tenía ganas de acabar con los grilletes puestos.

—Sí, en mi cama —repitió él sin una pizca de humor. El disgusto que tenía encima y ni tan siquiera había podido disfrutar de ella sobre el lecho.

—Si quieres escabullirte del matrimonio te ayudaré, aunque creí adivinar que te gustaba. Solo te faltó retarme a duelo, amigo —dijo James, pensando en la escena un poco tensa que habían tenido esa misma noche en ese mismo jardín. Rothgar se había reído porque nunca lo había visto tan posesivo con una mujer. Tal vez lady Lena era la escogida por su amigo.

—Voy a marcharme, James. Es hora de que cambie de aires. —No tenía ganas de recordar que ellos estuvieron a punto de besarse horas antes de que ella

ingresase en su alcoba. ¿En su habitación? Lena se alegró de que fuese él. ¡Ella no sabía dónde se había metido! Infierno. Se dirigía a la alcoba de… ¡Maldito Rothgar!

—Te recuerdo que acabas de prometerte.

—Imposible olvidarlo. —Mientras viviera no sería capaz de dejar de lado ese miserable momento.

—Te encontrará allá donde vayas. Será implacable. Si fuese mi protegida yo lo haría también —comentó James.

—Nunca le he tenido miedo a Patrick.

—Es grave lo que ha pasado. Si llegase a saberse, ella sería totalmente repudiada.

—Está prometida. —Contra su

voluntad pero prometida.

—¿Vas a quedártela entonces? —se interesó su amigo.

—No lo sé. —«Ella quería meterse en la cama contigo y ha acabado prometida a mí. ¡No sé qué mierda voy a hacer!», quiso decirle a Rothgar, pero prefirió callar.

—Maldita sea, Paul. ¿Qué diablos te pasa? Esta noche estabas defendiéndola a capa y espada ante mí, y en estos momentos me dices que te marchas. ¿Qué no me estás contando?

Paul miró a su amigo. Ella lo prefería antes que a él. Por algún designio había acabado en su habitación. Sin embargo, no podía evitar pensar que el objetivo de su Lena era el dormitorio de Rothgar. Sí, su Lena. No, ella no era su Lena. Si Lena

hubiese alcanzado su objetivo, ella estaría cumpliendo su propósito: ser la duquesa de Rothgar. El corazón lo tenía hecho trizas.

—No hay nada que contar. Me largo esta misma noche.

—No harás lo que creo que vas a hacer, ¿verdad? —preguntó James, curioso y preocupado.

—Es un buen trabajo. Mi hermano está felizmente casado y la finca funciona sola. Necesito un cambio de aires. Además, esta cicatriz será más efectiva que cualquier método de interrogatorio convencional.

—No te di nunca las gracias por salvarme.

—No hace falta.

—Eres como un hermano para mí. Puedes contar conmigo, siempre.

Paul se quedó callado. Rothgar no tenía la culpa de nada, de lo que sentía Lena por él, pero dolía como la muerte saber que estaba ante su rival.

—Lo sé.

—La cuidaré por ti.

El corazón le dio un nuevo giro. Imaginarlo ofreciéndole su brazo, un simple pañuelo o consolándola, le hizo apretar los puños y la mandíbula.

—No te quiero cerca de Lena —le dijo rudo e intransigente.

—Te dije que no me interesa —trató de defenderse. ¿Por qué lo atacaba?

—Tampoco te impresionaba Amanda hasta que se fijó en mí.

—Es nuestro juego, Rosings. Demostrarnos quién es mejor.

—Es el tuyo, James. Nunca fue el mío —apuntó Paul.

—No sé qué mosca te ha picado con ella y, ya puestos, conmigo. Se nota a la legua que si no estás enamorado, poco te falta. Es tuya ahora, ¿por qué no la tomas?

—No estoy enamorado. —A ver si diciéndolo en alto él mismo se lo creía.

—Sí, por eso has desaprovechado la oportunidad de que Rachel te demostrase lo lucrativa que puede resultar su boca. Engáñate a ti mismo si quieres, pero te conozco de toda la vida. La quieres para ti.

—Adiós, Rothgar. Cuida de Joseph.

Se marchó del jardín y de la vida de su amigo para poner pronto rumbo a Francia y tratar de ordenar sus ideas.

Era una salida fácil, sobre todo porque no tenía ni idea de qué hacer con Lena. Si se marchaba le daría la oportunidad de recomponer su vida. Recordaba lo oprimida y desesperada que se mostraba con la idea de casarse con él. Lo sensato era alejarse de ella. No podía condenarla a un matrimonio que no deseaba.

Lejos de encontrar paz en los meses que sucedieron en Francia, donde la actividad diplomática era cada vez más peligrosa, se encontraba, día sí y día también, pensando en qué estaría haciendo ella. ¿Sería feliz? ¿Lo echaría de menos como él la añoraba a ella? Por supuesto que no. Para Lena solo fue un hermano mayor.

Lena no lo notó, ni sabría nunca cómo lo afectaba ya con quince años. La dulzura de ella lo había cautivado.

Cuando el antiguo vizconde Maine falleció, ella se acercó en la iglesia y le dio el abrazo más reconfortante que había recibido jamás. Después de consolarlo, sin decir una sola palabra, la jovencita se sentó a su lado y esperó con él más de una hora hasta que ambos salieron de la iglesia.

Paul no recordaba nada de su madre, porque falleció siendo él muy pequeño. Solo sabía que su padre y su hermano mayor, Joseph, no se llevaban nada bien. De hecho, Joseph heredó el título pero no quiso la finca y puesto que no estaba ligada al vizcondado se la regaló. Poco después la Corona le obsequió con el título de la baronía.

Su hermano y su esposa tenían una propiedad aún más fastuosa que la suya, pero Elena estaba empeñada en vivir en la finca de Rothgar con sus

hermanos.

Muchas veces se había reído de lo sometido que estaba Joseph a Elena. El destino se había burlado de él haciendo que se pusiera a los pies de Lena y se apartase para que ella consiguiera ser feliz. Sin él, ella tendría más posibilidades.

No solo Lena era toda luz y bondad. Las posteriores veces que la vio tras la muerte de su padre, aun sabiendo su edad, podía ver que era una mujer. Su desarrollo era cada día más evidente y, por más que él la llamase renacuaja, lady Lena Badel era la mujer más atractiva y gloriosa de todas cuantas había conocido. Su inocencia lo atraía como una polilla a la luz. No tuvo más remedio que apartarse de ella o acabaría cometiendo una temeridad.

Llegar a la finca de Rothgar y

descubrir que su amigo le había tenido una trampa para que estuviese presente en la fiesta que la familia había organizado, fue una patada en el hígado. Todos conocían su animadversión hacia su cicatriz y la única manera de que él estuviese en sociedad era hacerle una encerrona. Estaba listo para marcharse de allí cuando, desde la ventana de su habitación, distinguió el blasón de los Ailsa en el carruaje.

Paul no entendió nunca cómo los Ailsa daban tanta importancia a su apellido, cuando todo el mundo en el reino daba más crédito al título que al nombre. Los Manchester. Era un apellido fuerte. Tal vez era un juego para intimidar más, o simplemente porque el padre de Valerie, William, recordó Paul que se llamaba, heredó el

título de marqués de Ailsa y no le gustaba utilizarlo. Como fuere, todo el mundo los conocía como los Manchester. Ella era desde hacía años, una de ellos. Manchester de acogida. La protegida de los Ailsa, por lo que al ver el blasón del carruaje y verla bajar supo que no podría marcharse.

Por suerte, Patrick, el cabeza de familia, el más conocido de todos, no estaba. Nadie lo llamaba por el título o por el apellido. Todos, a los que él autorizaba, los llamaban por su nombre. Era un hombre peculiar.

Rosings solo esperaba no coincidir con él en su misión cuando salió del reino rumbo a Francia. Le habían dicho hacía poco que el marqués volvió a Londres. Eran buenas noticias, así no tendría que darle explicaciones sobre su comportamiento para con su

protegida.

Paul miró su mano. Esos dos dedos siempre le estaban recordando lo voluble que había sido ella entre sus manos.

Solo pesar en el modo de reaccionar de Lena lo ponía duro al instante. Tal vez fuese mejor que no hubiera podido llegar hasta el final con ella. Lena seguiría intacta. Sería de otro. Otro hombre, que no sería él, la tomaría bajo su cuerpo, pero ella sabría siempre que él había estado entre sus piernas el primero.

Miró por la ventana de ese pequeño apartamento que tenía en la capital de Francia y que lo asfixiaba. Se había convertido en un mártir por decisión propia y tenía que asumir las consecuencias de sus actos.

Un sonido en la puerta captó su atención. El pomo se estaba moviendo. Se movió raudo en busca de su pistola, listo para apuntar al intruso. La puerta se abrió del todo.

—¡Baja el arma, por amor de Dios! —exclamó la persona del otro lado de la puerta.

—¿Joseph? —¿Cómo lo habría encontrado?

—¡Baja el arma! —Paul seguía apuntándolo.

—Sí, por supuesto, disculpa. —La bajó y dejó en el mismo lugar donde estaba antes—. ¿Qué haces aquí?

—Vives en una pocilga y pareces un cerdo —dijo su hermano con asco, al ver el lugar y mirarlo a él.

—Está un poco desarreglado, pero tanto como una pocilga…

—¿Te has visto en el espejo? —le interrogó Joseph.

—Doy más miedo así al enemigo —dijo Paul con una sonrisa.

—Eso si no los matas con el hedor que hay aquí. ¿Qué demonios te ha pasado? —Su hermano estaba horrible.

—Trabajo mucho. Aquí, como ves, no hay apenas comodidades.

—Explícame qué haces aquí, hermano.

—Defender a la Corona.

—¿Ah, sí? No creo, más bien estás avergonzando a la Corona. No solamente con tu aspecto, sino también con tu falta de honor.

—¿Disculpa?

—Eres un barón. Creí dejar en

buenas manos la baronía, tal vez me apresuré.

—¿Hay algo de malo con la finca? —¿A qué venía eso?

—No es esa propiedad tuya la que marcha mal —dijo enigmático.

—¿A qué has venido, además de para reprenderme por mi aspecto y mi falta de honor?

—A invitarte a una boda.

—¿Quién se casa? No me digas que Essex ha decidido al fin sentar la cabeza. Pobre de la demente a la que consiga engañar.

—Essex estuvo cerca, pero la insensata lo pescó a tiempo. No, no es el vizconde.

—¿Entonces?

—Rothgar.

La risa no pudo ser contenida.

—Buena broma. —Su hermano siempre había sido una persona muy especial, con capacidades… digamos, algo limitadas, pero ahora mismo se había vuelto loco.

—No es ningún chiste. —¿Acaso se estaba riendo de él?

—¿Un chisme tal vez? —Era imposible que ese tomara a una mujer a los veintiocho años. Era un libertino que haría del matrimonio hasta que no le quedase otra.

—Léelo tú mismo. Viene en primera página. —Maine le pasó el periódico.

Paul leyó perfectamente la frase importante:

« Se anuncia oficialmente el próximo

enlace entre su excelencia el duque de Rothgar y lady Lena Badel».

El barón miró a su hermano. Bajó la vista para poder volver a leer el resto del anuncio. Levantó la mirada para observar a Joseph. A la sexta vez de repetir el movimiento pudo reaccionar.

—¡Por encima de mi cadáver! —tronó lord Rosings—. ¿Por qué no me has avisado antes?

—Te envié una carta explicándote el comportamiento de tu prometida.

—¿Cuándo? —preguntó extrañado.

—Hace meses, Paul.

—No me llegó nada. He estado moviéndome mucho. No quería que

nadie me encontrase, y desde luego no sabía que tú lo ibas a conseguir. —¿Sería su hermano un tipo demasiado listo y parecía lo contrario a posta?

—No hace falta que lo jures, más de dos meses llevo intentado encontrarte. Elena no va a estar nada contenta. He salido huyendo, sobre todo porque se ha empeñado en que tengamos hijos, cosa que sabes que no quiero, por si…

—Este mundo necesita más gente como tú, hermano.

—No sé yo. —Ser diferente había sido un estigma toda su vida. Su hermano, Paul, era de los pocos que estaba a su lado. Su padre no quiso saber nada de él. Era lógico que cuando el viejo murió y él heredó, gracias a Paul, tuviese que recompensar a su hermano el apoyo prestado. El título y

la finca eran poca cosa con lo que merecía su hermano.

—¿Has dicho mi prometida? —Con lo de la boda de Rothgar, y los posibles hijos de su hermano, no había caído en algo que era de suma importancia.

—Ahora no, pero un anuncio igualito que este salió cuando decidiste marcharte.

—¿Y quién era mi prometida, si puede saberse? —¿Sería posible que…?

—Lady Lena Badel. ¿Tienes alguna otra escondida? —¿Qué le pasaba a su hermano? Estaba muy raro.

—¿La marquesa viuda de Ailsa llegó a publicar el anuncio de boda? ¿Conmigo? ¿Lena y yo?

—Por supuesto. Tu antigua prometida se convirtió en un escándalo

andante. Aun siendo tu prometida, la sociedad la puso de vuelta y media. Todos saben que os acostasteis. ¿Cómo no iba a salir tal anuncio, Paul? Todos creen que Rothgar la está salvando porque tú la repudias.

—No nos acostamos, y no la repudio. —¿Como no había podido contener el escándalo la marquesa viuda? ¿Había estado prometido con ella todos estos meses y él sin saberlo?

—No es que importe, la verdad. Lo cierto es que ella era tu prometida. Hasta ahora, claro. A los ojos de todo el mundo lo era y se estaba comportando como una falda ligera. Le llamé la atención yo mismo delante del marqués de Ailsa. En mis propias narices se burló de ti. Lady Lena está intratable. Tal vez sea mejor así, porque delante de mis propios suegros se estaba besando con

Rothgar. Supongo que es mejor tener a un duque que a un barón. ¿Quién diría que esa mujer es la misma que conocimos de pequeños? Yo, desde luego, no. —Joseph rio al pensar en cuanto había cambiado.

—¿Qué? —O Joseph iba muy rápido o a él le habían frito el celebro.

—Creo que me he explicado con claridad meridiana, hermano. Te ha convertido en el bufón de la corte. —¿Seguro que su hermano era el normal de la familia? Porque parecía todo lo contrario en estos momentos.

—No entiendo nada, Joseph. —Estaba sudando.

—Pues es fácil. —Igual su estado era hereditario y Paul también lo padecía sin saberlo—. Salió publicado vuestro anuncio de compromiso. Las

habladurías no pararon pese a saber que te casarías con ella. Lena comenzó a coquetear con todos los caballeros con los que se encontraba, y al final ha acabado pescando a un duque. Ahora mismo, tu reputación está más hundida que la de ella cuando trascendió que la habías desflorado.

—Te repito que no nos acostamos. —Bien sabía él que cada día se maldecía por no haber llegado a hacerla suya.

—Y yo te recuerdo que da igual, la verdad —repuso su hermano con seriedad.

—Dios del cielo, esto es un infierno. Le dije a Rothgar que no se acercase a ella. —¿En qué estaban pensando los Ailsa al permitir todo esto con Rothgar?

—Está claro que no te hizo caso. —¿Su hermano seguía sin creerle?

—Lo puedo leer, sí. Gracias, hermano —dijo irónico y furioso. Amaba a su hermano, pero a veces era tan cargante… Su padre no lo quería. No supo ver lo especial y magnífico que era Joseph. Era brillante para unas cosas, aunque para otras…

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Maine.

—Regresar y recuperar a mi prometida, lógicamente.

—Vine con esa idea. Al menos para que te pudieses defender, pero no sé si será lo mejor. Es un duque, y no uno cualquiera.

—¿No dices que salió publicado el anuncio de nuestro compromiso?

—Sí, pero este es más reciente, y

es un duque.

—Es James y, por amor de Dios, deja de decir que es un duque. ¡Sé que es un maldito duque! —explotó Paul.

—Es que no es un duque cualquiera, es Rothgar.

—¿No le tendrás miedo… todavía? —Su hermano tenía cara de terror. Después de tanto tiempo…

—El hermano de mi esposa puede ser… —Peor que un tiburón quiso decir. No es que él hubiese visto alguno. Gracias a Dios no, pero es que…

—Te pilló en la cama con Elena, su hermana. ¿Qué esperabas? ¿Unas palmaditas en la espalda diciéndote lo buen semental que eras?

—¿Cuántas mujeres se ha llevado él al lecho en todos estos años?

—Ninguna era su hermana —repuso Paul.

—Pero eran las hermanas de otros —apuntó Joseph.

—¿Has pasado tiempo con Lena?

—Desde la fiesta en Green Dream no, ¿por qué?

—Has sonado como ella ahora mismo. —Recordaba cómo defendía siempre a las féminas de los hombres que hacían competiciones para demostrar cuál era mejor seduciéndolas.

—¿Por el tono de mi voz? —Se aclaró la garganta. ¿De verdad sonaba como una mujer? ¿Su enfermedad estaría empeorando? Le costaba entender algunas cosas. Sí, las simples, pero desde que se había casado con Elena su mundo estaba más ordenado y con sentido. Iría a ver a un médico

cuando regresasen.

—Olvídalo, Joseph. Ayúdame a recoger mis cosas. Hemos de regresar cuanto antes. Tengo una boda que evitar y otra que organizar.

—Si ibas a casarte con ella, ¿por qué demonios no lo hiciste cuando saliste a Francia? ¿Y si llega a estar embarazada? —¿Seguro que Rosings era el tipo listo aquí?

—¿Eres sordo, hermano? No la toqué. Bueno, sí la toqué, pero no la hice mía. —Estos meses hubieran sido mejores si al menos él pudiese rememorar esa realidad que no sucedió.

—Eso es justamente lo que le dije a Rothgar mientras aún estaba dentro de Elena. —Una sonrisa ladeada se asomó. «Conseguí a mi mujer», quiso gritar.

—Oh, Joseph. ¿Aún te preguntas

por qué James se enfadó tanto? Da gracias a que no te decapitase. O algo peor. —Lo pudo dejar eunuco.

—Mejor dejemos ese tema. Pero no lo entiendo. ¿De verdad…? ¿De verdad que no te la…? —Si había tenido a tiro a Lena y no había sabido manejarse, tal vez sí era necio su hermano. Tendría que darle un par de lecciones sobre cómo conseguir seducir a una mujer. De verdad, ¿su hermano era el listo de la familia? No lo tenía nada claro.

—No. Sigue intacta. Al menos, eso espero, porque si Rothgar ha osado tocarla se quedará sin la parte de su cuerpo que más gusto le da.

—¡Auch! Puedo sentir dolor solo con pensarlo. —Mejor no decirle que pensaba que él era el bobo. Porque, ¿y si le cortaba a él sus…? Elena quería un

bebé y cuando Elena quería algo… Calladito estaba más guapo.

Capítulo 7
Recuperar lo que es mío

Lena miró al techo. De nuevo estaba en el mismo lugar donde todo empezó.

—¿Qué haces ahí tirada sobre la cama? —Su mejor amiga entró en tromba en su habitación.

—¿No puedes llamar a la puerta como hacen las personas bien educadas, Valerie? —¿Era demasiado pedir que la

dejase regodearse en su desdicha?

—No, si lo que pretendo es enfadarte —dijo esta, para después sacarle la lengua.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó con parsimonia Lena, mientras suspiraba.

—No sé a qué vienen todos estos meses enfurruñada, Lena. Vas a ser la dueña y señora de todo esto. ¡La duquesa de Rothgar!

—Te regalo el título. No lo quiero.

—Pero si es un sueño. Te vas a casar con él y vas a mantener tu autosuficiencia. ¿Por qué te quejas? Yo me plantearía un matrimonio así. —Lo pensó un instante—. Bueno, no me lo plantearía, pero sería el menor de los males en mi caso.

—Yo amo a …

—Sí, sí, sí. Rosings… Rosings… siempre Rosings… —la cortó—. ¡Oh, amado mío, que no me quieres y yo soy tuya! —comenzó a decir con teatro, mofándose de su amiga.

—Estoy harta, V, de que siempre andes burlándote de mis sentimientos. Empiezo a pensar que no somos amigas.

—No me burlo, Lena. Es que no está, no va a volver y estoy más que hastiada de que sufras por un maldito…

—V, ¡no! —pidió Lena con seriedad.

—Necio. Iba a decir necio. No sé cómo aún lo puedes defender. —Ella no estaría en ese estado por un varón nunca. Lo tenía clarísimo.

—Me siento responsable. —Tenía una opresión en el pecho todo el tiempo

que no se iba.

—Quiero que hablemos en serio. Yo te quiero. Eres como mi hermana, Lena. Sé que siempre estoy atacándoos a Gigi y a ti, pero os adoro. Me duele en el corazón que estés triste. Conténtate. Al menos es Rothgar, siempre lo quisiste —dijo sincera con el corazón en la mano.

—Te lo expliqué. No lo quise nunca como a él.

—Cariño. Has sido paciente y no ha vuelto. Has sido escandalosa y no ha regresado. Es hora de que busques tu camino —señaló Valerie.

—¿Crees que siendo la esposa de Rothgar lo voy a conseguir? —¡Ja!

—Siempre he sabido que tú lograrías todo cuanto te propusieses. ¡Fíjate! Sin conquistar al duque has

acabado prometida a él. Imagina si planeas enmendarlo.

—Ya estás pensando en reformar libertinos.

—¿Qué? Será fácil. Yo te diré los pasos a seguir —comentó entusiasmada.

—La última vez que accedí a tomar un consejo tuyo, acabé metida en un enredo del que aún no he conseguido salir. Gracias, pero no —rebatió Lena.

—Sé buena y anímate. Toda esta fiesta es por ti. Esta noche serás la protagonista del baile. Las damas te envidiarán, los hombres te amarán. ¡Es el baile de tu compromiso con un duque!

—El único que quiero que me ame no está. No me pidas que sea feliz porque no podré. Ni quiero serlo.

—Eres la señora angustias. —V

hizo un puchero—. Te encanta sufrir por Rosings. Supéralo.

—¡No puedo, no quiero! Me ha herido, me siento traicionada. Y, al mismo tiempo, sé que todo es culpa mía.

—Pues haz como yo. ¡Mírame! Aquí, en casa del maldito Essex y disfrutando de que Patrick lo haya alejado. —Ella comenzó a reírse—. No puede ni entrar en casa de su hermano sin el permiso de Patrick, ¿y me ves llorando por las esquinas? Soy más feliz que una perdiz. —El único hombre al que casi le entrega su corazón casi la destruye. Nunca volvería a cometer semejante error. V aprendía de sus vivencias.

—No sé cómo lo superaste tan rápido.

—No estuve enamorada de él.

Solo fue… No sé bien lo que fue, pero me alegro de que haya pasado. Me abrió los ojos. Haz que la experiencia te sirva a aprender de tus errores y poder seguir tu camino.

—No seré feliz con Rothgar.

—Puedes intentarlo. Si hay alguien que merece la dicha eres tú, Lena. Propóntelo y lo conseguirás. Estoy segura de ello.

Valerie salió de la habitación sin añadir nada más, dejando a lady Lena pensando en sus opciones.

¿Rothgar? Lena estaba harta de sentirse mal con ella misma y de tener que fingir, frente al resto del mundo, que era feliz solo para que le llegasen noticias a Rosings y este regresase. Patrick le explicó los pormenores del plan. Ella tenía que estar radiante y

amable para que el hermano de su prometido —de su ex prometido—, se metiese de lleno y diese parte de su actitud a Rosings.

Los meses seguían consumiéndose y nada surtía efecto. A los seis meses llamó el verdugo a su puerta. No venía con una hoz, ni un saco negro en la cabeza. Todo lo contrario. Rothgar llegó con un ramo de preciosas flores, pulcramente vestido y con el periódico en la mano para informarle de que el anuncio era formal y que se diese por cortejada.

El duque era una pesadilla. Como amigo parecía ser aceptable. Había descubierto que era fácil conversar con él. Pero como pretendiente y futuro esposo era una calamidad. Sus ojos se iban siempre en busca de todas las mujeres que pasaban por su lado. Lena

no lo quería como marido. Sin embargo, era incómodo saber que iba a casarse con él y que Rothgar seguiría con su vida de soltero. No quería un matrimonio de nombre. ¡Se merecía uno de verdad!

Cerró los ojos para tratar de contener las lágrimas. Se pasaba las jornadas a moco tendido sintiéndose vacía. Hueca por dentro. ¿Podría ella hacer de Rothgar un buen hombre? Rosings parecía ser cosa del pasado, aunque dolía como el primer día. Pero tal vez era hora de pensar en el presente. ¿Un presente con Rothgar?

Unas manos la sujetaron mientras le taponaban la nariz con un pañuelo que emanaba un olor extraño. Lena quiso gritar, pelear, pero se sumió en una fracción de segundo en las quimeras de Morfeo.

—Esto no va a salir bien —susurró una voz.

—Funcionará —afirmó otra persona.

—A plena luz del día y en mi propia casa. Si creían que yo era un loco. Lo van a saber a ciencia cierta. Me colgarán por ello.

—Nadie te va a colgar.

—Si Rothgar se entera… Prefiero la horca a lo que me hará el novio abandonado.

—Prepara un baúl pequeño con sus cosas. Yo bajaré por la escalera de servicio. Es la hora de la siesta, con un poco de suerte nadie me verá. Te espero en los establos en tres minutos. Tengo escondido allí un carruaje de alquiler.

—Debo haberme dado un golpe fuerte en la cabeza para acceder a

participar en este plan tuyo. —Joseph no se había saltado ni una sola regla en toda su vida. Solo había desafiado a su padre por su hermano y aún se sentía mal con ello. Bastante estigma tenía ya por ser de una determinada manera, como para ir en contra de las normas. Estuvo a un pelo de que su padre lo ingresase en Bedlam. En estos momentos sí tenía todas las papeletas para acabar allí.

—Vamos. No rechistes y date prisa.

Rosings la sujetó entre sus brazos. La contempló y comprendió que había tomado la mejor decisión. Tenía que raptarla. Rothgar no sería un buen marido para ninguna mujer, ni aunque solo quedasen él y su esposa vivos en el planeta.

Lena era tan bella… Incluso

dormida y con la boca abierta babeando ligeramente era adorable.

Rosings subió al carruaje con ella sujeta en su regazo. No estaba dispuesto a soltarla hasta que llegase a Gretna Green.

Su hermano no tardó en aparecer y colocar en el carruaje el baúl de ella. ¿Por qué las mujeres tenían tantas y tantas prendas de ropa? ¿Cómo esperaba su hermano Paul que supiera él lo que había de meter dentro? Lady Lena tendría que apañarse con lo que él había colocado allí, pensó el mayor de los hermanos Bail.

—No tendrás mucho tiempo, Paul.

—Iremos muy rápidos. Solo pararemos lo necesario. Sé que tendré al marqués de Ailsa pegado a mi espalda

nada más se entere del secuestro —manifestó Rosings.

—Suerte.

—Adiós, hermano.

El cochero inició el camino, mientras Rosings no podía parar de sentir el bien que esa mujer le transmitía solo con percibir el tacto de su piel. Ella estaba recostada sobre su pecho y Paul pensaba en que ambos llevaban demasiada ropa. Ardía en ganas de sentirla desnuda contra él. Pero primero serían marido y mujer. La raptaría, la llevaría a Escocia y se casarían por aquel rito ancestral. No había otra manera de protegerla.

Desde la ventana más alta que estaba estratégicamente enfocada hacia las caballerizas, dos hombres vieron la escena. Sonrieron.

—Te dije que funcionaría.

—Tuve mis dudas.

—Tu tía es un genio.

—Créeme, lo sabe. Pero no conviene que se lo digamos. Estará imposible si encima le reconocemos su éxito.

—Tienes suerte, Patrick. Parece que se va a solucionar.

—Queda mucho trabajo aún para poder decir que tengo suerte. Si consigo que esta se case todavía me quedarán tres más, y la peor será Valerie.

—Siento lo que sucedió con mi hermano. —Aaron era un bruto por haber arruinado su oportunidad. Lo había enviado de viaje a hacer un tour por el mundo, para ver si aprendía o se centraba.

—Entiendes que no lo quiera cerca de ella mientras Valerie respire, ¿cierto?

—Sí. —Él mismo tenía una hermana a la que había visto sucumbir. Todavía recordaba como temblaba Maine mientras le apuntó con la pistola en sus partes. Y su cuñado parecía tonto. Ahí supo que de bobo o loco no tenía un pelo.

—Rosings no te perdonará.

—Es un riesgo que he tenido que correr.

—¿Algún día se lo contarás? —le preguntó Patrick a James.

—No creo que me permita ni mirarlo. Mucho menos me dejará explicarme.

—Me preocupa Lena. Él es un hombre duro.

—Sí, pero es el mejor que he conocido. Además, tu protegida no es ninguna damisela en apuros. —Tenía que haber estado más atento cuando ella era una mujer libre.

—Si la hiere lo mataré. —Era tan cierto como que el sol salía por el este y se escondía por el oeste. ¿O era al revés? Elvina siempre le hacía un lío con esto.

—La ama —afirmó rotundo Rothgar. Lo supo nada más los observó a ambos al llegar a su finca. Rosings la tenía cogida en brazos para evitarle una caída y solo estaban ellos dos. Si no fuese porque él no creía en el amor, diría que fue algo mágico.

—No lo tengo tan claro. Es cierto que hace años los vi bailar, una cuadrilla, si mal no recuerdo, y pensé que… bueno… —Mentiría si no pensó

en la palabra boda. El barón se la comía con los ojos—. Sabes que Rosings y yo nos hemos llevado bien siempre. Lo respeto. Es cierto que no los he podido ver juntos aún y estoy preocupado. Rothgar, bien sabes que está dolido con ella por lo que sucedió esa noche.

—¿Sabes, Patrick? Quiero que mi mejor amigo sea feliz con la mujer que ha escogido, pero por un momento deseé que no apareciese. Lena es…

—Perfecta. Dura por fuera y dulce por dentro. Una combinación excepcional —declaró orgulloso el marqués de Ailsa.

—Sí. No la hubiese podido definir de otro modo. Y si yo estoy así por ella y no la conocí como… —Algo había hecho con ella su amigo, pero no era buena idea recordarle eso al marques—. En fin. Él estará a sus pies.

—¿No te interesaría conocer mejor a mi prima? Son de la misma crianza, prácticamente.

—No, pero tengo entendido que una de las otras amigas suyas es la hija de un duque con mucho poder. Podría… —Patrick se tensó.

—¡No! —se regañó por alzar la voz—. Esa no está disponible. —«Mucho menos para ti», quiso añadir Patrick, pero calló.

—¿Ah, no? —Al parecer el marqués tenía un punto débil. Interesante.

—¿Qué vas a hacer tú, Rothgar? Te has quedado sin prometida. — Quiso cambiar de tema.

—Es algo que sabía que acabaría pasando. No es como si me hubiesen quitado mi otra costilla. ¿Crees que

estarán bien? Es un viaje largo.

—Llevan escolta. —Patrick estaba dispuesto a que Rosings llevase a cabo su secuestro, aunque no por ello iba a ser tan temerario de dejar de lado la seguridad de ella.

—Estás en todo. —Realmente era el todopoderoso Patrick.

—Siempre, sobre todo cuando se trata de la seguridad de mi familia.

—Tengo que preguntarlo.

—Quieres saber cómo lo supe. —Solo era cuestión de tener buenos contactos. Y su instinto era infalible. Sabía leer a una persona a la primera. Supo que Essex no era trigo limpio, pero Valerie no iba a aceptar su consejo. A su prima era mejor dejarla equivocarse para que aprendiese de sus faltas. Con Rosings fue igualmente fácil. Elvina le

había dicho que ella vio a un hombre enamorado y dolido esa noche.

Solo había que echar una chispa para que el fuego prendiese. ¡Pan comido!

—Sí.

—Hace tiempo que sigo los pasos de tu cuñado. Maine fue a Francia hace meses. Le costó dar con él. Digamos que tuve que dejarle pistas para que fuese más rápido al encontrarlo. Temí que no diese nunca con Rosings. Es buen hombre pero…

—Sí, es especial, pero mi hermana lo ama. Como has dicho, la familia es importante y Joseph es parte de mi familia. Ahora bien, yo lo puedo llamar como se me antoje. Sin embargo, nadie más dirá una mala palabra contra él o se las verá conmigo.

Patrick comprendió y no añadió nada más.

—Cuando regresó no lo hizo solo. Rosings venía con él —comentó el marqués de Ailsa.

—Eso no explica lo del secuestro —apuntó James.

—Elvina.

—¿Tú tía lo planeó con Rosings? —Esa mujer era…

—No. Elvina se enteró de lo que se proponían y de que sería hoy. No preguntes cómo consigue siempre saber las cosas. Ni yo mismo he conseguido averiguarlo nunca. A Dios gracias que no es un aliado del enemigo o yo llevaría en polvorosa muchos años.

—Patrick, si la hija de Gales no está disponible, podría interesarme tu tía… —dijo Rothgar con una sonrisa.

Elvina era una mujer madura, pero aún podía bien recordar esa noche que la vio salir de la habitación de Penguin con un camisón y una bata negros. Su pelo suelto y todo en su sitio aún turgente. Esa mujer a sus cuarenta largos años sería capaz de volver loco a cualquier hombre si se lo propusiera. Supo que sus conjeturas eran correctas cuando, al día siguiente, el señor Penguin no dio señales de vida hasta la hora de la cena. Sí, definitivamente Elvina podría ser una conquista muy, pero que muy interesante.

—Acércate a ella y me adelantaré yo a los planes que Rosings prevea para ti. —Tenía a tres protegidas que casar. No podía estar pendiente también de los hombres que se interesasen por Elvina. Si el maldito Rothgar se afectase por su tía, le pegaría un tiro de inmediato. ¡A

Francia! Preferiría haber ido a Francia a luchar contra Napoleón.

—Tranquilo, tranquilo, era una broma. Solo una broma —dijo James, mientras sopesaba cuán difícil sería seducir a una mujer que lo sabía todo, no temía a nada y que era como el buen vino: madura y sabrosa.

—Rothgaaar —lo llamó al orden, porque Patrick sabía exactamente lo que pensaba el duque. ¿No tenía un mínimo de sensibilidad? ¡Infierno! Estaba hablando de la mujer que lo había criado.

—Está bien. ¡Ni lo pensaré! —Aceptó, tratando de quitarse la idea de la cabeza. Era rendirse a la petición del marqués de Ailsa o acabar muerto y enterrado en cualquier agujero. A saber dónde estaría ese bastardo que mató a la hermana de Elvina. Nadie preguntaba

sobre el paradero de ese hombre, pero todos sabían que Patrick lo había hecho desaparecer.

***

—Uhmmm.

Estaba en el cielo. Una mano algo áspera le acariciaba la mejilla mientras unos brazos la sostenían. El traqueteo la movía tal como a un bebé. Quería abrir los ojos pero las sensaciones no le permitían despertar. Notaba el calor de otro cuerpo pegado al suyo y una respiración que le hacía cosquillas en la nariz. Su boca estaba seca. Se humedeció los labios porque los tenía tirantes y quería hidratarlos. La mano que le acariciaba la mejilla se trasladó a sus labios para dibujar su contorno y

separarlos. Algo la impulsó a atrapar ese dedo entre ellos y lamerlo. Oyó un gemido y acto seguido estaba saboreando algo que contenía restos de un licor fuerte. Whisky. Era whisky, porque una tarde Valerie y ella quisieron jugar a ser hombre y acabaron borrachas con una copa de ese licor.

Los besos se hicieron cada vez más húmedos. Su cabeza cayó hacia atrás. Esa boca y esa lengua que la llegaban a un mundo de colorines —aun sin fuegos artificiales— se movía rauda y sugerente por su escote en dirección a sus pechos. Oyó un gemido. En esta ocasión fue suyo. Otro gemido salió de su boca cuando sintió entre sus piernas unos dedos juguetones que la inspeccionaban. La fricción hizo que se fuese meciendo rápida. Necesitaba que los colorines que veía en su mundo

estuvieran acompañados de fuegos artificiales. Bendita mano que sabía dónde hurgar y acariciar para que ella casi pudiese ver y sentir esos fuegos artificiales que hacía tanto tiempo que no había conseguido alcanzar.

Sus pezones estaban cada vez más rígidos. Tan erectos como algo que le punzaba en la espalda y dolía. Molestaba, y mucho, tener los pechos en ese estado y sentir esa punzada cerca de su trasero. Pero no podía quejarse. Solo necesitaba… ansiaba…

—Aaaah —susurró casi inaudible —. Rothgar, noooo —dijo en voz trémula y muy baja. Los fuegos artificiales llegaron. Sonaron por todo lo alto y los colores que vio fueron los más brillantes y bonitos que había visto en toda su vida.

Suspiró. Estaba agotada. Cansada

de nuevo. Necesitaba dormir pero ese bulto a su espalda le estaba haciendo daño. Ya iba a protestar cuando sintió que la alzaban y la colocaban en una superficie mullidita sobre la que se recostó de lado y pudo volver a sumergirse en un profundo sueño.

***

Estaba ardiendo. Él iba a explotar. Doloroso, pero suave en comparación con el enfado que llevaba encima. Se lo tenía merecido por estúpido.

Lena parecía un hada con ese camisón tan blanco y virginal. Y tan accesible… ¡Era un hombre! Un hombre débil que al verla ligera entre sus brazos no pudo más que tocarla al sentirla

lloriquear. Una simple caricia en su mejilla no iba a provocar un incendio. ¡Qué equivocado estaba! Lena era un fósforo y él leña seca. Se detuvo a mirar su mano derecha. Esa mano se había convertido en un pareja para él. Ya no más. No con ella ahí a su alcance.

Solo le tocaría un poco esos labios que Lena acababa de mojarse y la dejaría descansar. ¿Qué mal habría en ello? Mientras dibujaba ese contorno perfecto, su dedo se vio prisionero feliz en una cárcel cálida y húmeda.

Le daría un beso porque necesitaba recordar cómo era el tacto de esa lengua sobre la suya y la dejaría reposar. Lena se removía ansiosa sobre él. Podía sentir la erección de sus pechos tanto como la suya propia. Esos dos gloriosos botones que lo tenían maldito. Una miradita. Solo una miradita y la

dejaría en paz. Pobrecitos míos… Estaban tan duros y faltos de atención… Necesitaban un poco de hidratación. Los veía secos y con una lamidita ligera los contentaría a ellos y a él. Rosings llevaba demasiados meses obsesionado con ellos como para desaprovechar la ocasión. Un poquito, solo un poco, y ya sí la dejaría estar.

Lena gimió mientras se removía, causándole a él una plácida agonía en su miembro. Se apiadó de ella, porque si él necesitaba la liberación como el agua tras siete días de travesía por el desierto, la pobre también ansiaba que él la calmase. ¡Tenía que hacerlo! ¡Era por su culpa que ella estaba en ese estado!

Llevó su mano hasta el triángulo de sus piernas. Sedoso como lo recordaba. Resbaladizo como supo que lo encontraría. ¡Maldita sea que

tampoco iba a poder probarla!

Sus dedos comenzaron a darle sosiego. No tardó demasiado en calmar su ansiedad. Ella estaba más que necesitada y lista para llegar al paraíso. Y sería él quien la enviase allí.

El susurro de la liberación le hizo sacar pecho orgulloso por haber podido saciarla mientras aguantaba su agonía. No era un jovenzuelo ansioso, tendría que aguantar. No sabía cómo lo haría, pero se aguantaría las enormes ganas que tenía de derramarse.

Un nombre de sus labios fue todo lo que necesitó el barón para que su erección bajase y la ira lo invadiese. No iba a devolverla, jamás. Pero tarde o temprano ajustaría cuentas con Rothgar, y él era mucho mejor tirador que el duque.

***

Un ruido sordo la despertó de su letargo. Se incorporó asustada. Llevó sus manos a la cabeza. Dolía. Se miró. ¡Estaba en camisón dentro de un carruaje en plena noche!

La portezuela se abrió y ella buscó inquieta algo para agarrar a fin de defenderse de sus captores. No encontró nada.

—Lena. —Ella enfocó su mirada y lo vio. Se echó a su cuello sin dudarlo. Rosings. Paul. Él había vuelto y… ¡La estaba salvando! Su corazón se llenó de júbilo.

—¡Gracias al cielo! —exclamó ella.

Rosings se quedó quieto. Luchó para no corresponder a su abrazo. La separó de su cuerpo y le pasó una capa por encima.

—Será mejor que entremos en la posada.

Lena lo miró a los ojos. Estaba serio. Parecía enfadado. Mientras le anudaba la capa al cuello le llegó un olor familiar. Extraño.

—Fuiste tú… —dijo en un susurro, mientras se echaba hacia tras. Él no permitió que se separase. Dio un tirón de la capa y la regresó al lugar frente a él.

—No hagas una escena. No te conviene que aquí sepan que aún no eres mi esposa.

La mandíbula de Lena calló al suelo.

—¿Qué sucede? —La joven necesitaba una explicación.

—Entremos. —Él no se la iba a dar. Entre otras cosas porque no sabía ni por dónde empezar.

Lena no entendía nada. Necesitaba una explicación inmediatamente. No iba a ir con él a ningún sitio si no le contaba lo que estaba ocurriendo.

—No me moveré de aquí a no ser que me expliques qué está sucediendo.

—Entra —insistió Paul.

Lena paró de andar y lo miró. Alzó su ceja desafiante.

Rosings valoró sus opciones. No podía arriesgarse a que ellos hicieran una escándalo a las puertas de la posada, a la vista de todo el mundo. Quién sabía si los hombres de Patrick ya

estarían pisándoles los talones.

—Por favor, Lena, te lo contaré todo. Entremos y refugiémonos de la noche, ¿sí? —le pidió con su voz más tierna, y la muchacha no pudo negarse.

La mujer del posadero los condujo hasta una habitación. Los dos entraron y la puerta se cerró.

—No pienso compartir la alcoba contigo.

—No te queda otra. He dicho que somos marido y mujer.

—Nada más lejos de la realidad.

—Lo seremos pronto. —Él no iba a explicarse pero podía darle alguna tenue indicación de su porvenir.

—¿Disculpa? —Debió darse un golpe en la cabeza porque había entendido que él le acababa de decir

que iban a ser un matrimonio.

—He dicho que vamos a ser marido y mujer. —Cuanto antes ella lo aceptase mejor para ambos.

—¡Ja! —Era una respuesta corta, pero más efectiva que cualquier larga ilustración que ella le pudiese ofrecer.

—He dejado tu baúl ahí —explicó señalando el lugar donde estaba—. He pedido que preparen un baño y bajaremos a cenar al comedor. Pero si lo prefieres, puedes cenar aquí mismo. Lo que quieras. —Trataría de no provocar una discusión porque llevaba enfadado muchas, muchas horas.

Lena comenzó a mirarse las muñecas con atención. Las miró y las miró y comenzó a tocárselas de modo exagerado. El gesto captó la atención del hombre.

—¿Se puede saber qué haces? —¿Se habría hecho daño ella?

—Buscando mis grilletes. Al parecer soy tu esclava.

—No eres mi esclava. —Iba a ser un viaje muy largo.

—No es lo que acabo de entender.

—Estaré abajo.

Paul se marchó de la habitación. No tenía fuerzas ni humor para discutir con ella. Bajaría, cenaría y pediría que le subiesen la cena a Lena. En el estado que su futura esposa se encontraba era mejor mantenerla confinada o acabarían teniendo un fuerte desacuerdo ante un público al que no convenía interesar.

Rosings. Ese al que no veía desde hacía… desde hacía… —ya no sabía ni el número exacto de meses que llevaba

sin verlo—, ¿la había secuestrado en casa de su prometido, la había metido en un carruaje, la amenazaba con una boda, le ordenaba un baño y le decía que podía cenar aquí o en el salón? Estaba loco si pensaba que ella no iba a poner todo su esfuerzo por acabar con semejante desfachatez.

Comenzó a idear un plan de escape cuando unos toques en la puerta la alejaron de su objetivo. Seguro que era Rosings que venía a disculparse y a explicarle todo el asunto. Está bien. Si él se mostraba arrepentido y le daba una convincente explicación, ella, comprensiva, lo perdonaría. Pero de lo de casarse…

—Adelante.

Su gozo terminó en un pozo. Una muchacha llegó con los cubos de agua para preparar la tina. Lena suspiró. Bien

pensado un remojo en agua caliente le haría relajarse y pensar en su proceder. Si aquello era un secuestro, Patrick no tardaría demasiado en aparecer y pedir la cabeza de su exprometido.

Después de ese baño, de cambiarse el camisón y de tener una apacible cena en la soledad de esa habitación de posada, Lena se metió en la cama. Nerviosa, sí. Nerviosa por saber cómo iban a pasar la noche ellos dos.

La vida era injusta. El destino cruel. Ahí tirada en la cama, boca arriba, repasando los designios del pasado, no pudo más que echarse a reír. Rio porque si se paraba a analizar bien todo lo sucedido se tiraría por la ventana, presa de la desesperación.

Primero se creyó enamorada de Rothgar, un duque para quien ella no era más que una piedra en su zapato.

Cuando comprendió que todo eso había sido una niñería y que su verdadero cariño y amor estaban en la persona de Rosings, este desapareció de la faz de la tierra. Huyó de ella. Luego llegó de nuevo Rothgar diciendo que Rosings no iba a volver y que si no tomaba su petición de matrimonio acabaría siendo una paria social. Se resignó y aceptó porque tenía miedo de causar problemas a los Manchester.

Se había hecho a la idea de convertirse en una mártir por amor. Si Rosings no la quería, al menos su amigo iba a ocuparse de ella. Las palabras de Valerie de esa misma tarde resonaban aún en su cabeza. Si el duque, que era un sinvergüenza y un auténtico libertino, iba a ser su esposo, al menos ella trataría de reformarlo. Solo esperaba que no fuese como Essex,

porque ese sí que no tenía salvación alguna.

Lena se llevó las manos a la sien. Esa tarde ella había soñado con el duque, pero era incapaz de recordar los sucesos. Estaba sintiendo algo muy placentero, pero a la vez peleaba en su mente por no sucumbir a Rothgar. Pese a que era su prometido, no podía olvidar al barón así como así. Su amor estaba con ella, pero estaba enfadado. ¿De verdad él tenía el descaro de mostrarse ofendido? ¿Sabría Rosings que ella estaba prometida a Rothgar? Si Rosings estaba enojado con ella, Lena le haría saber que su furia era muy comparable a la de él. Un momento, ¿dónde estaba ella en estos momentos?

De nuevo los golpes en la puerta centraron su atención. Se levantó de la cama, se puso una bata y se acercó con

timidez a la puerta.

—Disculpe, señora. Su marido no ha tenido una buena noche.

Dos hombres aparecieron sujetando a Rosings por los brazos.

—No estoy eeebriooo, cieelooo mío. —La cabeza de Rosings se desplomó hacia delante.

—¿Dónde lo colocamos, señora? —preguntó uno de ellos.

—Sobre la cama estará bien.

Los hombres lo dejaron sobre el lecho y pasaron de nuevo por el lado de Lena para marcharse.

—Buenas noches, señora —se despidieron.

—Señores, gracias.

La joven se quedó mirando la cama. Ahí había un hombre que la había

secuestrado, borracho como una cuba y al que, al parecer, tendría que ayudar a desvestir. ¿Algo más podía pasarle a ella?

Se acercó para quitarle las botas. Rosings no se movió. Pese a que Lena tuvo que utilizar toda su fuerza para sacarlas, él no se movió ni una pulgada.

Ahí, tranquilo sobre la cama, él se asemejaba a un adonis plácidamente dormido. Bueno, esa noche Rosings no iba a ser un peligro, puesto que ni se mantenía en pie. Se acostó a un lado de la cama repitiéndose que era una Manchester de acogida y que no tenía miedo a nada. Valerie la había instruido demasiado bien en los últimos largos meses sobre las asuntos de alcoba. Lena trató de convencerse de que estaba preparada para dormir, solo dormir, con él. Se echó a su lado en la cama,

separada. Únicamente era Paul, el amor de su vida que la había dejado a su suerte y había aparecido para… ¿Qué querría de ella? ¿Por qué en estos momentos? Siempre había oído decir que los borrachos, igual que los niños, no mentían.

—Paul. Paul, ¿estás despierto? —le preguntó, mientras se acercaba a él y lo examinaba. A la luz de la lumbre era todavía más apuesto que a pleno día. Recorrió con sus dedos esa cicatriz. Era hermoso incluso con ella.

—Uhmmm. —¿Eso era un sí o un no?, se preguntó ella. Desde luego, apestaba a whisky.

—Paul. Necesito que hablemos.

—Mi hechicera. Vete, por favor, déjameeee. No quiero que hoy vengas a atormentarme. Lena, nooo.

—Paul, ¿qué quieres de mí? —inquirió la joven descolocada.

—Tooodo.

—¿Dónde vamos, Paul?

—Ummh, tengo calor. Vienes en sueñooos a visitarme y me alteraaas. —Paul se movió para tratar de quitarse la camisa. Lena lo ayudó. Tras quitársela y verlo a pecho descubierto, la que comenzó a tener sofocos fue ella.

Era lo más sorprendente que había observado jamás. Estaba tan fuerte… Ese torso viril, tan bien definido. Siempre le había parecido un hombre muy apuesto. Demasiado, pero ese cuerpo, a su disposición, la hacía morderse los labios. ¿Qué mal habría si pasaba sus manos sobre él? ¿Sería tan turgente como aparentaba?

Abrió la palma derecha de su

mano y la deslizó por ese fantástico torso masculino. Estaba caliente al tacto. El vello negro que le cubría el pecho era suave. Observó que sus pezones se pusieron erectos cuando ella los bordeó. ¿Le gustaría a él que los besaran tanto como ella había disfrutado aquellas dos veces?

—¿Paul? —preguntó para asegurarse que estaba dormido.

Él no respondió. Miró de nuevo sus pezones. Seguían duros. Lena, de pronto, era una mujer que estaba investigando sobre los libros que había visto. Además, tenía que saber si lo que le había contado Valerie era cierto o no. ¿Qué podía salir mal? Paul parecía muy ebrio. Todo es con fines académicos, trató de convencerse.

Se acercó con sigilo a su pecho. Su olor a bergamota mezclado con

alcohol despertó sensaciones en ella. Frunció los labios alrededor del primer botoncito que era bastante más pequeño que los de ella. Lo acarició con su lengua. Paul se removió. Ella se separó para esperar a ver si él se despertaba. No sucedió nada. Se aproximó al otro pezón para repetir la operación, era imperativo contrastar los datos para poder llevar a cabo una investigación seria. ¿Y si ese pezón no se comportaba de igual manera que su hermano?

Esta vez, Paul se agitó. La abrazó y ella se quedó anclada a su pecho, conteniendo la respiración. No supo cómo ocurrió, pero se vio con una mano sobre los pantalones de él, palpando algo duro y terso. ¿Eso era su…? Se puso roja hasta las puntas del cabello.

Soltera, virgen, secuestrada, metida en la cama con el amor de su

vida y con la mano en su… en… ¡No podía ni decir esa palabra ni en sus propios pensamientos!

Lena cerró unos instantes los ojos. Si analizaba la situación, no es como si él no hubiese contribuido a hacer de ella una inocente virgen asustadiza. Aquella noche en que la llevó al mundo de los colorines y fuegos artificiales, él despertó su audacia. Fue Rosings quien había propiciado que ella estuviese ahí, encima de él, dispuesta a investigar los secretos del cuerpo masculino. ¡Era culpa de él! Así que, si él era el culpable de que ella quisiera saber y conocer más…

Cerró su mano sobre esa dura empuñadura y Paul gruñó. Abrió la mano temerosa, por si le había causado dolor. Rosings hizo un puchero. ¿Rosings acababa de hacer un puchero?

Era hora de poner las cartas sobre la mesa. Lena volvió a aprisionar su mano sobre su miembro. Era el miembro de Paul lo que ella sostenía en su mano. Su hombría. Lena se lo repitió una y otra vez para hacerse a la idea de que el momento era una realidad, no una alucinación.

Esta vez, el hombre gimió y comenzó a balancearse. Lena, que seguía sobre su pecho prisionera, notó que él estaba ansioso. En sus explicaciones, Valerie había dicho que ella sabría lo que tendría que hacer cuando tuviese a su marido a su disposición. ¿Qué dijo V exactamente? «Recuerda bien mis palabras, Lena: todo lo que baja, sube, y lo que sube necesita volver a bajar». ¿Sería posible que…?

Lena trató de agarrar eso como buenamente pudo. No es que Rosings le

dejase espacio para maniobrar. Estaba sujeta sobre él sin poder moverse con libertad. Se las ingenió para acompasar los movimientos de él con su mano. Subiendo y bajando. Rosings cada vez estaba más frenético. Gemía y gruñía a la par, y la dejaba a ella sin respirar de la presión que le estaba causando al apretarla contra él.

—Síií, Leeeena… Mi hechiceraaaa… —Un gruñido sordo rezumó en la habitación. La joven notó una humedad extraña que fluía por los pantalones. Paul estiró los brazos y fue su oportunidad para darse la vuelta asustada, dispuesta a olvidar lo que allí había pasado. Como investigadora improvisada había sido de lo más concienzuda. Entendía ya qué era eso de derramarse.

Nerviosa por si él se hubiese

despertado, cerró los ojos con fuerza y rezó para que no dijese nada. A los pocos segundos lo sintió darse la vuelta echarle una mano sobre su cintura y comenzar a roncar.

A Dios gracias que su hazaña no había traído consecuencias mayores.

Los ojos comenzaron a cerrárseles y pudo conciliar el sueño en una mezcla de satisfacción y a la vez frustración.

***

La madrugada estaba por terminarse con la llegada de unos tenues rayos del sol. Lena se despertó y se asustó al verse presa de un cuerpo masculino que la oprimía. Con sigilo consiguió desembarazarse de él.

Se levantó y aseó. Se colocó un vestido sencillo que encontró en su baúl. Buscó su ropa interior. No había ni rastro de enaguas, ni otras prendas que debían ir bajo su vestido. La noche anterior ya se había dado cuenta, pero en estos instantes podía rebuscar mejor, y nada. No había.

Primero la investigación de anoche, y en estos momentos sin ropa interior. ¡Sería un milagro si no acababa en un prostíbulo! Si es que, la mala suerte la perseguía.

Bajó al comedor y al ver a la muchacha que le había traído el baño, le pidió ayuda para acabar de abotonar su vestido. El comedor estaba vacío.

La sirvienta le ofreció desayunar, pero ella no tenía hambre. Decidió salir a dar un paseo y aclarar las ideas. Fuera de la posada admiró un paraje verde y

fresco. Sabía que estaba en Escocia o cerca, por el acento de la mujer.

En este nuevo día comprendió perfectamente el proceder de Rosings. La había robado para casarse con ella en Gretna Green. Lena, definitivamente, no entendía nada. ¡Si ellos estaban prometidos! Le faltaban muchas pinceladas para completar el cuadro.

—Sigues despertándote bien temprano, jovencita.

—¿Dani? —Patrick la había encontrado y ella no supo si sentirse aliviada o todo lo contrario.

—¿Estás huyendo, Lena? —preguntó él, con precaución.

—No. —Ya tenía claro que no se sentía aliviada por ver a su guardaespaldas.

—¿Te ha hecho daño? —se

interesó el guardaespaldas.

—No. —Al menos, no físicamente.

—¿Por qué estás sola aquí, entonces? —quiso saber.

—Quería respirar un poco de aire y aclarar mis ideas. —Estoy hecha un lío.

—¿Y lo has conseguido?

—No. —Rosings era demasiado complejo.

—¿Quieres regresar conmigo? —Tenía que averiguarlo, ella parecía disgustada.

Lena se tomó un momento para considerar la proposición de su guardián. Era su Rosings. Bien, no era un Rosings encantador, ni su príncipe azul el que estaba con ella. Era un varón

iracundo, serio y rígido. Pero la quería, ¿no? La había secuestrado para casarse con ella lo más rápidamente posible.

—No.

—Voy a seguirte muy de cerca el resto del camino. Tu… tu… ami… ¿Tu qué? —No tenía ni idea de cómo referirse a él. ¿Amigo? ¿Amante? ¿Necio?

—Al parecer, es mi prometido de nuevo —terminó ella por él.

—Tu prometido tiene mucha prisa. Ha cambiado los caballos tres veces y llegará en breve a su destino.

—¿Sabes dónde vamos? —Lena quería la confirmación.

—Espero que a Gretna Green, porque de lo contrario tengo órdenes de Patrick de enterrarlo en una zanja en medio del recorrido.

—¡Oh, Dani, no digas eso! —No quería que nada malo le pasara. Además, si alguien había de matarlo, el honor le correspondía a ella.

—Debo irme. Al parecer, tu prometido ya se ha levantado y no parece contento.

Los gritos de dentro de la posada eran ensordecedores. Allí había un hombre convertido en Satanás. La muchacha se giró para ver el proceder de ese jaleo y, al regresar de nuevo la vista hacia su interlocutor, Dani ya no estaba. ¿Cómo hacía eso?

Se apresuró a entrar y meterse en el foco del griterío.

—¡Lena, Lenaaaaa! Sal ahora mismo. Sal o reduciré la posada a cenizas. —Los chillidos habrían hecho a cualquiera echarse a temblar. A ella no.

—Cállate ya, Rosings. No estás solo en el alojamiento. Despertarás a todos con tu mal humor —le dijo sin ningún temor, cara a cara.

—No vuelvas a marcharte jamás, ¿me oyes? ¡Nunca te separes de mi lado! ¿Sabes lo peligroso que es para una mujer sola un lugar como este? —Tenía los ojos inyectados en sangre.

Lena levantó la cabeza orgullosa, frunciendo el ceño y los labios. Se giró y lo dejó en medio del comedor plantado, dispuesta a subir a su habitación sin contestarle.

¿Sola? Solo tenía que volver a salir y pedirle a Dani que la regresase a su casa con Elvina, con Patrick y con Valerie. Si el barón no iba con cuidado, él no iba a conseguir su cometido. Lena estaba a un pelo de largarse y no consentir en ser su esposa.

Entró en su habitación y cerró la puerta con llave.

Rosings subió los escalones de dos en dos cuando consiguió recuperarse de la sorpresa. ¿Lena lo había dejado plantado sin ninguna explicación? ¿Acaso sabía ella lo que le había hecho pasar al despertarse en esa cama solo?

Esa mañana, la claridad consiguió hacerle abrir los ojos a regañadientes. Pensó que seguía en el cuchitril de Paris y que continuaba con la misión. Se incorporó y vio un camisón colgado en una silla muy rudimentaria. Lena. Bajó la vista. Tenía que aliviarse y, al mirar, apreció, sin lugar a dudas, lo que había sido un derramamiento. ¡Conseguido! Había dormido a su lado y, sin tocarla, solo con saberla cerca y olerla, la renacuaja lo había hecho derramarse en

los pantalones como un adolescente inmaduro e inexperto. ¡Grandioso! Ese era un poder muy peligroso que ella tendría sobre él y que Rosings estaba dispuesto a reducir a la mayor brevedad posible.

Inspeccionó la habitación y se dio cuenta de que no había nadie. Lena no estaba en ningún lugar. Miró debajo de la cama, porque esa muchacha era lista y no sería capaz de salir de su habitación sin la protección de su marido. Bien, de su falso marido en estos momentos, pero pronto iban a ser marido y mujer, porque Paul lo tenía más que claro.

El pánico y la angustia lo invadieron. ¿Habría huido ella de él? Anoche no tenía que haberse emborrachado, pero parecía el único modo de olvidar los celos. Maldito

Rothgar, que siempre iba a ser un fantasma en su relación. ¿Y si la devolvía y la dejaba ser feliz con él?

¡Un cuerno! La quería para él y no iba a dejar que el maldito de su ex amigo la tuviese. No podía dejarla a su merced. Rothgar la destruiría. En cambio él… él… Lo reconocía, no sabía lo que haría él con ella, pero era el mal menor de Lena. Tan cierto como que el cielo era azul.

Cuando bajó al comedor y no la vio allí, ya supo que o bien ella había escapado de su lado o la habían robado otros. Lo sensato era armar un jaleo y despertar a todo el mundo. Era suya y la había perdido. Era más que categórico recuperarla.

Su plan funcionó. Los gritos la hicieron aparecer. Del gozo de recuperarla pasó a la furia. Ella venía de

fuera. Lena estaba loca, no únicamente había salido de la habitación sin él, sino que se había adentrado en el bosque ella sola. ¿Y si le llega a ocurrir algo? Él se hubiera muerto con ella, de pena y culpa por no haber estado a su lado para protegerla.

Y en estos momentos estaba ahí, dando un nuevo espectáculo. Frente a la puerta de la alcoba que Lena le había cerrado con llave en las narices.

—Abre en este instante o te juro por Dios que la echaré abajo.

—¡Inténtalo! —lo retó Lena desde detrás de la puerta de pie y con los brazos cruzados. Si él estaba furioso, ella estaba al borde de enviarlo al infierno.

—Te ordeno que me dejes entrar. ¡Abre de inmediato! No lo repetiré.

—Adelante, hombre de las cavernas. ¡Hazlo!

—Lenaaa, estás agotando mi paciencia.

—Tú hace rato que agostaste la mía.

—Milord, su esposa es toda una fiera. Yo en su caso disfrutaría poniéndola en su lugar. Puedo aconsejarle una buena zurra. Usted ya me entiende. —Dijo con diversión el posadero, quien estaba rodeado de una multitud que se interesaba por el circo que había montado Rosings. ¡Justo lo que necesitaba! Que todos los residentes de allí recordasen al falso matrimonio. Bien podría encender un fuego para que Patrick los localizase con mayor rapidez. Desde luego, le daría una zurra a ella por conseguir llevarlo a este estado. Le apetecía castigarla. No es que la

afirmación tuviese connotaciones íntimas, pero de pronto se vislumbró en la cama con ella tendida sobre su regazo, sus nalgas alzadas… La boca se le hizo agua. No era momento de llevar sus pensamientos por ese sendero. Tenía que olvidarse de esa imagen tan seductora que había recreado. ¿Cómo demonios iba a lograr sacarse semejante visión de ella desnuda sobre su regazo? Rothgar. Se obligó a pensar en el duque. Seguro que a Lena le gustaría que su ex amigo le diese esa zurra. La lujuria desapareció y pudo volver a concentrarse en su furia.

—Señores, creo que tendrán cosas mejores que hacer que interesarse por los problemas de unos recién casados. Así que vuelvan a sus quehaceres o no les gustará verme realmente enfadado. —La amenaza

surtió efecto. El corrillo se disipó rápidamente, porque si ese caballero aún no estaba del todo enfadado…

Quedarse solo había sido una misión fácil comparada con la que iba a suponerle que ella lo dejase entrar. Con las prisas por buscarla no se pudo cambiar. Se había colocado una chaqueta larga, pero necesitaba tomar un baño y quitarse los malditos pantalones.

Él era un estratega casi tan bueno como Patrick. Entonces, ¿qué le pasaba que no sabía manejar a una simple muchacha? La táctica no estaba funcionando y era hora de sacar al lince y dejar al hombre. Tomó un respiro y comenzó a poner en práctica su estrategia.

—Lena, ten la bondad de abrirme la puerta para que pueda asearme. —Se

trasformó en todo un caballero.

—Pídelo por favor —exigió ella.

Paul cerró los ojos. Lena iba a acabar con su cordura.

—Por favor, Lena, ten la bondad de abrirme la puerta para que pueda asearme. —Ya ajustarían cuentas, ya.

—Está bien —dijo con una radiante sonrisa que borró cuando abrió la puerta para dejarlo entrar. No era conveniente enfurecerlo más. Rosings sabía que había ganado Lena. Ella sabía que había ganado. No era necesario restregárselo por la cara a él.

—Gracias —espetó cuando entró echando chispas. No estaba dispuesto a dejar que ella se repensase la actuación y le cerrase la puerta de nuevo en las narices.

—Te esperaré en el comedor —le

explicó, mientras daba un paso tras el umbral.

—¡No! —¿No lo escuchaba? No iba a alejarse de ella. Nunca.

—Está bien. —Lena se encaminó mansa y dócil hacia la cama y se estiró sobre ella—. Me pondré cómoda a esperar. Ve pidiendo el agua, querido. —Lo invitó mientras trataba de no romper a reír.

Paul maldijo por lo bajo. No había un biombo que diese intimidad y la tina estaba ahí, a la vista. Si se quedaba lo iba a ver a plena luz del día como su madre lo trajo al mundo, y por la mirada escrutadora que Lena le estaba dando —y que lo estaba poniendo muy nervioso, pues parecía un gatito a punto de comerse un pastel,— podía adivinar que le encantaría observarlo. Tal vez se estaba haciendo la

dura. «Ponla a prueba, Rosings», se dijo él mismo.

Se sacó la chaqueta. La dejó con parsimonia sobre la cama, al lado de ella. Paul no le quitaba la mirada de encima. Se sacó la camisa y la vio mirarlo como una leona. Llevó sus manos a la presilla de sus pantalones. Ella se mordió el labio inferior. Lena ya no era un gatito, era la leona. Una cazadora que le hacía sentir la presa. ¿Desde cuándo una mujer lo ponía a él nervioso? ¡Y menos una fémina que tenía en su cama!

—Baja al comedor. Quédate a la vista de todos y no se te ocurra moverte, ni salir. —No era una rendición. Era para no espantarla.

—Creo que me quedaré. Lo que hay aquí es más interesante que lo que encontraré ahí abajo —dijo ella con una

radiante sonrisa. ¿Quería jugar con ella y no terminar el juego? ¡Ja! Era mejor que Rosings se enterase de una vez por todas de quién iba a ser su esposa.

—Si lo comienzas lo acabarás terminando —la amenazó él con una ceja levantada. Él acababa de claudicar hacía unos instantes, pero, si ella estaba dispuesta a retarlo, entonces lo iba a conocer como esposo antes de pronunciar sus votos.

Lena se levantó de la cama y salió de la habitación sin rechistar. No acabó por comprender la amenaza que allí había, porque… ¡Oh, sí!, no era tan limitada. Sabía que él la había intimado. Una victoria a medias era mejor que una derrota completa, se dijo.

***

Tardaron unos cuantos días más en llegar a su destino. Lena estaba exhausta del viaje. Habían parado a dormir en posadas y en todo el recorrido parecían extraños. No habían cruzado más que un par de palabras de cortesía. Y ella que temía que él se enterase de que no llevaba ropa interior debajo…

Nada más llegar a su destino, sin entrar a registrarse en una posada, él la llevó directa a la herrería más próxima para proceder al casamiento. En todo el viaje, Paul no le había explicado ni uno de sus intereses. No obstante, Lena los conocía y estaba dispuesta a cooperar.

Se vio ante un herrero que oficiaba la ceremonia más rápida y extraña de toda su vida. Ese rito ancestral no tenía nada que ver con toda la parafernalia que se llevaba a cabo en

una boda en Inglaterra.

Cuando ese improvisado cura llegó a la parte en que ella debía aceptar, Lena decidió darle una especie de lección a su prometido.

—Lady Lena, ¿tiene alguna duda? —Preguntó el hombre al ver que pasaban los segundos y ella no abría la boca.

¡Qué cara más dura tenía Rosings! La secuestraba y en todo el maldito camino no había sido valiente para preguntarle si deseaba ser su esposa. Arrastrada contra su voluntad, estaba participando en un enlace para toda la vida. Sí, sí. Está bien. No había sido contra su voluntad, pero ella no había dado su consentimiento —no al menos con palabras— de aceptar el enlace. Lo mínimo que podía hacer era verle sudar un poco, y, por las gotas que

caían por la sien de Rosings y que veía por el rabillo del ojo, sí, la venganza estaba funcionando. —¿Consiente, milady? —volvió a preguntar el herrero, tanto o más nervioso que el propio novio.

Se tomó un par de minutos más. Quería ver hasta donde llegaba él. El maldito Rosings era un rival que estaba a su altura. Lo veía exudar pero permanecía impasible.

Entonces, Paul llevó una mano a su bolsillo. Sacó una simple pero preciosa alianza de oro, agarró la mano de su futura esposa y, mirándola a los ojos, se la colocó.

—Sí —dijo ella totalmente embelesada ante la sonrisa que veía en su ya marido. ¡Él llevaba un anillo!

Cuando el herrero terminó de

oficiar el rito, Paul se lanzó a besar a su esposa. Por supuesto que se deleitó en la acción.

—Bueno, bueno. Esto… regresen a su habitación, par de tortolitos. Tengo trabajo que hacer. Vamos, vamos. Es suficiente. —Los esposos no se separaban el uno del otro por más que el hombre se aclarase la garganta incómodo—. Por favor, milord. ¿No querrá tomar a su esposa aquí, a la vista de todos?

En contra de su voluntad, se obligó a despegarse de esa boca que hacía casi más de un año que necesitaba besar. Más incluso que respirar.

Se habían separado el uno del otro tras la celebración de sus nupcias. Paul la dejó en la posada del pueblo. En la habitación. Tuvo que regresar a la herrería porque faltaba la firma de uno

de los testigos. El papel tenía que ser válido, o de lo contrario Patrick se la arrancaría de sus brazos muertos. Rosings iba a pelear por ella hasta su último aliento.

Lena tenía una sensación extraña. Algo le decía que las cosas se iban a torcer. Aunque estaba llena de dicha por haber logrado ser la esposa del amor de su vida, algo le decía que tenía por delante un largo camino que recorrer. Paul estaba tirante, frío con ella todo el tiempo. Al menos, con esa boda había recorrido ya la mitad del camino, porque siendo su esposa tenía toda la vida para poder llegar hasta él, para quererlo y amarlo y hacer que él la correspondiese.

Se aceró a la ventana con una brillante sonrisa. No iba a dejar que ese mal presentimiento se apoderase de ella.

No cuando iba a prepararse para disfrutar de su noche de bodas a plena luz del día.

Lo vio en la calle. Suspiró orgullosa. Paul tenía un excelente porte. Era un hombre imponente, y era suyo. Su esposo, al fin. Se mordió de nuevo el labio inferior al recordar la intimidad que había compartido con él la primera noche, en aquella humilde alcoba cuando lo exploró. Estaba deseosa de experimentarlo todo con él.

Una mujer se paró para saludarlo. Era una mujer hermosa ¿Quién sería? Los demonios de los celos se la llevaron. Estaba ahí intercambiando unas palabras en una postura de familiaridad. Demasiado tiempo se estaba parando su marido con esa mujer. Era demasiado, porque él sabía que Lena lo estaba esperando en la habitación y tenía la

poca vergüenza de hacerla esperar a causa de otra mujer. ¡Habrase visto!

Se tensó cuando la dichosa *entretienemaridos* se acercó a él sugerente. Y apretó los puños cuando vio, incrédula, que la buscona se echó a los brazos de él y le dio un beso. Con los puños apretados y la mandíbula apretada, Lena esperó a que su esposo se despegase de ella. Ella le echó los brazos por el cuello y él se movía sin despegarla.

¡Suficiente! Se sacó el anillo de bodas y lo dejó sobre la mesa. Salió de la habitación sin esperar a ver cómo terminaba la maldita escena. Un castigo. Tenía la sensación que Rosings le había dado su merecido. «¡Bravo, Lena! Te has vuelto a meter tu solita en un enredo sin igual».

Dejó sus cosas en la habitación y

se metió en los establos. Gracias al cielo que no se había quitado el vestido. Como una tonta había pensado en esperarlo desnuda sobre la cama. No era un trabajo muy arduo, puesto que en todo el camino solo llevaba los vestidos sin nada más debajo.

Buscó al caballo más fiero que había en el lugar. Toda una suerte que estuviese ensillado. Se subió de un salto tras acomodarse la falda lo mejor que pudo para resguardar sus partes íntimas.

Como alma que se lleva el diablo trotó. Recorrió unas millas cuando oyó los cascos de otro caballo acerándose a una velocidad de infarto. El corazón se le aceleró. La había encontrado. Sabía que el jinete que venía a su caza era su esposo y ella tenía que huir. Aceleró cuanto pudo a su montura.

—Lena, Lena. ¡Detente! —la

llamaba una voz.

Las lágrimas se derramaban. Había firmado su sentencia de muerte y ya no conseguiría escapar de él jamás. Estaba unida, atada a un hombre que la haría miserable por el resto de sus días. Si Rothgar iba a ser una pesadilla como marido, Rosings, que tenía a sus pies el corazón de ella, la haría morir en vida.

—¡Lena, por amor de Dios, detente!

Era inútil escapar. Era su propiedad. Él tenía todo el derecho sobre ella. No valía la pena seguir huyendo. No más, puesto que ya la había encontrado. Detuvo poco a poco su caballo.

—¿Te has vuelto loca, mujer? ¿Propones matarte y llevarme a mí por el camino?

—¡Oh, Dios mío, Dani! Eres tú, eres tú —dijo, dejando salir su angustia y todas las lágrimas que había estado intentando contener.

—¿Qué ha pasado, pequeña? —el hombre no entendía absolutamente nada.

—Llévame a casa, Dani, con mi familia. Te lo suplico —pidió, derrotada.

—Está como un loco buscándote. Tu esposo te busca.

—Quiero regresar a casa, Dani.

—Es un camino peligroso.

—No quiero que me encuentre.

—¿Qué te ha hecho? —Se acaban de casar hacía una hora escasa. No había tiempo material para que el zopenco de Rosings lo estropease tan rápido, pensó el guardaespaldas.

—No quiero hablar —«Porque si te lo cuento lo matarás».

—Está bien. Es peligroso quedarse aquí. Hay una posada cerca.

—No quiero parar. No tardará en darnos caza.

—No pienso ir con una señorita rumbo a Londres.

—Soy capaz de hacer el trayecto.

—Lo sé, pero necesito que dejes de ser una dama. Será más seguro si camuflamos tu identidad.

—Está bien. —Dani era igual de valiente e infalible que Patrick. Pondría su vida en sus manos con la seguridad de que todo saldría bien.

En la casa de huéspedes más cercana, el guardaespaldas le consiguió unos pantalones, unas botas, camisa y

una buena chaqueta. Iba a ser un viaje largo a caballo. Esperaba que ella fuese tan fuerte como parecía. Dani sabía que Rosings era bueno en su trabajo, pero él era mejor. Por algo este soldado retirado era el segundo del marqués de Ailsa. No obstante, debían ser rápidos si no querían que él diese con ella antes de llegar a la Casa Manchester. Fuese lo que fuera que había sucedido, Lena necesitaba resguardarse de él y Dani la llevaría con su familia.

Cambiaron de caballo a cada ocasión, y el viaje fue lo más largo y cansado que ella había hecho en su vida. Pero al fin, ¡al fin!, consiguieron llegar ilesos a Londres.

Lena desmontó y entró en tromba en la casa. Necesitaba un baño, ropa limpia y serenarse. No quería vivir una aventura semejante en lo que le

quedaba de vida.

***

—¿Dónde está su esposo? Porque imagino que no lo has tenido que matar como te dije que hicieses si no había boda. —Preguntó el marqués de Ailsa, sentado tras su escritorio.

—Sí hubo boda. —Contestó tranquilo Dani, mientras sostenía una copa de licor.

—Dime que no la fastidió nada más casarse con ella. —Por la cara del guardián de Lena, había sucedido algo grave.

—No te lo diré entonces.

—¡Maldito infierno! Solo me faltó envolverla con un precioso lazo rojo.

¿Qué diantres ha hecho ese estúpido ahora? —se recostó sobre su asiento, incapaz de creer lo que oía.

—No tengo ni idea.

—¿Lena no te contó nada?

—No, pero debió ser algo muy grave. Lena se subió a un caballo dispuesta a huir de su lado, cuando no hacía más que una miserable hora que se había convertido en su esposo.

—No debería sorprenderme que la fastidiase. ¿Tendré que darle las instrucciones por escrito? —Esperaba que el resto de los pretendientes de sus otras protegidas fuesen más inteligentes.

—No sé qué contestar a eso.

—Era una pregunta retórica, tranquilo. ¿Dónde está él?

—Le dejé una nota en la primera

posada donde paramos. Acabará encontrándola, pero quise hacerle el viaje de vuelta más sosegado. Intuí que estaría muerto de preocupación y consideré sensato, al menos, darle la información.

—¿Crees que la recibiría? —con lo tonto que resultó ser…

—Tú dijiste que era bueno en lo que hacía en Francia. Si tiene instinto, seguiría nuestros pasos y probablemente acabó entrando en ese lugar y preguntando por una mujer. Su esposa. Me aseguré de que todos, en especial el posadero, la viesen bien. Su cabello dorado y sus ojos son inolvidables.

—No me gusta cómo estás sonando, Dani. —Lena era demasiado bonita. No sabía cómo, pero esa jovencita había florecido como un almendro en temporada.

—No le tocaría ni un pelo de la cabeza. No puedo.

—Lo sé. Disculpa, pero es que… ¡Maldición! Todo son problemas.

—Con esas sí. Apuesto mi fortuna a que vas a tener muuuchas complicaciones con ellas. En especial con tu prima. Aunque sé que sufrirás con la otra más que con ninguna.

—No vamos a hablar de ese tema. —Ni en estos precisos momentos ni nunca, pensó el marqués.

—Como quieras.

—¿Qué pusiste en la nota que le dejaste?

—Casa Manchester. No creo que le lleve más de un día en presentarse ante su puerta. No va a estar contento.

—Puedo imaginarlo. —Yo

tampoco lo estaría si mi esposa hubiese salido huyendo de mí.

—No disfrutó de su noche de bodas. Yo en su lugar estaría hecho un basilisco.

—También puedo imaginar eso. —Era más que obvio.

—Tengo que admirar a tu protegida. Es más dura de lo que parece —dijo, moviendo la cabeza positivamente reconociendo su valía.

—Para haber hecho ese viaje a caballo tan rápido, sin lugar a dudas es toda una Manchester. Aunque no lleve el apellido.

—No creo que se levante hasta pasada una semana. Debe estar derrotada. Además, está apagada y triste.

—¿Qué demonios habrá hecho

él? —No era capaz de imaginarlo.

—Supongo que mañana podrás preguntárselo tú mismo. Lena se cierra en banda.

—Gracias, Dani, por todo.

—No las merecen. Te debo la vida.

—Y yo la mía y la de ella. Esa loca hubiese acabado muerta en una zanja si no la hubieses interceptado.

—Lena sabía que yo la estaba siguiendo.

—No me irás a decir que ella fue capaz de descubrirte —alzó la ceja incrédulo—. Si es así, estás perdiendo facultades, amigo.

—A la mañana siguiente del secuestro la encontré fuera de la posada. Hablé con ella. Le pregunté si quería

regresar y, pese a que dijo que no, creo que tuvieron problemas ahí también.

—Va a ser un marido nefasto. —Patrick estaba negando con la cabeza.

—¿Quieres apostar? —Estaba seguro de ello. Un hombre que alejaba a una mujer como esa nada más tenerla como esposa, era un necio.

—No quiero perder. Es un mentecato. Va a ser más difícil de lo que Elvina y yo previmos.

—Si no me necesitas, iré a ponerme cómodo. Ha sido un viaje de lo más extraño y complicado. Estoy muerto.

—Te mereces un descanso que no puedo permitir darte. Mañana hay un baile en casa y Valerie necesita atención.

—Tu prima siempre necesita

vigilancia —le recriminó mientras salía de su despacho.

De nuevo, las tenía a las tres en su casa. Risas, gritos y cantos se oían desde su despacho. Los llantos no tardarían a llegar, pues Lena acabaría por desahogarse con ellas.

Desde luego, la crisis con Rosings no podía producirse en el peor momento. En pleno acto social en su propia casa. En cuanto las casase a las tres, podría marcharse tranquilo a Francia o las Indias y dedicarse por completo a su trabajo.

Capítulo 8
¿Sin placer?

Hecho. Lady Lena se había convertido en su baronesa. Lady Rosings. Más de un año luchando contra ello para acabar casado y satisfecho. Tenía mucho trabajo por delante. Ella había de olvidar al maldito Rothgar, porque no había vuelta atrás. Era suya. Por toda la eternidad. Hasta que Dios lo llamase, e incluso así no se separaría de su lado fácilmente.

Maldita renacuaja que le había hecho sudar como un imberbe cuando se negó a participar en la ceremonia de boda. Pero él era un hombre de recursos. Sabía que el anillo de su abuela la haría responder favorablemente.

Miró el papel que portaba en mano. Con las prisas por irse a disfrutar de su esposa se olvidó comprobar que todo estuviese en orden. Sin ese papel, él no podría alegar nada ante el marqués de Ailsa. Era la prueba más verídica de que se habían casado.

Debía confesar que estaba como un joven en su primera experiencia con una mujer. Era un hombre sobradamente experimentado, pero ella lo hacía sentir como inexperto. Era tan dulce… Agonizaba por tenerla y a la vez estaba muerto de miedo por tomarla.

Conocía de sobra el carácter de su ex mejor amigo. Rothgar era implacable en cuanto a mujeres se refería. Conociéndole, era improbable que se hubiese mantenido alejado de Lena, más cuando era su prometido. Cuando se enteró del compromiso ellos llevaban demasiados meses… Dudaba de que el duque hubiese conseguido no hacerla suya desde el primer día.

Era un seductor nato. Rothgar podía tener a la mujer que quisiera y lo sabía. Era un vanidoso sin igual. Antes de la cicatriz, Paul podía estar a su nivel. Pero, después, todo era una competición con el duque. Incluso desde antes del accidente con los contrabandistas.

Rothgar sabía que él había puesto sus ojos en ella. La pugna se inició entonces. No se extrañó al ver a su

hermano ahí delante, explicándole que el duque se había comprometido con Lena. ¿Hasta dónde habría conseguido llegar su ex amigo con su ya esposa? Odiaría ser el segundo para ella, aunque él estuvo entre sus piernas antes que otro. Pero si Lena no era virgen… Rosings no estaba preparado para descubrirlo aún.

—Mira lo que trajo la marea. ¿Qué haces aquí? —oyó una voz jovial.

—Señora Mendel —saludó él, incómodo. Era la última persona a quien quería o esperaría ver en ese lugar tan apartado de la buena sociedad. —En breve seré lady Shown. Un vizconde, Paul. He pescado a un hombre con título.

—Me alegro por ti, Rachel. —Sobre todo porque lo había perseguido demasiado tiempo ya y podría al fin

olvidarse definitivamente de la mujer.

—Ha sido una fuga de lo más romántica, ¿sabes? —dijo ella embelesada.

—Me alegro entonces. —Pobre del hombre que se atreviese. Era muy buena en la cama. O no, según se mire, porque al último lo enterró la noche de bodas.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Qué te trae por aquí?

—Lo mismo que tú.

—¡Ah, enhorabuena! —dijo ella al comprender las connotaciones—. ¿Y puedo preguntar quién es la afortunada?

—Mi prometida, por supuesto. Lady Lena.

—¡No puede ser! Tanto tiempo después y decides fugarte para

convertirla en tu esposa. La vas a hacer más escandalosa de lo que ya es. Supongo que Rothgar no estará contento. —Paul se tensó. Rachel sabía del compromiso con el duque. Seguro que todo Londres lo sabría, pero eso ya lo arreglaría.

—No tiene caso, porque ella es lady Rosings. —Rothgar podía irse al infierno si de él dependía.

—Vaya. Lady Rosings: una baronesa escandalosa. Puedo ver los titulares de los periódicos. Una pena que tu amigo siga en el mercado matrimonial y yo haya desistido. Pero bueno, Amanda estará rezando para que el buen Dios se lleve al viejo de su lado pronto. Le caerá la noticia como un milagro. A más de una, de hecho.

—Te deseo suerte, Rachel. —Siempre estaba por el medio su maldito

ex mejor amigo.

—Yo también, Rosings. Fuiste muy especial para mí —dijo, mientras se acercaba a él dispuesta a llevarse un glorioso recuerdo. Juró que si el destino le daba la oportunidad, ella tomaría su venganza sobre esa niña de tres al cuarto. Y, si bien lamentaba que lady Rosings no la viese, al menos Rachel sabría que había besado a su hombre.

La mujer se agarró a él como una lapa. Le dio un beso que él luchó por refrenar pero no consiguió esquivar. Era una mujer voluminosa y lo tenía muy sujeto. Primero lo desarmaba una jovencita, y en estos momentos lo tenía inmovilizado otra fémina. Definitivamente, estaba descaminando terreno frente a las mujeres.

—No debiste hacer eso —dijo furioso.

—Me la debía. Tu esposa me la debía y al menos merezco tu gratitud. Jugaste conmigo aquella noche y, gracias a mí, al final conseguiste a tu enamorada. ¿O ahora también me irás a negar que la amas?

—No lo negaré. —No tenía sentido tratar de engañar a Rachel, o a él mismo.

—Suerte, Rosings. La vas a necesitar con ella y con la familia que la acogió.

Los dos se separaron. Paul se preguntó cómo alguna vez le gustó esa mujer. Era todo lo contrario a su esposa. Su esposa… Sonaba tan bien aquello. Se le hinchó el pecho lleno de orgullo.

Entró en la herrería y solventó el pequeño inconveniente. El hijo del que había oficiado el rito firmó, de una vez

por todas, como testigo y regresó a la habitación. Por el camino se topó con un puesto de flores y decidió que sería un galán con su esposa. Compró una docena de rosas rojas que simbolizasen su amor.

Con su traje formal, con el sombrero en la mano y un precioso ramo de rosas, se presentó en la puerta de su esposa.

Iba a tomarla de todas las formas posibles. Su otra cabeza, la de entre sus piernas, saltó de alegría con el pensamiento. A su amiguito no le agradaba ya el tacto de su mano.

Llamó hasta tres veces. Nada. Probó una cuarta y, al ver que no se oía ningún sonido, decidió entrar. Si la pillaba desnuda mejor que mejor. Pero seguramente estaría descansando. No pensaba esperar a la noche para

reclamar sus derechos conyugales. La despertaría y la haría ansiar lo mismo que él.

Miró por la fina habitación. No estaba.

—¿Lena? —Sin contestación. De nuevo estaba mirando debajo de la cama. Podría ser que ella, presa del pánico de saber que iba a compartir intimidad con su esposo, se hubiese asustado. No era propio de Lena. Ella no se asustaba de nada. Salvo aquella noche que pidió horrorizada a la marquesa viuda de Ailsa que la librase del casamiento con él. Hasta esa noche, Rosings no la había visto nunca presa del pánico.

No estaba. Bajo de la cama no estaba. En la habitación no estaba. De nuevo, se lanzó por la escalera a grito furioso.

—¡Lena, Lena, sal de inmediato de donde estés!

Los gritos se sucedieron pero ella no daba muestras de aparecer. El posadero tuvo agallas para acercarse a él.

—Disculpe, milord. Si deja usted que le explique….

—¿Dónde está mi esposa?

—Eso es lo que iba a explicarle, milord. La joven que ha venido con usted ha salido hace unos cuarenta minutos en dirección a los establos corriendo y ha robado nuestro mejor caballo.

—¿Cómo? No puede ser. Es imposible que mi esposa haga eso. —El hombre estaba confundido. Lena no huiría, ni por supuesto robaría.

—Verá, señor, sé que era su

mujer porque tiene unos ojos muy fáciles de recordar y en su huida la vi.

—Le pagaré dos veces lo que vale el caballo. Ahora prepáreme su otra mejor montura. Tengo que salir.

—Por supuesto.

Lord Rosings le dio unas monedas de oro. Subió para cambiarse y ponerse cómodo para el viaje. No tenía tiempo de recoger sus cosas. Ordenaría a alguien que las trajese de vuelta a Londres. Un haz de luz brillante captó su atención. Su alianza. ¿Por qué?

Salió disparado tras su esposa. Si ella creía que iba a poder huir de él es que no lo conocía en absoluto. No tardaría ni unas pocas horas en dar con ella.

Entró en la primera posada del camino y preguntó por su mujer. Por su

descripción, el dueño no tardó en decir que había estado allí y que tenía una carta para él. Le dijeron que un hombre la acompañaba.

Abrió el sobre:

« Casa Manchester».

Patrick la había encontrado y no aprobaba su boda. Era una complicación, pero una menor, porque ella era su esposa y nadie ni nada, por muy todopoderoso que fuese el marqués de Ailsa, iba a arrebatársela.

Cabalgó como si la muerte le pisara los talones. Quería dar con ellos lo antes posible, pero no lo consiguió.

Llegó a la Casa Manchester, bajó de su caballo y trató de entrar por la puerta. Dos hombres le impidieron el paso.

—Parece que tenemos un

vagabundo tratando de colarse en la fiesta. —Rio uno de los que lo sujetaban.

—No soy un sintecho. Soy un barón y vengo a por mi mujer. ¡Lena! —la llamó, sin éxito.

—Si es usted lo que dice. Vaya a su casa y arréglese. Ahora, ¡fuera de aquí!

Los dos hombres lo sacaron de la casa por la fuerza.

—Esto no se quedará así —dijo Rosings, alzando el puño en alto.

Uno de los guardianes de la casa regresó al interior.

—¿Vienes, Dani? —preguntó el hombre al ver que su compañero se quedaba mirando la marcha de ese vagabundo.

—Sí, claro —respondió el guardaespaldas de las jóvenes mientras se reía. Rosings estaba en problemas. Si ese hombre había hecho el camino directo ante la puerta del lugar donde se había refugiado su esposa, sin pasar por su casa, descansar y asearse, es que estaba total, perdida e incondicionalmente enamorado de Lena. Rosings estaba en serias dificultades.

Dani sabía que no tardaría en verlo aparecer de nuevo y esperaba que él estuviese presentable. Dios sabía que hubiese hecho lo que le hubiese hecho a lady Rosings, él iba a necesitar su mejor aspecto para disculparse y ganársela. Además, los invitados estaban a punto de llegar y no podía dejarle entrar con semejante atuendo y olor.

***

¿Casada? Lena no se sentía una mujer casada, ni feliz. Paul se estaba besando con una mujer en plena calle mientras su esposa planeaba la mejor ocasión para tentarlo en su lecho. ¡Imperdonable!

No quiso darle los detalles a Valerie ni a Ger. No estaba preparada para hablar sobre ello. Ni tan siquiera Elvina consiguió que ella se sincerase. Y, para colmo, se había enterado de que esa noche daban en la mansión una fiesta para la alta sociedad.

Estaba arreglada para la celebración. Ella no quería acudir, pero Patrick la había obligado. Los nervios los tenía a flor de piel. Se escabulló de su habitación y se metió sigilosa como un gato en el despacho del marqués de Ailsa. Buscó su objetivo. Vio el

decantador con las copas a su lado. Un traguito para relajarse y se iría.

Se le fue la mano y acabó, sin querer evitarlo, con la copa llena. El primer trago era igual de amargo y asqueroso como lo recordaba. El whisky le quemó la garganta. Lena se había terminado la copa pero no sentía nada nuevo, ni diferente. Tal vez la cantidad no era la correcta. Se sirvió otra copa más generosa que la anterior. Vació el contenido en su estómago. Esperó unos minutos a ver si había algún cambio. Nada. Repitió el proceso. Vaya, vaya. Tenía mariposas recorriendo su cuerpo. Eso era otra cosa. Sí, entendía por qué los hombres se refugiaban en este elixir.

—Te he estado buscando por toda la casa, Lena. Vamos, nos están esperando y no va a gustarte quién es el primer invitado en llegar. —dijo con

media sonrisa en la boca.

—¿Sabes, V? —hipó— me da igual que sea el mismo demonio. Estoy en una nube ahora mismo. —Se tambaleó al dar un paso. Con esto no contaba. Trató de enfocar la vista.

—¿Estás ebria? —¿Lena estaba bebida? ¡Si fue una de las cosas que tacharon de su lista!

—No. —Se sentía bien, no borracha.

—Lena, estoy aquí, a tu derecha. —La joven estaba parada ante un jarrón que había sobre una de las mesas.

—Para de moverte de una vez, Valerie. —Trató de buscar a su amiga por la estancia. Ni enfocando la vista bien era capaz de lograrlo.

—Patrick te matará y luego a mí, porque pensará que esto fue idea mía.

—Soy una mujer casada. No tiene poder sobre mí.

—Entonces, será tu marido quien lo haga.

—¿Sabes, V? He tomado un par de copas para olvidar ese hecho. No vengas ahora a recordarlo. ¡Odioso Rosings!

—¿Qué paso, Lena? —era el momento para sonsacarle la verdad.

—No quiero recordarlo. —Duele mucho.

—¿Lo amas? —Era lo único que ella necesitaba saber.

—Con todo mi corazón. —Sentía un impulso por decir la verdad.

—Si él viniese por ti, ¿querrías verlo? —V estaba tanteándola. Por la ventana había visto hacía un instante a

Dani y a Brutus sacarlo de la casa.

—Sí. —Lo odiaba por lo que le había, pero no podía evitar quererlo—. Lo que más me duele es que sigo tan pura como la nieve, Valerie.

—Me dijiste que no eras virgen.

—Yo pensé que no lo era porque esa noche él… metió algo en mí. Pero no su… En fin, que estoy casada y soy virgen. Aunque siento que me hizo suya, porque bueno, sus… sus… sus dedos son enormes. ¡Ya está! ¡Lo he confesado! Pero es que a este paso tendré que tomar un amante. ¡No sirvo ni para que me desflore mi esposo con su… con su…! Bueno, ya me entiendes.

—¿Pero no te has acostado con tu marido? —Había tenido todo un viaje de ida para provocarlo y no lo había hecho? Oh, Dios mío. Valerie tenía que

tomar cartas en el asunto.

—No tuve ocasión. ¡Valerie, para de moverte de una vez! —la habitación o su amiga se meneaban.

—No me estoy moviendo. Anda, vamos, te acostaré.

—No tengo sueño. Pienso bailar con todos los caballeros del lugar esta noche. Tengo que tantear a los hombres en busca del mejor. ¿Tú lo has encontrado ya, V? ¿A tu amante?

—No, Lena, y tú tampoco lo harás. Al menos, no en estas condiciones.

—Rothgar sería un buen candidato, ¿no crees?

—¿Para mí o para ti?

—Para las dos. Yo estoy casada y tú no quieres casarte. Ideal para

cualquiera de nosotras. Sé que es hermano de Essex, pero…

—¿Lo prefieres a Rosings? Puedo hacer que suba. —Estaba en la casa y Valerie no sentía respeto por el matrimonio en estos momentos.

—¡No! Es atractivo, pero mi marido es perfecto. Un hombre bobo, pero un adonis. Me hace desear…

—Vaya palabra más fea acabas de decir para referirte al hombre que amas. —V estaba escandalizada con esta Lena. ¡Le encantaba!

—Ha sido el whisky —trató de excusarse.

—Venga, métete en la cama. Mañana te va a doler la cabeza —le pidió, después de ayudarla a desvestirse y abrir el lecho.

—Sí, pero el corazón ha dejado

de dolerme.

—Vamos. Vamos, bonita. Mañana veremos lo que hacemos.

Lena se metió en la cama y suspiró.

—Lo quiero a él. Siempre lo amaré. —Oyó V que decía su amiga, antes de salir de la habitación.

Valerie accedió a la sala de baile. Los invitados habían comenzado a llegar en masa. Dio un repaso por el salón. No divisó a Rosings, pero sí a Rothgar. El duque estaba bailando con su madre. ¿Con su madre? Puso los ojos como platos.

—Eres muy osado, Rothgar. — Ese hombre estaba más loco de lo que pensaba la marquesa viuda.

—No tanto como tú, Elvina. — Ella era la mejor.

—No deberías tomarte tantas confianzas —le señaló al ver que él utilizaba su nombre de pila. Salvo su hija, sus sobrinos y las niñas, nadie la llamaba así.

—¿Olvidas que te he visto en camisón y bata? —Una visión que no consigo borrar de mi mente.

—No seré ni la primera ni la última. —¡A saber todas las que había visto en esa tesitura él! O incluso con menos ropa.

—Has dejado huella en mí —no mentía.

—A ti todas te dejan huella —estaba segura de ello.

—Touché. Eres tan lista, Elvina.

—¿Qué quieres?

—¿Lo preguntas? Tenía

entendido que eras más hábil y lista que tu propio sobrino.

—Tú podrías ser mi propio sobrino. —Había que hacerle entrar en razón.

—Pero no lo soy. —Gracias al cielo, Dios había sido justo en ese reparto.

—No tengo ganas de juegos.

—Soy mejor que Penguin. —Las cartas sobre la mesa.

—Podía ser. Probablemente le ganes en vitalidad, pero debo reconocer que el señor Penguin es muy imaginativo. —Se le dibujó una sonrisa en la boca al recordar al apuesto y sagaz Penguin. Un único escarceo desde que se quedó viuda y era vox populi.

—Una oportunidad.

—¿Para qué?

—Quieres jugar al ratón y al gato… Me encanta, pero te advierto que estoy decidido a ser el gato, ratoncita mía.

—No me hagas reír, Rothgar. A mis años…

—Eres la mujer más espectacular que he conocido jamás. Una oportunidad, Elvina.

—Deberías ser más selectivo en las amistades femeninas que entablas entonces. Hay miles de mujeres más espectaculares que esta vieja arpía.

—Te he visto en camisón y con el pelo suelto, no pienses ni por un instante que vas a engañarme. Sé perfectamente que tras esos vestidos de dragón se esconde una mujer sugerente, más atractiva que cualquier fémina que

haya pasado por mi alcoba.

—Patrick te mataría solo por tener esta conversación.

—Sí, ya me advirtió sobre ello.

—¡No estás hablando en serio! —Elvina no era propensa a entrar en pánico pero al buscar a su sobrino por la estancia se quedó pálida. Patrick no les quitaba ojo.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. No creerías que todos estos meses de venir a tu casa era para conocer mejor a Lena, ¿verdad?

—Era tu prometida.

—Accedí a participar en tu plan con otro fin más… más personal, digamos, y espero que lucrativo.

—Rothgar, ya basta. —Era un buen cazador, pero ella no iba a ser su

presa. No podía. Estaba halagada, pero no podría. No debía.

—Cuando te presentaste en mi casa aquella tarde solo veía mover tus labios sin entender una palabra. Pensé en cómo sería soltar tu cabello y besarte para que callases.

—¡Basta! —No era una jovencita para ruborizarse, pero el duque estaba consiguiendo hacerla sentir muy incómoda.

—No conseguía pensar en otra cosa más que en levantarte de la silla, arrancarte ese molesto vestido y estirarte sobre mi escritorio, desnuda. Abriría tus piernas y…

—¡Suficiente, he dicho! —Estaba perdiendo facultades si no podía controlar a ese muchacho.

—¿La gran Elvina tiembla como una hoja ante un cachorro? Creí que eras más dura —la estaba probando.

—Lamento, en estos momentos, haber ido a tu casa para hacerte partícipe de mi plan contra Rosings.

—Los dos sabemos que sin mi ayuda no hubieses conseguido que mi amigo regresase. No la tendrías casada.

—No ha salido bien. Aún no. Te recuerdo que ella está arriba.

—Se arreglarán. Está enamorado.

—¿Aclararás las cosas con tu amigo? —Era imperativo cambiar de tema y que no retomase la anterior conversación.

—No, por ahora. No conviene que él recuerde que ella pensaba meterse en mi habitación. Prefiero seguir siendo el centro de su ira.

Mientras esté ocupado pensando en que soy el culpable, no centrará su rabia sobre ella. Lena tendrá así más posibilidades de apaciguarlo.

—Eres un gran hombre, Rothgar, y si yo tuviese menos años estaría encantada de reformarte. No obstante, no me interesas. Buenas noches, excelencia.

Elvina le hizo una reverencia cuando terminó el baile y se esfumó del lugar sin darle opción a réplica. Ella era una mujer experimentada. Un duque en edad casadera y que se dedicaba a coleccionar mujeres no era una distracción para ella. Por más tentador y seductor que él resultase, Elvina había terminado con los escarceos y el amor. William se llevó con él su capacidad de amar. Lo de Penguin estuvo bien, pero tenía a tres —pronto o tarde serían

cuatro— muchachas a las que atender. Únicamente una estaba casada.

La marquesa viuda se regodearía en el cumplido que había sido ser el blanco de un hombre como Rothgar y seguiría con su vida.

Valerie no había conseguido oír ni una palabra. Estaba enfurruñada por no conocer los detalles de esa conversación que había contrariado a su madre. ¿Qué querría el duque de su madre? Todo parecía indicar que él…

—Valerie, hay un invitado en la puerta al que no sé si debo dejar entrar. ¿Te ha contado algo Lena?

—No, Patrick. ¿Dime qué sucede con Rothgar y mamá? No me agrada que la mire como su fuese un dulce merengue —preguntó V, enfocando su vista hacia el duque. No le gustaba en

absoluto.

—A mí tampoco. —El marqués de Ailsa iba a tomar cartas en ese asunto si ese petimetre no se retiraba a tiempo.

—¿Qué decías sobre un invitado? —retomó V el hilo de la conversación.

—Rosings está en la puerta. Por primera vez en mi vida no sé qué debo hacer.

—Pero yo sí, primo. Yo sí. —Dijo ella cantarina mientras se iba a conversar con su invitado.

Llegó al recibidor y contempló divertida la escena. Dani y Brutus lo sujetaban de los brazos. Rosings estaba furioso. Era un hombre bastante grande y a los dos les costaba mantenerlo preso.

—Chicos, chicos. ¡Por favor! ¿Qué formas son estas de recibir a un miembro de la familia?

—Ya estamos. ¿Patrick te manda a ti, pequeña bruja?

—Qué cumplido más bonito me has hecho, Dani. Sé que lo dices como un insulto, pero me encanta ser una bruja. De las malas, por supuesto. Mi linaje está lleno de poderosas brujas, como bien sabes. —¿Qué hacemos, V? —No iba a contrariarla, dijese lo que le dijese.

—El barón se comportará. ¿Verdad, Rosings?

—Sí. —Si Lena era peligrosa, esa jovencita daba auténtico pavor. Dos hombres fornidos y curtidos como esos gorilas que lo estaban sujetando se habían cuadrado ante ella.

—Soltadlo, por favor. Si no, yo misma le pararé los pies. —Los hombres solían subestimarla, algo que ella

aprovechaba con frecuencia.

—Todo tuyo, bruja —dijo Dani, antes de salir del lugar en compañía del otro guardaespaldas.

—¿Qué puedo hacer por usted, milord? —preguntó con una tierna sonrisa.

—¿Dónde está? —contraatacó él, rudo.

—¿Quién? —Se mostraba ingenua.

—Lady Valerie Manchester, no ponga a prueba mi paciencia. —¿Ella tenía ganas de jugar? Estaba cansado, hambriento y sediento de su esposa.

—No le conviene a usted poner la mía a prueba —dijo divertida al verlo furioso.

—Mi mujer. —Lena y ella eran

iguales.

—¿Su mujer? —Iba a jugar con él un rato largo.

—Sí, mi esposa. Como bien sabrá, nos casamos en Escocia.

—Según tengo entendido, un matrimonio debe consumarse —dejó caer como quien ve llover.

La mandíbula se le cayó sin previo aviso. ¿Lena se lo había contado a su amiga? Se sintió avergonzado por no haber tomado a su esposa aún. ¡Pero es que se la habían robado! Rosings se recompuso de la sorpresa.

—No creo que nuestras intimidades sean de su interés. Además, todos dicen que nos acostamos hace tiempo.

V levantó un ceja.

—Soy su única aliada ahora mismo, Rosings. Contestará a todo lo que yo le pregunte como un buen niño, o no lo ayudaré. Soy lo único que tiene, así que medite bien su siguiente paso.

¿Quién demonios era esa mujer? Si el primo era un peligro, Lena era imposible y la tía era una de las mujeres más temidas del reino, esta jovencita que tenía frente a él se veía mucho más compleja.

—Es un error que voy a enmendar a la mayor brevedad posible.

—¡Buena respuesta!

—Gracias, supongo.

—¿La amas? —Ella prescindió de la formalidad.

—Sí. —Lo tenía a su merced. ¿Para qué hacer eso más largo de lo necesario?

—¡Grandioso, Rosings! Vas bien encaminado.

—Dime dónde está. —Él también decidió corresponder a su trato informal.

—Haré algo mejor si me prometes que la cuidarás y protegerás.

—Lo haré.

—Bien. Te llevaré con ella.

—Gracias.

—No las des tan pronto. Ahora es cuando llegan las advertencias —dijo ella, con la ceja alzada de nuevo, el semblante serio, rígida y serena como la misma muerte cuando visita a un moribundo en sus últimos instantes de vida.

—Soy todo oídos —¿Esa pequeña cosita linda pretendía intimidarlo? ¡Ja!

—Hágala sufrir y dibujaré otra bonita cicatriz que hará juego con la que ya tiene. Hágala llorar con sus palabras y le cortaré la lengua. Hágala infeliz y le… ya sabe qué, y se las daré a los chuchos de mi madre de postre. ¿He sido clara, Paul? —se permitió usar el nombre de pila para lograr mayor intimidación.

Las ganas de reír se le pasaron de golpe. Algo en su interior le decía que ella sería capaz de eso y mucho más.

—Sí. —Era lo único que pudo decir.

—¡Perfecto, barón! Vamos, alegre esa cara. ¡Esto es una fiesta! — apuntó ella, de nuevo cantarina. Rosings se volvió a estremecer. Ella le daba pavor. Un minuto era el temible jefe de una banda de mafiosos y al otro parecía su mejor amiga. Tomó nota mental de ir

con mucho cuidado con lady Valerie Manchester.

Rosings esbozó una sonrisa trémula. No quería contrariarla.

Valerie lo guio hasta la habitación de Lena.

—Lo que suceda a partir de este momento es cosa suya. Usted me gusta. Mucho más que Rothgar. Suerte.

—Gracias. —¿Esa muchacha también lo tenía que comparar con el duque? ¡Maldición!

Entró. La chimenea tenía aún unas brasas. El ambiente estaba caldeado. Llegó hasta la cama y la vio tumbada de lado. La cabeza sobre el colchón de plumas y el cojín entre sus piernas. Lo que daría él por ser ese cojín.

—¿Lena? Cielo, despierta —

comenzó él a decir tierno.

—Uhmmm.

—Amor, despierta.

—¿Qué quieres? Estoy cansada.

—¿Quieres que me vaya? —Ella parecía muerta de cansancio y sueño. Se sintió culpable.

—No. Ven junto a mí. No quiero estar sola. —Alzó los brazos para recibirlo, sin abrir los ojos.

Lo primero que hizo Rosings fue poner en su dedo la alianza. Era el lugar al que pertenecía esa joya. Prueba de su amor.

Rosings comenzó a besarla con tranquilidad, dedicación y paciencia. Sabía a… ¿whisky?

—¿Qué has estado haciendo, amor?

Lena se removía inquieta.

—Bésame, tócame. Él no me quiere.

—¿Quién no te quiere, mi vida?

—Mi marido. No me ama.

—Tu marido te ama, renacuaja. —Más que a su vida.

—No me llames así. Rosings me llama así y no me gusta.

Lena se incorporó y se quitó el camisón. Sin abrir los ojos. Temía que si los abría ese espectro se disiparía.

—Hazme el amor. Quiero sentirme querida. Ser una mujer.

—¿Quién soy, Lena? —si decía Rothgar cogería la puerta y se iría sin mirar atrás.

—Un sueño. Mi sueño, tan parecido a él que no me quiere. —

Aceptable, pensó Paul.

Se lanzó de nuevo a sus brazos en busca de sus labios. ¡Oh, esos pechos tan suaves que lo habían torturado! Se iba a tomar la revancha a conciencia. Comenzó a lamerlos sin piedad. Lena arqueaba la espalda presa de la histeria.

—Sí, mi sueño, sí. Pero no te necesito ahí. —Otra parte de ella estaba encendida.

—Lo sé, mi vida. ¿Me quieres aquí, cielo? —preguntó mientras posaba una mano sobre su sexo y la acariciaba.

—Ajá —dijo remilgada.

—¿Qué quieres, Lena?

—Te quiero dentro, ahora. Esta noche no voy a dejar que te escabullas sin llenarme.

Rosings se situó hábilmente entre

sus muslos. Ella estaba lista para él. Él estaba ansioso por hundirse al fin en ella.

Poco a poco, y con el mayor control del que era capaz de mantener un hombre en su estado, se fue deslizando por su canal, rezando y esperando ser el único.

—¡Ah! —gruñó ella, incómoda al sentir la invasión.

Estrecha, caída e intacta. Toda una ilusión para él. Eso sí era la felicidad, y lo demás eran tonterías.

—Lo siento, mi vida. ¿Quieres que pare? —dijo él comprensivo y tierno. Estaba al límite, pero lo primero era ella, su esposa.

—No. Hazlo. Hazlo ya, mi sueño.

Paul llegó hasta el fondo y paró al notar que ella se tensaba. Una

lágrima se le escapó a Lena. Paul se la quitó con un beso.

—Lo siento, mi vida. Relájate. Todo acabará pronto. Tranquila. Lo haré bueno en poco tiempo.

Lena tomó aire y comenzó a balancearse. Paul lo tomó como la señal que esperaba para comenzar a llevarla al mundo del placer. Los dos eran uno solo, marcando un ritmo sensual, placentero, tierno.

Lena subió sus piernas para abrazarlo con ella y pasó sus manos sobre su espalda. Ella lo instaba a moverse más deprisa, más raudo.

—Mi vida, si sigues así no podré contenerme demasiado tiempo y quiero disfrutar de ti.

—Más, más, más —rogó.

Paul no pudo hacer otra cosa que

no fuese complacerla. En pocos minutos, ambos se abandonaron a ese mundo de colorines, fuegos artificiales y música. Música celestial era lo que ella podía oír.

Rosings quiso moverse para no aplastarla. Lena no lo permitió. Acabó tendido sobre ella. Ambos con la respiración agitada.

—Gracias, mi sueño. Gracias.

—¿Por qué, Lena? ¿Por qué me das las gracias, amor? —Paul sabía que era un buen amante, pero le apetecía, y mucho, oírlo de los labios de su mujer.

—Por ayudarme a decidir.

—¿Qué has decidido amor? —dijo con curiosidad.

—No voy a quererlo, no lo amaré. Me conformaré contigo, sueño.

—¿A quién no amarás? —Sí, sí, quería oír el nombre de Rothgar.

—Rosings. —Apenas fue un susurro.

—¿Por qué no amarás a tu marido, cielo?

Lena no pudo responder a la pregunta. Un ronquidito de lo más saleroso fue lo que salió de su interior.

Rosings se separó de su esposa. Le dio un beso en los labios y la tapó con las sábanas y las mantas. Recompuso su ropa, porque con las prisas y la urgencia de ella no le había permitido ni desvestirse. Suspiró. Lena iba a matarlo. ¿Cuánto le costaría olvidar a su ex amigo?

Esperó un rato más en su habitación para que se fuese hasta el último de los invitados de la fiesta.

Cuando creyó que ya se habrían ido, salió.

Llegó sin complicación hasta la puerta de la entrada. Ya tenía el pomo agarrado.

—Estás mayorcito para escabullirte, Rosings.

—Patrick. —Se giró para enfrentarlo. Él no había hecho nada malo. Levantó la cabeza altivo.

—¿Te marchas? ¿Sin tu mujer? —¿Que pasaba entre esos dos? Patrick estaba desubicado.

—Tengo que volver a Francia. —Dijo con todo el dolor de su corazón. La misión que dejó a medias estaba por concluir y era importante retomarla. Había mucho en juego. Estaba seguro de que el marqués de Ailsa lo comprendería.

—Lo sé, pero aun así, ¿te marchas en plena noche de la cama de tu esposa?

—Sí, eso parece. —No tenía ninguna excusa.

—¿Qué le has hecho?

—¿Yo? Creo que no soy culpable de nada. —¿Verdad?

—Tu mujer salió huyendo de ti a la hora de casarse contigo. De algo eres culpable —le dijo tratando de leerlo.

Rosings sintió de nuevo el corazón retorcérsele. ¿Lena había huido? Eso era algo para lo que no estaba preparado.

—¿No te la llevaste tú? —preguntó imaginando a su esposa con un hombre regresando a su casa. ¿Quién? Retaría a Rothgar al momento.

—No. Dani, su guardián, la encontró y la trajo. —Patrick pudo percibir que él se tranquilizó.

—¿Por qué huiría? —era lo único que podía preguntar.

—Eso esperaba que me contases tú.

—No sabía que mi esposa me había abandonado —expuso con una falsa sonrisa, carente de humor.

—¿Qué hiciste?

—Solo ella te podrá responder, dado que yo no lo sé. Tal vez se arrepintió de haberse casado conmigo y decidió huir.

—No creo que sea eso. Está enfadada contigo. Tanto como para abandonarte. La has herido.

—No he hecho nada malo, y

menos herirla. —Justo había sido al revés.

—Ya lo veremos. —Había algo que a Patrick se le estaba pasando—. ¿Cuándo regresarás?

—Cuando acabe allí. Tú mejor que nadie sabes lo que es aquello y cuán importante es lo que debo terminar.

—Eres el mejor. Lo demostraste una vez.

—Eso es secreto, marqués. No lo olvides.

Patrick asintió. Decidió cambiar de tema.

—Vas a dejarla. Una recién casada sola. No debería ser así.

—Está con vosotros. No está sola, y ella me abandonó primero.

—Maldita sea, Rosings.

¡Reacciona!

—Tengo trabajo que hacer. Cuídala.

—No perdonamos la traición. Tenlo en cuenta. Me entero de todo. No soy quien soy, ni hago lo que hago, si no fuese capaz de mantener bajo control al marido de mi protegida.

—No he podido tocar a otra desde hace mucho. No será un problema —dijo, mientras miraba su mano.

—Más te vale. —No era una amenaza, era un consejo que, por su bien, debería llevar a cabo.

—No dejes que Rothgar se acerque a ella o lo mataré. A él y después a ti por consentirlo. —Lo amenazó mirándolo a los ojos.

—Rosings, no es lo que crees. ¡Rosings! —Gritó al verle atravesar la

puerta de salida de la mansión.

—Adiós. —Se despidió sin querer oír lo que tenía que decir el marqués.

Capítulo 9
Con novedades en el frente

—¡Esto es horrible! —se quejó lady Rosings, mientras estaba reposada cómodamente en un sofá con los pies en alto en una silla

—No te atrevas a decir eso, Lena. No es horrible. Es maravilloso. Un milagro.

—Tengo hambre a todas horas, estoy cansada, los pies hinchados, me

duele la espalda y no parezco yo. Eso sin contar con lo que está por venir —dijo un poco asustada.

—Te has olvidado de las náuseas. —Ya se conocía la cancioncilla de todos los días.

—Hace meses que no las sufro. ¿Eso es lo que te fijas en mí, Gertrude?

—Claro que sí. Date cuenta de que has olvidado advertir que estás de mal humor siempre. —Era uno de los síntomas más claros de todos.

—Estoy sola. Sola, Ger. Abandonada en esta gran casa. Es normal que no esté contenta y feliz.

—Me estás ofendiendo, Lena. ¿Acaso Elvina y yo no somos alguien? Te recuerdo que hemos dejado todo para venir a Rosings Park a cuidarte y mimarte. ¡Desagradecida! —la regañó

mientras le sacaba la lengua.

A su mejor amiga le quedaba poco más de un mes para ser madre y desde que supo lo del embarazo estuvo imposible. Ni ella ni Valerie sabían ya la gran cantidad de veces —porque eran muchas, casi infinitas— las que le habían perdonado la vida. Por el bebé era que se frenaban ante sus ataques y cambios de humor.

—Estoy harta, Ger. Necesito que nazca ya. Es que no puedo más —lloriqueó Lena pensando en lo mal que se encontraba a estas alturas del proceso de ser madre.

Los primeros meses de embarazo —salvo por las náuseas— habían sido magníficos por la euforia de saber que una vida crecía en su interior. Todo y que su marido no estaba, la alegría era incontenible. Rosings seguía en Francia,

o donde quisiera que estuviese como diplomático. Las relaciones con este país no eran muy fluidas, y desde los años de Napoleón —incluso antes— la diplomacia entre ambas naciones era trabajosa. Lena entendía que su esposo tuviese que realizar una labor que era muy importante para la Corona, pero lo echaba mucho de menos y lo necesitaba.

Cada semana que pasaba y él no volvía a su lado, era un gran pesar para la futura madre. Incluso en estos momentos, ella rememoraba la dulce sensación de la mañana siguiente. Pensó que había sido todo un amable sueño con su amado amante, ese que a veces se le aparecía, que era igual que su esposo, y la llevaba a un mundo de colorines, pero esa noche había habido también fuegos artificiales. Cuando despertó tras esa magnífica ensoñación,

trató de rememorar lo sucedido y un aroma a bergamota le recordó todo. Las sensaciones de dicha y placer la invadieron y la llenaron de gozo. Sí, también hubo molestias e incertidumbre cuando vio toda esa sangre en las sábanas.

Luego hubo enfado. Ira, más bien. ¿Se había atrevido él a irse y abandonarla para llevar a cabo una misión? Patrick la convenció de que debía ser paciente. Al parecer, su marido era el mejor en eso que hiciese. Nadie le contaba qué era aquello exactamente.

Pese a que seguía enojada por haberlo visto besar a una mujer tras su casamiento, y esperaba su regreso para ponerlo en su lugar, cuando supo que iba a ser madre ya nada importó. Lo quería a su lado.

Lo necesitaba. Siguió sin saber nada sobre su esposo. Estando más adelantado el embarazo, Elvina, viendo que Lena iba a volver a todos locos con sus cambios de humor —en especial a Patrick, al que cada día amenazaba con la muerte si no hacía volver al barón—, decidió llevarla a su hogar, a Rosings Park. Dejó a Valerie en Londres porque Lena y su hija se pasaban el día peleando —V no tenía paciencia con su amiga y sus lamentos amorosos diarios — y solo Ger parecía comprenderla y apoyarla.

En la mansión de Rosings se instalaron las tres a esperar la vuelta de él.

Todo fue bien, hasta hacía poco. Lena no quería tener al niño si no estaba su marido con ella. ¡Como si ella pudiese decidir eso! La irritabilidad de

ella estaba a flor de piel y más parecía Satanás que una madre a punto de dar a luz. Las últimas semanas habían sido difíciles para todos los que convivían en la casa, desde el sirviente más humilde, pasando por la familia y finalizando con los animales. Le molestaba hasta que un gatito maullase.

La marquesa viuda de Ailsa sabía que a lady Rosings no le quedarían más de unas pocas semanas para parir —dos a lo sumo—. Le envió una carta a Patrick para que acelerase todo cuanto pudiese el regreso de su esposo o ella misma dejaría que Lena lo matase a él. Elvina no podía ya contenerla. Lena nunca había sido difícil de controlar o de tratar, pero desde el embarazo estaba imposible no, lo siguiente.

—Elvina cree que no te quedan más de unas pocas semanas. Luego,

cuando estés de parto, no querrás que suceda. La marquesa viuda dice que duele mucho. ¿Estás asustada?

—Tiene unas hierbas que me ayudarán a soportar el dolor. Los conocimientos que tiene de bruja me ayudarán.

—No es una bruja. Es una mujer muy lista. —La bruja has sido tú desde que supiste que estabas embarazada, quiso decirle. La quería mucho, pero Lena era intratable.

—Si Paul no está para el nacimiento de su hijo, no se lo perdonaré jamás.

—Patrick ya te dijo que es complicado. —Si su marido no estaba y ella se enfadaba con él por ello, Ger solo podría rezar por lo que iba a tener que soportar el pobre Rosings en el futuro.

—Patrick no cuenta nada. ¿Sabe mi esposo que estoy encinta? ¿Está vivo? ¿Volverá o simplemente me ha abandonado esta vez para siempre? ¡No sé nada de nada!

—¡Oh, Lena! ¡Tengo el cielo ganado contigo! Ya te dijo Patrick —volvió a insistir la joven— que él está vivo. Que no le ha dicho que estás embarazada porque lo necesita allí urgentemente con sus cinco sentidos en eso que haga. ¿Crees que si Rosings te hubiese abandonado por algo que no fuese fundamental? ¿El primo de V no lo habría degollado ya? —Ger era una muchacha muy dócil y tranquila, pero esos meses que había pasado con Lena la hacían decir y pensar cosas que… Además, no solo su mejor amiga tenía la culpa de su estado de ánimo alterado. Había cierto hombre que tenía enfadada

a lady Gertrude Lamark. Pero eso era otra historia.

—¡Necesito a mi esposo! Estoy así por su culpa. Lo menos que podía hacer era estar a mi lado consolándome, cuidándome. Y sí, Ger, no pongas esa cara. Sé que he sido una auténtica arpía. Piensa en que debería ser Rosings quien se hubiese tragado todo mi malestar. No tú, ni Elvina.

—Ni los sirvientes, ni los animales, ni los pobres habitantes del pueblo…

—¿Seguro que quieres seguir enfadándome, bonita? —le preguntó con retintín. Ger calló.

—Piensa en que pronto tendrás a tu hijo en brazos —era mejor que ella pensase en algo amoroso.

—Maldita sea, Ger. Es que

Patrick no entiende que su familia lo necesita. —Era imposible que su amiga pensase en algo bonito, concluyó Ger—. Dudo que él alguna vez opte por tener su propia mujer e hijos si siempre sus obligaciones y deberes son lo primero.

—Ha dicho que no está hecho para el matrimonio. —Bien lo recordaba Ger.

—Eso lo dice porque teme que su esposa se asemeje a alguna de nosotras.

—Tendría suerte si su esposa fuese como nosotras —dijo Ger con mucha convicción.

—¡Por supuesto que sí! —estalló Lena en sonoras, fuertes y enérgicas carcajadas. Pero rápidamente le cambió la cara y se sujetó la barriga.

—Lena, ¿qué ha pasado? —preguntó presa del pánico Ger. Era la

primera vez que la veía reír. ¿Y se había hecho pis?

—Ha pasado que me he puesto de parto. El bebé ya viene.

—Dios mío, Dios mío. ¿Qué hago? ¿Traigo sábanas? ¿Agua hirviendo?

—Trae a Elvina y déjate de tonterías. —Ella tendría a su bebé y él no iba a estar. Dios lo protegiese para que él regresase a su lado sano y salvo, porque cuando lo tuviese cerca lo mataría con sus propias manos.

Lena sentía ciertas molestias pero aún no eran los dolores duros que sabía que se avecinarían. Con tranquilidad, se dirigió hacia su habitación y se recostó en la cama. Trató de concienciarse de que era una mujer fuerte y que aguantaría lo que le viniese por el bien

de su bebé.

Elvina no tardó en llegar a la alcoba con Ger. La marquesa viuda dio indicaciones a todos. Ella misma iba a atender el parto. Lo preparó todo y salió con Ger de la habitación para darle más instrucciones.

—Cariño, todo va bien. Esto va a ser largo. ¿Estás bien tú?

—Sí. ¿Qué hago yo? Quiero ayudar. —No sabía cómo hacerlo pero algo habría que pudiese hacer.

—Quiero que vayas en busca de Rothgar y que traigáis a un médico por precaución.

—Pero…

La marquesa viuda apreció la cara de preocupación de su otra niña.

—He dicho que es por

precaución. Es mejor estar prevenidos. Estate tranquila, no va a haber ninguna complicación. Solo que estaremos más tranquilos si el doctor está cerca, ¿verdad?

Elvina creyó que al menos le quedaban dos semanas más a Lena y por ello no había mandado llamar a Patrick. No creía que fuese a ir mal el parto, pero por precaución sería mejor tener al duque cerca a falta de su sobrino. Además, Rothgar sabía dónde localizar al médico. Su finca no estaba muy lejos de Rosings Park y era mediodía, por lo que Ger no correría peligro al ir sola con el cochero. Esa misión que le acababa de dar la mantendría entretenida, pues no quería que viese todo aquello o perdería las ganas de formar una familia.

—De acuerdo. —Ger estuvo

contenta al sentirse útil.

Elvina volvió a entrar en la habitación.

—Comienza a doler —explicó Lena con una mueca.

—Lo sé, pequeña. ¿Tomaste la infusión como te dije?

—Sí, pero no funciona. ¡Ay!

—Esto va rápido, Lena. Es buena señal. —Ella había visto alumbramientos que duraban incluso veinticuatro horas o más. El trabajo del parto iba viento en popa.

—Ay, ay, ay. —No estaba preparada para esto.

—Pequeña, esta es la misión más importante de tu vida. Necesito que te concentres en mi voz.

—Ay, ay. Elvina, duele como la

muerte. —Eran dolores punzantes en la parte baja de la espalda.

—Lo sé, mi cielo. Eres una mujer fuerte. Lo puedes todo y vas a alumbrar tu bebé, sin miedo ni temor. Estoy contigo y te juro por lo más sagrado que todo va a ir bien.

Varias sirvientas entraron a la habitación para asistir a la comadrona. Elvina no era una mujer común. Tenía unos conocimientos muy avanzados sobre muchas disciplinas. Lena sabía que debía confiarle su propia vida y la de su hijo.

El parto iba a desarrollarse rápido. Elvina lo supo al momento de examinar a su niña. La marquesa viuda había supervisado la alimentación y los ejercicios de lady Rosings para que cuando llegase el alumbramiento su cuerpo estuviese preparado.

El bebé estaba a mitad de camino fuera del cuerpo de su madre cuando entró el médico.

El doctor no intervino. Se quedó a un lado observando lo bien que se desenvolvía la marquesa viuda de Ailsa. La madre soltaba varios chillidos desgarradores, pero las palabras de aliento de Elvina la conminaban a ser fuerte.

Con el último empujón la criatura rompió a llorar, en los brazos de una marquesa viuda que tenía los ojos empapados de lágrimas.

—Un niña. Una preciosa niña tan perfecta como su madre.

—¿Está bien? ¿Mi pequeña está bien, Elvina?

—Está perfecta. Una luchadora, como la madre que la ha alumbrado.

—Oh, Elvina. Es un milagro del cielo. —Comenzó a llorar la madre al observar a su pequeña.

—Es un milagro que has obrado tú. Has sido muy valiente, mi pequeña.

Elvina envolvió en una manta calentita a la recién nacida y la colocó en brazos de su madre.

—Natasha. Se llamará Natasha.

—Es un nombre hermoso para una preciosa criatura.

—Me alegra ver que por una vez mis servicios no son necesarios. Señoría, ¿no le interesaría un puesto en mi consulta? —preguntó el médico, asombrado al ver el pulcro trabajado de la matrona, mientras salía de la estancia.

El señor Penguin y Elvina se miraron. Los dos sabían que no debían

rememorar lo que pasó entre ambos.

—Lo reconsideraré cuando termine mi obligación con las otras jóvenes que dependen de mí, doctor. — Le quedaba mucho trabajo aún por delante e intuía que asistir otro alumbramiento, por más complicado que fuese, iba a ser mil veces más sencillo que ocuparse de las que quedaban por casar.

Las labores de atención y aseo hacia la madre y la niña llegaron a su fin. Elvina enseñó a la joven a amamantar a su bebé. Lo mejor que había para una criatura era el alimento que podía ofrecerle su madre.

Elvina estaba encantada al ver la destreza que mostraba esa mamá primeriza. Tenía un talento natural para todo, no solo para alumbrar a su hija en un tiempo récord y sin, absolutamente,

ningún contratiempo. Elvina sonrió orgullosa. Lo había hecho bien con Lena. Unos golpes en la puerta llamaron la atención de los allí presentes. Elvina miró hacia la cama. La madre y la niña estaban listas para recibir visitas.

—Adelante.

Ger entró rápida mientras que una segunda figura se quedó tras la puerta. Sin entrar y sin asomar la mirada.

—Enhorabuena, Lena. Qué cosita más bonita y preciosa. ¡Es tan preciosa!

—Natasha. Se llama Natasha, Ger.

—Me encanta. Tiene nombre de princesa rusa.

Las dos muchachas comenzaron a hablar sobre el futuro de la pequeña, mientras Elvina se acercaba a la puerta

de la habitación para ver quién se encontraba al otro lado.

—Gracias por venir tan raudo, excelencia.

—¿Está bien? ¿La madre y el bebé están bien?

—¿Por qué no pasa usted mismo y lo comprueba?

—No creo que sea una buena idea.

—Pienso que es la mejor idea del mundo. Es por usted, Rothgar, que ella conoce esta dicha.

—No creo que el padre opine igual.

—Eso no importa. ¿No cree?

—Ahora mismo no.

Elvina se giró para observar a la recién estrenada madre.

—Lena, Rothgar ha venido a verte. ¿Puede pasar, pequeña?

—Por supuesto que sí. Ven, James. Ven a conocer a mi hija Natasha.

—Será un placer. —Se adentró en la habitación para colocarse cerca de la cama y asegurarse de que ambas estaban bien.

—Preciosa, ¿verdad? —La cara de Lena estaba iluminada.

—Como su madre, pero puedo ver la fuerza de su padre en ella también —explicó Rothgar.

—Soy tan feliz que voy a estallar. —La niña se removió entre los brazos de su madre buscando la mejor posición para conciliar el sueño.

—Quiero que seas el padrino de Natasha. Y tú, Ger, serás su madrina.

—Sí, sí, Lena. Será todo un honor. La consentiré todo cuanto pueda, te lo advierto.

—Cuento con ello, amiga. ¿No va a decir nada, Rothgar? —preguntó al duque al ver que él no abrió la boca.

—No es una buena idea.

—¿Quieres contrariar a una mujer llena de felicidad? —le preguntó Lena.

—No haga eso, excelencia —saltó Ger—. No le conviene despertar su ira. —«Créame, he convivido con ella demasiados meses», quiso añadir la joven.

—Nada me haría más dichoso que ser parte de la vida de esa preciosa niña.

—Entonces todo arreglado.

—No quiero contrariar a su padre. Creo que ya bastante he hecho yo.

—James, ibas a ser mi salvador. He dado a luz a mi hija y has venido con un médico. Lo has dejado todo para asegurarte de que estábamos bien. Has hecho mucho más que su propio padre.

—No estás siendo justa, Lena. Rosings está… —no debía dar información.

—¿Sí? —preguntó curiosa la orgullosa mamá.

—Sabes que lo retiene algo importante.

—Sí, algo más importante que su esposa y su hija.

—Lenaaaa —la amonestó Elvina. La marquesa viuda sabía lo que era haber convivido con un hombre que se

debía a la Corona y al mismo tiempo a su familia. Esas peleas estaba ella harta de tenerlas, pero Lena no estaba siendo coherente. Sabía que ella estaba enfadada por no tenerlo a su lado, pero no debía mostrarse tan dura.

—¿Lo veis aquí? ¿Al lado de su esposa y su hija?

—Patrick te lo ha explicado un millón de veces —le señaló Elvina mientras Ger iba colocándoles a buen resguardo. Habían conseguido enfurecerla, pensó lady Gertrude Lamark. Lena pasó de la felicidad a la ira en pocos minutos.

—Me da igual la maldita Corona y la seguridad de todos los que dependan de él. Ahora mismo Rosings puede irse al mismo infierno. No necesitamos nada de él —dijo sonriendo a su hija—. Que se quede todo el tiempo

que quiera a jugar a salvar el mundo.

—Entiendo tus sentimientos, pequeña, pero no estás siendo justa con tu esposo. No cuando lo abandonaste a las horas de casarte. ¿Tus motivos fueron tan dignos como para salvar el mundo como él hace? — Elvina tenía que abrirle los ojos a Lena.

—Es el momento de que lo sepáis. Hui porque me destrozó el corazón. A los pocos minutos de casarnos y de dejarme en la posada, lo vi besándose con una de sus muchas amantes.

—¡Es imposible! —Rothgar fue el primero en valorar la explicación de Lena.

—Como lo he dicho, es tal y como pasó. No miento.

—Debe ser un malentendido,

Lena. Tu esposo te ama —dijo Elvina, estupefacta.

—Sí, puedo verlo aquí a mi lado muriendo de amor por mí y por mi hija. Está lleno de dicha— ironizó ella.

—Bien. No vamos a sacar nada en claro y tu nerviosismo está alterando al bebé. Es hora de que descanses —sentenció impasible Elvina al ver a la pequeña moverse intranquila.

—Señoría, ¿me permite hablar unos momentos con ella, por favor?

—No debe alterarse más, Rothgar —le advirtió Elvina.

—No lo hará. Le doy mi palabra. —El duque se puso muy solemne y alzó su mano derecha en señal de juramento.

—Está bien. Unos pocos minutos. —Se giró en busca de la otra muchacha —. Ger, vamos a la cocina a por un

chocolate. Nos merecemos un premio, ¿cierto? —dijo con una sonrisa.

—Sí, vamos —la joven estuvo contenta de salir de la zona catastrófica.

Cuando estuvieron solos, el duque se acercó a la cama de Lena llevando una silla para sentarse a su vera.

—No necesito más sermones. Mi postura ha quedado clara. Si no quieres ser su padrino, Patrick ocupará tu lugar. —Lena estaba enfadada.

—Seré su padrino porque tú me lo pides.

—¿Cuál es el problema entonces? Por lo que parece, él no va a volver. Tal vez no lo haga nunca. Creo que debí casarme contigo. Serías un marido pésimo, horrible, nefasto…

—¡Oye! —la interrumpió al ver la

velocidad que iba cogiendo a medida que los insultos iban saliendo de su boca.

—¿No lo serías? —lo retó a rebatirla.

—Muy probablemente sí —tuvo que reconocer.

—Pero al menos estarías a mi lado en los momentos en los que más te necesitara. Sin ser pariente mío, has estado junto a mí en mis momentos más bajos de necesidad.

—Él te ama. —Solo que está obcecado en yo qué sé qué, quiso explicarle.

—Puedo verlo. Gracias —volvió a decir irónica.

—Lena, volverá por ti y estoy seguro de que no sabe de la existencia de tu hija.

—Sé que Patrick no se lo ha dicho. Dijo que era por su seguridad, pero puedo advertir que es más que eso.

—Es mucho más que eso. No se lo ha dicho porque hubiera mandado todo al infierno y hubiese regresado junto a ti.

—Lo dudo —bufó.

—Lo hubiese hecho.

—Es algo que no sabremos jamás. —No iba a convencerla.

Rothgar suspiró. Lena acabaría con los nervios del hombre más paciente del planeta.

—Lena. Tu marido está muy disgustado conmigo.

—Me da igual.

—Tienes que saberlo. Ser tu prometido fue un plan.

—¿Disculpa? —Sí, tenía toda su atención. La palabra plan era algo innato entre los Manchester.

—Patrick… Bueno… Más la tía que el marqués, lo orquestaron todo para que su hermano, Joseph, fuese a buscarlo y le diese la noticia de que nos íbamos a casar. Es algo un poco más complicado que eso, pero en síntesis resume bien la idea del plan.

—Así que al saber que iba a ser tuya fue cuando dio la cara. ¡Perfecto! —Maldito fuese su esposo.

—¿Acaso olvidas qué habitación y quién era tu objetivo aquella noche? —preguntó, alzando una ceja.

—Te lo contaron todo, por lo que veo. —Se quería morir de la vergüenza.

—En efecto. Yo hablé con él esa misma noche. Sabía que estaba

enamorado de ti y me sorprendió que aceptase el encargo de la Corona, más cuando el compromiso estaba claro. No podíais hacer otra cosa. —Se quedó callado un momento—. Creí, en un principio, que le habías tendido una trampa. Nada más lejos de la realidad. ¿Verdad, lady Rosings? Porque él no era el objetivo.

—Fuiste solo un capricho de una tonta niña. Doy gracias al cielo de que no acabé en tu habitación.

—¡Vaya!

—Supe en ese mismo instante que lo quería a él.

—Como imaginarás, Elvina me contó toda la conversación que sucedió a puerta cerrada cuando nos marchamos Rachel, Amanda y yo. No fue difícil comprender que él estaba enfadado.

Contigo y conmigo. ¡Rogaste para que Elvina te salvase del matrimonio!

—Creí que para él iba a ser una carga innecesaria.

—No creo que él lo viese así, sino todo lo contrario.

—Como sea, no tiene por qué estar enfadado contigo. Tú no habías hecho nada. La culpa era solo mía.

—Siempre compito con él por una mujer. Eso fue lo que aprovechó la marquesa viuda de Ailsa para traerlo de vuelta cuando nos comprometimos.

—Volvió para demostrarte que ibas a perder esta vez, ¿no? —Nada podía ir peor. Estúpidos dos que hacían que las mujeres fuese piezas de un tablero.

—No, regresó para salvarte de lo que sería ser mi esposa y porque

comprendió que no podría dejar que fueses de otro más que de él. —¿Eso había salido de su boca? Estaba a un paso de vomitar amor.

—Es algo que no puedes saber.

—Lo conozco mejor que él mismo, por eso supe que Elvina daría en la diana con su plan.

—¿Elvina? —Ella levantó una ceja.

—La marquesa viuda de Ailsa —se rectificó él al punto.

—Pues es perfecto, toda esto de la jugarreta. Porque yo no sabía nada del maldito plan y ahora va a saber que, después de ir a tu habitación, yo me comprometí voluntariamente contigo.

—No podíamos decirte nada. Tenías que ser convincente para que Joseph te creyese engañando a su

hermano y enamorada. Era la única manera de que todo saliese bien.

—Sí, todo ha salido a pedir boca, milord. Habéis convertido mi vida en una farsa. Todo es un maldito enredo —aseguró destrozada.

—Tienes al alcance de tu mano reconducir la situación cuando regrese.

—Si regresa, querrás decir.

—Cuando te supo prometida lo dejó todo para secuestrarte y poder hacerte tu esposa.

—¿También estabas al corriente del plan de Rosings?

—Por supuesto. Lo estábamos.

—¿Quiénes?

—Patrick, Elvina y yo le permitimos hacerlo.

—¿No se os ocurrió hacerme

partícipe de nada? ¡No, claro que no! ¡Solo era mi futuro lo que estaba en juego! ¿Qué voy a hacer? —Estaba en un lío inmenso.

—Ser feliz con tu hija y tu marido.

—La mala suerte me persigue, Rothgar. No sé si será posible. Estoy sola.

—No estás sola. Me tienes a mí.

—La próxima vez te agradecería que me contases los planes. Al menos estaré preparada. Ahora, solo tengo que pensar en esa mujer besándose con mi marido… Supongo que me hizo pagar mi error contigo. Bien mirado, podría considerar que estamos a la par.

—No sé quién sería esa mujer, pero no conozco a nadie más leal que mi amigo.

—Yo sí, James.

—Patrick no cuenta en estos momentos.

—Está bien.

—Descansad las dos. Mañana volveré a ver cómo estáis.

Se acercó a la niña y le acarició la cabecita. Luego le dio un beso a la madre en la mejilla.

—Gracias, Rothgar. Me gusta tenerte cerca.

—En todos esos meses de falso cortejo descubrí a una buena amiga, Lena. Te aprecio muy sinceramente. Rosings no hubiese podido encontrar nunca otra esposa mejor que tú.

—Para venir de un hombre que tal vez jamás se case, son palabras muy hermosas.

—Tal vez encuentre a una especial, que me haga olvidar a las otras. ¡Quién sabe!

—Buenas noches. —Lena lo dudaba, ese hombre no estaba hecho para ser propiedad de una sola mujer.

—Hasta mañana.

Rothgar salió de la habitación rumbo a la cocina para despedirse de Elvina y Gertrude. El duque se quedó observándolas sigiloso y en silencio a ambas desde la distancia. Lady Gertrude era bonita. Su pelo negro y sus ojos azules resaltaban en comparación con su tez blanca. Podía percibir que era algo tímida y reservada, pero a la vez mostraba una confianza y fuerza peligrosas. Además, ser la hija del duque de Gales era un buen punto. Su padre era un hueso duro de roer, pero tenerlo como suegro iba a abrir muchas puertas

al hombre que lo necesitase. Lástima que quien había puesto sus ojos en ella ya tuviese todas las puertas abiertas.

—¿Puedo hacer algo por usted, excelencia?

Elvina lo sacó de sus pensamientos. ¿No se le escapaba nunca nada a esa mujer?

—Muchas cosas, señoría —dijo él, pícaro. Rothgar vio cómo la joven Gertrude se ponía roja y se disculpaba atropelladamente para salir de la estancia.

—No deberías haber hecho eso, Rothgar. —Al duque le encantó el tono de regañina de ella. Ya se imaginaba dejándose castigar por una mujer así.

—Has preguntado y yo he respondido muy sinceramente.

—Ambos sabemos que has hecho

mucho más que eso.

—Viendo ese chocolate caliente, se me ocurren varias formas más interesantes para saborearlo que en una triste taza de porcelana. —Es que se sentía juguetón cuando ella estaba cerca.

—No vamos a empezar con eso. —Ella dejó cerrada esa puerta hace muchos meses.

—Me pregunto si estaría tan sabroso sobre tus hermosos senos. Se me hace la boca agua solo con imaginar la escena.

—Se te haría la boca agua con pensar eso, fuese quien fuese la mujer que tuvieses delante. —Era un auténtico libertino y de los más peligrosos que había conocido hasta la fecha. Más incluso que cierto duque con el que

tenía una conversación pendiente sobre una de sus protegidas.

—¿Si fuese algo exclusivo accederías? —¿Eran celos eso que detectaba en ella? ¿Tendría esa suerte?

—Una vez dijiste que eras un cachorro.

—Dije que tuviste miedo de un cachorro, estoy dispuesto a demostrarte lo hombre que puedo llegar a ser. Una oportunidad.

—Te he dicho que no vamos a empezar con eso. Lo dejé claro la última vez.

—Está bien. Lo respeto. Aun así…

Se acercó a Elvina como si fuese un asesino experto, pero, en vez de matarla, le arrebató un apasionado beso con el que se deleitó durante unos pocos minutos que le parecieron los más

maravillosos de su vida. Fue el tiempo que tardó Elvina en reaccionar y apartarlo con delicadeza.

—Sobre tu lengua sabe excelente, pero apuesto toda mi fortuna a que sobre tus pezones sería pura ambrosía. Y no es el único lugar sobre el que lo vertería.

Elvina no pudo decir nada. Estaba asombrada. No imaginó ni por un momento que sería tan osado y se atrevería a besarla. ¡Pero si podría ser su madre! Definitivamente, Rothgar necesitaba reto en su vida y ella no iba a ser uno.

La marquesa viuda de Ailsa era una mujer segura de sí misma que había logrado controlar las situaciones más adversas que una persona podría enfrentar y salir indemne, pero era ante todo una mujer. Una fémina que

comenzaba a dudar de su fuerza de voluntad para poder mantenerse fuerte ante semejante hombre.

Patrick le había escrito una carta hacía unos días en la que le explicaba que su hija estaba totalmente fuera de la realidad. Se había autoproclamado la reformadora de libertinos. Elvina decidió, mientras veía salir al apuesto Rothgar de la cocina, que era hora de volver a casa y hacer algo con su hija. Con un poco de suerte se cruzaría alguien en el camino de Valerie que la hiciese sentar la cabeza.

Sí, Elvina se retiraba. Porque participar en el juego de Rothgar era algo que no estaba segura de poder dominar, y una parte de ella deseaba rendirse y que él hiciese con ella lo que se le antojase. Dejaría en la finca a Ger, y el duque se tendría que encargar de

las dos. Sabía que su tentación, Rothgar, sería un buen guardián para ambas jóvenes. Además, Lena era una madre soberbia. No iba a necesitar más que la compañía de Ger.

***

¡No se lo podía creer! El barón Rosings era al fin libre para retomar su vida. Habían sido unos meses muy duros. Al menos, esta vez se había llevado consigo una experiencia más completa y satisfactoria que rememoraría día y noche. Porque había sido la sensación más placentera de toda su vida. Lena encajaba con él como un guante.

Al pensar en aquella tarde en que consiguió secuestrar a Lena todo encajó.

No se cruzó con nadie, absolutamente, ni un alma en casa de Rothgar mientras la llevaba en brazos desde la habitación de ella hasta el lugar donde había escondido el carruaje. Si lo pensaba detenidamente, había resultado demasiado fácil. Por lo visto, Patrick siempre se enteraba de todo. Incluso de su pretensión de robar a Lena de la finca de Rothgar ese día.

El camino hasta Escocia también había resultado ser muy cómodo. Rosings tenía mucha suerte en las acciones que emprendía, pero todo aquello, si lo pensaba fríamente, contaba con el sello de gracia del marqués de Ailsa. Tuvo a Patrick de su lado desde el principio sin saberlo. No era complicado deducir a qué se debía, pues seguro que el marqués lo prefería a él antes que a Rothgar.

Rothgar. El duque era aún un bache en el camino. Habían pasado demasiados desde que la dejó. ¿Cómo iban a ser las cosas desde entonces? Sin misivas ni cartas con ningún familiar suyo. Su trabajo diplomático era muy complicado, con viajes de Francia a España e Italia, todo por el bien de la Corona. El mundo estaba en paz, pero la estabilidad era muy efímera y personas como él y, sobre todo, Patrick se ocupaban para que todo siguiese siendo más seguro.

El barón suspiró. Esa etapa de su vida había llegado a su fin. Lo dejaba. Situado ahí, en esa calle que conocía tan bien, frente a la Casa Manchester, esperaba poder comenzar con buen pie su vida de casado. Llamó a la puerta. Un hombre que conocía le abrió.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le dijo el hombre, bloqueándole el paso hacia la casa.

—¿No me va a dejar entrar?

—Depende.

—Hoy vengo bien vestido. No podrá usted decir que soy un marginado de la sociedad.

—Ciertamente, no es un sintecho. —Dani recordaba muy bien la conversación de aquella noche. Al igual que el propio Rosings.

—¿Entonces? —inquirió Paul, dando un paso hacia el interior. Dani abrió del todo la puerta.

—Iba a ahorrarle tiempo, pero si se empeña… Pase, milord.

—¿Disculpe?

—Su esposa no… —comenzó a decir el guardaespaldas.

—Aguarda, Dani, tengo que hablar antes con el barón —pidió el marqués de Ailsa, que bajaba por la escalera directo hacia su despacho.

—¿Comprendes que después de todos estos meses no quiera verte a ti y sí a mi esposa, Patrick?

—Perfectamente. Sígueme por favor.

Rosings suspiró. Por lo visto, no iba a ver a su mujer aún. Ambos entraron en el despacho del marqués. Rosings tomó asiento y Patrick se sentó a su lado, no enfrente de él tras su escritorio.

—¿Y bien? —preguntó Rosings, deseando terminar con la reunión.

—Te felicito. Has sido el mejor.

Tu trabajo es impecable. Espero que comprendas algún día por qué te necesitaba tanto —explicó, pensando en que cuando llegase a su casa y viese el panorama lo iba a odiar.

—Han sido meses complicados. Las relaciones de estado son tan complejas… Muchos espías en muchas partes. No sabía en quién podía o no confiar.

—Lo sé, pero has sido de una ayuda inestimable e impagable para la Corona. Recuérdalo. —Era lo que él mismo se empeñaba en creer cuando la veía a ella. Sacudió esos pensamientos de su cabeza.

—Lo haré. Ahora, ¿puedes llamar a mi esposa? Quiero verla. —Verla, besarla, tocarla, amarla, lamerla y todo cuanto pudiese hacer con ella.

—Tenemos que hablar antes.

—¿No puede ser en otro momento? —Necesito verla o moriré.

—Eres un hombre orgulloso, Rosings, y tienes que comprender que todo lo que hemos hecho ha sido por tu propio bien. Por el de Lena también.

—Gracias. ¿Puedo irme de una santa vez, Patrick? —preguntó, mientras se levantaba de la silla.

—Rothgar —al oír el nombre Rosings se sentó.

—¿Qué pasa con él? —Siempre pasaba algo con su ex amigo.

—Se prometió con ella para hacerte reaccionar.

—Creo que más bien fue al revés. Se prometió con ella por mi causa.

—Tu amigo te es fiel y solo

quiere lo mejor para ti.

—En lo referente a mujeres, Rothgar tiene su propio criterio y su propia ley.

—No la quiso para él nunca. —Era imperativo que Rosings lo entendiese antes de marcharse.

—Permíteme que discrepe. Si una mujer se fija en mí, es todo lo que necesita para comenzar la competición. Ha sido así desde que tengo uso de razón.

—Se prometió con ella para que tú regresases a reclamarla. Pudo haberse casado con ella mucho antes. ¿Crees que es del tipo que espera un tiempo prudencial cuando quiere una mujer? Te dio tiempo para regresar y reclamarla. Te esperó.

—No lo creo. Él no espera a

nadie.

—Yo he cumplido. Te lo he dicho. De ti depende aclarar las cosas con tu mejor amigo.

—Quiero verla. —El duque tendría que esperar.

—Está en tu casa. Bueno, en vuestra casa.

—¿En Rosings Park?

—Ella es lady Rosings, ¿cierto? —Omitió el apodo que la sociedad le había puesto, una baronesa escandalosa, algo de lo que Valerie sentía celos. ¡Oh, V! No sabía qué iba a hacer con su prima.

—Por supuesto. —Al menos por su parte.

—Verás. Lena… Digamos que estuvo de muy mal humor —durante

nueve meses pensó Patrick— y Elvina decidió depositarla allí —confinarla para que no todos los mortales pagasen por su disgusto continuo.

—¿La has dejado al alcance de Rothgar? —preguntó furioso. Eran vecinos.

—Te he dicho que el interés de tu amigo en ella es nulo. Más allá de que es tu esposa, la mujer de su mejor amigo.

—Le gustan todas la féminas: delgadas, gruesas, bellas, difíciles de mirar, altas, bajas, morenas, rubias… ¿No lo entiendes? Es su naturaleza.

—Hemos pasado por mucho juntos, Rosings. —El marqués decidió ponerse serio.

—Eso no lo podemos comentar. —Eran secretos de Estado.

—Me importa un cuerno ahora mismo, Paul.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—¿Crees que se me puede engañar, Rosings?

—No lo he visto nunca.

—¿Lo crees o no? —lo instó a contestar.

—No se te puede engañar, Patrick. Lo admito. No eres quien eres y haces lo que haces si no calases a la gente al primer instante.

—¡Así es! Rothgar te hizo un puñetero favor, porque eres el hombre más terco con el que he dado.

—Yo… —no sabía qué decir.

—Todo lo planeé. Todo. Bueno… yo solo no. Elvina metió a Rothgar en el plan. Mi tía supo que no regresarías si

no te enfurecíamos, y la mejor opción fue meter al duque como pretendiente de ella.

—¿Fue todo un engaño? —preguntó incrédulo.

—Casi llevamos a tu hermano de la mano hasta ese tugurio en el que vivías en París. —Rosings acababa de comprender por qué Joseph lo había encontrado—. El duque no se iba a casar con ella. No lo hubiese permitido ni en un millón de años. ¡Creí que me conocías mejor, hombre!

—Es un buen tipo, pero como marido sería nefasto. —La verdad es que era de los pocos hombres al que le confiaría su vida. En este momento solo habían dos, y uno de ellos estaba frente a él.

—Exacto.

—No las tengo todas conmigo. Un plan demasiado osado para… —se detuvo.

—¿Qué ocurre ahora, Rosings? —Patrick sabía que se avecinaban complicaciones al observarle el semblante serio.

—¿Lena estaba en el plan, entonces? ¿Todo fue un plan para cazarme? ¿Desde el principio? —No podía ser. Ella verdaderamente se mostró desesperada por salir de la encerrona en la que ambos habían caído a manos de lady Prior.

—No. Lena no estaba incluida en la estratagema —dijo a su pesar.

—Lo suponía. —El interés de ella por su amigo era genuino. Volvió a revivir todo el maldito pasado, cuando ella se metió en su habitación buscando

la del duque.

—Ella te ama. Lleva meses suplicando porque te traiga de vuelta. Prácticamente, desde el día siguiente al que la hiciste tu esposa no solo de nombre.

—Me marcho, Patrick. —Estaba harto de estar ahí sin aclarar nada.

—Eres un Manchester ahora, de acogida, como ella. Nunca lo olvides. Somos tu familia. Nos tienes a tu disposición.

—Te debo mucho, Patrick. —«Mi vida y a mi mujer», quiso decir—. Si alguna vez necesitas mi ayuda, encantado te la daré sin preguntar ni rechistar.

Ambos se dieron la mano sellando un pacto de caballeros. De hermanos.

—Por cierto. Enhorabuena, Rosings —le dijo Patrick.

—Gracias. —Debía ser por su vuelta a casa y saldar su trabajo con buena nota.

Pasó por su casa de la ciudad solo para recoger sus cosas y poner rumbo a su finca. Estaba deseoso de verla y a la vez nervioso. Demasiado tiempo sin saber nada el uno del otro. Los dos no habían comenzado con buen pie su matrimonio, pero eso iba a cambiar en este preciso momento.

El trayecto se le hizo largo. No es que su casa estuviese demasiado lejos, pero a cada rato iba sintiéndose ansioso. Cualquiera diría que él se había jugado la vida los últimos diez meses y estaba intranquilo por reencontrarse con su esposa. Esa mujer a la que no había podido disfrutar en toda su gloria.

El carruaje se detuvo en la entrada. No había nadie a la vista. Decidió entrar en la casa. ¿Dónde estaría ella?

—Milord, buenas tardes. Es un placer recibirlo. —Saludó una mujer del servicio. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Meredith.

—Gracias, Meredith. Estoy buscando a mi esposa.

—A estas horas milady da un paseo por los jardines.

—Gracias.

—Milord. —Ella hizo una reverencia, mientras él salía atropelladamente hacia el lugar. Paul sabía perfectamente dónde la podría encontrar. En el jardín había un claro precioso que ocultaba un lago. Seguro que ella estaría allí.

***

—Estás mucho mejor, Lena. Me alegra verte tan recuperada.

—Tengo que estarlo por mi hija, Rothgar.

—Lo sé, pero tenía órdenes de Elvina de llamar por ella si no te recomponías. Me preocupaste las primeras semanas. Te vi muy desdichada.

—Me acababa de enterar de que todo había sido una farsa. Me convertisteis en un títere.

—Eres más dramática que Patrick.

—¿Crees que volverá algún día?

—Estoy seguro de ello. Yo lo

haría si fueses mi esposa. Aunque eres una arpía.

—Lo he sido, sí. —Lena comenzó a reír.

—No pares nunca.

—¿Qué? —Preguntó ella sin saber a qué se refería su buen amigo.

—De reír, querida. El mundo parece más amable con la risa de una mujer oyéndose.

—Zalamero, eso me recuerda que no te quiero cerca de Ger. No creas que no he visto tus insinuaciones.

—No son insinuaciones, te lo juro. —«Valoro mucho mi vida para jugar con esa mujer sabiendo que él me cortaría…», quiso explicarle—. Solo me gusta verla ruborizarse. Es tan inocente…

—Es muy buena. Pero no es para ti.

—Lo sé.

—Vamos, es hora de regresar. —Se paró un instante—. Rothgar. Yo… —lo miró con gratitud.

—No hace falta que lo digas.

—Gracias —dijo ella mientras le daba un abrazo. El duque se había convertido en un amigo leal, un pilar sobre el que apoyarse. Le debía mucho.

—¡Ves cómo eres una dramática! —le recriminó él con una sonrisa, mientras le daba un beso en la cabeza.

—Siento interrumpir. He venido a decirle, milady, que su esposo ha llegado —dijo furibundo Rosings, contemplando la escena. Sin pararse a esperar una contestación, emprendió rápido la marcha de vuelta a la casa con

los dientes y los puños apretados.

Tanto Lena como Rothgar se quedaron con la boca abierta.

—Tus deseos se han cumplido, querida. Lo tienes de regreso. —Rothgar ya la había soltado de su abrazo.

—Sí, ha regresado feliz… y justo en el mejor momento. ¡Oh, Dios mío, Rothgar! ¿Ves cómo la mala suerte me persigue?

—Puedo verlo, sí, Lena —suspiró cansado.

—Dios del cielo, ¿nos tenía que ver así? No entenderá que somos amigos.

—Tal vez si…

—¿Sí? —Preguntó ella esperanzada.

Rothgar cerró la boca e hizo una

mueca.

—No lo entenderá, Lena. Tiene mala pinta. Lo siento.

—No es tu culpa, y ya puestos tampoco la mía.

—¿Qué voy a hacer? ¡Parecía un ogro!

—¿Quieres un consejo?

—Uno que arregle mi matrimonio, por favor.

—¿No te han apodado lady Rosings, la baronesa escandalosa?

—¿Qué? ¿Eso me llaman? —preguntó ella escandalizada.

—Ups, ¿no lo sabías?

—¡Por supuesto que no!

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. Sé escandalosa con tu marido. Sedúcelo.

Caerá rendido.

—¿Entiendes que hay más cosas a parte de las relaciones íntimas entre un hombre y una mujer?

—Nada tan poderoso como el deporte de cama.

—No utilices esa expresión. Solo falta que él nos oiga.

—Intimidad, seducción, deporte de cama… Dilo. Vas a tener que ser toda una domadora de sementales. Está enfadadísimo. —Rio con humor. Si con su esposa estaba disgustado, con él… James no sabía si alguna vez lo recuperaría.

—Yo también lo estoy.

—No lo has descubierto después de muchos meses abrazado a una mujer.

—Estoy en un lío. ¡Dios Santo!

No salgo de uno y me meto en otro. —Ella estaba al borde del llanto.

—Y no está ayudando que aún permanezcas aquí hablando conmigo.

—Está bien. Voy a enfrentarme a mi verdugo. Supongo que estoy preparada.

—Hazme caso, preséntate desnuda ante él. Yo caería rendido. Fuese cual fuese tu falta, la olvidaría en el acto.

—No tienes remedio.

—No, supongo que no. ¡Suerte!

Y cuando la vio alejarse se tomó la licencia de decir: la vas a necesitar. Ella no lo oyó.

***

No podía ser verdad. ¿Ciertamente, estaba su mujer abrazándose a él a la luz del día? ¿No tenía decoro? ¿Eso era todo lo que lo había añorado? Por supuesto que no lo echaba de menos como él la había evocado cada día y noche a ella desde que había estado fuera. Entró en la casa y dio un sonoro portazo.

Un lloro de un bebé resonó. ¿Un bebé? El llanto provenía de la biblioteca.

—Ya, pequeña. Ya, Natasha. Solo ha sido la puerta. No llores, bonita mía. Mamá ya regresa y te dará la comida. ¿Sí, cielito?

—Disculpe, milady. ¿Quién es y qué hace en mi casa?

—¿Su casa? —Ger se quedó con la boca abierta. Lo reconoció por su

gran cicatriz.

—Sí, mi casa. Y calle de una maldita vez a esa niña. Sus berridos me molestan.

—Pues va a tener que acostumbrarse a sus berridos, como usted los llama —le dijo Ger altiva y ofendida.

—Es mi casa y no pienso soportar ese escándalo.

—Esta santa casa es también el hogar de esta criatura, milord.

—Así que mi mujer se dedica a… a… —No quería decir la palabra que le venía a la mente—. Y a dar cobijo a otras como ella. ¿Quién te dejó encinta, muchacha? Te daré unas monedas y saldrás de esta casa inmediatamente. No quiero disgustos. Bastante tengo ya.

—¡Oiga! Es usted un maleducado

y un… un…

—Vamos, Ger. Díselo. Se lo merece por insultarte. A ti y a mí —la incitó Lena desde el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—¿Este es tu marido, Lena? —Quiso cerciorarse la muchacha.

—Eso parece. —Ger hizo una mueca.

—Es horrible, amiga. Lo siento por ti. Lo comprendo.

—Que se calle esa maldita mocosa, ahora mismo —rugió furioso el barón.

—Si no alzase la voz, Natasha no lloraría —lo regañó Ger.

—¿Natasha? ¿Qué clase de estúpido nombre es ese para una mocosa? Dará buenas pistas sobre lo

perdida que es su madre con solo oírlo.

—Oig…

—Bienvenido esposo —cortó Lena a su amiga—. La perdida de tu mujer te saluda —dijo refiriéndose a ella misma—, y te presenta a tu maldita y estúpida mocosa que solo sabe berrear. Al parecer, eso último lo ha debido heredar de ti. Vamos, Ger, es hora de comer.

Las tres mujeres —las dos adultas y la pequeña que no paraba de llorar— salieron de la biblioteca y dejaron a un estupefacto Rosings que aún estaba dando sentido a las últimas palabras de su esposa.

—Lena. —Salió en tromba del lugar para ir tras ellas.

Ninguna de las dos se detuvo.

—Mujer, detente inmediatamente

—ordenó él.

—Tengo cosas más importantes que hacer en este momento. Discúlpame, esposo —arrastró la última palabra.

—¡He dicho ahora! —tronó. Ger se quedó quieta sin poder moverse por la violencia de la imposición. Su esposa y su hija no se acobardaron. La pequeña lloró más fuerte.

—Está bien. ¿Qué desea, milord? —preguntó, mientras sacaba su enorme pecho izquierdo y cogía a su hija de los brazos de su amiga para acercarla a su seno y comenzar a amamantarla. Natasha estaba hambrienta.

—Yo… esto… —No podía hablar. Se esperaba cualquier cosa menos lo que acababa de ver.

—Vamos, Ger. —Se giró ella en

dirección a la salita de recibir visitas sin despegar a la niña de su sustento. Si hacía enojar más a la pequeña Natasha, estarían horas para calmarla.

Entraron y se sentaron. Ger las ayudó a ambas a acomodarse.

—Es aterrador —señaló lady Gertrude.

—Está furioso.

—¿Qué le has hecho?

—Nos encontró a Rothgar y a mí abrazados.

—¿En qué estabas pensando, Lena?

—Fue para agradecer la preocupación a un buen amigo.

—Estás en un lío.

—¿No me digas? —ironizó ella.

—Oye, arpía, que no he sido yo quien te ha insultado a ti y a tu pequeña. Enseña las uñas a tu esposo, no a mí.

—Lo siento, amiga. Tienes razón. Sé que estoy en un buen lío.

—¿Qué vas a hacer?

—Arreglarlo.

—No sé yo si podrás. Parecía un demonio. Da mucho terror.

—Ger, cariño, has sido de muchísima ayuda. Eres un ángel, pero esto parece que va a convertirse en una batalla y no quiero que te pille de por medio.

—¿Quieres quedarte sola con él? Te comerá y luego escupirá tus restos.

—¿Estás segura de ello, amiga? —preguntó Lena con una ceja alzada.

—Estás muy parecida ahora mismo a Valerie y no me gustaría estar en el lugar de tu esposo.

—Ger, ve a preparar tus cosas. El coche te acompañará. Brutus irá contigo —Elvina mandó al otro guardián a los pocos días de marchar ella a Londres.

—Te quiero, Lena. Si necesitas ayuda avísame.

—Estaremos bien. —No lo tenía muy claro, pero no quería preocupar a su amiga.

—Lena, yo no creo que…

—Apuesto lo que quieras a que lo tendré comiendo de mi mano en pocos meses.

—No creo que puedas ganar esa apuesta. ¿Tú lo has visto? Pensé que nos mataría a las tres, y eso que una de nosotras es sangre de su sangre.

—¿Tienes miedo de perder, Ger?

—Por supuesto que no. ¿Qué apostamos?

—En menos de seis meses lo tendré doblegado.

—Si lo consigues, yo haré algo que tú quieras que haga. Pero si no lo consigues, tú harás algo que yo quiera que hagas. Atrevimiento.

—De acuerdo.

—Trato.

—Harás lo que diga. ¿Te atreverás?

—O lo harás tú.

—Veremos. Ahora, vete. ¡Te quiero, Ger!

—Yo también. —Su amiga le dio un beso en la cabeza a la pequeña Natasha.

Lena se quedó en la salita pensando en sus planes. Los ojos comenzaron a cerrárseles. A los pocos minutos notó que alguien tiraba de Natasha. Los abrió de golpe al notar que su hija no estaba sobre ella.

—Lo siento, no quise despertarte. Solo quería… —Él no sabía lo que quería.

—Me has asustado. —«No puedo creer que estés aquí delante de mí. No sabes lo que te he echado de menos», quiso decirle.

—Supongo que tenemos que hablar. Podrías, por favor… —le hizo un gesto para que se ocultase el pecho. Estaban más gloriosos que nunca. Él tragó saliva. Lena se cubrió.

—¿Qué tenemos que hablar? —Con un poco de suerte, le pediría

enterrar el hacha de guerra.

—Lo primero que necesito saber es si… si… si… si… yo… yo… —¡Maldita sea, tenía derecho a preguntarlo! Entonces, ¿por qué él sabía que no debería siquiera pensarlo?

—¿Si qué? ¿Tú, tú qué? Escúpelo de una vez. —La estaba poniendo nerviosa con tanta indecisión.

—¿Es mi hija? ¿O voy a cargar con una bastarda? —Paul supo el momento exacto en que ella sintió el cuchillo clavado en su alma.

El corazón de Lena dejó de latir. La acababa de matar. Se levantó y le cogió con delicadeza a la niña.

—Es hija mía. —Fue lo único que dijo antes de salir por la puerta dolida. Dolida pero calmada, aunque ese temple no le impidió derramar las lágrimas que

había contenido desde que lo había visto.

¿Qué se suponía que significaba eso? Rosings no sabía a qué atenerse.

Al entrar en la salita se le calentó el corazón. Ver a Lena con la niña en brazos era fantástico. Sin embargo, no podía borrar la escena de hacía unos minutos. Rothgar abrazado a su mujer. ¿Desde cuándo? ¿Eran amantes? ¿Lo había engañado? ¿A él, que se había mantenido célibe por ella?

La bilis le subía por la garganta solo de imaginarla alumbrando al hijo de… Le había dicho que era suya, pero… ¡Maldición, únicamente la había poseído una vez! Bien, simplemente se necesitaba una vez para eso, pero…

No, ella no se iría de rositas. ¡No!

Subió de dos en dos los escalones

para ir a buscarla a su habitación. El portazo que oyó le dio una buena señal sobre dónde estaba ella cobijada. Agarró el pomo decidido a enfrentarla. La puerta no se abrió. ¿Ella le había cerrado la puerta con llave? Oh, no. No iba a esconderse. ¡Ni hablar! Comenzó a aporrear la puerta.

—Abre ahora mismo, Lena. No hemos terminado.

—Yo creo que sí, milord —chilló ella furiosa tras la puerta.

—¡Ahora! ¡Abre ahora! ¡Te lo ordeno! Lena, la echaré a bajo sin dudarlo. Esta vez, te juro por mi honor, que lo haré.

—Atrévete. —¿Acaso su esposo no aprendía de sus errores? Esa misma conversación ya la tuvieron en el

pasado. Educarlo le iba a llevar mucho trabajo.

—No voy a tener tanta paciencia. Quedas advertida. ¡Lena!

—¡Ja! ¿Paciencia, tú? Lo único que sabes hacer es huir despavorido. — Era una suerte que la niña no se despertase con todo el alboroto, pero Natasha después de comer dormía como un tronco.

—Tú fuiste la que huiste primero.

—No, fuiste tú. Estaba prometida a ti y te largaste a Francia. Te casaste y te volviste a ir. Sal por la puerta y vete de nuevo. No te necesitamos. Estamos mejor sin ti. Rothgar nos protege mejor de lo que harás tú, maldito bastardo. — Toda la angustia que llevaba en ella estaba saliendo. Las lágrimas caían libres y ya no luchaba por contener los

sollozos. Necesitaba vomitar todo ese dolor. Estaba hundida. Derrotada. Rosings al fin lo había conseguido. La había derrotado.

—Dime si es hija mía. Dime la verdad, Lena. Dime la verdad, por Dios.

—¿Y qué si no lo es? —Iba a pagarle con la misma moneda. Ella se sentía miserable. Al menos, le haría sentir a él de la misma manera.

—Maldita sea. ¿Eso qué demonios significa? Por Dios, mujer. ¿No lo entiendes? ¿No lo ves?

—Significa lo que quieras que signifique. Es mi hija. Soy tu esposa, por ende es tu hija. —Trataba de contener los sollozos para poder hablar.

—Maldita mujer. Maldita seas, Lena. Acláralo. —Los golpes en la puerta no paraban pero no eran

furiosos, eran desesperados—. ¡Acláralo, por Dios bendito, aclararlo! ¡Por Dios, mujer, acláralo, Lena, acláralo, acláralo! —Le dolía el corazón de la incertidumbre. Le dolía el alma de oírla llorar. Le dolía la sien por haberla oído decir que Rothgar la había protegido cuando él no había estado. Le carcomía el cuerpo que ella dijera que sin él estaría mejor.

A Lena se le estremeció el corazón al sentir la súplica de él. ¿Sería posible que él estuviese…? El corazón de Lena comenzó a bombear con fuerza. Abrió la puerta y lo que vio la dejó estupefacta. Rosings tenía lágrimas en los ojos igual que ella. Estaba igual o más derrotado que ella misma. Tragó saliva. Su marido estaba llorando por ella, igual que ella lo hacía por él. Eso tenía que significar algo. Tuvo

esperanza.

Los dos se miraron a los ojos. Lena llevó su mano para limpiarle las lágrimas. Él se la agarró para parar el gesto. Quería abrazarlo y consolarlo. Él parecía tan fiero siempre… Pero en estos momentos en los que lo observaba… Estaban igual de deshechos.

—Acláralo —volvió él a pedir, con la respiración agitada y sollozando. Sabía perfectamente el aspecto que presentaba. No le afectaba. Esa angustia que sentía en el pecho era lo preocupante.

—Es tuya. —«Como yo», quiso decirle. Pero él ya se estaba dando la vuelta para irse de ahí.

***

Después de ese episodio, las cosas no se pusieron mucho mejores. Las semanas pasaban y ninguno de los dos era capaz de hablar con el otro. Ella no sabía qué decirle y él se avergonzaba de haberse mostrado vulnerable ante su esposa. Prácticamente, hacían su vida separados. Entre otras cosas porque su esposo iba y venía a placer de su casa. Estaba enfrascado en un nuevo proyecto sobre el ferrocarril y hacía bastantes viajes.

Lena no estaba dispuesta a tirar la toalla con él, pero Rosings era un hombre muy orgulloso, por lo que un día decidió que era hora de comenzar a realizar un acercamiento hacia su esposo. Ella era orgullosa, pero se le estremecía el corazón al recordarlo ahí derrotado, igual que estaba ella. ¿Qué se

habían hecho el uno al otro? Era hora de olvidar los crímenes y centrarse en vivir la vida. En ser un matrimonio. Lena sabía que él amaba a su hija. Le caía la baba al verlo sostener a su hija cuando creía que ella no lo veía.

Natasha se parecía cada vez más a él. Esa nariz respingona de su padre… Esperaba que no supusiese un problema para la belleza de la pequeña. Al menos había heredado el color de ojos de su madre y su pelo dorado como el oro.

Cuando uno de los negocios de él lo retuvo fuera de casa más de tres días, tuvo claro qué debía hacer. Iba a seducir a su esposo. Las conversaciones no habían servido de nada. Los acercamientos sutiles como bajar a cenar o desayunar cuando él estaba en casa tampoco. Era momento de usar todo su potencial. Rothgar le dio la idea,

y era hora de comenzar a luchar por su esposo.

Lena esa noche acostó a su hija en la habitación infantil. No era un lugar en el que la dejaba seguido. Necesitaba intimidad. Más bien esperaba poder conseguirla. Se arregló como si fuese a asistir a un gran baile. Sacó un bonito vestido, de esos sugerentes que hacía… ¡buf!, una eternidad que no utilizaba. Se puso sus mejores galas. Se peinó a la moda y utilizó un poco de carmín. Quería verse apetitosa para que él la devorase entera.

Bajó a cenar. Vio que su esposo la miró. Regresó la mirada a la sopa que le acababan de servir y de nuevo la observó. Lena supo que él estaba tratando de no quedarse con la boca abierta. Estaba arrebatadora y ella lo sabía.

—Buenas noches.

—Buenas noches. No sabía que ibas a bajar a cenar. De hecho, no sabía que ibas a recibir visitas. Me retiraré para que puedas atenderlo a gusto.

Rosings se levantó y salió del comedor sin terminar su cena y sin esperar a que ella respondiera a su acusación.

Lena se quedó desilusionada. No se esperaba ese resultado. Pero ella no se rendía nunca. Salió tras su esposo sin pensar en a quién se había referido, porque no hacía falta ser un genio para saber que se refería al duque. ¡Era su amigo, caramba!

Rosings sabía que ella iba detrás, pero no se giró se ni paró a verla. Cada uno entró en sus respectivas habitaciones. El barón tratando de

borrar de su mente la imagen de su esposa y ella pensando en su siguiente paso.

Lena llamó a su criada y esta la ayudó a desenfundarse el vestido y el corsé. Despidió a la muchacha. Recordó su primera noche con su esposo. Esa noche trágica en la que despertó como mujer.

Buscó en su baúl su camisón más sugerente. Era un escándalo, lleno de transparencias. Lo desechó. Iría a verlo desnuda. ¿Qué había más claro o sugerente que eso?

Se acercó a la puerta que conectaba ambas habitaciones. Cerrada. El muy ruin había echado la llave por su lado. Lejos de acobardarse, se tapó con una bata, la anudó, cogió una vela y fue directa hacia la cama de su esposo. Si él no iba a venir por ella, Lena iría por él.

Esa puerta no estaba cerrada con llave. Entró en la estancia y lo vio echado en la cama. Rosings se avergonzó, más que se sobresaltó.

—¿Qué quieres?

—Lo mismo que tú —dijo ella sugerente, mientras lo veía cubrirse.

—Vete.

—Soy más difícil de complacer que tú. A mí, a diferencia de ti, mi simple mano no me alivia. —Eso no era lo mismo que ser tocada por un hombre. Por él.

—Estás jugando con fuego. —Se incorporó para enfrentarla. Ya sin pudor ninguno, dejándose ver por completo. La culpa de que él estuviera en ese estado era suya por bajar a cenar con semejante atuendo. Debía aliviar su lujuria con su mano.

—Pues me quemaré —dijo mientras se quitaba la bata y se quedaba tal y como Dios la trajo al mundo. Alzó la cabeza. Enfocó sus ojos a los de su marido—. ¿Y bien, milord? ¿Qué será entonces? ¿Mano o servidora?

—Ven —fue una orden cargada de emoción.

—Chico listo —dijo seductora ella.

Lena se colocó sobre él sintiendo el cuerpo desnudo de su esposo sobre el suyo. La mujer fue en busca de sus labios. Necesitaba besarlo.

Rosings la esquivó. No quería besarla.

—Todo o nada —lo retó ella.

—Entonces será nada. —No estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Como gustes. —Lena se incorporó tratando de separarse de él. Un brazo a su espalda la inmovilizó sobre su pecho.

—¿Siempre tienes que salirte con la tuya, bruja? —No iba a irse de su lecho hasta que él acabase con ella.

—¿Todo o nada, Paul? —preguntó Lena de nuevo.

El barón comenzó a besarla. Rodó y quedó sobre ella. Le amasó un pecho. Ella se removió de gozo.

—¿Puedo…? Es decir… Infierno, muero por tocarlos. Dime que sí, dime que sí —le pidió.

—Estoy bien. Tu hija no los va a reclamar hasta dentro de unas horas. Tócame. Te necesito.

Paul estaba loco de deseo. La aparición de ella era mejor que lo que se

suponía que iba a hacer con su compañera de viaje. Su mano era ágil, pero teniendo a Lena ahí… Se dejaría ganar las veces que hiciera falta con tal de poder disfrutar de ella. Él no sabía en qué punto estaban, pero esta noche estaban en el mismo. Los astros se habían alineado y él no iba a desperdiciar semejante regalo de los dioses.

Su boca estaba ávida por su piel. Su esposa era magnífica. Respondía a cada caricia de una manera tan sensual… Los dos existían al mismo nivel: necesitados de pasión.

Paul lo tenía claro, ella iba a deshacerse entre sus manos. Comenzó a besar sus pechos con sumo cuidado. Lena gimió.

El barón se envalentonó y comenzó a descender sobre ella. Había

algo que él se moría por hacerle desde la primera vez que la tuvo entre sus brazos a su merced. Beso a beso la degustó con paciencia, como quien cata un buen vino y lo paladea. Llegó a sus rizos. Inspiró su aroma. Era puro gozo.

Lena lo sintió y cerró sus piernas al primer contacto con su nariz.

—Todo o nada, preciosa. Tú decides.

Era él quien la retaba. ¡Sería posible! Lena abrió sus piernas dispuesta a dejarse hacer lo que él quisiera hacerle.

—Chica lista.

—Luego la bruja… soy yo —dijo en un susurro que él oyó.

—Hechicera. Eres una hechicera. Llevo demasiado tiempo esperando esto. Tú conseguiste lo tuyo, yo conseguiré lo

mío. —Era una promesa que la hizo estremecer de pies a cabeza.

Y acto seguido se hundió en ella para catapultarla al placer más sublime y satisfactorio que alguna vez hubiese conocido. Era imposible contener los gemidos ante lo que sentía.

Lena llevó sus manos para cogerle la cabeza a él. No quería que se moviese ni un pelo del lugar donde se había instalado su lengua.

—Lena. —Consiguió él despegarse con mucho esfuerzo porque ella lo tenía preso—. Necesito respirar. Hechicera, codiciosa… —Le dedicó una sonrisa y volvió a la carga.

La iba a matar de puro gozo, pero la iba a matar. ¿En serio ella se había perdido eso las primeras veces con él? No podría vivir a partir de entonces sin

eso que estaba sintiendo. ¡Dios del cielo! Eso que su marido estaba haciéndole debía ser pecado, ¡pero era divino!

Se incorporó un poco para observarlo. Tenía curiosidad. Verlo entre sus piernas la hizo gemir más y a él su gemido le hizo acerar el ritmo.

—Para, por favor, para, para, basta, basta —no podía soportarlo más. Era demencial.

Paul, lejos de dejarla respirar, aumentó más el ritmo y consiguió meter un par de dedos en ella. El juego de su lengua con sus gloriosos dedos mágicos la hizo regresar a ese mundo de colorines y fuegos artificiales que hacía tanto que no había visitado.

—Dios míoooooo —Lena comenzó a convulsionar. Cayó hacia atrás en la cama presa del cansancio y

más satisfecha que en toda su vida. ¡Cómo lo había echado de menos!

Tras un minuto muy corto, él se hizo notar.

—Mi turno, preciosa.

—Es justo, precioso. —Al parecer, en la cama iban a llevarse bien. Más que bien, por lo visto.

—Quiero lo mismo, Lena.

Su esposa tragó saliva. No sabía si iba a ser capaz de cumplir su cometido. Se mordió el labio inferior y Paul al verla pensó que explotaría ahí mismo. Verla desnuda, sofocada, con el pelo revuelto y dispuesta a ser perversa, lo encendió como el afrodisiaco más potente.

Intercambiaron posiciones. Paul se tumbó boca arriba. Lena comenzó a besarlo, porque lo más fácil sería imitar

lo que su esposo le acababa de hacer. Poco a poco fue bajando hasta que tuvo algo frente a sus ojos. Tenía que admitir que aquella vez que jugueteó con él dormido y borracho no consiguió verlo, y aunque le pareció algo bastante impresionante, no era ni de lejos como lo había imaginado. Lamió la punta. El gusto era algo extraño. Un gemido de él le indicó que, como primera toma de contacto, lo había hecho bien.

Ahí, entre las piernas de su marido, alzó la vista curiosa para ver su reacción. Paul no le quitaba los ojos de encima. Se sentía su dueña. Lo tenía a su disposición. Agarró aquello con la mano derecha y comenzó a masajearlo tal y como hizo aquella vez. Era más cómodo porque no había pantalones que se interpusieran entre ella y su objetivo.

La respiración de él comenzó a

agitarse. Lena lo vio cerrar los ojos. Aprovechó para metérselo en la boca sin dejar de moverlo sobre su eje. La sensación era extraña, incómoda cuando él se balanceaba para que ella engullese más, pero se sentía con poder. Él estaba en ese estado por ella.

—¡Basta! —No iba a terminar la noche sin hundirse en su esposa.

Lena se quedó anclada con la orden y no se atrevió ni siquiera a dejarlo salir de su boca. ¿Qué había pasado?

—Sube sobre mí. Una vez dijiste que serías capaz de domar a un semental. —Maldita frase que todos recordaban, pensó ella.

—Lo soy. —«Cabeza alta, Lena», se animó ella misma.

—Eso tendrás que demostrarlo en

vez de afirmarlo.

Lena se deslizó sobre él para poder posicionarse. La quería a horcajadas, y a horcajadas iba a cabalgar ella sobre su esposo. Agarró el miembro con su mano y lo guio para meterlo en su canal. Comenzó despacio y cuando lo sintió hasta el fondo comenzó a trotar sin pudor. Colocó las manos sobre el pecho de su marido para sostenerse y sus caderas hicieron el resto del camino.

Como una posesa lo llevó a él hasta la locura y ella tomó su propio placer. Unidos. Los dos juntos se adentraron en ese hermoso mundo donde una pareja es capaz de conectar más allá de las palabras, de los sentimientos y del tacto. Un lugar donde solo son dos personas amándose.

Ella gimió, él gimió. Ella se dejó

caer sobre él y él la deslizó a un lado.

—Necesito dormir. —¿La estaba echando?

—¿Disculpa? —¿No había sentido Paul esa conexión? ¿Solo ella lo había notado? No podía ser. Lo estuvo viendo mientras se derramaba y ambos estaban en el mismo lugar a la misma vez.

—Yo he cumplido, tú has cumplido. Es hora de dormir. Mañana tengo un viaje largo que realizar.

—Entiendo. —Lena se sentó sobre la cama tratando de serenarse y no saltar sobre él y ahogarlo con sus propias manos.

—Sé más rápida. Salgo temprano y es muy tarde —y si no te vas, volveré a tomarte y no te dejaré salir de mi cama por toda la eternidad.

—¿Cuándo regresarás? —Trató

de mostrarse neutral. No dejaría que él supiera cuánto le estaba afectando.

—¿Estás ya ansiosa, gatita? —preguntó él sin una pizca de humor y rezando por molestarla y que saliese de allí a toda prisa.

—¿Cuándo regresarás? —reiteró la pregunta, seria.

—En unos días. No lo sé seguro.

—Pasa una noche más fuera de esta casa y cuando regreses no estaremos ni yo, ni tu hija.

—¿Es una promesa, Lena? —dijo con media sonrisa ladeada.

Ella no contestó nada. Se giró cuando tuvo la bata puesta y el pomo de la puerta de salida agarrado, lo miró y alzó una ceja.

Cuando salió de allí y estaba a

punto de derrumbarse lo oyó:

—Infierno.

Lady Rosings sonrió. Perdería las batallas, pero no estaba dispuesta a claudicar en la guerra.

La intimidad era fabulosa, tenía que reconocerlo. Su marido era increíble, le estaba enseñando tantas cosas… Posiciones que jamás pensó que se pudieran hacer. ¡A cuál mejor que la anterior! Pero ella quería poseer su corazón. Durante el día era un extraño y por la noche era ella la que se metía como una… una… Como un sucio secreto en su habitación. Después del sexo, que era cada vez más sublime, él la despachaba.

Siempre encontraba el modo de humillarla.

Lena había tratado de llegar

hasta él, pero Rosings era inalcanzable. No sabía cuánto más sería capaz de aguantar todo aquello. Pero estaba al borde de sus fuerzas.

Capítulo 10
La calma antes de la tormenta

Cuando ya estaba por arrojar la toalla y mandar todo al infierno, un salvavidas iba a llegar a su casa.

Era la hora de la comida.

—Buenos días.

—Buenos días. —Ninguno de los dos olvidaba ser cordial durante el día.

Además, las conversaciones durante el día eran de lo más banales.

Las puertas del comedor se abrieron de par en par.

—¿Así es como recibes a tu mejor amiga, lady Rosings?

—Valerie, Valerie. —Lena se levantó de la mesa y fue corriendo a los brazos de su amiga para echarse sobre ella y llorar. Al fin, una persona amable. Una persona en quien confiar. Una persona con la que hablar. Al fin, Valerie había ido a buscarla. Sabía que ella la salvaría.

—¡Oh! —dijo cuando se le echó encima y miró a su esposo con una ceja levantada. A Rosings se le erizó la piel y decidió salir de ahí para dejarlas en paz.

—Estás aquí, V. Aquí… —dijo mientras la apretaba más fuerte.

—¿Qué te ha hecho ese ogro?

—Nada. Es que soy feliz de verte en mi casa. Ven, tienes que conocer a mi pequeña. Vamos, vamos.

Las dos salieron disparadas a su habitación donde la niña estaba durmiendo.

—Es preciosa, Lena. Estoy tan orgullosa de ti… Natasha es fantástica.

—Lo es.

—Solo siento que tenga que aguantarse con una madrina tan sosa como la que le has dado. Supongo que tendré que ser la tía divertida que la enseñe a apostar, a cabalgar, disparar, esgrima… Todo lo que no te gustaba y que tan bien te sirvió en una ocasión.

—¿No estarás enfadada, verdad?

—Por supuesto que no. ¿Se tomó

bien tu esposo que el padrino vaya a ser Rothgar?

—No se lo he dicho.

—No me perdería por nada del mundo la cara que pondrá. Me dijo Ger que al volver de su misión te encontró abrazada al duque. Siempre supe que había una mujer perversa ahí encerrada. Eres buena, muy buena. ¡Te enseñé bien!

—No digas eso V. Yo lo amo.

—¡Si empiezas con esa canción me largo al momento! —Aún recordaba su embarazo y la situación previa a este.

—No, no, no. No puedes irte —«No sin mí», quiso confesar.

—¿Qué sucede? —preguntó ella al ver a su amiga tan alterada.

—Nada malo, te lo prometo. Es

que al fin has venido.

—Siento la tardanza, pero he estado ocupada. —Los libertinos no se reforman solos… Y hay alguien, un hombre, que me ha hecho huir de Londres. Esto último no lo confesaría jamás.

La tarde transcurrió entre confidencias, con un tranquilo paseo por el campo con la niña que cada día crecía más feliz y sana. Aunque llevaba unos días molesta y llorona. Al día siguiente, las dos fueron todo el día al pueblo de compras y comieron en la posada.

La cena de esa noche fue tensa. Y no iba a ser la última que sería así.

—En los próximos días recibiremos una visita —anunció Rosings

—¿Cuándo llegará? —preguntó

curiosa Lena. Era habitual que desde que ella le amenazó con irse si pasaba una noche fuera, llegasen inversores para cerrar tratos con su esposo.

—Tengo proyectos en marcha, como bien sabes. Y espero a un nuevo socio, pero no lo sé con exactitud.

Rosings había recibido una carta del marqués de Ailsa en la que le explicaba que mandaba en un par de días al duque de Lennox para hacerlo partícipe del proyecto ferroviario, pero le advertía que no era el único motivo y que Jason Sinclair, su próximo invitado, contaba con su total aprobación. Rosings supo que algo de eso tenía que ver con la visita de Valerie.

Esa noche, como la anterior, su esposa no acudió a su habitación a visitarlo. Paul estaba dando vueltas tratando de decidir qué hacer al

respecto. Maldita hechicera que no había faltado ni un solo día a su cita y en estos instantes lo dejaba ahí plantado. ¡Después de probarla no podía sencillamente olvidarse de ella!

Fue en busca de la puerta que conectaba sus alcobas. Cerrada con llave. ¡Maldita sea! Salió al pasillo y abrió la habitación de su esposa. Se acercó a la cama. Vacía. No había ni rastro de ella en el lugar.

Unas risas tras la puerta lo hicieron pegar la oreja. De acuerdo… ¿Él espiaba a su esposa? Sí, por lo visto sí lo hacía.

—Ha sido como los viejos tiempos, V. Me alegro tanto de que hayas venido. No creo que te pueda dejar marchar. —Habían estado en la cocina, primero poniéndose las botas con dulces y luego en la biblioteca

hojeando libros de esos prohibidos. Pero esto último ya no tenía emoción. Al menos, no para Lena.

—¿Me contarás algún día lo que te sucede? Sé que no eres feliz, puedo verlo perfectamente, por más que lo intentes aparentar.

—No lo soy. Ahora mismo no, pero no quiero hablar de eso. Vamos, ve a la cama, es tarde. Mañana será otro día. Te quiero.

—Yo también te quiero mucho, Lena. Juré que le haría algo terrible… Si no se porta bien. Juro que lo haré.

—Patrick tiene razón, eras demasiado dramática.

Lena le dio un beso en la mejilla. Vio a V entrar en su recámara. Lena se acercó a la habitación infantil para coger en brazos a su hija. Era incapaz de

no dormir con ella. Se sentía tan sola por las noches que su hija le daba fortaleza y seguridad.

Decidió sentarse en la mecedora y vaciar su pecho. Le dolía cada vez más porque Natasha ya comía otras cosas y no se amamantaba demasiado.

Tras un ratito, se levantó con ella en brazos para meterse en su habitación.

—¿Dónde estabas? Tu amiga hace rato que se marchó a dormir.

—¿Mañana no tienes que madrugar? Es tarde, milord, deberías estar ya durmiendo. —Era lo que le decía a ella después de hacerle el amor. No, ellos no hacían el amor… Ellos se desfogaban. Se saciaban… y luego él la echaba de su lado. Sí, ella se lo permitía. Su única excusa es que tenía esperanza de llegar a él.

—Te necesito.

—Me duele la cabeza y estoy cansada. No voy a poder prestarle el servicio esta noche, milord —dijo ella con retintín.

—Los dos estuvimos de acuerdo con esto desde el primer momento. No vas a hacer sentirme culpable. —Lena no podía darle lo que le había dado y cerrarse entonces.

—Me alegro, pues. Ahora, por favor… —le indicó a él señalando la puerta.

—He dicho que te necesito —más que respirar.

—Y yo he contestado que esta noche no va a poder ser. —¿Estaba sordo? Las piernas estaban cerradas esta noche.

—Me iré a buscar lo que tú no

estás dispuesta a dar. —Iba a quemar hasta el último cartucho.

—Es justo —dijo ella, segura de sí misma. Ya le daba todo igual.

—Lo haré. —Se reafirmó más en su amenaza.

—Eso espero. —«Así tendré al fin la excusa que necesito para largarme de una vez de aquí» .

—Lena, no estoy bromeando. Si salgo por esa puerta iré a buscar a la primera mujer disponible que esté dispuesta a hacer lo que tú no quieres.

—Lo he comprendido. No es necesario que me lo expliques de nuevo. —Ella ni era sorda ni estaba privada de su entendimiento.

—Te juro que si salgo por esa puerta, no volveré a tu cama jamás. Me quedaré en la que consiga esta noche. —

¿Por qué no estaba funcionando esta táctica?

—Me parece justo. — Definitivamente, o la creía sorda o dura de entendimiento.

—¡Maldita sea! Lo digo completamente en serio.

—Lo sé, y no me preocupa lo más mínimo.

—¿No te preocupa que goce con otra? ¿Que la haga llegar a la cima del placer con mi lengua? ¿Que la haga montarme? —tenía que hacerla reaccionar costase lo que costase.

—No, porque siempre me ha gustado domar sementales y hay un buen ejemplar no muy lejos de esta santa casa que estará dispuesto a ofrecerme lo que tú vas a buscar por ahí y luego me negarás a mí. — Era una

baza arriesgada, pero Lena no tenía nada que perder. Dar celos era un juego de dos, y ella, con Rothgar, iba sobre seguro.

—Acércate a él y no seré responsable de mis actos. —Jamás consentiría semejante hecho. Estaba lleno de ira al imaginar a su esposa con el duque.

—Entiendo que sabes de quien hablo, ¿cierto? —Él estaba celoso no, lo siguiente. Y ella no le temía.

—Di su nombre y saldré de esta santa casa, como la llamas, para no regresar jamás.

—¿Es una promesa?

—No te conviene jugar conmigo. No ahora, Lena.

—Solo diré que si buscas fuera lo que dices que quieres encontrar, la que

saldrá de esta maldita casa con tu hija para no regresar seré yo. Y ese sí es una promesa, milord.

—Te irás, pero sola. Es mi hija, tengo todo el derecho del mundo a quedármela. Lárgate con él. ¡Es lo que siempre has deseado!

—¿Sabes, Rosings? No hay más ciego que el que no quiere ver.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Primero, que Patrick no lo consentiría jamás. —El marqués las alejaría de él a ambas si ella se lo pidiese—. Y segundo, que nunca estuve realmente enamorada de Rothgar. Jamás.

—¿Te atreves a nombrarlo? —La furia lo embargó al instante.

—¿Qué? ¿Temes a un nombre? Es

mi amigo, el padrino de mi hija.

—¡Por encima de mi cadáver!— Alzó la voz y la niña se despertó inquieta.

—Ya, pequeña, ya. Mamá está aquí. —Comenzó a acunarla y cuando alzó la vista él ya no estaba frente a ella.

No iba a consentir que él la humillase nunca más. Ella había pagado su error hacía mucho tiempo.

***

A los pocos días, tal y como Rosings anunció y como Lena y Valerie esperaban, la visita apareció. V llevaba en brazos a la pequeña Natasha. Estaba jugando con la niña. Nat —como ella la llamaba cariñosamente— se había

despertado y al oírla llorar fue para auxiliarla. Mientras V bajaba por la escalera con una sonrisa y mecía a la pequeña, lo vio: el duque de Lennox acababa de encontrarla. Ambos tenían asuntos pendientes.

—Oh, ven a conocer al duque de Lennox —la llamó Lena mientras tomaba a su hija en brazos, ilusionada por tener a ese personaje en su casa.

—Buenos días, lord, lady Rosings. —Valerie se encaró hacia Jason—. Excelencia, es un placer volver a verlo. —Lady Valerie hizo una de sus mejores reverencias, pero su expresión dejaba en evidencia lo que en verdad sentía.

—V, ¿conoces al duque de Lennox? Qué casualidad más afortunada, ¿verdad? —señaló la baronesa, extrañada al ver la seriedad y la tensión que impregnaban el ambiente.

—Sí, en efecto, milady. Lady Valerie Manchester y yo hemos coincidido en numerosos bailes en Londres, pero es una sorpresa verla aquí.

La niña comenzó a gimotear de nuevo y, en ese momento, Lena se disculpó y salió del vestíbulo, no sin antes pedir a su esposo que la acompañase para ayudarla a atenderla.

Cuando el matrimonio Rosings estuvo bastante alejado se permitieron intercambiar confidencias.

—¿Qué sucede entre esos dos? —preguntó Lena incrédula al ver a V totalmente desarmada ante tal espécimen.

—¿Vuelves a hablarme? —inquirió burlón el barón.

—¿Y tú? —quiso contraatacar

ella.

—No he dejado de hablarte. —«Ni de soñar contigo, ni de quererte desde que te vi como mujer por primera vez».

Lena tocó a la pequeña en la nuca porque la sentía caliente.

—Hay que llamar al médico.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado al ver que su esposa fruncía el ceño.

—Creo que Natasha tiene fiebre.

—Iré ahora mismo a por el señor Penguin.

—Está bien. Esperaré en la habitación de la niña.

Paul salió disparado lleno de preocupación. Su hija era el centro de su universo. Nada malo podía pasarle ni a

ella, ni a su madre. El corazón se le aceleró lleno de temor.

Ahí en su carruaje pensó en cómo sería su vida sin su esposa o sin su hija. Creía que todo iba bien entre ellos desde que compartían el lecho por la noche. La última discusión sirvió para sacar a relucir lo evidente. ¿Por qué la mandaba a su cama cuando terminaba de hacerle el amor? No estaba preparado para hablar con ella de temas trascendentales, como averiguar dónde estaba puesto el corazón y el alma de ella, porque si no estaban donde él ansiaba y quería que estuvieran se volvería loco.

Y luego Rothgar siempre acababa apareciendo como un fantasma. Lena no era feliz en su matrimonio. Él lo sabía. Por las noches, mientras se disfrutaban, los problemas se esfumaban, pero él

estaba disgustado y se lo hacía pagar. Estaba molesto porque ni una sola de las veces ella le dijo que lo amaba. Sí, bien, él tampoco se lo había dicho, pero estaba más claro que el agua, ¿no?

Y en estos instantes otra complicación. Su pequeña, lo más bonito que tenía en el mundo, porque ella y su madre eran el sol que daban vida en su mundo. No iba a pasarle nada a Natasha, todo sería algo puntual. No se repondría jamás si a su hija le sucediese algo.

Imaginarse solo en el mundo le hizo plantearse muchas cosas.

Regresó a Rosings Park con el doctor, a quien no le había ni permitido colocarse la chaqueta con las prisas que le urgió.

Subió las escaleras corriendo e

hizo que el hombre, que el médico, que ya tenía sus años se apresurara.

—Sigues igual que siempre, Paul. Creí que casado te tranquilizarías.

—No puedo estar tranquilo cuando mi hija está enferma.

—Tomemos la fiebre con cautela. Y debo decirte que me sorprendió verte. Tengo entendido que tu esposa cuenta con una mujer que sabe tanto o más que yo mismo.

—¿Disculpe?

—Cuando se puso de parto había con ella una mujer —muy atractiva, quiso decir—. Una marquesa que hizo el trabajo de curandera mejor que yo mismo. —El señor Penguin estaba tratando de averiguar el paradero de la marquesa viuda.

—Elvina. No está ahora mismo.

—Solo podía ser ella. Una sonrisa le asomó. Esa mujer seguía siendo todo un enigma.

Entraron en la habitación infantil. Lena estaba recostada en la mecedora sosteniendo a la niña, sonriéndole y haciéndole carantoñas.

Fue la imagen más preciosa que él alguna vez había tenido el privilegio de disfrutar.

—Buenos días, lady Rosings.

—Doctor. Siento importunarle, pero la pequeña está muy caliente.

—Veamos qué le pasa a este tesoro.

El médico la examinó y determinó que la niña estaba sanísima. Tan solo eran las molestias de los primeros dientes.

Tanto el padre como la madre respiraron aliviados.

Cuando el médico se marchó, la niña se durmió pacífica del berrinche que había cogido mientras el hombre la atendía.

La dejaron en su cuna y salieron. Lena, con el corazón más sereno pero aún dolido por la última discusión, se encaminó a… a un lugar donde no pudiese verlo. Dolía verlo y saber que no estaba con ella.

Una mano en su hombro la frenó. Ella paró y al siguiente instante su esposo la estaba abrazando fuertemente desde la espalda.

—La niña está bien, no tienes por qué preocuparte. —Lena había sentido la misma desesperación que él al ver que su hija tenía fiebre— . No quiero

vivir sin ella. Ni sin ti. —El corazón de lady Rosings voló ante la confesión de su esposo.

—¿Qué estamos haciendo, Rosings? No puedo seguir así.

—Yo tampoco. Te añoro cada noche.

Lena quería gritar. ¿Así que para él solo era la prostituta de su esposa? ¿Un medio para desfogarse? ¡Grandioso!

—Disculpa, tengo cosas que hacer. —Echarme a llorar.

—Ven a mi habitación, Lena. Te lo suplico. —Aún la tenía abrazada. No estaba dispuesto a soltarla jamás—. ¿Quieres que me arrodille? Lo haré. Pero ven, por favor. —Se estaba volviendo loco por no poder abrazarla, besarla, hundirse en ella. Y desde que su esposa lo amenazó con ir en busca de

Rothgar, él estaba viviendo en un infierno. Y con lo de la niña… ¿Y si Lena se daba cuenta de que no lo necesitaba y lo abandonaba para irse con el duque? Él se moriría sin ella. Nunca la apartaría de su hija. Si ella se iba de su casa, él se moriría de pena. Ellas dos eran el centro de su vida. Creyó que al compartir intimidad, ambos podrían estar bien, pero no se olvidaba que ella había confesado a su mejor amiga que no era feliz. Vivía en un tormento a cada mañana, temiendo que ella por la noche hubiese huido en busca de Rothgar. La necesitaba en todos los aspectos, pero se contentaría con tener su cuerpo, pues sabía que llegar a su corazón iba a constarle un trabajo duro que estaba dispuesto a realizar.

—Yo… No creo que…

—Por favor. —Lena se dio la vuelta, lo miró a los ojos y lo que vio la desarmó. ¿Qué había en sus ojos? Enfocó mejor su mirada en la de él, pero él se dio la vuelta para irse a su habitación. Volvió a girarse. Él le tendió la mano. Lena, sin apartar la mirada de la de él, la agarró.

Su esposo la condujo hasta su habitación. Ella entró dócil y extraña. Lena no sabía qué hacer, mas no tuvo tiempo de reaccionar. Paul se acercó a ella para darle el beso más apasionado que jamás un hombre había obsequiado a una mujer.

—Te amo. —Era momento de arriesgarse. Por ella, por su hija y por el futuro de los tres.

—Te amo con todo mi corazón, Paul. Siempre lo he hecho. —Ella correspondió con la misma sinceridad

que él.

Rosings le sonrió y comenzó a desnudarla. Ambos se abandonaron el uno en los brazos del otro sin ningún rencor. Sin miramientos al pasado.

Tras el amor allí reencontrado y disfrutado, Rosings se sintió pletórico y se dejó vencer por el sueño. Lena lo contemplaba recostado entre sus pechos. La cabeza de él encima de su brazo y las piernas de uno y otro cruzadas en trenzas.

Ella estaba llena de gozo y no podía dormirse para hacer la siesta. De repente, consiguió salir de la cama sin despertarlo y entró a su habitación por la puerta contigua. Llamó a su doncella y se arregló por segunda vez ese día.

¿Dónde demonios estaba Valerie? Habían pasado cuatro horas. Lena

estaba preocupada. Cuando ambos, Lennox y V, llegaron a la mansión, ella notó algo en los ojos de su amiga. Algo que nunca había visto. Los dejó entrar y agarró a Valerie del brazo.

—V, ven a la salita. Han preparado el té para nosotras. Podemos conversar un rato ahora que el médico ya se ha ido, ¿quieres?

—Sí, claro. Excelencia. —Hizo una reverencia y se despidió del duque de Lennox.

—Milady, baronesa. Las veré en la cena —se despidió el duque.

Cuando llegaron al pequeño salón, Lena tomó asiento con rostro serio y comenzó el interrogatorio.

—Valerie Manchester, ¿qué está sucediendo? —inquirió, con una pausa prolongada entre las tres palabras que

componían la pregunta.

—No sé de qué me hablas.

—Dispara.

—¿Cómo está la niña? —Trató de cambiar de tema.

—No es nada. Son los dientes. Ya no tiene fiebre. Cuéntamelo.

—Está bien, te relataré todo.

Valerie y su mejor amiga compartieron confidencias esa tarde. A cuál más contenta y aturdida. Una mezcla extraña para dos mujeres complicadas.

***

La cena fue tranquila. Conversaciones amables. Todo de lo más

normal en un ambiente algo extraño entre las dos parejas. Aun así, con este panorama tan civilizado y hermético, nadie pensaría que Lena y su esposo habían tenido una tarde muy satisfactoria donde habían dado el primer paso hacia la reconciliación. No eran los únicos que habían tenido un ajetreado momento vespertino.

Al día siguiente, tanto Valerie como Lena se levantaron pletóricas. Una lo hizo en su cama sola, pero la otra, pese a que también estaba en su cama, tenía compañía. Lena estaba abrazada a su esposo y su hija comenzaba a reclamar su atención desde la cuna.

Esa noche no había habido sexo. Ambos, solo se acostaron abrazados a disfrutar del calor de sus cuerpos. Lena se sentía una mujer plena, casada y llena de dicha.

Se vistieron y bajaron a desayunar. El barón se acercó primero a su despacho para entregar una carta urgente. Allí vio un papel doblado. El duque de Lennox le informaba que se marchaba, pero que tenía intención de regresar en cuanto arreglase unos contratiempos en su finca.

Bastantes problemas tenía él como para parar a pensar en los de Valerie. Además, Patrick le dijo que dejase que todo siguiese su curso.

Los días iban pasando tranquilos para los Rosings, que habían alcanzado un estado de paz y tranquilidad que contrastaban con los de Valerie.

Una mañana, Lena quiso disfrutar de su esposo de una manera… digamos más perversa.

—Hace mucho calor —señaló

Lena.

—Sí. Yo justo estaba pensando lo mismo.

—Creo que iré al lago hoy.

—¿Has aprendido a nadar? —quiso saber él.

—¿No crearías que con semejante paraíso a mi alcance no iba a esforzarme?

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —preguntó ella, coqueta.

—Iremos a nadar.

—¿Qué te hace pensar que quiero que me acompañes?

—Tus insinuaciones.

—No he hecho nada semejante.

—¿Ah, no?

—Paul, me haces sentir siempre descarada.

—Eso es porque lo eres, esposa mía.

—¿Y te gusta?

—Me encanta.

—Pues, entonces, ¿a qué estás esperando?

—Vamos a coger algo apropiado para el baño. ¿No querrás bañarte con el vestido que llevas puesto?

—No hace falta que cojas nada. ¿No acabas de decir que soy una descarada?

—¿Pero qué…?

Lena salió corriendo por la escalera. Hoy, tía Valerie iba a ocuparse de su Nat.

El matrimonio llegó al lugar. Paul

estaba ansioso por saber lo que tenía preparado su mujer. No tardó en averiguarlo.

Lena le pidió ayuda para desnudarse. Un favor que él hizo encantado. Estaba deseoso de ver su cuerpo a plena luz del sol.

Tras quedarse sin absolutamente nada de ropa, se deshizo el recogido que llevaba en el pelo y Paul se quedó embelesado admirando a la diosa Venus. Si por delante ella era hermosa, con esos pechos turgentes y ese triangulo que lo volvía loco, cuando se giró para encaminarse al agua y pudo admirar el trasero de su esposa supo que estaba totalmente a su merced.

—¿Vas a quedarte ahí parado todo el día, amor? —preguntó ella con una sonrisa, porque el deseo que veía en su esposo no estaba solo en sus ojos,

sino que una parte de su anatomía ya se había despertado para reclamar su atención.

—¿Te he dicho que eres una hechicera?

—Ven, esposo. El agua está un poco fría y necesito que me calientes. —Se lo había dicho claro, ¿no?

—Tus deseos son órdenes para mí, esposa.

En un abrir y cerrar de ojos, Paul estuvo desnudo frente a ella. Lena se mordió el labio inferior. Su esposo era magnífico y era todo suyo. Esos hombros la llamaban a colgarse de él. Salió corriendo y le saltó encima. Él la agarró. Ella pasó sus piernas para abrazarse a sus posaderas y ambos entraron en el agua, poco a poco.

—Estás loca, hechicera.

—Por ti.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer?

—Nadar.

—Vuelve aquí , Lena. No he acabado contigo aún.

—Atrápame si puedes, Rosings —dijo ella, huyendo de él.

Su esposo no tardó en darle caza.

—Eres una buena nadadora, mi sirena.

—Me has atrapado enseguida —dijo en un puchero.

—No te enfurruñes. Te compensaré.

—¿Cómo? —dijo ella seductora.

—¿Qué quieres?

—Todo.

—Hecho.

Paul la sacó del agua y ambos se acomodaron sobre la hierba. Lena se estiró y él la cubrió con su cuerpo.

—No hay un solo momento en que no te desee bajo o sobre mí —confesó él.

—Haces que arda a cada instante.

—Te amo.

—Te amo. —correspondió Lena.

Paul comenzó a besarla por todas partes con tranquilidad, sin prisas. Iba a disfrutar de su esposa a plena luz del sol. Sin inhibiciones. Sin presión. Solo ellos dos, amándose con la naturaleza como único testigo.

Lena pensó que nunca había sido tan feliz. Paul quiso quedarse ahí para siempre, esperando y deseando que

nada cambiase entre ellos.

Al fin se habían encontrado. Al fin estaban en el mismo punto. Unidos, juntos, un matrimonio bien avenido.

Pero eso era la calma, la que llevaban dulces días disfrutando, que precedía a la tormenta.

Capítulo 11
Volver a empezar

Lena se despertó y se encontró sola en su cama. Quedó muy extrañada, en las últimas semanas él siempre la despertaba. La pequeña seguía dormida todavía. Lady Rosings comenzó a vestirse y entró una de las sirvientas con la que últimamente dejaba a su niña. Ella y Paul parecían un par de recién casados al fin, y tía Valerie tenía sus propios asuntos con cierto duque que

había regresado rápido a la finca.

Lena bajó a desayunar. Su esposo no estaba en el comedor. Fue a buscarlo, extrañada, a su despacho. Al fin, dio con él. Desde la puerta que estaba entreabierta, lo vio vaciar un vaso generoso de whisky en su estómago y después lo reventó contra la pared más próxima. Lena saltó asustada al ver la violencia del gesto.

—Paul —se atrevió a decir en un susurro—. ¿Qué sucede?

—Malas noticias, querida. —A Lena no le gustó cómo sonó ese "querida" en su boca.

—¿Son los negocios?

—Ojalá.

Lena se quedó callada. No lo había visto así desde hacía mucho, mucho tiempo. Se acercó a él para darle

un abrazo. Su esposo trató de rehuirla, pero ella no se lo permitió. Se abrazó a él.

—No vamos a dejar que se estropee. No lo permitiré. —Sabía que algo malo estaba pasando.

—No tenemos opción. Llegarán en breve.

—¿Quién llegará en breve?

—Mi hermano y su esposa. Elena está embarazada al fin.

—Son unas noticias excelentes. —¿Su enfado era porque el hijo de su hermano pudiese ser parecido a su padre? Joseph era una de las personas más amables y amorosas que conocía. Rosings no tenía por qué alarmarse.

Su esposo se separó de ella y se encaminó hacia la puerta para salir de ahí a toda prisa. Lena no comprendía

nada. El cambio de su esposo la hizo estremecer. No podía volver a enfrentarse al anterior Rosings. No después de ver lo dulce y maravilloso que él podía ser. ¿Qué sucedía?

—Paul, por favor —suplicó ella. Su esposo se detuvo en la puerta y, sin girarse, se explicó.

—Vienen con los hermanos de ella.

Rosings salió de allí. Rothgar. Desde que se sinceraron, ella no había querido arriesgarse a abrir viejas heridas y ambos habían hecho un pacto silencioso a ese respecto. La buena sintonía que llevaban parecía que iba a romperse.

Maldición. No suponía solo un problema para ella. Valerie también estaba en peligro. Lena agarró papel y

pluma para enviar una misiva.

Solo había una persona capaz de arreglar el estropicio que se avecinaba: Patrick.

Tras la petición de auxilio fue al comedor. Era imperativo que le explicase a Valerie la situación lo antes posible. Entró y no encontró a nadie. Se sirvió un buen desayuno porque iba a necesitar todas sus fuerzas para los problemas que se le venían encima.

—Supongo que estarás cansada —le dijo Lena a su mejor amiga al verla entrar.

—Sí, mucho. —Sonrió V, pícara.

—V, refrena tu legua. ¡Qué descarada! —Al menos una estaba de buen humor.

—Pero si no he dicho nada malo. Estoy cansada —se defendió, mientras

reprimía una risita.

—Pero ambas conocemos el motivo de tu cansancio. Tu madre me matará.

—¿Mamá? Nunca. Ella te adora.

—Bueno, veremos hasta dónde llega este asunto. Espero que sepas lo que haces —le advirtió la dueña de casa.

—Tranquila. Déjame disfrutar. Te recuerdo que…

—No creo que disfrutes mucho más con lo que te voy a decir —la cortó.

—¿Qué ocurre, Lena? No me preocupes. Veo en tu cara que algo malo sucede.

—Buenos días, esposa. Valerie —saludó el barón al entrar, con talante serio.

—Lord Rosings —respondió.

—Lady Valerie. Baronesa. Buenos días —se presentó el duque.

—Jason. —Él esbozó una sonrisa. Así que ella estaba dispuesta a llamarlo así en público. El matrimonio se sorprendió, pero no dijo palabra alguna ante semejante muestra de familiaridad. Lena sonrió divertida hasta que miró a su marido.

—Excelencia —saludó la baronesa, pues para ella no podía ser «Jason»; no hasta que él se casase con su mejor amiga y se hicieran amigos.

—Querida, ¿le has contado ya a Valerie las novedades? —quiso saber el barón.

—Estaba haciéndolo justo en este momento.

—¿Estás desayunando ahora, Valerie? Tú no te levantas tan tarde

nunca —observó extrañado lord Rosings. No era que él estuviese al tanto de la cotidianidad de ella, pero en las últimas semanas no se le habían pegado las sábanas, y comenzaba a comprender que esa mujer no permanecía en la cama más de lo justo y necesario.

—No pude descansar bien anoche, por eso me he despertado hace poco.

Jason contuvo las ganas de sacar pecho. Había sido él quien no la había dejado dormir.

—Bueno. Valerie —retomó la conversación su amiga—, esperamos la visita de mis cuñados, Elena y Joseph, vizcondes Maine, y también la llegada del hermano de lady Maine.

Valerie apoyó la taza de té en el plato y la derramó sobre la mesa.

—¡Oh, qué torpe! Discúlpenme. —Un sirviente se acercó para ayudarla a recoger el desorden—. Me alegro de poder saludarlos. Son siempre una visita agradable. El vizconde Essex es muy amable —improvisó.

—Sí, es verdad. —Lena hizo una pausa—. Él ya no es vizconde. Es el conde de Essex. Su padre falleció hace un tiempo.

—Me alegro por él, pero lamento lo de su padre. Era un buen hombre —dijo ella con sincera pena.

—También viene su otro hermano con él —agregó en tanto intentaba no parecer nerviosa, sin mirar a su esposo.

—¿James? —Valerie sí miró a Rosings, y lo vio escrutar a Lena.

—Sí. Su excelencia, el duque de

Rothgar, también los acompaña. Parece que vamos a ser una gran familia feliz pronto —trató de reír sin humor—. Y mis cuñados están por tener un hijo.

—Vaya, deben de estar muy contentos. Seguro será agradable para todos.

Valerie no podía pensar en nada más. El pulso se aceleró y comenzó a tener palpitaciones. ¿Un ataque de pánico? «Refrénate, V. Una Manchester controla los ataques de pavor», se dijo a sí misma. Miró a su amiga y observó que estaba en la misma tesitura que ella y que también trataba de ocultarlo.

Hacía más de tres años que V no veía a ese maldito hombre. Patrick había hecho todo lo posible para que no coincidieran en ningún evento social y siempre lo había mantenido a raya. Pero, pronto él iba a llegar, y ella

tendría que ser fuerte. Era como si Lena y ella realizaran un viaje al pasado.

—Sí, lo será. —Lena trató de sonreír—. He enviado un mensaje a Patrick y a Gertrude para que se unan a nosotros. Daremos un baile en tu honor, por lo que me pareció acertado que ambos estuvieran aquí. ¿No te parece? —Esperaba que Valerie comprendiese por qué invitaba a Patrick: necesitaban refuerzos.

—Sí, excelente idea. Tengo muchas ganas de verlos a ambos. Será fabuloso tenerlos aquí.

Con una simple mirada, y sin decir nada más, Lena comprendió que su amiga le acababa de dar las gracias por invitar a Patrick, aunque sospechaba que no solo lo había hecho por ella. Valerie no podía lidiar con el conde de Essex sola, e intuía que a la baronesa le

sucedía lo mismo con el duque de Rothgar.

Era una puñetera broma del destino. Esta era la conclusión a la que había llegado lord Rosings tras conocer que su antiguo amigo iba a visitarlos. ¿Por qué de pronto estaba tan feliz con su esposa? Maldita sea. Lena le había dicho que lo amaba, pero él era incapaz de olvidar que esa noche ella lo quería a él, a Rothgar… Si no hubiese sido por el azar, ella no estaría con él. Maldición, maldición y mil veces maldición. ¿Y si ella no lo había olvidado?

Rosings no podía respirar. ¿Pánico? ¿Desde cuándo tenía él ansiedad o pánico? Por amor de Dios, estuvieron apuntándole con un arma en su último viaje a España y no sintió este miedo que le invadía en estos momentos.

Consiguió rehuir a su esposa todo lo que pudo y más. No así lo hizo por las noches. No estaba dispuesto a que el duque se instalase de nuevo en los sentimientos de ella.

Por su parte, Lena estaba a un pelo de volverse loca. Volvía a ser el de antes. Había tratado de hablar con él pero había sido imposible. O bien le decía que estaba ocupado, que tenía trabajo o que, simplemente, se hacía el dormido.

Se le agotaba el tiempo porque su amigo —Rothgar solo era una sana amistad— iba a estar en su casa y solo Dios sabía lo que tenía su esposo en la cabeza. Lena sabía que tenía que abordar esa discusión que había pospuesto por demasiado tiempo. El problema era que no sabía cómo demonios iba a hacerlo.

***

Y el tiempo se esfumó. Dos carruajes se detuvieron ante la puerta de los Rosings. Por un lado llegaron Patrick y Gertrude, y, por el otro, los vizcondes Maine y el rígido duque de Rothgar. Cuando bajaron, Lena, Paul y Jason estaban esperándolos para los saludos de rigor.

Patrick se puso tenso al no ver a Valerie.

—Tenía entendido que llegaban con su hermano, el conde de Essex —recordó el marqués.

—Sí —contestó Elena—, pero ha preferido venir a caballo. Venía a nuestro lado, pero imagino que algo debió de llamar su atención y se desvió

del camino.

Patrick se inquietó, no solo por lo que oía, sino también por lo que veía: a Lena avergonzada con los ojos bajos, por un lado, y, por el otro, al duque de Rothgar y Rosings, que se medían. Eso era un infierno, habría preferido regresar a Francia en ese mismo instante. De Valerie ya ni hablaba, y sobre Gertrude… Aquel era un tema que sería mejor dejar apartado. ¡Esas tres serían su ruina!

—Confío en que haya sido un viaje agradable. Por cierto, hablando de cosas agradables, ¿dónde está V? —preguntó, ya inquieto, el marqués de Alisa. Había muchos problemas que atajar ahí, pero lo primero era localizar a su prima.

—Ha salido a montar —respondió Lennox—. En este momento

me disponía a buscarla.

—No será necesario, excelencia. Ya voy yo. Tengo muchas ganas de verla —comentó Patrick, quien ya iba a paso más que ligero en dirección a las cuadras. Podía adivinar a ciencia cierta con poco margen de error qué era lo que había llamado la atención de ese malnacido del conde de Essex. Lo mataría si le tocaba un solo pelo a su prima.

El marqués no llegó muy lejos, pues enseguida divisó a Valerie, que se acercaba a la casa a caballo. Estaba seria y, a pocos metros, la seguía el conde de Essex.

Ella saludó con la mano y se dirigió a los establos. Por el contrario, el conde se presentó, majestuoso, ante la puerta de los Rosings, donde estaban todos a punto de entrar a la residencia.

Con una sonrisa deslumbrante, desmontó y sacó pecho para luego saludar a todos los presentes. Lo divirtió la escena que había entre su hermano mayor y el cuñado de su hermana Elena.

—Siento el retraso, hermano —soltó.

—No sucede nada, Aaron.

—Al venir divisé una figura a caballo y me pareció que era Valerie, así que fui a saludarla. Estábamos en las ruinas. Hacía muchos años que no nos veíamos y tenía muchas ganas de ver cómo estaba.

Patrick se tensó aún más, hasta apretar las manos y la mandíbula. No obstante, no era el único que estaba rígido y a punto saltarle a la yugular al conde de Essex. Jason se disponía ya a dar unos pasos hacia él. El marqués

sonrió; era evidente que las cosas habían progresado a muy buen ritmo entre su prima y el duque. Patrick se moría de ganas de ir a hablar con Valerie. Intuía que algo había sucedido con el conde de Essex, y no podía ser nada bueno, pero su amigo necesitaba que él lo frenara. Decidió que Rosings tendría que apañarse solo, porque él no podía luchar contra todos al mismo tiempo.

—Lennox, me ha dicho Rosings que han avanzado en las propuestas sobre el ferrocarril. Por favor, acompáñame a buscar a Valerie y cuéntame cómo has prosperado en todas las metas que te habías propuesto.

El duque y el marqués se marcharon a los establos en busca de su prima mientras que el resto de los invitados entraron en la casa. El ambiente era muy extraño. Lena no

sabía dónde meterse. Gracias a Dios, cada cual se metió en sus respectivas habitaciones.

Buscó a su esposo. Tenían que aclarar las cosas cuanto antes. Parecía que él iba a saltar sobre Rothgar en cualquier momento. ¿Por qué se tenía que complicar todo precisamente ahora que ellos habían conectado?

Rosings no estaba en ninguna parte. En la biblioteca. En la biblioteca no había mirado. Se dirigió rauda y veloz hacía esa estancia.

—Hola, Lena.

—Excelencia —lo saludó ella.

—¿Ahora soy excelencia?

—James, no tenías que haber venido.

—Quería saber cómo estabas.

—Estaba bien. —«Hasta que has aparecido».

—¿Quieres que me vaya?

—No, pero va a ser muy incómodo para todos.

—No me arrepiento de lo que hice.

—Yo tampoco.

—Tu marido parece que me va a asesinar mientras duermo.

—Puedo ver eso —se lamentó.

—Será mejor que me marche.

—¡No!

—Lena…

—He dicho que no. Aclararé las cosas con él. Es hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Como quieras, pero no te lo va

a poner fácil.

—También puedo ver eso. Gracias —volvió a ironizar.

—Estás muy susceptible.

—¿No me digas?

—Será mejor que me marche, no quisiera que la que me matase despierto fueses tú.

Rothgar salió del lugar y afuera se topó con un hombre.

—Rosings. Me alegro de verte.

—No puedo decir lo mismo.

—De igual modo yo sí me alegro. Buenas tardes, amigo.

El duque se marchó del lugar con el corazón sangrante. A los ojos de su amigo él siempre sería el villano en la historia. Pero, si con ese papel, Rosings conseguía la felicidad, él lo interpretaría

hasta el fin de los días.

El barón se adentró en la biblioteca y la encontró llorando.

—¿Vas a abandonarme?

Lena se sobresaltó, no esperaba a nadie.

—¿Qué?

—No te hagas la boba. Si vas a largarte con él no te llevarás a mi hija.

Si creía que su corazón estaba recuperándose… definitivamente estalló en mil pedazos. Todo este tiempo en que ella le había declarado su amor, todo este tiempo en que habían conseguido ser un matrimonio bien avenido, se acababa porque él creía que ella… ¿Qué creía Rosings exactamente?

—¿Por qué me habría de marchar con él? Rothgar es solo un buen amigo.

—¿Ahora se llama así?

—Paul, por favor.

—Eres un pasatiempo para él. Solo tienes su atención porque eres mía. En el momento en que te marches y sepa que ya no eres mía te abandonará, y cuando eso sucede no pienses ni por un momento en que podrás regresar a mi lado.

Lena se quedó con la boca abierta. No podía creer lo que estaba oyendo. La estaba destrozando viva.

—Disculpa, tengo que atender a Natasha. La niña está llorando.

Lena salió del lugar con lágrimas en los ojos y con el corazón hecho añicos, porque su esposo había hundido su mano en su pecho, lo había sacado de su cuerpo y, acto seguido, lo había estrujado como si una fresa madura

fuese.

Se había hecho la hora de comer y Valerie no había aparecido por la casa. Cuando acabaron de almorzar, Patrick se dispuso a ir en su búsqueda y la misma idea tuvieron Jason y el conde de Essex. Lena vio el movimiento de los tres hombres y los frenó. El duque de Rothgar no se movió.

—Caballeros, puedo leerles la mente y les aseguro que no es una buena idea.

—¿No? —preguntó Patrick—. Yo creo que sí.

—No. Paul, Gertrude, por favor, acompáñenme a buscar a Valerie. —Miró al duque de Rothgar, presente en la sala—. Usted también. —Se volvió hacia el grupo que antes se disponía a buscar a la joven y, con cara de pocos

amigos, continuó—: Ustedes tres ya han hecho demasiado. Sea lo que sea, arréglenlo ahora.

Lena y Ger salieron delante. Rothgar y Rosings les fueron a la zaga.

—Caballeros, lady Rosings y yo buscaremos en las ruinas. Ustedes mátense o apáñense. Vamos, Lena — indicó Ger segura de sí misma.

Las dos mujeres subieron a sus respectivos caballos y trotaron sin mirar atrás.

—Gracias, Ger.

—No las merecen. Ahora, busquemos a V. ¡Entre las dos me vais a matar!

Los dos hombres se quedaron ahí parados sin saber qué hacer o decir. La tensión entre el barón y el duque era más que evidente.

—Tarde o temprano tendrás que hablarme, amigo. —El duque de verdad deseaba enterrar el hacha de guerra.

—¿Intentaste casarte con ella? —Era una pregunta trampa, demasiado bien lo sabía él.

—No es lo que crees.

—Vi el anuncio en el periódico. Eres culpable de todos los cargos.

—Maldita sea, Rosings. Eres como un hermano para mí.

—Suerte que no soy un enemigo. Entonces, no sé lo que me hubieses hecho —ironizó Rosings.

—No sucedió nada entre ella y yo.

—No tengo más que hablar contigo.

—¿No vas a perdonarme? Te juro

que no la he tocado.

—La besaste. Sabías que estaba prometida a mí y fuiste a por ella.

—¿Hubieses regresado si Joseph no te hubiese contado todo lo que te contó?

—Vas a decirme que me hiciste un favor. —No era una pregunta— ¡Bravo, Rothgar! Te dije que no te acercases a ella, la besaste y te comprometiste con ella. —«Con mi esposa que no consigue olvidarte», quiso gritar.

—¿Quién era la mujer a la que besaste tú el día de tu boda y que no era tu esposa Lena?

Rosings se quedó parado. ¿Cómo demonios…?

—¿Disculpa? —Lena lo vio. No había otra explicación posible frente a la

información que el duque acababa de revelar.

—¿Por qué crees que salió huyendo de ti? Lena te perdonó aquello. No vengas haciéndote el santo. Tu mujer y yo somos amigos como lo somos… bueno, como lo fuimos tú y yo. ¿Quién crees que la cuidó mientras tú estabas jugando a los héroes? ¡Yo, maldita sea! Yo estuve a su lado cuando nació tu hija. Yo la tuve que soportar malhumorada porque su esposo no estaba a su lado. ¡Yo la conseguí para ti, hombre testarudo!

—Ni la habías visto hasta que se fijó en mí.

—Es cierto, pero luego cuando tuve la oportunidad la dejé para ti. No soy tu enemigo.

—Mientras ella te prefiera a ti,

eres mi enemigo —dijo mirándolo a los ojos, y puso dirección a la casa. Él no estaba en situación de ir a buscar a nadie en estos momentos. Valerie no era ninguna niña asustadiza, estaba seguro de que estaría perfectamente.

***

Lena y Ger fueron las que dieron con V . Las tres regresaron sanas y salvas y se atrincheraron en la habitación de Valerie durante el resto del día, y también la noche. Valerie les pidió que se quedasen a dormir con ella como cuando lo hacían al estar en la Casa Manchester.

Por la mañana, la baronesa se levantó temprano, salió en silencio de la habitación de su amiga e ingresó en su

recámara para tomar un baño y vestirse. Tenía que ultimar los preparativos del baile que iba a realizarse en la casa. Había invitado a toda la nobleza rural de la zona y a unos cuantos socios y amigos de Paul. Iba a ser una velada importante y sospechaba que el destino de su amiga Valerie se sellaría en esa fiesta.

—¿Dónde has estado toda la noche? —interrogó su marido.

—No creo que te importe demasiado.

—Con tu historial, me atrevería a decir que el duque de Rothgar se levantará igual de contento que tú. —Lena no lo pensó ni siquiera un instante: alzó la mano derecha y le atestó la bofetada más sonora que alguna vez había propinado.

—La niña está llorando, ve a atenderla —fue lo único que dijo él.

El barón salió de la habitación, ella se quedó de pie mientras las lágrimas se le derramaban por las mejillas. Enseguida se las limpió, respiró hondo y se dirigió a la habitación de su hija. El baño tendría que esperar.

***

Los siguientes días fueron un desastre absoluto para todos. Las tres amigas estaban hundidas. Todas sufriendo por amor en silencio. Lena pensaba que V sería un salvavidas y Gertrude un punto de apoyo… ¡Y resulta que estaban igual o peor que ella misma!

El primer baile que organizó lady

Rosings fue una calamidad. Era en honor de Valerie y esta no había estado más que unos pocos minutos. Los mismos que su marido. Había problemas por todas partes que a su vez derivaban en más complicaciones y enredos. Al menos, a la mañana siguiente, la familia de Rothgar, sus cuñados y Essex abandonaron Rosings Park. También salió a toda prisa el duque de Lennox y se quedaron en la casa Valerie, Patrick y Ger.

Había un ambiente enardecido que se disipó con la llegada de la marquesa viuda de Ailsa a la casa. Elvina se quedó en Rosings Park mientras que Patrick y Ger regresaron a Londres.

Elvina supo que era momento de tomar el asunto en sus manos.

—Me han dicho que se pasa usted

los días ebrio.

—Ahora mismo no lo estoy y tengo la sensación que debería estarlo. —Elvina le daba miedo. Tenerla delante de él lo estaba sobresaltando más que lo haría el propio Patrick.

—Supongo que es hora de que hablemos de… de hombre a hombre, pese a que soy una mujer. Usted ya me entiende.

—Y comienzo a entender muchas cosas, señoría.

—Sírvame otra copa a mí —pidió ella cuando lo vio dirigirse a la licorera.

—¿Whisky?

—Sea generoso al verter el contenido.

Rosings sirvió dos copas y regresó a su escritorio para sentarse frente a

ella. Tal vez desde esta posición se sentiría menos intimidado.

—¿Qué puedo hacer por usted, señoría?

—¿Qué tal dejar de ser un estúpido? —Ella fue directa. No le temía.

—No se anda por las ramas.

—No tenemos tiempo para ello. Su esposa ha pedido regresar a Londres conmigo y con mi hija. —Ay, Valerie. ¡Cuánto trabajo le quedaba aún con ella! Tener que lidiar con su hija y Lena iba a ser complicado. El necio de Rosings iba a despertar sí o sí porque ella tenía muchos planes que organizar.

—Supongo que la dejarán en la finca de Rothgar a su paso.

—Tengo entendido que su hermano es una persona…

—Cuidado, Elvina —saltó él a la defensiva.

—Especial.

—Mucho. —Ojalá todo el mundo se asemejara un poco al vizconde Maine, pensó Paul.

—Es una lástima que sea Joseph el tipo listo de la familia, porque su hermano, usted, es el más necio de cuantos hombres me he echado a la cara.

Rosings suspiró.

—Supongo que ahora vendrá la explicación.

—No hay ninguna. Simplemente, usted debería estar encerrado en Bedlam. Ese sanatorio mental le haría mucho bien.

—Coincido con usted.

—Muy bien. Saldremos a Londres lo antes posible.

—Les deseo buen viaje.

Elvina se levantó de su asiento. Caminó unos pasos. Se giró para mirarlo.

—Entiende que la madre se llevará consigo a su hija, ¿cierto?

—Si Lena quiere irse, no separaré a su hija de su madre. Siempre he querido que ella sea feliz.

—Entonces no ha cumplido usted con su cometido.

—He hecho cuanto ha estado en mi mano.

—Si así hubiese sido, ella no estaría en el estado en que se encuentra, ni pidiendo auxilio desesperada. —Casi estaba más necesitada de ayuda que su

propia hija.

—Mi único pecado es uno que no puedo enmendar. No soy Rothgar.

—Gracias al cielo no lo es. El duque es más inteligente, pero ella lo elegiría a usted siempre por encima de él.

—No dudo que mi esposa en algún punto sintió cariño por mí, pero es a él a quien realmente ama y amará hasta el fin de sus días. Lo único sensato que puedo hacer es hacerme a un lado.

—Y por ese sacrificio que es en absoluto innecesario es por lo que va a condenarla a ella a una vida falta de felicidad.

—¿Disculpe?

—Me ha oído perfectamente.

—Es lo más honrado. No puedo

divorciarme de ella, exponerla a un proceso público, pero puedo dejarla libre para que ambos puedan hacer su vida.

—Definitivamente, su hermano es el tipo listo de su familia.

—Oiga. Como broma fue divertida la primera vez, pero ahora mismo me siento insultado, cuando deberían darme una medalla al mérito. Mi esposa saldrá de esta santa casa, como ella la llama, y yo moriré de inanición y pena porque, sencillamente, la amo y no puedo vivir sin ella.

—Bien, es hora de poner las cartas sobre la mesa y que deje de ser estúpido por una vez en su vida. Dígame cuál es el maldito problema si usted la ama fervientemente y Lena se siente morir cada vez que no está junto a usted.

—¿Qué? —¿Elvina estaba hablando en serio?

—¿Además de ciego es usted sordo? ¡Es usted una joya, querido! ¡Lo tiene todo!

—Pero… Ella… Lena… Solo siente cariño por mí, sí, aunque siempre es Rothgar… —comentó Rosings abatido.

—Si no me cuenta exactamente el problema, no podré resolverlo. Y, por si sus días como borracho no le han permitido conectar con la realidad, le diré que mi hija necesita atención urgente —le espetó Elvina.

—Siento lo de Valerie. —Él no estaba completamente al corriente de lo sucedido con V, pero sabía que tenía un problema inmenso.

—Al grano, Rosings.

—Esa noche que nos prometimos, Lena iba a la habitación de Rothgar. Hasta donde yo sé, él era su objetivo. Yo tan solo fui una piedra en el camino.

—Sí, ella tuvo un encaprichamiento con su amigo desde su adolescencia. Eso no lo puedo negar. Llegamos a la finca de Rothgar y ella estaba empeñada en que el duque era un sueño y que tenía que conseguirlo. Pero usted apareció con su brillante armadura y ella le vio. Usted toda su vida ha sido su amigo, su benefactor, y Lena nunca le vio como algo más. Sin embargo, usted la despertó.

—Lo amaba a él. ¿No lo ve?

—Por favor, no me interrumpa que esto debo finiquitarlo lo antes posible —se impacientó la marquesa viuda de Ailsa.

—Continúe, señoría.

—Tengo entendido que luego de la caza de pájaros se quedaron solos en el campo. —Elvina alzó una ceja y él enrojeció.

—Yo… ¿Cómo se entera de todo? —Patrick debería ficharla para las misiones más conflictivas.

—No hace falta que se ruborice. Supongo que ahí ella ya comenzó a verle como a un hombre, no como a un amigo de su niñez. Aquella noche, ella iba directa a la habitación de él porque seguía empecinada con el duque. Por un milagro, al que ella da gracias a Dios día sí y día también, acabó en su alcoba —continuó Elvina.

—Le recuerdo, señoría, que Lena imploró por la liberación del compromiso impuesto.

—Sí, lo hizo. En su inmensa bondad, Lena no quería que usted tuviese que cargar con ella por un descuido del que ella misma fue la culpable.

—¿Cómo?

—¡Hombres! Ha tenido a su esposa muchos días, meses, desde su vuelta. ¿Por qué demonios no le preguntó? —demandó Elvina. Rosings estaba colmando su paciencia.

—Bueno… es que… yo… —«No me gusta hablar de sentimientos y estuve muy temeroso, por si ella me reconocía que lo prefería a él antes que a mí». Él no iba a confesar eso.

—Déjelo, no conteste. A la mañana siguiente, cuando usted ya no estuvo en la finca, puesto que salió volando acobardado, tuve una charla de

mujer a mujer con mi niña.

—No como ahora, que es de hombre a hombre —terció Rosings, con una sonrisa ladeada orgulloso de su mofa.

—Al menos tiene ganas de bromear —apuntó Elvina.

—Será por el whisky.

Elvina le dio una mirada de reprobación. Él calló.

—Lena estaba atemorizada porque usted pensase que había sido una trampa y que se viese forzado al matrimonio. Tras unos pocos minutos de reflexión, en los que le pedí que analizase la situación y se decidiese por usted o por el duque. Porque yo por la felicidad de una de mis niñas sería capaz de haberle puesto los grilletes del matrimonio a Rothgar y él le sería fiel

aunque tuviese que cortarle… ya sabe… La hubiese casado con él —sentenció firme la marquesa viuda de Ailsa.

—¿Qué decidió ella? —preguntó con ansiedad Paul.

—Es usted rematadamente estúpido si aún lo pregunta —bufó Elvina, exasperada ante el alcornoque que tenía delante.

—Quiero oírlo. Necesito oírlo.

—Lena dijo: «Elvina, ¡es él, es él, es mío, lo adoro, es mío, mío y mío! No puedes dejar que escape del compromiso. Ya no» —parafraseó Elvina, poniendo la voz de una jovencita terriblemente enamorada—. ¿Es suficiente, Rosings?

—Sí. ¿Fue idea suya comprometerla con Rothgar? —inquirió Paul, empezando a hilar ideas en su

cabeza, aunque el alcohol no le dejaba que la claridad se abriera aún paso.

—Por supuesto. Mis planes son infalibles.

—Dio por seguro que yo regresaría por ella —tanteó Rosings.

—No solo regresaste, sino que la raptaste y la hiciste tu esposa —manifestó Elvina alzando una ceja. Prescindiendo de la formalidad.

—Fue un riesgo muy grande. Ella pudo haber acabado casada con el duque.

—Te he dicho que por mis pequeñas soy capaz de todo. Si no hubieses regresado y ella me hubiese pedido que rompiese el compromiso con Rothgar, lo hubiese hecho sin pestañear. Pude enviarla a América o de viaje para que comenzase una nueva vida —

explicó Elvina, con tal seguridad que al barón no le quedó ninguna duda al respecto.

—¿Ella estaba al tanto de que todo era una farsa?

—No. Lena no es una buena actriz como ya sabrás y su actuación frente a tu hermano debía ser brillante. Si te sirve de consuelo, Rothgar tuvo que amenazarla con la vergüenza que pasaría su familia, es decir nosotros, si tú no regresabas y la dejabas desamparada. Cosa que hubieses hecho de no ser por la noticia que te llevó tu hermano a París. Lena se pasó día y noche llorando cuando se comprometió con él. Ahora que lo pienso, también se pasó los meses de embarazo, con sus correspondientes días y noches, llorando porque iba a ser madre y necesitaba a su lado a su esposo —comentó Elvina

pensativa.

—Eso deberás agradecérselo a Patrick —apuntó Paul.

—He estado casada con un hombre como mi sobrino, muy parecido, y entiendo que miles de vidas dependen de lo que hacéis. Cosa que, por supuesto, desconozco por completo.

—Lo dudo mucho.

—¿Sabes, Rosings? Tu esposa ha pasado mucho tiempo llorando por ti. Creo que es hora de que comiences a hacerla feliz —sentenció Elvina, mirándolo a los ojos.

—No merezco su perdón —murmuró él, agachando la cabeza avergonzado.

—Te ama. Le costó darse cuenta, eso no lo niego. Pero te pones muy terco con eso de que ella iba en busca de

Rothgar, cuando tú citaste en tu habitación a la viuda de Mendel. La misma que besaste tras tu precipitada boda, aunque en tu defensa diré que fue Rachel la que te besó y no al revés.

—Tengo que saberlo. Dímelo, Elvina —Él también decidió ser informal.

—Tú tienes tus fuentes, Patrick tiene las suyas, y yo, lógicamente, tengo las mías, que son inmensamente mejores que las vuestras.

—Esa noche me cité con Rachel porque quería olvidarme de Lena —confesó él sabiendo que la marquesa viuda no confesaría de dónde extraía la información.

—Suele ocurrir. Sois hombres. Siempre erráis en las cosas verdaderamente importantes. Rachel

nunca hubiese sacado a Lena de tu cabeza, y menos de tu corazón —manifestó, con una seguridad pasmosa, Elvina.

—Lo sé —convino el barón.

—¿Queda algo más que necesite aclaración, Rosings? Como comprenderás, el tiempo corre en contra de mi hija.

—No. Solo queda ponerme a los pies de mi esposa. Y eso de arrastrarme creo que lo haré muy bien solito.

—Eso espero, o te juro por mi honor que vendré por ella y no volverás a verla jamás —afirmó rotunda la marquesa viuda, con tal tono de amenaza que a Rosings no le cupo la menor duda.

—Si no consigo hacerla feliz, Elvina, yo mismo iré con mis partes

privadas y se las daré a tus chuchos de postre.

—Suerte, Rosings. Siempre me gustaste, por eso es que te di tu segunda oportunidad —le dijo ella con una brillante sonrisa.

—Creo que me la dio mi esposa.

—Si así eres más feliz… Créelo. —Elvina levantó una ceja.

Rosings miró la copa de whisky. Al parecer, ya no iba a necesitar ese licor que los últimos días lo había evadido de la realidad. Primero se arrastraría ante su esposa, y luego iría a recuperar a su mejor amigo.

***

Elvina y Valerie iban a poner

rumbo a Londres decididas a colocar en orden su futuro. La vida de la joven Manchester comenzaba, mientras que la del barón estaba ya al fin encauzada.

—Elvina, no puedes dejarme aquí. Me quitaré la vida si lo haces —suplicó y amenazó Lena.

—Eres igual de dramática que mi hija. Te quiero, mi niña. Si algo sale mal, solo llámame y regresaré.

—Por favor, Valerie… Hazla entrar en razón. —La baronesa no daba crédito.

—Mamá, no creo que… —comenzó a decir V.

—¿Confías en mí, Lena? —cortó a su hija Elvina, con la pregunta directa hacia la otra joven.

—Sí.

—Entones, regresa a tu casa tranquila —afirmó rotunda.

Elvina y Valerie se despidieron de la baronesa con un beso en la mejilla y subieron al carruaje.

Lena regresó de nuevo a la casa con su hija en brazos. Cuando entró lo vio. Rosings estaba arrodillado a los pies de la escalera.

—Soy un humilde pecador que pide clemencia —declaró él mirándola.

—¿Qué..? —atinó a preguntar ella, ante el estupor que le provocó la imagen.

—Te amo, te amo y te amo. He sido un bobo, un tonto y un necio que no ha sabido ni querido ver la realidad, porque era demasiado perfecta para ser verdad. Ni en mil años hubiese podido imaginar que sería el hombre más

afortunado del mundo, porque tú pusieses los ojos en mí y me amases sobre todos los demás —manifestó solemne Paul.

—Siempre te he amado sobre todos y cada uno de los hombres. Traté de explicártelo una y otra vez, Rothgar solo es un buen y leal amigo. Es cierto que estuve encaprichada de él, pero descubrí que siempre fuiste tú. Tú me consolabas, tú estuviste siempre a mi lado. Eres perfecto y, pese a que en un principio me negué a que tuvieses que cargar con un compromiso conmigo, nunca estuve dispuesta a que Elvina te permitiese salir de él. Fui egoísta, lo siento. Pero te quería solo para mí —le explicó Lena, mirándolo con los ojos llorosos.

Rosings se levantó y se colocó delante de ella para limpiarle las

lágrimas que caían por su mejilla.

—Lo siento, mi vida. Pero saber que ibas a su habitación esa noche es algo con lo que ha sido muy difícil convivir.

—Es increíble que te pusieras tan digno, cuando tú mismo te habías citado con la odiosa viuda de Mendel.

—¿Lo sabías? —inquirió Paul, enarcando una ceja.

—No fue difícil sumar dos más dos. ¿Qué hacía ella allí a esas horas? Amanda iba a ver a Rothgar, Elvina salía de la habitación de Penguin, y Rachel… ¿A quién iba a ver la odiosa? A ti.

—Lo siento, yo… Estaba hecho un lío y quería sacarte de mi cabeza. No tengo excusa.

—¿Por qué la besaste? —

preguntó Lena.

La pequeña se removió en los brazos de su madre.

—Debo acostarla. Espérame en…

—En mi habitación —terminó él por ella—. Todas tus cosas están ya en mi alcoba. No quiero estar nunca más lejos de ti.

Lena sonrió. Elvina al final había conseguido obrar su magia.

La baronesa dejó a la pequeña dormida en la cuna de la habitación infantil y fue en busca de su esposo. Las cosas se iban a aclarar de una vez por todas.

Entró y lo vio junto a la ventana.

—Paul.

—Te amo. —Su marido se acercó a ella y le dio un beso apasionado.

—No pienses que por esto vas a dejar de contestarme. ¿Era ella a quien besaste tras nuestra boda?

—En mi defensa diré que se me echó encima.

—No te vi muy dispuesto a soltarte —le recriminó Lena.

—Es una mujer muy robusta. No creas que es fácil escabullirse.

—¡Qué excusa más pobre!

—Te he sido fiel. Siempre.

—Imagino que Patrick te amenazó.

—No hizo falta.

—Yo también te he sido fiel.

—Una vez no lo fuiste.

—¿Qué?

—Tengo que contártelo. Cuando

te robé, en el carruaje yo… Verás… Me aproveché de ti. Lo confieso, fui débil —manifestó Paul, poco orgulloso de su acción.

—¿Qué me hiciste?

—Te juro que solo pretendía darte un inocente beso, pero no sé bien cómo, acabé besando tus pechos y tocándote ahí. Cuando te liberé de la necesidad tú dijiste su nombre, no el mío.

—Fuiste tú… Recuerdo un sueño extraño. Esa tarde, antes de que me drogases, Valerie me dijo que si no ibas a volver que tenía que intentar ser feliz con Rothgar, que al menos sería un buen amante y que podría mantener mi independencia. Esa idea hizo que se me erizara toda la piel. ¡Sería el peor marido del mundo! Supongo que puso una semilla en mi celebro. Te juro que

no consentiría que él me tocase jamás. Además, no es como si fuese ciega o tonta. Debo ser sincera y confesar que recuerdo algo vagamente, y que deseaba que fueses tú el que me hacía todo aquello —manifestó Lena.

—Como yo, quieres decir. Porque he sido eso que has dicho, y mucho más.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Te amo.

—Ahora lo sé. Como te decía, no es que yo no supiera que venía a verme para realmente visitar a la marquesa viuda de Ailsa —expuso Lena sin tapujos.

—¿Qué? —Él tenía los ojos como platos.

—Que Rothgar está obsesionado con Elvina.

—Puedo entenderlo perfectamente.

—¡Oye!

—¿Celosa, amor?

—Sé que Elvina es magnífica, pese a su atuendo. Todos la vimos esa noche en su máximo esplendor. Es lógico que tu amigo se obsesionase con ella. No entiendo por qué se oculta tras esa apariencia. Es hermosa. —La baronesa hizo una larga pausa—. Rothgar es tu amigo, ¿cierto, Rosings?

—Imagino que tendré que recuperarlo.

—No te costará. Él siempre estaba defendiéndote cuando yo te atacaba por no estar a mi lado, mientras paría a tu hija.

—Siento eso también.

—No quiero más disculpas. Necesito que seamos felices.

—Te prometo que lo serás. Lo juro por mi honor.

—Bueno, queda una última cosa por lo que debería disculparme.

—Me estás asustando. ¿Llegaste a hacer algo con Rothgar? Dímelo sin paños calientes.

—¡No! ¡En absoluto! Solo es un amigo. Me gusta Rothgar, mi amigo. Pero, de verdad, ¿Rothgar mi amante o mi marido? ¡Ja! Nunca, mi vida —afirmó rotunda Lena.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Yo también me aproveché de ti durante el viaje a Escocia.

—¿Perdona? ¿Cómo dices? —preguntó extrañado Paul.

—Esa noche, la primera del viaje que entraste borracho, bueno… Te subieron a la habitación dos hombres completamente ebrio y yo…

—Fuiste tú… —Él sabía que alguien lo había manoseado. Aquello se sintió demasiado real para ser un sueño.

—Tenía curiosidad. Además, fue todo culpa tuya. Tú te quitaste la camisa y yo vi tu torso. Quise saber si experimentabas lo mismo que yo, si te besaba como lo habías hecho tú a estos dos —dijo, señalando sus pechos.

—¿Cómo hiciste que me derramase?

—Eso también fue culpa tuya. Te moviste y me dejaste atrapada sobre ti, y mi mano cayó por error en tu… Ahí —declaró, señalando su miembro que ya estaba bastante erecto desde que ella

había hablado de sus besos en los pechos.

—Así que tu mano cayó accidentalmente sobre mí, y yo acabé con los pantalones hechos un asco.

—Bueno… Quise investigar un poco y acabé moviendo la mano. Tú me lo pedías.

—A gritos, ¿no? —se mofó él.

—Sí, estabas ansioso. Era una crueldad no acabar con tu sufrimiento. Hice lo más sensato.

—Eres una hechicera.

—¿Tu hechicera?

—Sí, mi vida.

—Quiero que Rothgar sea el padrino de nuestra hija.

—Lo será. No hay nada mejor que un libertino para que la proteja de

otro libertino.

—Tal vez el próximo sea un varón —comentó ella al descuido, sujetando su vientre.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

—Es la mejor noticia que podrías darme mi cielo. Me haces el hombre más feliz del mundo.

—Fue un parto rápido, aunque dolió. Estoy contenta pero…

—Yo estaré contigo. No te dejaré sola nunca —afirmó solemne Rosings.

—No vas a irte de mi lado jamás. Yo misma te dispararé si osas alejarte de mí —replicó su esposa.

—No me atreveré. Sé que tienes buena puntería.

—Te amo, Paul.

—Te amo, Lena.

Ambos se abrazaron y besaron apasionadamente. Comenzaba así una nueva vida en común, lejos de malos entendidos.

Epílogo
Una promesa que cumplir

Años después.

—Me das miedo cuando sonríes así, Lena.

—Creo, esposo, que cuando sonrío así tú no tardas más de un segundo en desprenderte de tus pantalones. —Mucho se quejaba él, pero bien que la obedecía rápido.

—Estás insaciable, mi amor —replicó él, mientras se llevaba las manos a la presilla de los pantalones. Si no hacía ni dos horas que…

—Detente. No es eso. —Al menos no por el momento, quiso advertirle.

—¿De quién es la carta que sujetas? —Detuvo el movimiento de sus manos, pero ya había abierto la prenda.

—Una es de una vieja amiga. La señorita Emma Harrelson.

—¿Y pone algo interesante? —Su esposa tenía un semblante… No podía definirlo.

—¿Recuerdas a Chesterfield? —indagó Lena.

—Como para olvidarlo. —Ese hombre era toda una leyenda en Inglaterra y fuera del reino.

—Al parecer, van a asistir a una de sus fiestas. —La lista tenía dos cosas, pero Valerie las iba a cumplir.

—¿Van? ¿Quiénes? —indagó extrañado Paul.

—Imagino que Valerie, Lennox y Emma.

—El duque no puede estar tan loco para consentirla de esa manera.

—Si yo quisiera ir, sabes que iríamos, ¿cierto? —dijo ella, con una ceja levantada.

—No entiendes lo que pides. —Esas fiestas eran… No había palabras para calificarlas.

—Tienes suerte de que esté embarazada y que no vaya a poder ir. —A Natasha se unió al poco su hermano Gregory y, de nuevo, la baronesa estaba en estado de buena esperanza.

—¿Entonces?

—Solo estoy pensando si harán partícipes del plan a Ger. Creo que mi amiga ha estado o está en serios problemas. Hace demasiado tiempo que no sé nada de ella. Me preocupa que le haya sucedido algo. Aunque Elvina no consentiría que nada nos sucediese. Sin embargo… —Lena sentía desde hacía largo tiempo una sensación de intranquilidad al pensar en Ger.

—Está bajo la protección de Patrick. No tienes de qué preocuparte, amor. —Bien sabía Rosings que no había nada más importante para el marqués de Ailsa que sus protegidas.

—Eso es justamente lo que me asusta —dijo ella en un susurro.

—¿Qué quieres decir? —Él sentía curiosidad ante tal afirmación.

—¿No me ves sonreír, amor? —Lena puso su expresión más seductora. Tener a su esposo a su disposición le hacía perder el hilo de sus propios pensamientos.

—Sí, lo veo —bufó él.

—Entonces, ¿qué haces todavía con los pantalones puestos? ¿Acaso quieres contrariar a una mujer embarazada y ponerla de mal humor? —Era una baza que siempre funcionaba.

Rosings se apresuró a desnudarse. Después del segundo embarazo, más bien a la mitad del periodo de gestación, estuvo a punto de matarla con sus propias manos por su intempestivo carácter. Su esposa preñada era peor que un grano en el… Pero al final descubrió que complaciéndola en la cama, o fuera de ahí a todas horas, ella permanecía feliz y contenta.

Ese hallazgo lo llenó de felicidad y gozo pensando en que no había nada mejor en el mundo que una mujer siempre dispuesta a hacer el amor. Se equivocó. A las dos semanas creyó que moriría de agotamiento. Su esposa era insaciable.

Ni qué decir tiene que sobrevivió al embarazo de Lena de puro milagro, y no estaba seguro de poder sobrellevar este con el mismo ritmo y tesón que el anterior. No es que él estuviese viejo, en absoluto. Es que ella agotaría a cualquier semental.

—Lena, ¿qué vas a querer hoy? —dijo derrotado, pero ansioso por que ella le pidiese algún experimento nuevo. Su barriga era aún incipiente y su esposa estaba más ágil que nunca.

La baronesa adoptó una posición que lo dejó con la boca abierta y sin

ganas de quejarse. Tal vez se dejase matar de cansancio con gusto si eso iba a ser así.

Una carta rodó al suelo, mientras la pareja se disponía a disfrutar de su intimidad.

Querida Lena:

Sé que en estos momentos de amor y familia debes estar muy a gusto en tu casa, rodeada de todo aquello que tanto te costó conseguir. Sin embargo, creo que es hora de que atiendas a una vieja amiga que, además, es toda una solterona que se muere por hacer aquello que dijimos que haríamos y que todavía no hemos hecho del todo: correrías femeninas. Deja bien asentados a tus pequeños y despídete unos días de tu marido en pro de una Emma que te necesita. No me defraudes.

Tu fiel amiga que te apoya, te quiere y nunca te ha pedido nada en estos años.

Emma Harrelson.

PD: V se unirá, ¿podrás tú, en tu estado? Entenderé que no debas, pero te agradeceré que acudas.

Fin.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o

Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1